

ALFONSO TARACENA

**JOSÉ
VASCONCELOS**



EDITORIAL PORRÚA, S. A.

AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15. MÉXICO, 1982

"SEPAN CUANTOS..."

Núm. 386

JOSÉ VASCONCELOS



LIC. JOSÉ VASCONCELOS, *en los albores de la Revolución.*

ALFONSO TARACENA

JOSÉ VASCONCELOS



EDITORIAL PORRÚA, S. A.
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 1982

Primera edición 1982

Derechos reservados

Copyright © 1982

Esta edición y sus características son propiedad de la
EDITORIAL PORRÚA, S. A.
Av. República Argentina, 15, 06020, México, D. F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ISBN 968-432-799-4

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

PROEMIO

UNA AMISTAD DE VARIAS DÉCADAS

En una ceremonia en 1914 en el Anfiteatro "Bolívar" de la Escuela Nacional Preparatoria, a la que asistió como Ministro de Educación en el gabinete del Presidente Eulalio Gutiérrez, vi por primera vez, de lejos, al licenciado Vasconcelos. Me dio el aspecto de un atormentado, y así lo hice notar a unos compañeros preparatorianos que estaban cerca de mí, entre ellos el después doctor Galo Soberón y Palma.

Volví a verlo, de cerca, en 1921, cuando rendía la protesta como Secretario de Educación Pública ante el Presidente Alvaro Obregón. Cambié con él algunas palabras intrascendentes relacionadas con sus libros. Al renunciar como Ministro, me envió un breve recado escrito acerca de su revista "La Antorcha" que fundaría en la ciudad de México.

Ya de candidato a la Presidencia de la República, fui con el ahora abogado Antonio Armendáriz a verlo en el Hotel "Princess", en las calles metropolitanas hoy de "Hidalgo", donde se alojaba. Iba él en busca del pintor Adolfo Best Maugard, empeñado éste en acercarlo al embajador Morrow. En el camino, pasamos por la Alameda y nos convidó unos refrescos, de donde nació su famoso artículo sobre éstos. Se fue leyendo unas pruebas de un libro mío sobre la Revolución, del que le había hablado Armendáriz. Vasconcelos hacía exclamaciones de aprobación al avanzar en la lectura. Vio lo que de él decía yo cuando las primeras actividades de Madero, y se entusiasmó con el relato que yo rememoraba de una entrevista al "Light" de San Antonio, Texas. En ella Vasconcelos incluía a los Vázquez Gómez y don Venustiano Carranza como maderistas, con grave contrariedad de ellos, lo que lo convenció de que no debía mencionárseles como revolucionarios. "¿Sabe usted esto? —me preguntó Vasconcelos riendo de buena gana—. ¿Se lo he contado?" Observó que yo en aquellos tiempos debía haber sido una criatura.

Días después me presentó en el "Princess" con Antonieta Rivas Mercado como "el general Taracena, jefe de 80,000 hombres armados". Era que yo le había explicado que enviaba propaganda vasconcelista entre mis noticias a los principales diarios de los Estados, inclusive a "Redención", periódico garridista de Tabasco cuyo director, un pariente mío, me las había pedido con una precaria remuneración. Consulté el caso con mi socio, el Jefe de Redacción de "Excélsior", Gonzalo Espinosa, que lo aprobó. Por cierto que al venir Garrido a la ciudad de México como ministro de Agricultura del general Cárdenas, un reportero yucateco apellidado Pinelo, gestionó con éxito esa correspondencia, y para compensarme, su brazo derecho, Ausencio Cruz,

me buscó para ofrecerme lo que yo quisiera en ese ministerio y le respondí que no quería nada, que me bastaba con la veneración de Garrido a mi padre, quien siendo director de una escuela en Villahermosa, reprobó a uno de sus hijos. Garrido era temible dictador de Tabasco y fue a informarse con mi padre del motivo de aquella reprobación, y él le respondió que el muchacho era un holgazán y que allí tenía ya escrita su renuncia. Garrido le tendió los brazos y exclamó que ojalá así le hablaran todos. Y devolvió la renuncia.

Lo de los 80,000 hombres fue porque yo calculaba el número de lectores de los periódicos a los que enviaba esa propaganda vasconcelista, y como Napoleón decía que un periódico valía por diez hombres armados, resultaba esa cifra como la mínima de mis subordinados. "Antonietta —dijo Vasconcelos—: Te presento al general Taracena, jefe de 80,000 hombres." "Hombres armados", aclaré. "Armados de pensamiento", concluyó él.

Hablamos muchas veces de sus propósitos, estorbados porque el gobierno estaba duro para entregar el Poder. "Pero tendrán que entregarlo —pronosticaba—. Y verá usted cómo en un momento acabamos con todos."

Acabaron con nosotros, en la campaña electoral, en el día de las elecciones, en Sahuaripa y en Topilejo. Y desterrado, reanudada la publicación de "La Antorcha" en Europa, se robusteció nuestra amistad. "Mucho gusto me dio ver confirmada la nobleza de su carácter", me escribió un día. Y desde París, el 10 de noviembre de 1931, formuló estas quejas sentidísimas:

"... Pasando ahora al texto de su recado, tengo que decirle que me ha lastimado vivamente. No concibo que usted, sabiendo que no sólo le tengo estimación sino afecto, pudiera suponerme olvido o mala intención a su respecto... ¿Acaso no tengo derecho de esperar de un amigo que quiera más bien que reprocharme, otorgarme una excusa implícita?... Me duele, pues, que tenga usted tan poca confianza en mi afecto... Yo le tengo cariño, le estoy obligado y, además, me alarma que usted, miembro de la nueva generación, vaya a caer también en eso que nos ha hecho famosos como malos amigos. 'En ninguna parte del mundo es más vidriosa la amistad que en México —me decía hace poco un extranjero—. De repente los mejores amigos se apartan, se enojan. A veces uno no sabe por qué'. Por Dios, no justifiquen ustedes esto. Ustedes están para corregir a México, no para continuar el horror en que hasta ahora hemos vivido. Si yo no tuviera por usted verdadero aprecio, no le haría ver mi resentimiento. Me limitaría a darle excusas y a ofrecerle reparación como lo hago. Pero es que, además, quiero reprocharle, no el que me haya manifestado el resentimiento suyo, sino el que lo haya sentido, tratándose de personas como usted y yo, ligadas por ideales comunes y, además, por mi parte, por un afecto muy sincero que se ha sentido herido..."

Le remití un ejemplar de mi primer libro, una especie de memorias, que le encantaron, y me reveló que él también escribía las

suyas, el futuro "Ulises Criollo", que quería se publicaran en México, por lo que me pedía viera al director de "Omega", un bisemanario católico, si quería retribuirle con ocho pesos semanales, cada capítulo. Telegrafíe a los directores de los periódicos de los Estados comunicándoles que Vasconcelos escribía sus memorias y que si se interesaban, se dirigieran a mí. Logré para él, no ocho pesos semanales, sino a veces hasta cien dólares, según copias de los giros en mi poder. De allí que, en nutrida correspondencia, me demostrara una gratitud enorme, pues, al decir de Jesús Guisa y Acevedo, lo estaba sirviendo "en una forma única en el mundo". Hicimos un viaje delicioso a Nueva York, y yo, tratando de imitar a Eckerman en sus "Conversaciones con Goethe" y a Perú de Lacroix, con su "Diario de Bucaramanga" en el que anotaba todo lo que oía decir al Libertador Bolívar, escribí sin dolo mi libro "Viajando con Vasconcelos" en el que tuve buen cuidado de ocultar con iniciales despistadoras a quienes resultaban maltratados en nuestras pláticas. "Total —expresó una de las quizá agraviadas, la mujer de nuestro editor Gabriel Botas— que el único que resulta malparado en ese libro es Manuel Gómez Morín." Pero unos cretinos se creyeron lo que un reportero, Gabriel Alfaro, fue a decir en la Universidad, para que los directivos universitarios compraran mi libro, "que quedaban en éste por los suelos". Salieron disparados a adquirirlo, pero como aún no circulaba, el yerno de Vasconcelos cablegrafió a éste que estaba causando sensación la tal obra que lo dejaba en un predicamento, pues peligraban sus sueldos en la Casa de Estudios, donde ganaba, al decir de Alejandro Gómez Arias, más que el rector Chico Goerne. Vasconcelos se alarmó, porque se afectaba la situación económica de los suyos, que era una de las cosas que más defendía, y me condenó. Yo me concreté a responder que dejaba al tiempo que aclarara las cosas y por decencia y por decoro, me abstenía de descender al plano en que Vasconcelos se colocaba.

Efectivamente, con el tiempo se convenció de mi verdadera actitud. Hizo un viaje a Tabasco, conoció al autor de mis días, y se levantó a exclamar ante numerosos oyentes, que Dios salvara a Tabasco con hombres como mi padre y yo. Reanudamos nuestras cordialísimas pláticas en comidas frecuentes. A petición del editor, escribió un prólogo a una biografía mía de Madero en la que, entre otros conceptos, sentenciaba:

"...Haciendo a un lado inclinaciones de amigo, creo que puedo afirmar que la biografía de Madero por Taracena, está escrita con fluidez y amenidad y la domina un criterio que no teme calificar de sabandijas a todos esos Judas, Yagos y payasos de segunda fila que, constantemente, aparecen en torno de los hombres grandes como para señalar el contraste de la miseria moral y la excelsitud. Hace falta un hombre para juzgar a otro hombre. Nadie es grande para su ayuda de cámara, afirmó un necio, y Hegel respondió: 'No ve el lacayo sino al lacayo', es decir, el mediocre no acierta a adivinar, menos llega a reconocer, la virtud extraordinaria. El torpe no concibe, no abarca las extensiones que el genio domina..."

En los últimos libros de Vasconcelos, "En el Ocaso de mi Vida", me menciona entre sus amigos que clasifica como los no menos queridos. Y en "La Flama", pueden leerse estas líneas:

"...Un escritor que por aquellos días con toda entereza recogió la bandera caída del vasconcelismo, el eminente patriota Alfonso Taracena, que acumuló testimonios directos, describe como sigue la escena..."

Los obtusos que no desperdiciaban ocasión para distanciarnos, quedaron, pues, defraudados.

ALFONSO TARACENA.

CAPÍTULO I

DE SU NIÑEZ LO ÚNICO NUEVO ES LA DESCRIPCIÓN DE LA CASA DONDE NACIÓ.—INICIACIÓN DEL GENIO DE VASCONCELOS EN EL “ATENEO DE LA JUVENTUD”.—DESTACA SU DINAMISMO EN EL ANTIRREELECCIONISMO AL LADO DE MADERO, LOS VÁZQUEZ GÓMEZ, LUIS CABRERA, MANUEL URQUIDI, J. D. RAMÍREZ GARRIDO, DON FILOMENO MATA Y OTROS.—SU CORRESPONDENCIA CON MADERO A LA QUE NO ALUDE EN SUS OBRAS COMPLETAS.

La rutilante niñez y la adolescencia del licenciado José Vasconcelos están insuperablemente descritas en su deslumbrante “Ulises Criollo”, por lo que sale sobrando repetirlas ni glosarlas. Lo único que podría añadirse sería la descripción que acaba de hacer en Oaxaca, Ismael Sanmartín, de la casa fresca y de techos altos en la que vivió Vasconcelos sus primeros cuatro años. Calles empedradas, dice, de la pequeña capital de fines de siglo, “hacían resonar los cascos de los caballos que jalaban elegantes carruajes” entre los árboles frondosos que rodeaban aquel hogar. Oaxaca era entonces una ciudad “intensamente preocupada por la cultura y todo lo que fuera expresión artística”. Todavía, agrega Sanmartín, muy cerca de esa casa, se encuentra el zócalo de la ciudad, donde la vida transcurría plácida con “grupos de señores elegantemente vestidos” que charlaban en compañía de respetables damas “que lucían la última moda traída directamente de Francia”. Por las noches se encendían los faroles y se escuchaba la primera ronda del sereno que cuidaba de la paz. Por el acta de registro de nacimiento, publicada en facsímil por *El Universal*, se sabe que a esa casa se mudó la familia de Vasconcelos poco después de que éste

naciera en otra situada en la calle de la Cochinilla, Manzana 18 del cuartel primero de Oaxaca, a las 3:30 de la tarde del 27 de febrero de 1882, y que su nombre completo fue José María Albino.

Por televisión se pasó hace corto tiempo un relato en el que se asienta erróneamente que la Revolución contó desde un principio con precursores que integraban el “Ateneo de la Juventud”. Lejos de ello, en abril de 1909 el maestro Antonio Caso aceptó la dirección de “La Reección”, órgano del Partido Reeccionista, que en el aniversario en ese año del asalto a la ciudad de Puebla por el general Porfirio Díaz, celebró un mitin donde hablaron los licenciados Miguel Lanz Duret, Nemesio García Naranjo y José Castellot Jr. Ese día el maestro Caso habló también denunciando lo que él llamó “las charlatanerías” de la oposición y hasta calificó de imbéciles a los opositoristas. El primer número de “La Reección”, bajo la dirección ya del licenciado Antonio Caso, resultó tan raquítico, que los opositoristas la llamaron “La Guacamaya Reeccionista”. Por su parte, Alfonso Reyes, en su “Diario”, relata que en la ciudad de México, el 3 de septiembre de 1911, tenía junto a sus libros, en su casa, un

rifle, al que estaba dispuesto a disparar contra los maderistas si llegaba el caso.

Los únicos miembros del Ateneo de la Juventud simpatizadores de la oposición, fueron, primero de todos, Alfonso Cravioto, que dice estaban, él y otros ajenos a dicho Ateneo, fascinados por el gran Ricardo Flores Magón. Seguía Vasconcelos, primer director de "El Antirreeleccionista", órgano del maderismo, el que fue clausurado por el gobierno porfiriano. Madero escribió a Vasconcelos y al licenciado Federico González Garza, quienes habían escapado refugiándose en la hacienda "El Limón", S. L. P., para felicitarlos porque se encontraban resueltos a seguir adelante, según carta de ellos fechada el 5 de octubre de 1909, así como de que estuvieran en lugar seguro, aunque, francamente, en su opinión, "no debían haber salido de la capital" por una serie de razones que les daba a conocer. De todos modos, esperaba tener frecuentemente noticias de ellos. Tuvo Vasconcelos un momento de debilidad y prefirió dedicarse a actividades intelectuales en el "Ateneo". A mediados de enero del año siguiente, de 1910, se le vio en la segunda sesión ordinaria del "Ateneo" en la que leyó un trabajo suyo sobre "el sentido místico del baile" considerando "el asunto desde altos puntos de vista históricos y psicológicos". Se anunciaba que se organizaría una próxima fiesta a don Rafael de Altamira, que estaba de visita en la metrópoli, y en la que hablaría Alfonso Reyes. En efecto, éste leyó un estudio sobre la estética de Luis de Góngora, en tanto que el maestro Caso habló de que en el ejercicio de la Historia habían sobresalido Momse, Michelet y Carlyle, y de que Altamira contaría con la juventud mexicana. Un erudito dominicano, Pedro Henríquez Ureña, que por su calidad de extranjero no escribía ni en "El Anti-

rreeleccionista" de política mexicana, disertó sobre Hernán Pérez de Oliva. Como me informó el crítico de arte, ateneísta también, Eduardo Colín, el "Ateneo de la Juventud" terminó como terminan todas las cosas, muriendo de inanición. En cambio, alguien me refirió que en su última sesión, Henríquez Ureña propuso se leyera una página de Kant. No faltaron quienes se consternaron, y la señora ateneísta Alba Herrera y Ogazón salió al quite y sugirió se recordara algo de la vida de Napoleón. Y entonces Vasconcelos, que ya abominaba del militarismo, estalló: "¡No me... con Napoleón!" Se hizo el silencio y uno a uno fueron abandonando el salón. Lo último de altura que se oyó, pues, en el Ateneo, fue en aquel homenaje de despedida a Altamira en el salón de actos de la Escuela Nacional Preparatoria. Altamira expresó que se complacía de ver a la juventud mexicana preocupada por el estudio de los hombres de ayer, y sintió volver a los días juveniles en que más le interesaba una novela de Pérez Galdós que el Derecho Romano.

Madero, mientras tanto, andaba interesado en reconquistar a Vasconcelos. Ya le había escrito desde el Hotel "México", de Tehuacán, Pue., el 13 de noviembre de 1909, esta carta que Vasconcelos no incluye en sus *Memorias* ni en sus "Obras Completas":

"Sr. Lic. José Vasconcelos. Calle del Espíritu Santo 2. México, D. F. Muy estimado amigo:

"Ayer recibí su grata del 11 del actual cuya lectura no me causó sorpresa, pues desde la primera carta que recibí de usted después de que salió de esa capital para esconderse, noté que estaba usted muy desmoralizado." (De estas cartas de que habla el señor Madero no me ha sido posible encontrar los originales, por más que he hurgado, primero que nadie, su copioso

archivo. Digo primero, porque después de muertos en 1913 el Presidente y el Vicepresidente de la República, sus amigos íntimos enteraron su correspondencia en el Castillo de Chapultepec. Triunfante la Revolución Constitucionalista de Carranza, el archivo fue exhumado y el ex Intendente del Castillo, don Alfredo Álvarez, me llamó para que fuera a examinarlo tiempo después. De allí obtuve documentos con los que hacía yo polvo a los viejos escritores del antiguo régimen, que hablaban, como don Victoriano Salado Álvarez, sólo de oídas, al extremo de que en *El Universal* se publicó que mis artículos en defensa del Apóstol Madero, en otro periódico rival, habían causado sensación y habían convencido plenamente. Después vinieron otros investigadores, como José Cayetano Valadés, que reprodujo en páginas enteras, con profusión de fotografías, en los periódicos principales de los Estados y en Tejas y California, los valiosos documentos referidos, íntegros y sin olvidar uno solo. No obstante, cuando un diario quiso hacer lo mismo, años más tarde, sin saber que ya se trataría de una publicación de segunda y tercera mano, trató de perjudicarme porque en uno de mis libros, una biografía de don Francisco I. Madero, ya incluía eso y mucho más de su correspondencia, acusación que sólo creyeron indocumentados malignos. Luego la Secretaría de Hacienda publicó dos voluminosos y elegantes tomos con esos mismos documentos, sólo que abarcó hasta el 30 de diciembre de 1909. En su Epistolario, Madero, al dirigirse a Vasconcelos, continuaba diciendo):

"Por este motivo quise hablar con usted en México. Lo fui a buscar a su despacho y no lo encontré. Le supliqué pasara a mi casa y tampoco tuve el gusto de verlo por allá. Quería hablar con usted para reanimarlo.

"Hace usted mal en creer que nuestros sacrificios no han sido compensados. Tal creencia demuestra que usted tenía un optimismo exagerado e imaginaba que antes de las elecciones generales íbamos a obtener el triunfo, o bien que ello es un pretexto para ocultar la verdadera razón que lo impulsara a retirarse de nuestro Partido.

"Yo creo sinceramente que debemos estar satisfechos del resultado que hemos obtenido hasta ahora, pues hemos logrado en poco tiempo que nuestro Partido sea el más respetable de los Partidos de oposición, y después de las jiras que pienso emprender por la costa y por el interior, le aseguro que su fuerza será verdaderamente imponente.

"Por último, cuando realicemos nuestra Convención y lancemos las candidaturas del Partido, el prestigio de nuestro Partido subirá de una manera incalculable, pues estos acontecimientos causarán un entusiasmo no comparable con el que causó la candidatura de Reyes, en su mayor apogeo. Esto lo hará comprender a usted que sí tenemos grandes probabilidades de éxito, pues si con la agitación reyista que apenas estaba circunscrita a la capital de la República y Jalisco, el gobierno llegó a tener tal zozobra y en la conciencia de todos estaba que si Reyes hubiese aceptado su candidatura hubiese triunfado, ¿cuál será el resultado que obtengamos cuando nuestros candidatos acepten sus candidaturas, publiquen su programa de gobierno y se dirijan a la Nación en un Manifiesto lleno de virilidad y honradez?

"¿Se hizo usted estas reflexiones para creer que nuestros esfuerzos no serán fructuosos? Si usted, que es lo que yo creo, sucumbe al desaliento o cedió a las amenazas que le hizo su jefe de desocuparlo, entonces obró con poco tacto, pues debe comprender que son raras las oportunidades que se le presentan a un hombre, de poder demostrar

su valor, su entereza y su constancia al servicio de una causa noble.

"Si usted se separa de nuestro Partido, va a perder, quizá, la mejor oportunidad que se le presente en su vida, de ocupar un puesto distinguido entre sus conciudadanos. No le hablo de esto para halagar su vanidad, porque sé que no la tiene, sino para halagar su patriotismo, porque es natural que un hombre que ocupa un alto puesto en la Administración puede hacer mucho por la Patria y es indudable que si nuestro Partido llega a triunfar como hay muchas probabilidades de ello, usted, por su talento, su prudencia y sus cualidades que lo hacen ser tan simpático para todos nosotros, le harían indudablemente ocupar un puesto bastante importante.

"En cambio, retirándose de nuestro Partido, se conquistará usted, cuando mucho, que lo traten con lástima, si no es con desprecio, pues ven que a pesar de haber principiado la campaña con tanto vigor, se desmoralizó con el menor obstáculo con que tropezamos.

"Por todas estas razones, me permito instarle a que retire su renuncia.

"Tan pronto como recibí su carta telegrafié al Lic. Emilio Vázquez que no diese curso a su renuncia hasta que no recibiera usted carta mía. Comprendo que la Patria necesita sus servicios, que está usted en condiciones de servirla colaborando para el triunfo de una causa noble y que aun en el caso de ser derrotados, se conquistará usted un nombre prestigiado en la República si sigue a nuestro lado, mientras que si deserta, cualquiera de los Partidos que triunfen lo verá a usted con desdeñosa indiferencia o con lástima, lástima nada codiciable para un hombre de honor como usted.

"Sin embargo, si Ud. se resuelve a seguir a nuestro lado, piénselo bien: los obstáculos que hemos ven-

cido hasta ahora no son comparables con los que tenemos que vencer. Los peligros que hemos corrido, no son nada comparables con los que nos esperan y si hasta ahora hemos presenciado algunas represalias, no tendrá comparación con las persecuciones que vendrán cuando se acerquen las elecciones, cuando la lucha se haya entablado verdaderamente, cuando las pasiones exalten los ánimos de ambos partidos.

"Ninguna conquista ha hecho la humanidad sin que le cueste grandes trabajos. El bien más codiciado de todos los pueblos, es el de la libertad, y nunca se ha conseguido sin que sucumban muchos en la contienda.

"Aunque nuestra lucha es democrática esencialmente, a pesar de ello habrá víctimas, pues el gobierno no ha de retroceder ante ningún medio para imponer su voluntad.

"La carta de usted la hubiese contestado en los términos tan laconicos como en los que estaba concebida, a no ser por las simpatías que siento por usted. Indudablemente un elemento intelectual como usted no dejaría de causar cierto hueco en nuestras filas, pero ese hueco sería llenado inmediatamente por alguna otra persona que aunque no tuviese tan buena pluma como la suya, tendría, en cambio, mayor firmeza, virtud indispensable en las contiendas políticas. En resumen, el Partido Antirreeleccionista lamentará de todos modos la separación de un miembro tan apreciable como usted, pero usted será quien pierda más, y si me dirijo a usted por la presente, lo hago más por la amistad que le tengo que por el deseo de no perder elementos de importancia para nuestra causa.

"En espera de su contestación, que consideraré como definitiva, quedo como siempre su amigo que mucho lo aprecia y su atto. s. s."

Volvió al redil. Cuando Madero fue designado candidato del Partido

Antirreeleccionista a la Presidencia de la República, Vasconcelos le dirigió esta carta, que tampoco aparece en sus *Memorias*:

"Lic. José Vasconcelos. Calle del Espíritu Santo 2. México, D. F. Abril 26 de 1910. Sr. don Francisco I. Madero. Presente. Durante la Convención y algunos días después, estuve ausente de esta ciudad; por eso le envío mi felicitación tan tardía.

"Cada vez convence usted más aún a los escépticos y disgustados de la política como yo, de lo mucho que hace por levantar nuestra dignidad.

"Me he enterado de todos los acontecimientos relacionados con la Convención, y veo que la elección de usted ha sido acertada e indispensable. Le manifiesto esto porque yo fui de los que en un principio se oponían a tal elección, pero ahora veo que dadas las circunstancias, nadie puede culparle de ambición personal y que la aceptación que ha hecho usted de su candidatura es un acto de heroísmo.

"Sabe que lo acompaña siempre con la admiración y el efecto de su amigo y S. S."

Estuvo con Madero en el destierro preparando la Revolución. El caudillo lo comisionó con el doctor Francisco Vázquez Gómez para encargarse de la Agencia Confidencial revolucionaria en Washington. Alude en sus *Memorias* en unas cuantas líneas a su actitud intransigente en un principio ante los convenios de Ciudad Juárez, si bien más tarde comprendió el patriotismo de Madero para evitar mayor derramamiento de sangre, como lo aconsejaba el propio don Luis Cabrera. Sólo que por no guardar papeles, como confiesa, omite los textos de sus escrúpulos de entonces. Hélos aquí:

"Confidential Agency of the Provisional Government of Mexico: Washington, abril 26 de 1911. Sr.

Secretario General del Gobierno Provisional de la República Mexicana, Lic. D. Federico González Garza. El Paso, Texas.

"Para que se sirva ponerlo en conocimiento del C. Presidente Provisional, tengo el honor de comunicarle que el día de ayer recibí del Sr. Dr. Francisco Vázquez Gómez los documentos y papeles de esta Agencia, habiéndome puesto desde luego en comunicación con todas las personas que de algún modo están relacionadas directamente con esta oficina.

"Como el día de ayer el Dr. Vázquez Gómez recibió un mensaje cifrado en el que se le pedía inquiries la actitud del Gobierno americano en caso de que una vez terminado el armisticio se reanudasen las hostilidades y qué influencia tendría el hecho de que el Gob. de P. Díaz ha tratado con nosotros para el reconocimiento de la beligerancia, paso a manifestar el resultado de mis investigaciones sobre el particular.

"Es indudable que el hecho de que el Gob. de Díaz haya tratado con nosotros, implica el reconocimiento de estado de guerra y de la existencia de dos poderes. Si la paz no se arregla, los comisionados de Díaz y todo su gobierno declararán que no pudieron vencer las ambiciones personales de los jefes revolucionarios y pedirán la ayuda de todo el mundo civilizado para combatir nuestra insurrección que calificarán una vez más de personalista y antipatriótica, pero el Gobierno de Díaz está tan profundamente desprestigiado que nadie lo creerá sino que se encontrará muy natural que la Revolución siga su curso natural combatiendo hasta destruirlas todas las fases del porfirismo, cientificismo, reyismo, etc. Todavía más: entre los mejor informados de nuestros asuntos prevalece la opinión de que será mucho mejor que la revolución no se conforme con pequeñas transacciones sino que ter-

mine su obra de limpieza hasta el fin, pues sólo de esta manera se asegurará para el porvenir una paz permanente. Si esto no se logra, quedará el peligro de que cada nueva ambición popular se exija por medio de la fuerza armada. Este peligro no lo desconocen los americanos inteligentes y estoy seguro de que menos mal verían que la actual revolución se prolongase y no que quedaran motivos para nuevas alteraciones del orden en el futuro, sobre todo si se tiene en cuenta que mientras ocupe la Presidencia Porfirio Díaz, no habrá más remedio de acobardarle que el treinta treinta de los revolucionarios.

"Otro elemento favorable para nuestra situación consiste en el hecho de que el Gob. de Washington se encuentre muy ofendido por la nota de Porfirio Díaz con motivo de los incidentes de Agua Prieta. Puede asegurarse que el prestigio de Porfirio Díaz nunca ha estado tan mal en la Casa Blanca como ahora, y que la revolución jamás había contado con tantas simpatías. No obstante esto, existen aún serias dificultades que Uds. conocen y que provienen de que hasta ahora no se ha organizado gobierno efectivo en alguna parte considerable del territorio y de que no tenemos aduanas. Ahora puede ya alegarse con justicia que tenemos gobierno efectivo en toda la gran región occidental de Chihuahua. Pero queda el problema de las aduanas porque tomando una o varias aduanas, es claro que el Gob. americano se verá obligado a reconocer a nuestros agentes aduanales, pero también para tomar las principales aduanas, existe el peligro de provocar complicaciones análogas a las recientes de Agua Prieta y podría venir el momento en que el Gobierno americano, obligado por el clamor popular, llegara a intervenir en nuestros asuntos. Por fortuna, en el caso de Ojinaga no existen estas

dificultades, pero sí pueden ocurrir en todos los demás puntos de la línea divisoria.

"Como el arte de vivir consiste en sacar provecho posible aún de los obstáculos mayores, me ocurre que quizá sería conveniente, en vista de que vamos a poder atacar todas las aduanas, venderle el favor al Gob. americano celebrando con él arreglos en virtud de los cuales ofrecemos no atacar poblaciones de la frontera, siempre que nos reconozcan los agentes nombrados por nosotros en aquellos puntos de la frontera donde establezcamos un destacamento permanente, encargándose dichos agentes de inspeccionar el transporte de mercancía y provisiones. Es decir, que de esta manera nos reconocerían tácitamente el derecho de establecer nuestras aduanas, y por ejemplo, las fuerzas de Sánchez en Ojinaga que llevan tanto tiempo de establecidas en la misma región, prestarían apoyo al agente aduanal que nombrásemos. Por supuesto que en virtud de estas necesidades de la campaña, no podríamos tal vez establecer agencias aduanales de una manera permanente, pero no importaría aun cuando no llegásemos a establecer ninguna, sino sólo el hecho de que el Gob. de Washington se prestase a tratar el asunto y a autorizarnos para ello. Es tal el temor de que se repitan incidentes como el de Agua Prieta, que creo que por este camino, a cambio de una promesa nuestra de no dar batalla en las cercanías de la línea divisoria, el Gob. de W. se vería inclinado a comenzar a tratar con nosotros y ya sabe Ud. que en esto como en muchas cosas, el primer paso es el difícil. Someta a la consideración del Sr. Presidente este lazo diplomático y si me autorizan haré los preparativos necesarios para que el plan se formalice cuando regrese el Sr. Dr. Vázquez Gómez, Jefe de esta agencia. Por lo demás, debo manifestarles que es la opinión uná-

nime que la intervención no tendrá lugar aunque se renueven las hostilidades y sobre esto insisto aun sabiendo lo delicado de tal afirmación, porque no dudo que el peligro de la invasión será la amenaza que los agentes del Gobierno utilizan para forzarlos a ceder en puntos capitales. Pero no olviden que en el último caso, exponemos a la Patria a un peligro mayor, dejando semillas para otros levantamientos, que barriendo de una vez de raíz con todos los males presentes.

"El Capitán Hopkins me encarga que les recuerde manden los informes relativos a las confiscaciones de armas y municiones en Agua Prieta y otros puntos fronterizos, pues esos datos se necesitan para formalizar la queja que ya presentó ante el Departamento de Estado.

"Concluyo manifestándole mi intención de permanecer aquí inactivo por lo que toca a gestiones diplomáticas mientras la cuestión pendiente se resuelve, y les ruego que me tengan informado de todos los acuerdos de interés, que no sean de carácter privado, cuando menos con el objeto de que pueda yo confirmar o rectificar las noticias que por acá se publiquen.

"Protesto a usted mi consideración.

"Sufragio Efectivo. No Reelección.

"J. VASCONCELOS (firmado).

"Mi dirección es 1114 .15th St. N. W."

Relata Vasconcelos en sus Memorias cómo fue el conato de rebelión de Pascual Orozco y Francisco Villa en Ciudad Juárez, pero no recuerda que escribió a Madero con ese motivo la siguiente carta:

"Confidential Agency of the Provisional Government of Mexico. Washington, mayo 14 de 1911. Sr. D. Francisco I. Madero, Presidente Provisional de México. C. Juárez, Chih.

"Muy respetado jefe y distinguido amigo:

"Los acontecimientos de ayer motivados por la insubordinación del Gral. Orozco han causado aquí una lamentable impresión, porque son de aquellos que el Gob. de Díaz aprovecha para significar que la revolución no va a poder organizar el gobierno. Cualesquiera que hayan sido las quejas del Gral. Orozco, la forma en que según todos los despachos de la prensa, los hizo presentes, es incalificable, inesperada en él, que tan buenos y patrióticos servicios ha prestado, y peligrosa por el mal precedente que su conducta puede sentar. Parece por los mismos despachos de la prensa y por el texto de un mensaje que se sirvió remitirme el Sr. Dr. Vázquez Gómez, que todo ha vuelto a condición normal, pero no estando seguro de ello, esta mañana le dirigí un mensaje en que me permitía aconsejarle que aunque terminara Ud. algunos detalles de la organización administrativa de su gobierno, precipitara Ud. la marcha hacia el sur, pues de esta manera se ayuda a las fuerzas insurgentes que pelean por Chihuahua y Torreón, se mantiene ocupada a la tropa, se avanza de una manera más práctica, se previene el desorden con la presencia de Ud., más cerca de esos grupos y Ud. se rodea de jefes como Moya y otros que han prestado tan buenos servicios como el Gral. Orozco y que quizá obren con más cordura que éste.

"El Gral. Orozco debe sentirse apenado si compara en los periódicos de hoy, la relación del incidente que él provocó, con el texto de un manifiesto que acaba de expedir el Gral. Figueroa, de Guerrero, quien tiene a sus órdenes doce mil hombres y posesión de dos Estados, Guerrero y Morelos, y ha roto el armisticio que había firmado porque Ud. no se arregló con el Gobierno y declara que está a las órdenes de Ud. y por eso no cele-

bra tratos con el Gobierno de Díaz. Solamente obrando de esta manera coordinada llegaremos al triunfo; de otra manera no faltará un Reyes que se aproveche de nuestra indisciplina y recoja los frutos de la insurrección. Yo creo que si el Gral. Orozco reflexiona que no es él más que un factor en este movimiento, un general muy valiente y distinguido, pero lo mismo que Figueroa, lo mismo que Tapia, lo mismo que Moya, lo mismo que Cabral, que Girón, que Sánchez, comprenderá lo injustificable y lo descabellado de su conducta y la anarquía que vendría si él y los demás generales fueran a ser consultados para cada nombramiento de importancia. Sobre todo, debemos reflexionar todos los que tenemos alguna relación con este movimiento que no importa mucho qué cargo nos toca, sino cuánto podemos servir, y debemos olvidar todo nuestro celo, todas nuestras preferencias, cuando menos mientras la lucha aún perdura y que más tarde, cuando vengán las elecciones, será entonces cuando los nombramientos verdaderamente se consoliden o se modifiquen y si a alguno de nosotros, que ambicione cargos públicos, nada nos toca en las elecciones, por muchos sacrificios que hayamos hecho por la causa, no nos toca más que conformarnos, pues si pretendemos apelar a la discordia o a la fuerza, se nos acusará, con justicia, de ambiciones vulgares y el país se verá en peligro, entonces sí, de la absorción americana. Si los hombres que han hecho la revolución no muestran el desinterés que ha sido tradicional en nuestras grandes revoluciones, se hundirán ellos y hundirán al país.

"Perdone Ud. que me haya extendido tanto, pero no puede imaginarse la impresión dolorosa que me causa imaginarme la pistola del héroe Orozco dirigida contra Ud., en un momento que quiero hacerme la ilusión que fue de ceguera, por-

que a dónde hubiéramos ido a dar todos, inclusive Orozco, si su acto de indisciplina encuentra eco entre las tropas! Yo espero que para estos momentos el Gral. Orozco, que ha dado sobradas muestras de patriotismo y grandeza de corazón, habrá ya meditado en que su deber consiste en sostener al Presidente Provisional, aunque llegara a odiarlo, pues sólo de esa manera reconocerán todos que es un patriota.

"Como no dudo que el incidente a que me he venido refiriendo ha de haber sido agravado en las informaciones de los periódicos, aprovecho esta oportunidad para tomarme otra libertad, y es la de aconsejarle que no permita que ningún corresponsal de periódicos tenga intimidación con Uds. a fin de que no se den cuenta, como parecen darse ahora, hasta de los menores detalles de cuanto pasa entre Uds.

"Espero que el Gral. Orozco, habiendo reconocido su falta, volverá a ser excelente soldado como antes y que pronto tendremos motivos para admirarlo de nuevo como lo admirábamos, y que nunca manchará su espada de libertador, con actos de condotiero.

"Con todo el afecto de una profunda estimación, me suscribo de Ud. como siempre muy adicto amigo y S. S. JOSÉ VASCONCELOS."

En cambio, don Venustiano Carranza, según confió años después a don Adolfo de la Huerta, exclamó: "Esa vez nos salvamos gracias a la entereza de Pancho Madero. Y yo le aconsejé: 'Firme ese armisticio, porque éstos, hoy nos ladrán y mañana nos muerden.'"

En la siguiente epístola a Madero, se ve que Vasconcelos obraba sinceramente al decir que no importaban los nombramientos que provisionalmente se hicieran. Hasta sugirió Vasconcelos que se diera a Luis Cabrera el cargo de Ministro. No así otro peor que Pascual Oroz-

co, el licenciado Roque Estrada, quien sin haberse atrevido a penetrar en territorio nacional a exponer su vida como tanto otros, confesó que a raíz de la toma de Ciudad Juárez interrogó a Madero qué cargo le daría, y cuando creía le constataría que lo incluiría en su gabinete, oyó con estupor que fuera con el grado de teniente a Zacatecas a encauzar el movimiento armado. Desde entonces cobró rencor a Madero llegando a escribir un libro en su contra. La nueva carta de Vasconcelos reza:

"Confidential Agency of the Provisional Government of Mexico. Washington, mayo 12 de 1911. Sr. D. Francisco I. Madero, Presidente Provisional de México. C. Juárez, Chih. Muy estimado jefe y respetado amigo:

"Sírvase aceptar mi más cordial y entusiasta felicitación por sus éxitos recientes y por el tacto y generosidad con que trató Ud. a los prisioneros capturados en ésa.

"Acabo de saber la constitución de su nuevo gabinete y lo encuentro perfectamente atinado; estoy seguro de que causará excelente impresión y me gustaría verlo redondeado con Cabrera de Ministro de Fomento.

"Es probable que en lo adelante ya sólo le esperan a Ud. triunfos, y para la tarea aún más difícil de reorganizar todos los ramos de la administración, no dudo que seguirá Ud. inspirado con el tino casi providencial que lo ha venido guiando hasta hoy.

"Le ruego le haga presentes mis respetos a su apreciablesísima Sarita, y me suscribo de Ud. muy atento amigo y S. S.—J. VASCONCELOS."

El señor Madero, para borrar en Vasconcelos alguna duda, si existía, de que se olvidara de él en la selección de Consejeros, le explicó que había echado mano de quienes residían en aquellos momentos en C. Juárez, con lo que le indi-

caba que en un próximo gabinete ya definitivo, figuraría. Su respuesta dice:

"Secretaría Particular. Ciudad Juárez, 17 de mayo de 1911. Sr. Lic. José Vasconcelos. 1533 'I' Street. Washington, D. C. Mi muy estimado amigo:

"De todo corazón agradezco su felicitación que con fecha 12 del actual se sirvió transmitirme, por los éxitos de las armas libertadoras.

"Celebro mucho que mi elección de Consejeros haya encontrado la aceptación de Ud.; y en cuanto al Lic. Cabrera que Ud. me sugiere como Ministro de Fomento, me permito llamarle la atención de Ud. acerca del hecho de que por hoy no se trata de un Gabinete propiamente dicho, sino sólo de un Consejo revolucionario y por lo tanto no podrían formar parte de él sino revolucionarios que se encontraran actualmente en Ciudad Juárez.

"Muy pronto va a resolverse el problema de si puede hacerse la paz en términos convenientes o debemos seguir la guerra hasta su fin. Con toda oportunidad sabrá usted el resultado.

"Mi esposa corresponde a los finos saludos de usted y yo me repito muy suyo afmo. amigo y atto. S. S. Fco. I. MADERO."

Por lo demás, a la hora del triunfo, al permitirse al licenciado Francisco León de la Barra que sirviera de presidente provisional en un gobierno interino de transacción, tanto Vasconcelos como el licenciado Luis Cabrera rehusaron terminantemente la oferta que Madero les hizo de formar parte de ese gabinete, el primero como Subsecretario de Justicia y el segundo como Subsecretario de Gobernación. Con los años Vasconcelos me explicó que él no aceptó porque comprendió que no se entendería con el Ministro, licenciado Manuel Calero, reaccionario de tomo y lomo.

CAPÍTULO II

EL "SUPERMUCHACHO" QUE GANABA MIL PESOS.—VASCONCELOS Y PANTO VILLA.—CÓMO Y CUÁNDO CONOCÍ PERSONALMENTE A VASCONCELOS.—CEREMONIA EN EL ANFITEATRO DE LA PREPARATORIA Y UNO DE TANTOS ERRORES DE UNO QUE CONSIDERÓ AVENTURA LA EPOPEYA VASCONCELISTA.—SE DISPERSA EL GOBIERNO GUTIERREISTA.—EL DESTIERRO.—SUS AMORES.—POR QUÉ VOLVIÓ DE RECTOR.

Al hablar de los primeros intelectuales revolucionarios, cita Vasconcelos al licenciado Federico González Garza, "sin brillo pero con talento, tenacidad y honestidad". Y fue éste quien me informó que Vasconcelos, al triunfo del maderismo, prefirió dedicarse a los negocios. He aquí cómo explica Vasconcelos esto:

"Me negué a figurar como Subsecretario de Justicia en un plan de reorganización del gabinete del gobierno provisional, y para justificar mi renuncia hube de emprender viaje a Tehuacán, donde se hallaba Madero descansando. No quería poder a medias, le expliqué, y en un gobierno de compromiso. Por otra parte, económicamente no me convenía dejar mi profesión por un cargo gubernamental cuyo salario, por alto que fuese, no se comparaba a mis ingresos independientes. El público veía nada más el menosprecio del poder que hacía en mí negativa y crecía mi fama."

Le llamaban "Supermuchacho", y como se le deslizó decir que en su despacho de la calle de "Gante" ganaba mil pesos mensuales, los periódicos, al mencionarlo, añadían: "Gana mil pesos." Esto último el licenciado Vasconcelos no lo cuenta. Quien se refiere a él con perfidia es don Vito Alessio Robles en un libraco con el que quiso subs-

tituir a otro mío retirado de la circulación por Gabriel Botas, que preveía agresiones estudiantiles con las que lo amenazaba un enemigo mío gratuito. Del libraco de don Vito sólo formuló Vasconcelos este comentario a Febronio Ortega que fue a instarlo a que respondiera las arremetidas vitistas: "¡Quién hace caso a Vito! ¿Qué ya Vito es general?" "No, licenciado: es coronel." "¡Pues como escritor se quedó en sargento!" Hubo otro que escribió algo parecido a mi libro con el rubro de "Me lo dijo Vasconcelos" y que resultó una pifia.

Un hijo del doctor Mariano Azuela me cuelga el sambenito de que yo distancie a Vasconcelos y a don Vito. Como lo comprueba en sus "Andanzas", el despacho de Alessio Robles databa de años atrás. En mi correspondencia con Vasconcelos, que un abogado cubano muy inteligente califica de profética, consta que intenté ponerlos de acuerdo, pero fracasé y Vasconcelos murió creyéndolo siempre un agente provocador del callismo en nuestras filas.

Don Vito, siendo policía, describe en su libraco a Vasconcelos anunciándose en la Inspección General, tal y como si se tratara de ver al Czar de todas las Rusias. Lo pro-

bable es que Vasconcelos fuera a evitar que continuaran extorsionando a uno de sus clientes, "El Agachado", quien en mala hora lo había designado su defensor, anticipándole una cantidad. Sobrevino la cuartelada de Huerta y Vasconcelos se desterró. "El Agachado", furioso, al entrar Villa triunfante en México, le dijo: "Usted, mi general, quita a Vasconcelos del gabinete o yo lo quebro." Y agrega don Vito: "Villa, para quien Vasconcelos había sido excesivamente solícito, paternalmente aconsejó a éste: 'El Agachado lo quiere quebrar. Y como sé que Banderas es bragado y cumple lo que ofrece, lo mejor es que se vaya de aquí. Yo quiero ayudarlo. Mandé al general Angeles a que me tomara Monterrey. Yo le daré una carta de recomendación para que le dé allí la chamba de Secretario de Gobierno...'"

Esto de lo solícito para con Villa, lo desmiente Vasconcelos, no en sus *Memoria*, sino en una carta que escribió a un hermano del historiador Alfonso Toro desde San Antonio, Texas, el 5 de agosto de 1935. Dice así:

"Desde la revolución carrancista a la cual serví en la lucha y denuncié en plena victoria, los enriquecidos por el Primer Jefe, no teniendo argumento que oponer a mis cargos contra el gran corruptor de la Revolución que fue Carranza, comenzaron a acusarme de villista.

"Lo cierto es, y lo he publicado muchas veces, que hablé con Villa dos ocasiones: la primera en la estación de Aguascalientes, en los días de la Convención. En esa entrevista, Villa me trató con simpatía, porque había yo roto con Carranza, o, más bien dicho, porque Carranza me había puesto preso por el delito de no declararme su incondicional, declaración que se exigió a todos los revolucionarios y declaración que hicieron todos los que

quisieron conservar sus cargos de ministro para abajo." (Esto es verdad: en aquellos días, hasta cualquier empleado que buscaba un empleillo ínfimo, tenía que firmar que era carrancista de corazón. Yo también me negué y preferí la indigencia.) "En dicha primera entrevista —prosigue Vasconcelos— Villa me ofreció dinero que no le acepté, y no volví a verlo, no porque me hubiera ofrecido dinero, cosa que hizo con la mayor buena fe del mundo, sino por la sencilla razón de que no había ido a Aguascalientes para ver a Villa, sino para sumarme a la Convención de Aguascalientes, que a la postre desconoció a Villa, a Carranza y a Zapata. Ahora bien: fui yo comisionado con los generales Raúl Madero y José Isabel Robles para irle a pedir a Villa que entregara el mando de las tropas y se sometiera al presidente electo por la Convención, Eulalio Gutiérrez. Los que lo conocieron imaginarán la cara que me puso Villa, aquella cara de bestia irritada; sin embargo, en aquella ocasión se dominó, y Villa, de dientes para afuera, prometió dejar las tropas y retirarse a Chihuahua..."

Todo esto está ajustado a la verdad histórica y los lectores juzgarán. Lo que sucede es que don Vito quería compararse a Vasconcelos a como diera lugar. Pero a Vasconcelos lo admira todo el país y a don Vito sólo lo tuvieron en cuenta y lo admiraron el periodista José C. Valadés, un fotograbador Oyerbides, los dos hermanos Barrera Fuentes y un hijo del doctor Azuela.

Lo que parece que sí es verdad, es que, como a don Vito, cual buen policía, se le encargó practicar "una discreta investigación" sobre las murmuraciones que provocaba la bella divorciada Elena Arizmendi, el resultado fue el siguiente, según palabras del espía Alessio Robles: "La bella Adriana era amiga ínti-

ma y dilecta de Pepe, que había prestado algunos servicios de última hora, en el extranjero, a la revolución maderista (mientras don Vito combatía a los revolucionarios de Madero en Casas Grandes); que se decía amigo del Presidente y con gran influencia en las esferas administrativas; que estaba al frente de un bufete muy próspero, que patrocinaba importantes negocios administrativos, que la amiga le ayudaba, solícita, en el arreglo de algunos asuntos, que ella personalmente expeditaba con particular buen éxito, pues ningún funcionario —decía el informe policiaco con extremada filosofía—, podía dejar de rendirse ante tan opulenta belleza y ante la consideración de sus relaciones personales. También aseguraba el informe, con pelos y señales, que aquella apetecible y codiciable fortaleza no era precisamente inexpugnable y que solía reunirse con otros amigos, burlando al amigo oficial y responsable, que le obsequiaba alhajas de gran valor.”

En estos últimos renglones coinciden don Vito Alessio Robles y Carlos Pellicer, quien conoció de cerca a Vasconcelos, pero con la diferencia de que el primero supo esparcir el veneno y el otro la conmiseración cristiana. Dictó, en efecto, Carlitos, poco antes de su muerte:

“Voy a hacer alusión solamente a una de las muchas anécdotas que algún día tengo que escribir a propósito del genial autor... Vasconcelos, como ustedes recuerdan, fue un gran amante, un gran amante generalmente desdichado. Las pocas mujeres que se enamoraron de él, a él le resultaron poco agradables. Ustedes recuerdan que hay hasta un suicidio en la Catedral de París por causa de Vasconcelos.” Hasta en verso escribió Pellicer esta interpretación errónea que comparte, ya no con el bronco Vito Alessio Robles, sino con alguien peor, con don

Emilio Portes Gil, que escribió que Vasconcelos abandonó a Antonieta Rivas Mercado luego de que ella se había arruinado en la campaña electoral vasconcelista. Se concreta Pellicer a decir en verso: “...la hermosa mujer — que se suicidó por él una catedralicia mañana”. Antonieta, ni era hermosa, ni existen mañanas catedralicias, ni contaba en el apostolado de 1929 con ningún dinero. Don Juanito B. Ruiz le facilitó doscientos dólares que jamás volvió a ver. Y la verdad de todo me la dio a conocer Salvador Novo, íntimo de Antonieta: Ésta lo que esperaba era el triunfo de Vasconcelos para recuperar a su hijo y una parte de la fortuna de su esposo, de quien se divorciaba. Y al sobrevenir el fraude electoral y comprender que era una carga pesada para Vasconcelos, optó por el suicidio.

“Se trata —prosiguió Pellicer en su relato— de uno de esos personajes que se proyectan sobre todo un continente, que son toda la honra de una raza entera, de muchas vidas... Yo iba a contarles una anécdota de Vasconcelos. Estábamos una noche cada quien en su celda en la hospedería franciscana de Jerusalén... Estoy contando esto, habiendo recordado que Vasconcelos fue un gran amante desdichado. Pero, en fin, allá por 1910 y 1911 él tuvo amores con una de las mujeres más bellas que ha habido en México; no hay para qué decir su nombre; recordaré solamente que ella por lo menos con su maravillosa prestancia fundó la Cruz Blanca Neutral; toda esta historia está más o menos (?) contada en ese prodigioso libro que es el *Ulises Criollo*. Era el tercer día que estábamos en Jerusalén, en la hospedería de los franciscanos, cuando oí como a las once de la noche un toque en la pared que dividía las dos celdas. El licenciado Vasconcelos tenía la manía de comer dulces y con ese motivo con cierta fre-

cuencia se enfermaba... Yo violentamente toqué la puerta y me dijo: 'Pase.' Lo encontré leyendo. Le dije: '¿Se siente usted mal?' No me hizo caso sino que me indicó que callara, que esperara. Él estaba leyendo los Evangelios. Hay un pasaje en San Mateo en que los sacerdotes se acercan a Nuestro Señor y le dicen: 'Por favor nos dilucidados (?) esta cuestión que os (?) vamos a presentar. Un fulano se casó; la mujer enviudó, pero el fulano tenía siete hermanos y los siete se fueron casando con esta mujer, y ella acabó siendo viuda de los siete hermanos. A la hora de la resurrección, quieres aclararnos ¿esposa, mujer de cuál va a ser?' Y Jesús respondió: 'Para entonces todos seremos como los ángeles.' Los aplastó, se acabó todo..." Está todo esto escrito tan chabacanamente después de la sencillez y la grandeza de como consta en los Evangelios, que precisa ver si Pellicer, al relatarlo en verso, es más afortunado: "Una noche, — en Jerusalén, en la casa de los franciscanos — tocó la pared que se interponía entre nuestras celdas — y yo acudí y me dijo: 'el libro que tengo en las manos — me aclara por fin una duda terrible: ¿Recuerda Ud., me dijo, aquella parábola — de la mujer que se casó muchas veces — y alguien entonces le preguntó a Jesús, — con cuál de aquellos hombres quedaría — el día de la Resurrección? y el Redentor — respondió: 'con ninguno, porque entonces — todos serán como los ángeles.' — Vasconcelos me agregó: 'Ud. me comprende, — ¿no es así?' — Yo regresé a mi celda — y recordé la historia de su pobre Adriana..." Pero ni así. Carlitos, como poeta, era un poetaastro. Fue la palabra que el propio Vasconcelos empleó ante mí, aunque en otra parte haya dicho lo contrario. El propio Carlitos sabía que a Vasconcelos no le agradaban sus versos y hasta me relató que en Egipto sólo le gustó una frase suya arqueoló-

gica. Además, las Escrituras advierten que ¡ay de aquél que altera una tilde o una jota de la palabra santa!, aparte de que ni Vasconcelos ni Carlitos sabían que a no ser que se acepte la Salvación, "ningún adúltero entrará en el reino de los cielos". Por otra parte, no es extraño que Vasconcelos viniera a conocer el episodio bíblico hasta entonces, en la casa de los franciscanos, pues varias veces comprobé el desconocimiento que tenía de la fuente de la Sabiduría.

"Pues sí, efectivamente —concluye Carlitos—, aquella maravillosa dama de 1910 y 1911, después de poco tiempo se había propuesto enganar a Vasconcelos precisamente con sus amigos más cercanos y él tuvo que tolerar esta situación porque estaba enamorado hasta el frenesí de esa mujer que lo humilló tanto." De esto de los engaños de que hablan don Vito y Pellicer, nunca me añadió una palabra Vasconcelos. Sólo recuerdo que un día, hablando de las mujeres célebres, murmuró: "A mí me tocó cada..."

De que estaba enamorado hasta el frenesí me lo comprobó el crítico de arte Eduardo Colín, del Ateneo de la Juventud y asiduo por lo visto del hogar de Vasconcelos. A Colín lo encontré en la ciudad de Oaxaca, cuando trataba de curarse la enfermedad que lo llevó a la tumba. En el parque principal de la Antigua Antequera me confió:

"Un día (aquí el nombre de pila de la virtuosa y abnegada dama esposa de Vasconcelos) me preguntó: '¿Qué hacemos con Pepe? Ayer se postró a mis plantas confesándome que está perdidamente enamorado de esa mujer.'"

Creo que esta escena describe mejor que nada el estado de ánimo de Vasconcelos en aquellos tiempos, que no se limitan a 1910 y 1911, y, aparte de lo que cuenta él en sus *Memorias*, no sólo en el "Ulises Criollo", sino hasta en "La Tor-

menta", que abarca más allá del año de 1914, cuando lo conocí personalmente en la ceremonia en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, a la que asistió con el Presidente Provisional, general Eulalio Gutiérrez, que lucía en el abdomen la bandera tricolor. Por cierto que el indocumentado autor de la aventura vasconcelista afirma que en el breve gobierno gutierrista resultó "director de la Preparatoria Antonio Caso contra la candidatura de Erasmo Castellanos Quinto", lo cual es una falsedad, pues el contrincante fue el Dr. Alfonso Pruneda, tanto que yo, alumno opositor a éste, hablé de que para Director de nuestro plantel se necesitaba un hombre íntegro. Todo porque al Dr. Pruneda le faltaba una pierna.

En la ceremonia de referencia en el Anfiteatro de la Preparatoria clamó el maestro Caso por la autonomía de la Universidad:

"Usted, señor ministro —decía dirigiéndose a Vasconcelos— ha escrito alguna vez: 'El éxito es fugaz y mediucre. Aparece con el instante. Muere con él...' ¡Dadnos la libertad! Me dirijo a hombres que han luchado por ella en los campos de batalla."

Con el correr del tiempo me explicó Vasconcelos que esa frase suya consta en su tesis para recibirse de abogado.

"Un aspecto de atormentado tiene este Vasconcelos", repito que advertí detrás de don Erasmo Castellano Quinto, que señaló:

"Hasta en eso nos parecemos Pepe Vasconcelos y yo."

"Sí, son igualitos", comentó Pellicer.

Por los años 30 me relataba el maestro Antonio Caso, en presencia de un hijo del doctor Mariano Azuela, en la librería "Robredo", que antes de tomar posesión lo llamó Vasconcelos para aducir un plan de trabajo, para lo cual se dirigieron al bosque de Chapultepec. Vio Vas-

concelos un prado sombroso, se despojó de su chaqueta y se tendió en el pasto invitándolo a hacer lo mismo, a lo cual él se negó temeroso de una pulmonía. Y mientras discutían el programa a desarrollar, Vasconcelos exclamó:

"Es que la Revolución trae un lema."

"¿Cuál lema,"

"¡Mal, pero pronto!"

Fueron un grupo de preparatorianos, entre ellos Gómez Morín y Lucio Mendieta y Núñez, a pedir a Vasconcelos ayuda para un periódico que llamaríamos "La Raza". "Debe salir a todo trance. Aquí tienen mi cuota personal, dijo, a reserva de darles una ayuda oficial."

Y extrajo de su bolsa un billete de veinte pesos, que a pesar de ser un bilimbique de los expedidos por la División del Norte, valía algo, al extremo de que lo recibió Lucio Mendieta y jamás rindió cuentas de él, sobre todo porque "La Raza" nunca apareció, dado que se vino el desastre del gobierno convencionalista de don Eulalio. Primero quisieron atraerse al general Álvaro Obregón que con fuerzas de Carranza avanzaba por Puebla hacia la capital de la República. Pero Obregón, después de haber firmado la bandera nacional en la Convención de Aguascalientes, atestiguando así que los acuerdos allí tomados serían defendidos por él con el grado de sargento, se pasó al carrancismo y se negó a escuchar las sugerencias de Vasconcelos y del general Gutiérrez de combatir juntos a Villa, a Carranza y a Zapata. Años después, muerto don Venustiano, me contaba Vasconcelos que se había preguntado a Obregón por qué los había abandonado, y él respondió:

"Porque Carranza era el más fuerte."

No importaba, pues, a Obregón, quién tenía por entonces la razón.

Llevaban Gutiérrez y Vasconcelos, sin embargo, las fuerzas de los generales Lucio Blanco, de Mateo Almanza y de otros. Pero las de Lucio Blanco lucharon sin su jefe, indeciso entonces, según me relató Vasconcelos, como toda su vida. Y de allí que las tropas villistas dispersaron a los convencionistas en el Estado de San Luis Potosí y don Eulalio tuviera que despedir a los pocos que lo seguían, proporcionándoles partes de los fondos que se había llevado a su salida de la ciudad de México. A Vasconcelos correspondió una suma que utilizaría en los Estados Unidos para hacer ver a la Casa Blanca que el presidente Gutiérrez había dado siempre garantías a los extranjeros y que la legalidad estaba con él, por lo que debía otorgársele el reconocimiento. Nada logró. Y la catástrofe económica lo hizo su presa en los Estados Unidos. Aun así, no se doblegaba. Un empleado del consulado carrancista en Nueva York, un farolón Alfonso Robalo, me habló de que un día lo vio pasar junto a él en la calle, con todas las evidencias de la falta de recursos, y lo llamó:

"Vasconcelos, no se me vaya, lo invito a comer."

A lo que Vasconcelos respondió con rabia:

"Yo no como con carranclanes."

Y siguió su camino.

Salomón de la Selva, quien convivió con él por entonces en Nueva York, me relató algo que tampoco cuenta Vasconcelos en sus *Memorias*: Que estaban Vasconcelos y Adriana muriéndose de hambre, y que ella, para remediarla, abrió un simulacro de academia de español. Entre los alumnos llegó un japonés, todo cortesía y caravanas. Un día Vasconcelos entró a la cátedra y lo vio haciéndolas ceremoniosamente, y en el paroxismo de los celos, tomó un florero y lo aventó al nipón. Este, lo que hizo, fue no volver más a clase.

"¡Y que no cuenta eso! —expresaba De la Selva—. Mucho menos lo del curita. Yo sí, lo voy a escribir en mis memorias..."

Por más que hice no me dijo una palabra más. De manera que lo del curita, eso sí que no lo sé.

No sé si fue en ese tiempo cuando Salmón de la Selva salvó la vida a Vasconcelos, en un teatro neoyorkino, donde habló denigrando a los yanquis. Estos, altamente indignados, se levantaron blandiendo sus puños y sus bastones y adelantándose para lincharlo porque decían que era un tal por cual japonés. Salomón, que dominaba el inglés, se puso a hablar para contener al agresivo auditorio y dar tiempo a que Vasconcelos saliera a la calle por una puerta falsa.

Don Antonio I. Villarreal, desterrado también en los Estados Unidos porque don Venustiano había puesto a sus órdenes una bien pertrechada División del Bravo a la que el general Felipe Ángeles hizo trizas en Coahuila, ayudó a Vasconcelos proporcionándole, para revenderlas, unas remesas de pantalones de una fábrica amiga. Pero no debe haber sido muy eficaz esa ayuda, pues se fue con Adriana a la América del Sur a la búsqueda de alumnos para una escuela yanqui por correspondencia. El licenciado Isidro Fabela me aseguró una vez que, siendo diplomático carrancista, lo halló en Lima acompañado de su Adriana, en malas condiciones económicas y le proporcionó algún auxilio que Vasconcelos no rehusó, aunque lo oculta en su autobiografía, no así que en mayo de 1920 "los lacayos mataron al mal Viejo (a Carranza) y como no tenían con qué cubrirse el rostro de asesinos, echaron mano de Villarreal" y de él. Villarreal —así se lee en "La Tormenta"— le hizo entrega en el destierro de quinientos pesos, a guisa de pago de don Adolfo de la



ELENA ARIZMENDI "ADRIANA", de la que da pormenores
en este libro María Luisa Ocampo.

Huerta que perdió una apuesta en torno a la caída violenta de don Venustiano, y para que Vasconcelos se incorporara al régimen de Agua Prieta. "Díganles que todavía van a tener que darme satisfacción pública y un carro especial que me lleve desde la frontera a la metrópoli", replicó Vasconcelos, quien recibió cortos días después un telegrama en el que se le pedía con urgencia redactara una proclama justificando la rebelión anticarrancista. Y "cuando unas semanas más tarde llegamos a México Villarreal y yo, por vía de Monterrey —continúa Vasconcelos— en la estación nos esperaba el general Obregón con la directiva del partido suyo oficial". Obregón los obsequió con una comida en el Café Colón. El licenciado Miguel Alessio Robles anunció a Vasconcelos que lo harían ministro de Hacienda, pero quería mejor la Universidad como base de un nuevo Ministerio de Educación. "Pues lo van a llamar y lo van a comprometer —pronosticó don Miguel—. Lo sé porque hablo mucho con Obregón. Quiere un gabinete de fuerza. Invitará a don Fernando Iglesias, a Antonio Villarreal, a usted." De la Huerta, presidente provisional, abrió los brazos a Vasconcelos, lo sentó a su mesa en Chapultepec y lo trajo "de aquí para allá en visitas oficiales". Don Miguel Alessio, que actuaba como secretario particular de don Adolfo, iba a ser Rector, pero recordó a De la Huerta delante de Vasconcelos: "¿Por qué no le firmas un oficio a Vasco para que se encargue de la Universidad?" Y así se hizo.

Repito esto porque don Alberto Vázquez del Mercado, que, en el fondo, no quería a Vasconcelos, escribió antes de morir una carta al licenciado Antonio Castro Leal

asentando: "El licenciado José Vasconcelos llegó a México en mayo de 1920. La posición política de Vasconcelos no era muy firme. La obra literaria de Vasconcelos era muy escasa, por no decir muy pobre. Se le tenía como un advenedizo y era motivo de intrigas por aquellas personas que se creían con mejor derecho, por su sabiduría y edad para ocupar el puesto; entre ellos se debe enumerar al ingeniero Alberto J. Pani."

Por su parte, un colaborador de Julio Torri en el Departamento Editorial de la Universidad, Francisco González Guerrero, me habló de que por aquellos años andaba rodando desde hacía tiempo el original de los "Estudios Indostánicos" de Vasconcelos, "con muchas faltas de ortografía". Y que al saberse en 1920 que vendría a formar parte del gabinete del Presidente Provisional, don Adolfo de la Huerta, se apresuraron Genaro Estrada, Torri y otros, a editar esa obra. A mí me explicó Vasconcelos, con sencillez, que esto era falso. Y el licenciado Miguel Alessio Robles me reiteró que él había declinado la Rectoría de la Universidad, a la que aspiraba, porque también la prefería Vasconcelos.

Finalmente, María Luisa Ocampo, que conoció a Elena Arizmendi en Chilpancingo, Gro., me proporcionó de esta Adriana los siguientes datos: Su padre era Jefe de la oficina de Hacienda y un día la sorprendió en brazos de un calavera apellidado Carreto. No dijo una palabra, pero después de comer le ordenó se vistiera. "¿Adónde vamos, papá?" interrogó ella. Y la condujo a la casa de los Carreto diciendo que allí se las dejaba, que hicieran de ella lo que quisieran. Lo que hicieron fue casarlos, pero se divorciaron porque fue un matrimonio desastroso.

CAPÍTULO III

EL LEMA DE LA UNIVERSIDAD.—LOS MOTIVOS DEL ESCUDO.—CENSURAS DEL SENTIDO COMÚN.—EL PROBLEMA SOCIAL SEGÚN VASCONCELOS.—MENSAJES A LA JUVENTUD, MUCHOS EXCLUIDOS, POR OLVIDO, DE SUS MEMORIAS.—DOS OPINIONES DISCREPANTES DE ROMAIN ROLLAND SOBRE VASCONCELOS.—LA UNIVERSIDAD Y ZAPATA.—EL INCIDENTE DE VENEZUELA.—LA BIBLIOTECA DE DON GENARO GARCÍA.—CAMPAÑA CONTRA EL ANALFABETISMO.

El lema de la Universidad Nacional, "Por mi Raza Hablará el Espíritu", nació en un acuerdo firmado el 27 de abril de 1921, siendo Rector el licenciado Vasconcelos. Rezaba así: "Considerando que a la Universidad Nacional corresponde definir los caracteres de la cultura mexicana, y teniendo en cuenta que en los tiempos presentes se opera un proceso que tiende a modificar el sistema de la organización de los pueblos, sustituyendo las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política, con las confederaciones constituidas a base de sangre e idiomas comunes, lo cual va de acuerdo con las necesidades del espíritu, cuyo predominio es cada día mayor en la vida humana, y a fin de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representará una nueva expresión de los destinos humanos; se resuelve que el escudo de la Universidad Nacional consistirá en un mapa de la América Latina con la leyenda de POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU. Se significa en este lema la convicción de que la raza nuestra elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima. Sostendrán el escudo un águila y un cóndor, apoyado todo

en una alegoría de los nopales y el nopal azteca."

Saltó el sentido común personificado en un señor A. Root, que no era otro que el historiador Alfonso Toro, quien llamó "mote" al lema del cual escribió que nadie sabía de qué raza se trataba, "porque hablar de raza hispanoamericana, etnográficamente" era el mayor de los desatinos, y en cuanto al espíritu, "era un gigoló como dicen los franceses".

Un 20 de noviembre de 1952 fue inaugurada la Ciudad Universitaria, ceremonia a la que concurrieron altos valores científicos de América y de otras partes del mundo. El licenciado Luis Garrido, Rector entonces del máximo Centro de Estudios, y sus colaboradores, lucían togas y birretes y más bien parecían sacerdotes de Huitzilopochtli entre el redoblar de los tambores, las porras de estudiantes y los coros universitarios. El presidente de la República, licenciado Miguel Alemán, hizo entrega de la bandera que sería estímulo constante de superación y un grupo de robustos estudiantes extendió un enorme cartel con una leyenda ideada por el doctor Alberto Trueba Urbina que decía: "La Ciencia por la Justicia Social."

El licenciado Vasconcelos saltó al día siguiente diciendo en los periódicos:

"No conozco a estas sabandijas del Pedregal que andan proponiendo reformas.

"De una cosa estoy seguro y es de que mientras los revolucionarios auténticos peleábamos y sufríamos, no sólo por la justicia social stalinista, sino también por todas las libertades del espíritu, estos que hoy andan de reformadores se pegaban al presupuesto de todas las repugnantes tiranías que han deshonorado a la Revolución.

"Parece que la palabra espíritu molesta a los hombres del Pedregal. Quizá tienen razón. No se revela el espíritu sino en las conciencias honradas.

"El día que la Universidad prescinda de mi lema, sentiré que ha dejado de merecerlo..."

En los diarios del día 25, el licenciado Trueba Urbina, en un artículo titulado "Una lección de Gramática para J. Vasconcelos", replicó:

"Es lamentable que el licenciado Vasconcelos hubiera descendido con un lenguaje procax, en una cuestión que es de altura. Sin embargo, por la malevolencia que destilan sus declaraciones y sobre todo por la desorientación que pueden provocar, nos sentimos obligados a contestarle.

"Es absurdo que haya olvidado el lenguaje universitario y académico, para adoptar una prosa vulgar e indigna de un hombre de la cultura que en él se supone; pero esto tiene una explicación: una alta fiebre que padecía en los momentos en que dictó su opinión teniendo a su lado, como médico, al brujo japonés que lo trata desde hace tiempo.

"El abstruso lema 'Por mi Raza hablará el Espíritu', cuya paternidad se atribuye el señor Vasconcelos, quedará sepultada definitivamente en el vetusto edificio de las

calles del Maestro Justo Sierra. Y muy a su pesar en la Ciudad Universitaria se tendrá que adoptar uno nuevo que corresponde a nuestro tiempo: 'La Ciencia por la Justicia Social', que sintetiza el ideario de nuestra Revolución, que fue anterior a la rusa.

"El conjunto de afirmaciones incongruentes que ayer aparecieron publicadas, exhiben al señor Vasconcelos como un ignorante de nuestro idioma, pues desconoce las diversas acepciones que la proposición POR tiene en español; aunque seguramente en un momento de lucidez contradice su afirmación y emplea correctamente, en la misma forma en que nosotros lo hicimos en nuestro lema, la preposición POR, cuando dice: 'peleamos y sufrimos, no sólo POR la justicia social...' Como el filósofo no es gramático, nos permitimos algo que le será útil para cuando se restablezca:

"La Gramática de la Real Academia Española, edición correspondiente al año 1900, página 198, expone con claridad la forma de empleo de la preposición POR, a saber: EN FAVOR DE, HABLAR O ABOGAR POR ALGUNO, VOTEMOS POR JUAN... Garcés, en su obra 'Elegancias de la Lengua Castellana' enseña que el POR es el PRO latino y que se emplea con el significado: EN FAVOR DE, A FAVOR DE, y EN DEFENSA DE; y en el 'Quijote' se usa el POR en el mismo sentido en que lo hacemos nosotros, como puede verse en el Capítulo XX, folio 70: 'Y ASÍ LO QUE HICE POR BIEN DE LA PAZ'...

"Después de esto tenemos que decirle al filósofo que estudie gramática. No usaremos jamás la preposición PARA que en vez de POR él sugiere y seguiremos sosteniendo no sólo por ser gramatical sino por su profundo contenido: 'La Ciencia por la Justicia Social'.

"En la Ciudad Universitaria se formarán profesionistas sociales para servir a nuestro pueblo y a la Humanidad, pero no intelectuales

que derramen lágrimas de gratitud por Cortés y Maximiliano, para hacer la Patria a que aspira el filósofo criollo.”

Sobre esto del problema social había declarado ya el licenciado Vasconcelos al llegar a Buenos Aires procedente de Europa, que el campesino mexicano no era comunista porque “el comunismo en México sólo puede significar barbarie”. Y afirmó:

“Marx y Lenin nunca podrán simbolizar el anhelo de superación mundial y espiritual y nunca podrán sustituir a Jesucristo.”

“La organización actual del Capitalismo de Estado ruso —explícito— no disimula su admiración por los Estados Unidos, a quienes trata de copiar. Pero lo que yo reprocho al comunismo es el endiosamiento de la técnica, de la máquina. Los comunistas han dado un sentido metafísico a la máquina que rompe las alas del espíritu humano. Marx y Lenin nunca podrán simbolizar el anhelo de superación moral y espiritual; en otras palabras, nunca podrán sustituir a Jesús.

“Es curioso observar cómo se desarrollan las revoluciones en los pueblos. Nuestra Revolución mexicana ya contenía, desde 1910, muchos de los principios de la rusa. Los hermanos Flores Magón fueron indudablemente quienes contribuyeron más a incorporarle al movimiento maderista un fuerte elemento económico, como lo fue el agrarismo. Nuestra Revolución fue agrarista. Después, los hermanos Flores Magón, honrados, cultos, preparados, desaparecieron y la Revolución fue pasando de mano en mano de analfabetos sanguinarios...”

Amplió lo que antecede en un Mensaje a la Juventud Mexicana en el seno del XIX Congreso Nacional de Estudiantes celebrado en Monterrey en 1951, del que tampoco hace referencia en sus *Memorias* ni en sus “Obras Completas”

pero que por su brillantez y las sabias orientaciones a los jóvenes de entonces y del futuro, precisa reproducir. Comienza así:

“Es aventurado arrogarse el papel de consejero de los jóvenes. No presumo de serlo. Reconozco que cada generación es dueña de su conciencia y ejecutora de su propio destino. Lo que puedo decirles no tiene otro valor que el de una experiencia humana, cuya autoridad no es otra que la de ser sincera. Me presento ante vosotros con una conciencia que contempla su momento histórico, participa de sus angustias y pone a vuestra disposición una serie de reflexiones que drama tan intenso suscita. Delante de nosotros muchos viejos sistemas se hallan en bancarrota. Doctrinas que parecían perdurables han mostrado su interna gangrena y se derrumban impotentes. Ideas que ayer no más recibían acatamiento general, véanse condenadas al descrédito. Seguimos anhelando la libertad y la justicia, pero han variado totalmente los caminos que emprendemos para buscarlas. Por todas partes el liberalismo derivado de la Revolución Francesa, es enjuiciado, y nuevos programas conducen a soluciones más certeras del problema social.

“El fundamento cristiano de toda reforma fecunda, empieza a ser reconocido y adoptado como base de reconstrucción. Relegamos a un olvido piadoso el reformismo culpable que hizo de la política un instrumento de mafias que se destrozan entre sí con el antifaz de partidismos que a la postre han debilitado y corrompido el cuerpo de la patria. La ambición del mando y la codicia tiemblan hoy ante la exigencia de honestidad y de sinceridad que convierten la política en un apostolado. La renovación alcanza al pasado inmediato y revisa la historia. Las leyes de la época juarista consolidaron la discordia al dividir a la nación en dos bandos irreconciliables: liberales y reaccio-

narios que por otra parte y con frecuencia han coincidido tan sólo en la codicia con que al amparo de libertades falsas se enriquecieron dentro de la impunidad de los capitalismo sin freno. Bajo etiquetas aparentemente distintas y al amparo de leyes necias, la riqueza nacional pasó a manos del extranjero, en tanto que la iglesia y el campesinado se hicieron pobres. (Un empleómano de quien dice Alejandro Gómez Arias que no es escritor, ni historiador, ni abogado y que entonces ¿qué es?, proclamó que ya no seguía a Vasconcelos en su trayectoria política porque censuraba al juarismo, cuando que, cuando él se afilió al vasconcelismo, entró el candidato por Nogales en 1928 difundiendo en sus discursos esa misma tesis.) Las leyes de amortización, al disolver las comunidades, dejaron la propiedad agraria a merced del latifundio nativo y de las concesiones imperialistas.

"La Universidad del porfirismo recogió la doctrina que se llamó de los científicos, o sea un evolucionismo que en nombre del filósofo Spencer justificaban, como derecho de los fuertes, el atropello y el abuso de la clase gubernamental.

"Vino, por fin, el estallido revolucionario. Las aspiraciones nacionales quedaron definidas por Francisco I. Madero en el Plan de San Luis Potosí, que contiene el ideario de todo lo bueno que más tarde se ha hecho o se ha debido hacer. Desventura para la Patria fue que Madero no hubiese podido llevar a término su obra. Con Madero se habrían resuelto en forma sensata todos los problemas económicos. Su política generosa, iluminada por su inteligencia superior, habría puesto las bases de una unidad nacional fundada, no en la mezcolanza de los valores, sino en una valiente reforma de los preceptos antiliberales de la Constitución, al mismo tiempo que se habría logrado la paz política en la única forma en que

ella es perdurable, o sea, el respeto al sufragio, que garantiza el funcionamiento de los partidos.

"Sacrificado Madero en la forma inicua que todos sabemos, el pueblo mexicano tornó a demostrar su salud y su entereza levantándose en armas para consumir el castigo de los usurpadores. Pero la Revolución había perdido el corazón y la cabeza y a la hora del triunfo tan sólo tuvo brazos para lanzar golpes de venganza que acabaron por volverse contra los mismos vencedores deshonrados por el faccionalismo. Se pretendió desacreditar al amor y se hizo bandera del odio. Triunfaron ensayos socializantes que engañaron la opinión, en tanto que los más altos jefes ejercían la dictadura y ávidos de riquezas se burlaban de todas las intenciones nobles que, según decían, eran la causa del fracaso maderista.

"Mientras tanto, el Mundo se transformaba como consecuencia de las últimas grandes guerras. En la crisis se vio claro que el liberalismo se había prostituido, falto de algún contenido de piedad que hubiera puesto límite a las ambiciones de lucro que desató el capitalismo. Por su parte, el socialismo, al renegar de sus orígenes cristianos, se fue encaminando por lógica materialista hacia el odio de la lucha de clases, para caer finalmente en los horrores de la dictadura política de tipo soviético.

"Y llegamos al momento actual en que los países exigen radicalismo, pero en la verdad, vida libre, pero libre de las intervenciones exageradas del Estado. Fatigados de padecer la hipocresía y el abuso, cada uno de nosotros vuelve la vista a los eternos modelos de la conducta del hombre. Volvemos a reconocer, como antaño, que quien ha de ser guía y jefe de los hombres, ha de comenzar ejercitándose en el riesgo y el sacrificio, antes de exponerse a las tentaciones del poderío. Los tiempos están maduros para

el cambio, no sólo porque nuevas generaciones educadas en el sufrimiento están ingresando en la vida pública, sino porque habían llegado a ser abstracciones y palabras vacías de contenido: igualdad según el capitalismo; fraternidad, no en Jesús, sino en la mafia, y libertad, según las directivas del partido, porque ni siquiera las pobres abstracciones postuladas se pusieron jamás en práctica. Mentes distinguidas de nuestro país han insistido en que el peor mal de México se halla en las discrepancias que han venido subsistiendo entre la ley escrita y las prácticas de nuestra convivencia política. El contraste deshonroso ha perdurado, quizá porque las doctrinas mismas no eran en realidad ni sinceras ni generosas. Desprovistas de amor al prójimo a la manera cristiana, es decir, fundado no en humanismos huecos sino en la divinidad que otorga a cada hombre el ser hijo de Dios, era natural que semejantes credos políticos cayeran rápidamente en la corrupción y el descrédito. Ahondando hoy en la verdad, nos damos cuenta de que no es la etiqueta del partido lo que debe separar y distinguir a los hombres, sino la fidelidad que unos y otros hayan guardado a los principios que están por encima del partidismo, la política y la Patria misma, como son: la verdad, la justicia y el bien. En todos los órdenes, las viejas divisiones pierden sentido, porque es la hora de levantar nuevas banderas y construir regímenes altos y limpios. Una ideología es el umbral de cada periodo progresista y creador. No es hora de restaurar, sino de crear. Quizá a vuestra generación toque la hora de dar la vuelta al timón de los destinos patrios. Para merecerla habréis de conquistar primero la propia autonomía rompiendo toda clase de compromisos sospechosos. Cultivad el aseo de todo lo que es turbio, de todo lo que se halle

contaminado de oportunismo y de condescendencia culpable.

"Nuevos sistemas en la economía y en la política. Nuevos principios, también recordando que sólo es nuevo lo que está fuera del tiempo, porque es eterno. Así la supremacía del espíritu y la bondad que se funda no en altruismos, que son prolongación del egoísmo, sino en la caridad de Cristo, que se acompaña siempre de sacrificio. Desprecio de las rebeldías superficiales y dedicación insobornable a la revolución de las almas, que es la única fuente de donde puede surgir una transformación de nuestra realidad patética. Revolución que consiste en dar más que en recibir y que encuentra su fuerza en la certeza de que por encima de lo humano y por sobre la historia, hay finalidades que honran el destino y nos redimen de la condición que nos ata a la bestia, nos levanta a las alturas en que se complacen los Bienaventurados conforme al Sermón de la Montaña.

"Afortunadamente para nosotros, los pueblos más adelantados de nuestra época están resolviendo los problemas contemporáneos de modo firme y profundamente justo. Un socialismo de contenido estrictamente cristiano se desenvuelve conforme a prácticas que aprovechan la experiencia de las últimas décadas y tienden hacia la relativa igualdad en lo económico, pero sin perjuicio de mantener vivas y libres las desigualdades del espíritu que permiten a cada quien el desempeño cabal de su función dentro de la colectividad. En la América del Sur, algunos de los principales países han resuelto ya la crisis, liquidando para siempre el liberalismo con su bagaje de opresiones y de hipocresías a fin de adoptar sin reserva la democracia social cristiana, de acuerdo con las modalidades reclamadas por la idiosincrasia hispanoamericana. En México mismo, el cambio se anuncia, si no todavía en organizaciones positivas, sí por lo me-

nos en el descrédito en que se hallan las viejas banderías.

"Por ahora, sólo podemos decir que padecemos la oscuridad y el tormento de estos años deshonrados por la confusión y la mentira. No sólo nosotros, todo el Mundo se ha visto envuelto en el terror de transformaciones apocalípticas. Y cada nación va saliendo del caos, depurada en su orgullo y mejor dispuesta para las creaciones del mañana. Nuestros ancestros españoles iniciaron en la historia la era oceánica de que habla Toymbee. Y los hispanos de hoy en la Península y en el Nuevo Mundo, tenemos que contribuir a la misión de estructurar nuevas condiciones humanas de convivencia y de progreso. Un soplo de esperanza conmueve los ánimos de los que son sinceros y honrados. Los materiales para la reconstrucción seguramente que no nos faltan. Nos hallamos en el centro de lo que quizá mañana el historiador califique de una Edad de Oro de las almas. En todos los órdenes se están produciendo en estos días nuestros, obras del espíritu de una profundidad que ya parecía imposible lograr. En las ciencias y en el pensamiento, el genio se está manifestando quizá como nunca en el corto espacio de años, desde la segunda guerra a la fecha. Libros clave aparecen todos los días. Se diría que el espíritu, en compensación de las múltiples calamidades de nuestro tiempo, se ha puesto a manar por las fuentes cristalinas de un sinnúmero de conciencias nobles y despejadas. Bebed en sus aguas. No aceptéis otros maestros que maestros geniales. La dorada mediocridad, el pomposo conformismo, son patrimonio de fariseos. Los tiempos creadores encarnan en personalidades valientes y luminosas. Acabo de mencionar los libros de nuestro tiempo. Anda por allí, lo suficientemente divulgado, uno que debiera pasar a la memoria de todos los jóvenes del mundo his-

pánico: el "Felipe II" de Thomas Walsh, que pone en evidencia toda la intriga fraguada por los Francis Bacon y los dos Cecil y los que haciendo su prisionera a la Reina Isabel, la obligan a renegar de su primitiva fe católica, para extender por el mundo su dominio que por tantos años logró cobijarse bajo la bandera de la Gran Bretaña. Donde este dominio no se impuso por las armas, se infiltró mediante la propaganda. Nos llega a nosotros, con Carlos III, calificado de progresista, el instrumento de penetración extraña y que en México reemplaza el poder de los municipios, que eran semilla democrática, con la arrogancia de las Intendencias que son el origen de nuestros sistemas militaristas. Ni es patriota ni sincero aquel que, confrontado con pruebas de calidad tan evidente, no comprenda la necesidad de una reforma total del criterio.

"Que el espíritu de la Patria no ha muerto, lo estáis probando vosotros en esta reunión, en la cual he contemplado el desfile de la de vuestros ojos juveniles y la fuerza de pasión contenida en vuestros corazones.

"Que mañana seais vosotros la generación que encarne y realice los anhelos patrios en armonía de las grandes corrientes que buscan hacer del mañana un Mundo radiante, tal es el voto de este amigo vuestro que acosado por los años y no por los combates, ya no podrá acompañaros en la lucha, pero os ofrece los raudales de su fe para engrosar las fuerzas del espíritu que han de traernos, por sobre lo humano, el triunfo definitivo de lo absoluto."

Hizo otro análisis político y social de México proclamando el socialismo cristiano en casi desconocido Mensaje al XXI Congreso Nacional de Estudiantes celebrado en Monterrey. Lo admirable en Vasconcelos es que a pesar de los cuatro gruesos volúmenes de más de 1,500

páginas cada uno, de sus *Obras Completas*, no se repite jamás y abundan en ellos las ideas deslumbrantes, como en esta vez en que no obstante la hermosura de sus conceptos, no fueron recogidos en ninguno de sus libros y que comienzan así:

"Mi deuda con la juventud de mi país es ya larga y cuantiosa. Los estudiantes comenzaron a ser mis amigos cuando, arrojado yo del Ministerio de Educación por las circunstancias políticas del país, muchos de mis antiguos correligionarios se dedicaron a negarme, sin duda por el bochorno que les causaba el no decidirse a secundar mi protesta contra los crímenes gubernamentales y mi consiguiente ruptura con el régimen.

"Un sentimiento de solidaridad desinteresada llevó entonces a la mayoría estudiantil a mostrarme afectos que compensaban el desconcielo propio del que de pronto se enfrenta a la iniquidad sin otro apoyo que el de su propia conciencia.

"Desde mi separación del Ministerio, cada vez que los congresos estudiantiles se reunían en Oaxaca o en San Luis, llegó a ser obligado el mensaje en que manifestaban simpatía por mis posiciones políticas y no como se ha querido hacer creer, porque fuese visto como un maestro que no soy, ni me propongo ser. Constantemente y durante todo mi largo exilio, la voz afectuosa de la juventud de México se me hizo patente y me sirvió de compromiso y de estímulo en mi lucha contra los prevaricadores de la Revolución. De esta suerte, nuestra alianza se fue haciendo cada vez más estrecha, y no tiene nada de sorprendente, en consecuencia, que a mi regreso para figurar como candidato presidencial el 29, fueran los estudiantes la avanzada de un ejército cívico compuesto de las clases humildes siempre en espera del jefe honrado que en-

cauce sus anhelos, así como de la clase media y trabajadora.

"Mi franca oposición al callismo fue aprovechada por aquella juventud que nunca me agasajó mientras fui personaje del régimen; sumó su rebeldía a la protesta que yo representaba y a los esfuerzos del pueblo entero de la patria que repudiaba aquella imposición. Pero triunfó lo peor y el descontento siguió gestando rebeldías y llegó por fin la campaña electoral del 29, en que después de bregar juntos nosotros y la juventud, todos por igual padecemos las consecuencias de la fuerza bruta y el fraude que dieron el triunfo a los malvados y al mismo tiempo destruyeron el principio fundamental de la Revolución, el que postula la efectividad del sufragio. Con nuestra derrota, el progreso político de nuestro país quedó frustrado por varias generaciones. Consecuencia de esa misma derrota desleal fue que tuviese que volver al exilio, un exilio ya no voluntario sino forzado y expresado en decretos que me vedaban el retorno al país. Obligado a continuar en acción rebelde, tuve que trasladarme por los sitios que me daban oportunidad para mantener la agitación de la justicia ofendida. Una y otra vez, entonces, la voz leal de la juventud me alcanzó en diversas ocasiones y especialmente cuando se reunía en sus congresos periódicos, enviándome el mensaje de su persistente inconformidad y de su confortadora adhesión política."

Sobre esto hay que hacer algunas aclaraciones. En primer término, ese exilio de Vasconcelos en 1930 es muy discutible que haya sido forzado por decreto que, por lo menos, no se ha dado a conocer lo suficiente. En segundo, la juventud lo repudiaba sintiéndose abandonada por él. Esto lo llamaba él "discusión de p...". Hubo un congreso de estudiantes parece que en Durango, en el cual (por iniciativa de uno de los pocos que lo recordaban

y a pesar de sus reiteradas explicaciones de que no vendría mientras no fuera a empuñar las armas bien respaldado, no a servir de comparsa en las mascaradas políticas), se le envió un mensaje pidiéndole volver. Irritado ante tanta incompreensión, respondió que no tenían dos dedos de frente para comprender una actitud. Yo pronostiqué a quien formuló el mensaje, que ésa sería su respuesta y él —no tengo por qué callar su nombre: se llamaba Andrés Pedrero— contestó una noche, a inmediaciones del Nacional Monte de Piedad, que si no quería volver, que se fuera mucho a... lo peor de su familia. De esto jamás supo una palabra Vasconcelos, que envió su respuesta por mi conducto, como representante suyo, y como ellos no se dieron por enterados porque decían era dudosa, estalló y escribí de su puño y letra, refiriéndose a los estudiantes: "En conjunto, son un rebaño vil." Esta es la verdad acerca de lo que él llamó después juventud despejada y respecto a la adhesión de ésta a su limpia trayectoria. Y el Mensaje continúa:

"Según el orden natural de las cosas, las filas de la juventud se renovaban, pero cada nueva promoción recordaba al político que seguía instando al pueblo a imponer su voluntad para librarnos de gobernantes que nunca ajustaron sus prácticas a los dictados de la ley escrita; por lo mismo, gobernantes descalificados para consumir obra alguna de progreso efectivo.

"Por muchos años la libertad llegó a verse tan postrada, que los congresos estudiantiles se suspendieron o si acaso hubo alguno, ya no fue otra cosa que junta de lacayos sumisos al régimen. El pueblo entero enmudeció largo tiempo por el triunfo de un totalitarismo que, apoyado por el extranjero, puso su marca de infamia sobre todas las frentes que no osaron repudiarlo.

"Vino, tras largo silencio de la juventud, el congreso celebrado hace pocos años en esta misma Monterrey. Para entonces había vuelto a mi país y una vez más renovando entrañables contactos, me hicieron el honor de tenerme entre vosotros, participando en vuestras deliberaciones.

"Aquel congreso, desarrollado en circunstancias bien precarias, fue sin embargo extremadamente fecundo. Restauró la práctica tradicional de los congresos nacionales estudiantiles independientes. Volvieron a romperse las barreras provincianas y los delegados de todos los rumbos de todo el país dieron testimonio de la unidad estudiantil en todo lo que significa intención sana y propósito elevado. Rindo tributo de admiración a la gallardía de aquel primer congreso de Monterrey, acosado por intereses bastardos, castigado por la indiferencia del público, y sin embargo, valiente y claro en sus conclusiones; resuelto a denunciar la maldad y fiel a los eternos principios de la justicia y la libertad, como ejércitos encaminados al logro del bien común.

"Vino un poco más tarde el Congreso Nacional de Estudiantes de Durango. A él se presentó la juventud reforzada con los contingentes de toda la República y confiada en su misión purificadora. Directiva y delegaciones se expresaron como siempre: con franqueza varonil. Se renovaron también los juramentos de continuar luchando por la conquista de una vida política libre y democrática, que es la misma garantía para el desarrollo pleno de los valores del espíritu. Justo es decir que este congreso contó con la aquiescencia del gobierno local y deliberó ante la presencia respetada y respetable del jefe de la nación." (Si mal no recuerdo, fue en este congreso de Durango donde se levantó un estudiante para exclamar: "Yo amaba a Vasconcelos, pero ya

no lo amo." Y no faltó quien le gritara: "¡Adriano!")

"Y llegamos ahora al presente congreso, que se reúne al amparo de libertades otorgadas por nuestras leyes y garantizadas por el clima de tolerancia que ha estado prevaleciendo en los últimos tiempos.

"Mi fortuna ha querido que una vez más me hayáis hecho vuestro huésped, y me siento aquí en la situación del viejo amigo que sonríe a los caras conocidas de los años recientes, y procuro adivinar en los rostros de los delegados nuevos, que por primera vez se presentan a un congreso, los gérmenes anímicos que integrarán mañana el pensamiento nacional en su plenitud. Todos sois la reserva que ha de proteger, amparar y dar triunfo a lo que aquí proyectáis con sinceridad y decisión.

"Esta mi larga experiencia con las generaciones pensantes de la época, me pone en condiciones de abarcar el panorama cabal de los tiempos, con el objeto de descubrir las exigencias del querer colectivo actual de nuestro país, así como más allá de sus fronteras. Obvio ha llegado a ser el reconocimiento de que ningún pueblo civilizado se desenvuelve aisladamente. Cada grupo nacional se halla inmerso en las corrientes generales de su tiempo, y ninguno escapa a las pugnas y afinidades que son el resultado de sus orígenes. De tal suerte que sólo comprenderemos lo nuestro cuando logremos conocer los intereses y los ideales que empujan al proceso de la Historia Universal. Dentro de ella y de modo particular, influyen en nosotros las afinidades y las oposiciones de las culturas de que formamos parte. Entre todos estos factores, tenemos que escoger los elementos que nos permitan llegar a la síntesis que realiza las aspiraciones del orden superior.

"Para situar nuestra posición será necesario retroceder brevemente hacia los antecesores inmediatos. Nuestro país toma rumbos nuevos a

partir de la Revolución maderista. Se desarrolló ésta bajo la influencia de las corrientes exteriores de su tiempo, que ya respondían a las direcciones que hoy se debaten claramente integradas en las formas del socialismo marxista y el socialismo cristiano.

"Los maderistas iniciamos un movimiento que sin plan del todo preciso, reconocía la influencia del socialismo de su momento, todavía bastante confuso pero ya penetrado de los gérmenes directivos que acabamos de señalar.

"Nuestra inclinación se manifestó terminantemente a favor de un socialismo cristiano inspirado en las versiones de Tolstoi y Dostovievski. Los maderistas nunca fuimos juaristas, no podíamos serlo, puesto que condenábamos la política del liberalismo burgués que había producido el latifundio, el positivismo favorable a los llamados "aptos" con desprecio de los ineptos que constituían el pueblo, y al mismo tiempo, vedaba a las personas morales la administración de bienes raíces, con lo que hizo imposible la existencia de las fundaciones de orden educativo y de beneficencia.

"Cierto que no actuábamos dentro de la ortodoxia católica. El mundo internacional de aquel momento se había desviado de ella; la doctrina de las encíclicas sobre la justicia social, todavía no plasmaba en partidos políticos. Pero al adoptar aunque sea de modo provisional, el reformismo de tipo tolstoiiano, nos colocamos automáticamente en el bando opuesto de las legiones ya poderosas que se inclinaron hacia el marxismo y acabaron por conquistar para sus fines a la mitad de la especie humana.

"El nombre de Carlos Marx se fue abriendo paso en medio de perturbaciones y cataclismos sociales como el ruso que anunciaron la presencia del Anticristo, el enemigo tradicional de la sociedad cristiana

y también de nuestros propios comienzos revolucionarios sinceros.

"Dividida la revolución mundial desde el principio en las dos grandes ramas rivales —la del socialismo ateo y la del socialismo cristiano— por lo pronto el liberalismo de la Revolución Francesa quedó desplazado. En México también, la doctrina que halló expresión en los programas educativos de los años 20 al 24 mantuvo la reforma social dentro de los cánones del amor al prójimo y halló, desde entonces, la inquina sorda de los que insisten en tomar a Poinsett de precursor, si no es que también de abandonado, y pese a que su política nos ha convertido en factoría del imperialismo y, en el orden moral, en satélite de la doctrina que acabó con nuestro Imperio Español y con las formas de una cultura tradicional latina. Era inevitable que más tarde, la lealtad que mantuvimos a un socialismo de inspiración cristiana, nos condujese a la versión mexicana de lo que es cristiano, o sea, lo católico. Pero desde entonces juzgábamos que era menester que nuestra patria conquistase la armonía interior, indispensable a su progreso. Sin reservas, remitimos al pasado la vieja y estéril pugna de conservadores y liberales, y procurábamos superarla adoptando las doctrinas vivas de nuestro tiempo.

"Desde el maderismo hasta la integración de un mañana subordinado al espíritu, no hay sino unidad esencial. En cuestiones de fondo, no hemos cambiado. Nuestra posición sigue siendo avanzada en lo que se refiere a las exigencias de la justicia social. Pero al mismo tiempo, abrimos el pecho a lo eterno e invocamos el reinado del espíritu.

"Pero no reconocemos como espíritu esa falsificación suya que el racionalismo nos ofrece bajo el mito de abstracciones como la justicia y la libertad y la razón misma endiosada, ni el propósito de substituir el Dios vivo de la Iglesia con luga-

res comunes que no comprometen ni conducen a las buenas obras y sí nos apartan del poderío de lo sobrenatural. Es decir, una doctrina divorciada de la caridad y de la fe y por lo mismo, condenada al fracaso.

"En consecuencia, debemos proclamarlo con toda claridad: 'Sólo podrá salvar a México aquella generación que como la de ustedes o alguna otra que todavía no aparece, logre fusionar las actividades públicas dentro de las normas de la doctrina social cristiana, que es la mejor herencia de la posguerra y ya tiene posiciones firmes en Europa y en la América Hispana.

"No hay otra alternativa: la democracia cristiana o el marxismo soviético. Cristo o el Anticristo. Cualquiera solución intermedia podrá dar efecto pasajero, pero no resolverá problema alguno esencial. Nunca como ahora se había planteado con igual claridad el viejo conflicto que es eje de la Historia; la pugna secular de Cristo y el Anticristo, en proporciones colosales.

"El destino de nuestra nación se acoge a vuestras almas. Forjado según el albedrío que es don supremo de la conciencia cristiana. Recordando en cada caso que sólo es fecundo ese albedrío cuando se pone de acuerdo con Dios."

En el siguiente discurso pronunciado en la Confederación Nacional de Estudiantes, desciende Vasconcelos de las alturas en que se situó en el mensaje anterior, para desahogar su fobia contra la doctrina evangélica, sólo porque priva en los Estados Unidos. Yo atribuyo al desconocimiento de la Biblia, ignorada casi totalmente por Vasconcelos y la mayoría de los católicos romanos, esa incompreensión de la caridad norteamericana a raíz de cualquier cataclismo.

Los "Motivos del Escudo" los dilucidó plenamente el licenciado Vas-

concelos ante la Confederación Nacional de Estudiantes, discurso asimismo que olvidó mencionar en sus *Memorias* o que no lo creyó digno de incluir en sus "*Obras Completas*" por más que sus conceptos fueron elevados y formulados de esta suerte:

"Jóvenes amigos: Respondiendo a su indignación reciente, paso a manifestarles lo que sigue:

"El hallazgo de un lema que complementara el nuevo escudo de la Universidad Nacional de México, me resultó indispensable para formular el propósito y la orientación de la Universidad que se lanzaba al destino por el impulso de la Revolución. Me tocó rescatar nuestro primer instituto tradicional de enseñanza, de manos de la barbarie carrancista que por decretos de fuerza se había apoderado de la escuela de Barreda, combatida por nosotros, sin embargo muy superior a lo que estaba siendo deshecho. Los asaltantes, en efecto, habían convertido nuestra Preparatoria en mala réplica de una secundaria protestante norteamericana. De rector funcionaba un abogado conocido en el foro por sus astucias curialescas (se refería al licenciado José Natividad Macías), pero cabalmente inculto y sin otro título para el mando, que su vieja camaradería con el Carranza de los tiempos en que ambos fueron incondicionales servidores de la dictadura. Los profesores habían sido reclutados en las segundas filas del normalismo, que por su índole popular ganó influencia dentro de los círculos políticos de la Revolución, pero que, en general, carecía de preparación académica. Aquellas subalmas, por lo mismo, se habían vuelto materia plástica frente al programa extranjero de deformación de nuestra índole nacional. Resultaba urgente salvar las esencias de nuestra propia cultura, librándonos de aquella mediocridad sin cohesión y sin médula, y para hacerlo era menester integrar una

nueva ideología. Mediante ella se evitaría, de paso, el peligro de recaer en las doctrinas políticas del porfirismo que la propia Revolución había combatido desde la claridad maderista, a saber: la evolución spenceriana, el cientifismo de Justo Sierra y el materialismo de Comte. Era urgente demostrar que la Revolución poseía capacidades propias y empeño en escalar las más altas cumbres del espíritu, sin perjuicio de dedicarse a satisfacer los intereses de los humildes. Tan precisa fue esta última tendencia, que todo lo que hoy se dice de orientar la Universidad hacia las metas de la justicia social, no es más que un 'refrito' de las declaraciones revolucionarias que cualquiera puede leer en la colección de mis discursos universitarios de la época. Nos pusimos, pues, a trabajar en el doble aspecto social y espiritual, pero sin demagogia, porque contábamos con timbres suficientes de distinción y de sacrificio en la lucha, para no tener que descender a la adulación servil de las multitudes. Trabajos para las masas pero sin subordinarnos a sus criterios confusos, menos aún al juicio de lidercillos y agitadores. Al contrario, procurábamos dar a la masa, temas de ascensión para llevarla, junto con los adversarios, a las cimas esplendorosas de la sobrehumana sabiduría.

"Había que comenzar dando a la escuela el aliento superior que le había mutilado el laicismo, así fuese para ello burlar la ley misma. Ésta nos vedaba toda referencia a lo que, sin embargo, es la cuna y la meta de toda cultura: la reflexión acerca del hombre y su destino frente a Dios. Era indispensable introducir en el alma de la enseñanza, el concepto de la religión, que es conocimiento obligado de todo pensamiento cabal y grande. Lo que entonces hice equivale a una estrategia. Usé la vaga palabra ESPÍRITU, que en el lema significa la presencia

de Dios, cuyo nombre nos prohíbe mencionar, dentro del mundo oficial, la Reforma protestante que todavía no ha sido posible desenraizar de las Constituciones del 57 y del 17. Yo sé que no hay otro espíritu válido que el Espíritu Santo; pero la palabra SANTO es otro de los términos vedados por el léxico oficial del mexicano. En suma, por espíritu quise indicar lo que hay en el hombre de sobrenatural, y es lo único valioso, por encima de todo estrecho humanismo y también, por supuesto, más allá de los problemas económicos que son irrecusables pero nunca alcanzaría a normar un criterio de vida noble y cabal.

"Para acabar de entender el lema, sin embargo, es preciso recordar la época en que se inventó: el carrancismo había caído desacreditado frente a la cultura, en general por su ramplonería, y en particular por el máximo pecado de haber suprimido, en torpe emulación de lo norteamericano, el antiguo Ministerio de Instrucción Pública. Fue, pues, indispensable, en consecuencia y como primer paso de una restauración civilizadora, volver a crear el Ministerio de Educación Pública, pero ya no según el plan raquítico de la era porfiriana, reducido al Distrito Federal y los Territorios, sino de manera ancha y generosa, con acción sobre todo el territorio de la patria. Al impulso de esta exigencia, la Universidad empezó a crecer hasta que fecundada por la Revolución, hallóse convertida de hecho en Secretaría y en seguida, por su influjo, provocó la reforma constitucional que trajo a la existencia el primer Ministerio de Educación Pública Federal de nuestra historia. A la Universidad de entonces, que no se ufanaba de autonomías hipócritas, sino que estuvo bien centralizada bajo el puño de su rector, debe la patria su primer Ministerio de Educación Pública Nacional.

"Gustan de olvidar esto los menudados que urdieron su falsa autonomía para desviar la Universidad del movimiento vasconcelista, la página más noble de la historia política universitaria, y para terminar, como lo consiguieron, haciendo de la Universidad otro apéndice de la misérrima y confusa burocracia nacional.

"De todas maneras la Universidad dio a luz, con la Secretaría, una hija que pronto la superó en fecundidad y estatura, y a la cual ya nadie disputa su misión de ilustrar al pueblo de la República.

"En lo espiritual, siguió la Universidad contemplando desde arriba el panorama nacional y lo encontró pequeño. Y así es como, a su propia hija, la Secretaría le transmitió el escudo que recientemente había creado.

"¿Qué es el escudo? El escudo es, en primer lugar, una protesta en contra de aquel pequeñito anhelo que arrodillaba a la juventud en lo que se llamó el altar de la patria jacobina. Altar sin Dios y sin santos. Altar en que muchas veces el caudillo sanguinario ha suplantado al héroe y al santo. Altar que, en todo caso, está cerrado con techos de concreto a la penetración de los efluvios que vienen de lo alto. Y luego, ¿cuál patria?: no la grande que compartimos con nuestros mayores del imperio universal español, sino la muy reducida en el territorio y en la ambición, que es el resultado de los errores del periodo de formación que nos costara la pérdida de Texas y California. Después de la Revolución que tantas esperanzas engendró porque no se ligaba con ningún pasado sombrío, porque en sus comienzos no intentaba continuar la Reforma sino rectificar la Reforma, resultaba indispensable provocar el crecimiento del alma nacional. Y ya que no podíamos reconquistar territorios geográficos, no quedaba otro recurso que romper horizontes y ensanchar

el espacio ideal por donde el amor, ya que no la fuerza, pudiera conquistar heredades del espíritu, más valiosas a menudo que la disputada soberanía territorial. El paso inmediato, en consecuencia, era obvio: reemprender el esfuerzo, ya secular pero abandonado y saboteado por las dictaduras nacionalistas, de ligar nuestro destino con los países de nuestra misma estirpe española, en el resto del continente.

"La independencia del sur, con Bolívar, con San Martín, había engendrado, no sólo nacioncitas, a lo liberal británico; también había inventado el anhelo de constituir con los pueblos afines por el lenguaje y la religión, federaciones nacionales poderosas. Nosotros no pudimos conservar ni siquiera la confianza de Centroamérica, a efecto de haber construido una vigorosa federación del norte, aliada con el grupo disperso de los pueblos ilustres de Las Antillas. Todo por culpa de las dictaduras y de la confusión doctrinaria de la Reforma que en su odio a España, nos deformó el patriotismo subordinado al recorte territorial y a la mentira de su soberanía fingida.

"Rota, desde hacía tiempo, nuestra solidaridad con los hermanos de la América Española y de España, un sentimiento reducido e intoxicado además de falsas patrioterías, mantuvo en opresión nuestros pechos hasta que la Revolución despertó exigencias nobles, informes. Ensancharlas era el deber de la Universidad. Símbolo gráfico de esta eclosión del alma mexicana, fue el diseño del escudo entonces nuevo, cuya historia estoy describiendo. Consta el escudo de dos elementos inseparables: el mapa de América Española que encierra en su fondo, y el lema que le da sentido. Por encima del encuadramiento, una águila y un cóndor reemplazan el águila bifronte del viejo escudo del Imperio Español de nuestros padres. Ahora, en el escudo, el águila repre-

senta a nuestro México legendario, y el cóndor recuerda la epopeya colectiva de los pueblos hermanos del continente.

"Figura de esta suerte la unidad de nuestra raza; sólo faltaba pedir al Verbo una expresión que marcara la ruta de los destinos comunes. Me vino ésta, de súbito, y fue la voz de un anhelo que se rehacía en la Universidad y había de retumbar por todos los confines de la lengua: es el lema un compromiso quizá demasiado ambicioso.

"POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU: es decir, deberemos ser algo que signifique en el mundo. Y en primer lugar dije raza porque la tengo, la tenemos. Nuestra raza, por la sangre, ya se sabe, es doble, pero sólo en México, en el Perú, en el Ecuador es donde hay indios. En el resto de América nuestra raza es una mezcla de base latina, española e italiana que no excluye una sola de las variedades del hombre; ni el negro del Brasil, ni el chino de las costas peruanas. Una raza compuesta que lo será más aún en el futuro. De allí la tesis de la raza cósmica que implícitamente está contenida en el escudo y que hoy anuncian historiadores como Toymbee, como fatal conglomeración humana en todo el planeta. Pero por lo pronto, hay que comenzar recordando que somos latinos. Dentro de lo latino, nos impelen hacia adelante los gérmenes de las más preciadas civilizaciones: el alma helénica y el milagro judiocristiano, el derecho de la Roma pagana y la obra civilizadora y religiosa de la Roma católica.

"En nuestro abolengo hay nombres envidiados de todas las naciones, como Dante Alighieri, magno poeta de todos los tiempos. En nuestro pensamiento hay torres como Santo Tomás y San Buenaventura. Y particularmente en la América nuestra, del Paraguay a California, es el cordón franciscano la disciplina de obra civilizadora que

todavía se prolonga y que no hubiera alcanzado realización sin el esfuerzo quijotesco que guió la conquista. Raza es, en suma, todo lo que somos por el espíritu: la grandeza de Isabel la Católica, la Contrarreforma de Felipe II que nos salvó del calvinismo, la emancipación americana que nos evitó la usurpación inglesa intentada en Buenos Aires y en Cartagena y que, con Bolívar, fijó el carácter español y católico de los pueblos nuevos. Nuestra raza es, asimismo, toda la presente cultura moderna de la Argentina, con el brío constructor de los chilenos, la caballerosidad y galanura de Colombia y la reciedumbre de los venezolanos. Nuestra raza se expresa en la doctrina política de Lucas Alamán, en los versos de Rubén Darío y en el verbo iluminado de José Martí. Todo esto es lo que el lema contiene y coordina para encaminarlo hacia la grandeza imperial. Nos despierta el emblema el orgullo fecundo y la ambición noble de los pueblos que no se contentan con recibir hecha la historia sino que la engendran, la conforman, le imprimen grandeza. Quise, en fin, dar a los jóvenes por meta, en vez de la patria chica que nos dejó el liberalismo, la patria grande de nuestros parentescos continentales.

"Todo esto se halla en el lema que ahora está encomendado a la defensa de nuestros corazones juveniles. Yo estuve en la Universidad como de paso. Me dirigí a ella llevando en el pecho un manojo de lenguas de fuego del incendio revolucionario. Me cerraban la puerta ancha, no sólo los viejos profesores de la dictadura, también los nuevos de la Revolución falsificada. Tuve, por lo mismo, que entrar por la ventana, pero iba del brazo de la aurora. En mi conciencia alentaba la Revolución, que era entonces una moza lozana y garrida, con algo de Minerva en la testa y en el brazo poderes como de Arcángel. Se ha pretendido que era distinto enton-

ces al de ahora. Nada más falso. ('Los hij. . . que dicen que ya cambié', me señaló un día.) Para mí la Revolución no era una maestra rígida ni podía serlo puesto que yo era de los encargados de crearle la doctrina. Precisamente tal iba a ser la función de la Universidad: poner claridades en un movimiento social naturalmente informe. Desde entonces sabía que un movimiento social ajeno al sentido religioso de la Historia, no podía producir más que miseria y tiranía. Siempre de espaldas al partidario político, procuré definir la Revolución como un sistema de creación y de franqueza. Por eso hablé sin recato de inspirar el movimiento social en un doctrinarismo cristiano de tipo que hoy parece mediocre, pero que entonces se hallaba en boga: el tolstoiiano. No hay, por lo mismo, dualidad entre mi posición francamente cristiana de entonces, que consta en declaraciones públicas que ya en aquella época rasgaban el convencionalismo partidista, y mi posición de ahora, que sostiene la necesidad de encauzar el desarrollo social dentro de las normas estrictas del Evangelio interpretado por las encíclicas. (Esto de Encíclicas echa a perder el concepto. Al Evangelio sólo lo puede interpretar el Espíritu Santo, no los sacerdotes como uno que conozco y que habla de que tal o cual imagen "es muy taquillera".)

"Son los logrerros de la Revolución los que han inventado la patraña de mis claudicaciones, para dar algún pretexto a la desertión que ellos consuman con su conducta. No volveré a la Universidad ni a la acción pública oficial. La vida del hombre es corta y la tarea es inmensa; sin embargo, realizable para todos aquellos que confían en la Promesa. No sólo no volveré, sino que no volvería a cambio de tener que constreñir mi pensamiento para ajustarlo a los moldes de unas ideología burocrática o partidista.

"De la Universidad me echaron por fin, por la abertura de los sótanos, pero no en derrota. No volveré en persona, pero la idea que está en el lema siempre hallará un claro por donde entrar. Una y otra vez volverá a introducirse en las aulas, por el reflejo de las ventanas, cada vez que la Universidad vuelva a estar en primavera.

"Jóvenes amigos: Ya muy pronto tendréis que improvisar capitán. Yo os dejo mi bandera. El día es vuestro; actuad con vigor y con prudencia; reservad vuestras fuerzas porque la ruta es larga y muy ardua. Es ley misteriosa del destino que la conquista del bien ha de costar dolor y sangre; pero el éxito es eterno.

"Mañana, en las horas del triunfo, las manos de las nuevas generaciones izarán el asta de otras banderas más gloriosas, bordadas con las letras de oro de los principios eternos. Mi lábaro no estaba hecho para el lucimiento de los desfiles. Es un airón de combate. Nada importa que la borren de las placas que escribe la adulación y de los membretes del papeleo burocrático y de los estandartes que encabezan las procesiones del servilismo. Mi encargo es: que el actual escudo, con su lema, lo dejéis plantado en la trinchera más expuesta y bajo el fuego tupido de la metralla."

Como se ve, en este discurso sobre los motivos del Escudo, hace hincapié el licenciado Vasconcelos en la conseja de que era distinto de lo que él era en un principio y de que fueron "los logrereros de la Revolución" quienes inventaron la patraña de sus claudicaciones, algo que llegó a oídos de Romain Rolland, pues mientras éste dijo un día a Gabriela Mistral: "Me parece Vasconcelos lo más grande que ustedes tienen en la América, y yo querría escribir su vida entre las de mis hombres heroicos", Antonio Carlos Leal habla de que al cono-

cer a las orillas del lago Lemán a ese gran escritor francés, éste le pidió le informara sobre la situación de Vasconcelos en México, pues que, según noticias que alguien le había comunicado, "se había pasado al bando del enemigo, que había traicionado la causa por la que luchaban en el mundo los más grandes espíritus". "Es muy grave —expresó—, pero me han informado que durante su estancia en España, ha llegado a un entendimiento, casi a un pacto, con los jesuitas: que se lo han ganado totalmente."

El licenciado Vasconcelos era muy dado a las alegorías. En la fachada del nuevo edificio de la secretaría de Educación, creada por él, pues Carranza, inspirado por Palavicini, la había reducido a un empolvado departamento, dispuso la colocación de una Minerva al lado de Apolo y de Dionisio, que representaban, en sentido nietzscheano, el arte apolíneo y el arte dionisiaco. Minerva, la Sabiduría antigua, era la aspiración hacia el espíritu. Pero esto no estaba al alcance del señor Alfonso Toro.

Zahería éste también a Vasconcelos por haber glorificado a Zapata, pero esto lo explicó más tarde, siendo ya ex ministro, precisamente a un hermano de Toro, a quien explicaba:

"...Lo de Zapata es más sencillo. Nunca he tenido de él otra opinión que la de que era un ebrio. Y la única vez que vi a Zapata, en un banquete en Palacio, Zapata me puso mala cara por la simple razón de que siempre fui maderista, y, por lo mismo, distanciado de todo zapatismo. En el banquete de referencia, estuve en la mesa con Villa y Zapata, pero todo el mundo sabe o debiera saber que en esa mesa, mi sitio era preferente al de ambos, porque yo era ministro de Estado y Zapata y Villa simples generales. No volví a ver a Zapata, que también me mandó fusilar si se me

capturaba, y sus fuerzas nos persiguieron por Pachuca. Pero años después, al triunfo del obregonismo, se produjo un periodo sano de reconciliación revolucionaria y nacional. Fue, si mal no recuerdo, en la presidencia de Adolfo de la Huerta, a quien todavía agradezco, como mexicano, el haber decretado la amnistía general y haber procurado la concordia entre vencidos y vencedores. Fue en esa época cuando, invitado por los zapatistas de Morelos a un banquete, fui a él sin escoltas a sentarme a una mesa cordial con mis antiguos enemigos, que me trataron con toda nobleza. Era yo entonces simple rector de una Universidad que todavía no se ensuciaba con el envío de brigadas punitivas 'de oposición', pero protegidas por el gobierno, doble juego que escapa a mi sagacidad de político. Era yo rector, rector que más ha hecho por esa Universidad, desde darle un lema que hoy no merece, etc., y al festejarse el aniversario de la muerte de Zapata, los amigos del banquete de Morelos me invitaron para que hablara en la conmemoración. Hacerlo era sellar públicamente el pacto de amistad y alianza para la reconstrucción de México, de parte de todos los revolucionarios y de todos los mexicanos. Estaba muy ocupado en esos días, en la labor que todo el país seguía entonces con arrobamiento y que hoy nadie comenta sin hablar previamente de mis errores. Eso de mis errores lo dicen los callistas y se supone que es la actitud defensiva de quienes no desisten de elogiarme, pero se precaven de un tirón de orejas de los que dan los empleos. Nunca uno solo de los que hablan de mis errores dice cuáles fueron ellos. ¿Error no construirme una casa como la de Puig, de cuyos errores nadie habla, pero, en cambio, sin construir escuelas? En fin, vuelvo al caso concreto de los errores que se me señalan, repitiendo, sin duda, la calumnia que ha que-

dado flotando en el ambiente lleno de miasmas. En lugar de hablar en la fiesta de Zapata, mandé una corona que decía: 'Al general Zapata. José Vasconcelos.' Buen cuidado tuve de no poner el nombre de la Universidad, que nada tenía que ver en el asunto. Y cuando ciertos elementos de la reacción que hoy corteja a Cedillo, los eternos equivocados que son los católicos de México, me acusaron de que manciaba a la Universidad mandándole coronas a Zapata, ese Zapata que fue ídolo de los reaccionarios en los días en que creyeron poderlo utilizar contra Carranza... , en esos momentos, en vez de irritarme, contesté humildemente a mis críticos, humildemente porque entonces era yo funcionario, y un funcionario debe siempre hablar con humildad, con humildad dije: Haría bien o mal en mandarle una corona a Zapata, pero no mandó la corona la Universidad; la mandé en lo personal. En todo caso, allí está el hecho; asumo sus consecuencias y digo que, por lo menos, yo envié la corona a un muerto. Y los actuales universitarios, que tan buena alianza mantienen con los reaccionarios, andan tras de un nuevo Zapata... Si tal es la calidad de mis críticos, ¿cómo se quiere que no se ponga vanidoso y se crea un genio de la virtud este pobre exiliado?"

También los periódicos por esos días censuraron a Vasconcelos porque el 12 de Octubre de 1920, Día de la Raza, en una ceremonia en el Paraninfo de la Escuela Nacional Preparatoria, se refirió al pueblo de Venezuela, pisoteado por un déspota ramplón, cruel y deshonesto, Juan Vicente Gómez, dueño de media república que tenía en la cárcel o en el exilio a inúmeros patriotas. Ofreció Vasconcelos al auditorio una bandera venezolana para que fuera paseada por las calles y flotara libre en México, en tanto po-

día hacer lo mismo en su nación. El cónsul de Venezuela, Eudoro Urdaneta, se presentó en la secretaría de Relaciones a formular una protesta. El subsecretario de Relaciones Cutberto Hidalgo contestó por escrito que la conducta del Rector no era directa ni indirectamente, la expresión del pueblo y del gobierno mexicanos. Vasconcelos presentó su renuncia, pero el general Plutarco Elías Calles, ministro de la Guerra, salió en su defensa diciendo que el Rector de la Universidad de México era el que debía modelar el alma de la nueva juventud según las orientaciones del progreso que han alcanzado los pueblos en su evolución. En su concepto, a los mentores de la juventud se les debía dejar en completa libertad para sus enseñanzas, ya que la mayor parte de los gobiernos que existían eran conservadores y la juventud necesitaba nuevas luces. "Tengo —terminó el general Calles— al licenciado Vasconcelos en un alto concepto y estimo que su actuación está el servicio de la humanidad, pues la acción de los revolucionarios no debe concretarse a determinado país, sino que debe ser universal para que sea efectiva."

Era tal la fobia que hasta poco antes de la muerte del general Calles tuvo Vasconcelos, que éste, ni de chiste, alude en sus Memorias a la defensa que de él hizo don Plutarco, al extremo de que el presidente provisional De la Huerta le devolvió su renuncia. Así pudo Vasconcelos dedicarse tranquilamente a su campaña contra el analfabetismo, y a contestar entrevistas periodísticas, entre ellas una en que le pidieron anécdotas sobre don Porfirio y don Venustiano. "Recuerdo pocas —respondió— y las que sé carecen de interés para los lectores. Conozco, en cambio, muchas y sublimes de Madero."

Un mediodía entré en el nuevo edificio de la secretaría de Educa-

ción, que aún no se concluía y vi a Vasconcelos en uno de los patios celebrando con albañiles y los demás trabajadores el 3 de mayo. Comían tacos de barbacoa, y Vasconcelos, con un puro en la boca, hacía segunda a los cantadores. Me pareció de primer momento aquello una vulgaridad, sobre todo que siendo ministro, descendiera hasta confundirse entre tanto proletario. Lo hice notar a Pellicer, que me hizo cambiar de opinión interrogándome: "¿Porque está conviviendo con su gente? Pues son las mismas costumbres del Libertador."

Se le hizo asimismo el cargo, repetido ha poco por un escritor que presume de haber sido su amigo, de que "cuando la viuda del erudito don Genaro García propuso en venta la biblioteca de su esposo a Vasconcelos", éste la despachó con cajas destempladas.

La verdad la hice publicar a su tiempo en "El Porvenir" de Monterrey, N. L., pues cuando don Vito Alessio Robles y don José Fuentes Mares divulgaban esa falsedad, era un delito mencionar a Vasconcelos en los periódicos de la ciudad de México. Vasconcelos explicaba que le habían ofrecido esa bibliaeca en cincuenta o cien mil pesos, suma excesiva para la nación en la época. No obstante, pidió el catálogo y lo pasó "a las autoridades del Museo Nacional, por si en tantos años y por algún descuido, alguno de los libros del Museo habían pasado a la colección del director difunto". Así hacía suya Vasconcelos esta sospecha formulada por Alfonso Teja Zabre. Y agregaba: "A los que defienden a don Genaro García, los reservo para alguna oportunidad. Por lo pronto, el hijo Trinidad no puede hacerla de defensor porque es reo, porque él vendió la biblioteca. Y si quieren documentos, que presenten dos: Uno en que conste mi negativa a comprar la biblioteca, pues me han inventado

que yo me negué, pero no lo han probado. No tuve qué negar, porque antes de que yo resolviera, ellos vendieron. Y que publiquen, también, el permiso de exportación de los libros. De esta manera podrán desmentir el dicho de que los libros salieron subrepticamente."

Pero la obra cumbre de Vasconcelos en la Universidad fue el llamamiento urgente que formuló para iniciar desde luego algunos medios que tendieran a la supresión del analfabetismo en la República. Desde luego se procedió a la creación de un cuerpo de profesores honorarios que se dedicaran a la enseñanza de la lectura y escritura de un modo voluntario y gratuito, dando por lo menos una clase semanal a dos o más personas, ya fuera en su propio domicilio o en cualquier otro local. De preferencia se abrirían clases los domingos y días festivos por la mañana, y los maestros invitarían a los alumnos a visitar las vecindades o lugares donde fuera posible reunir el mayor número de educandos. Se anunció al

mismo tiempo la repartición de un modo gratuito en el Distrito Federal y en los Estados y Territorios de la Federación, de todas las cartillas de lectura, de Silabarios de San Miguel, pizarras y demás útiles necesarios. Cuando un profesor honorario presentara a examen con éxito a más de cien alumnos, la Universidad Nacional de México le expediría un diploma en que se hiciera constar el hecho. Se hizo un llamamiento también a todas las mujeres de la República, especialmente a las señoras y señoritas que dispusieran de tiempo, a inscribirse como profesoras honorarias en las oficinas de la Universidad.

La iniciativa tuvo el más sorprendente de los éxitos. En menos de un mes se expidieron centenares de diplomas que acreditaban el patriotismo de los que sacrificaban sus ratos de descanso o de placer para dedicarse a la enseñanza de los ignorantes. Hasta en los patios de las vecindades se veía a escuadrones de muchachos profesores honorarios que iban enseñando el alfabeto.

CAPÍTULO IV

PROTESTA DE VASCONCELOS COMO SECRETARIO DE EDUCACIÓN.—DESAYUNOS ESCOLARES.—INAUGURACIÓN DEL EDIFICIO DE LA SECRETARÍA.—MAESTRO DE LA JUVENTUD.—A LA POSTRE RECHAZÓ ESTE TÍTULO.—DESCONOCIDAS ARENGAS A LOS ESTUDIANTES.—LOS BUSTOS DE LA SECRETARÍA Y SU OPINIÓN SOBRE DON JUSTO.—CONTRA LOS MÉDICOS.—MURALISMO.—DIVERGENCIAS CON DIEGO RIVERA.—VASCONCELOS CON OREJAS DE BURRO.—RETRATOS DE FACINEROSOS.—FELICITACIÓN A STALIN.—EL DR. ATL, DELICIOSO CHARLATÁN.—LOS EFEBOs.—FILIBUSTEROS.—NUEVOS AMORES.—SALOMÓN DE LA SELVA Y LA V DE LA VICTORIA.—SU ACCIDENTADA AMISTAD CON EL MAESTRO ANTONIO CASO.—ENCUENTRO CON EL PADRE ESCOBEDO, PASADO POR ALTO.—SU PLÁTICA CON HERRERO, EL DE TLAXCALANTONGO.—LOS TRATADOS DE BUCARELI Y SU RENUNCIA.

El 12 de octubre de 1921 el presidente Obregón tomó la protesta a Vasconcelos como secretario de Educación, en el Palacio Nacional. "Ministro habemus" oí que disparaba en privado don Carlos González Peña al terminar la ceremonia.

Medio millón de pesos se destinaron seguidamente para desayunos escolares. La idea, antes de que la pusiera en práctica Lunacharski en Rusia, la había realizado el licenciado Joaquín Baranda, ministro de Justicia e Instrucción Pública del presidente Porfirio Díaz.

Cerca de un año después, el 9 de julio de 1922, fue la inauguración del edificio de la secretaría de Educación —orgullo de Vasconcelos—, ante el presidente Obregón, su gabinete y el Cuerpo Diplomático, porque las banderas de los países hispanoamericanos ondeaban en el primer patio del edificio. Entiendo que el maestro Antonio Caso, sentado cerca del presidente Obregón, fue a mí a quien saludó de lejos sonriente. Tras la ejecución de la

Marcha Heroica de Berlioz, el licenciado Vasconcelos leyó un gran discurso en el que hablaba de que se hacían necesarias "salas muy amplias para discurrir libremente y techos muy altos para que las ideas pudieran expandirse sin estorbos", pues sólo las razas que no piensan ponen el techo a la altura de las cabezas. Y se preguntaba:

"¿Cómo vamos a poder construir un palacio si estamos padeciendo la miseria de diez años de guerra; si el porfirismo con todas sus riquezas no pudo dar a la secretaría de Instrucción más que un entresuelo de una casa señorial y todavía, después, el señor Carranza arrojó de ahí a los educadores, porque ni de un entresuelo los juzgó dignos?". Y la obra se consumó a pesar de eso y de la Contraloría, "ese otro estorbo, importado de la Unión americana por extranjeros ignorantes al servicio del carrancismo". Enumeró a los muralistas que hermosearían el palacio del saber y el arte. Y terminó: "Gloria en la tierra, mientras se acerca el tránsito.

Ya es tiempo, mexicanos. En cuatro siglos de encogimiento y de mutismo, la raza se ha hecho triste de tanto refrenarse y de tanto cavar, y ahora se suelta a las empresas locas de la acción que es dolor o contento, victoria o yerro, pero siempre gloria. Hay un ritmo de danza en el tiempo, como si la era del baile se anuncia; la humanidad pugna por ser libre, tan libre y feliz como lo es el alma..."

Como "el acontecimiento máximo del año, considerado desde el punto de vista intelectual" vio un diario metropolitano esta ceremonia.

Su consagración como Maestro de la Juventud la atribuyó Vasconcelos a su labor, entre ella la edición de los clásicos. Más tarde, cuando se le recordó el título, exclamó: "Yo no soy Maestro de América. Cómo voy a tener esa pedantería. Esos títulos son ridiculeces. Yo no tengo más Maestro que Nuestro Señor Jesucristo." "Tengo una gran confianza—declaró en una entrevista de prensa— en la nueva generación. Con toda la experiencia desastrosa de la Revolución, se han formado sus integrantes conciencia propia y yo estoy seguro de que van a transformar el ambiente de México." La generación anterior, la revolucionaria, dijo que había sido corrompida por el éxito, y la intermedia estaba totalmente constituida por hombres mediocres. "Hay que limpiar, sobre todo, las conciencias" enfatizó, pues buena parte de la podredumbre imperante se debía al servilismo a los Estados Unidos. Pero añadió: "México, por ventura, ha empezado a tener conciencia de sí mismo, al igual que toda América." Atribuyó también su designación como Maestro de América a que en el baile popular reemplazó los exotismos y los jazzes odiosos con las danzas folklóricas de México, de Argentina, de Chile, etc., en festivales públicos. Esto lo hizo realidad con el Estadio Nacional, el coronamiento

de su labor educativa. Comenzó por apoderarse de un viejo panteón abandonado, por el rumbo de La Piedad, que se había intentado sacar a remate pero que logró que el presidente Obregón lo impidiera y lo cediese a la secretaría de Educación. Luego obtuvo del personal de la secretaría un día de haber. Se negó a hacer una simple pista de carreras. Lo que le interesaba, por encima de todo, era tener un teatro al aire libre para presentar los cuerpos de bailes y de gimnasia, los coros de las escuelas, un espacio abierto en que la voz humana no se perdiese. Su deseo de salirse pronto de aquel gobierno, apresuró un tanto la fecha de la inauguración. Al frente de la portada se levantó un mástil para sostener una bandera blanca que llevaba al centro el escudo con simbolismos complicados en torno a un sol muy hermoso.

Estuve el día de la inauguración. El presidente Obregón estaba deslumbrado. Una multitud de más de sesenta mil almas aclamó el comienzo de los juegos. Un desfile de atletas, hombres y mujeres jóvenes, ágiles, ejecutaron ejercicios. Un coro de doce mil niños cantó. Un grupo de mil parejas en traje nacional bailó un jarabe. Otros grupos bailaron danzas españolas y latinoamericanas. Vasconcelos leyó su discurso que empezó así:

"El Estadio está en pie, hermoso y grande, como el cúmulo de virtudes que lo han construido. Lo levantó el trabajo, que es santo... Se realizó por fin, como ilusión triunfante de un pueblo que brega... Es teatro y campo de deportes. Cultiva la fuerza para alcanzar la belleza. No puede abrigar mal, porque el mal es fealdad. Será cuna de nuevas artes; masas corales y bailes. Ni comedia ni ópera; eso recuerda el horror del teatro urbano... Se oirá el recitado de grandes trágicas que conmueven sesenta mil almas con el calosfrio de la palabra sublime. Se verán danzas co-

lectivas, derroches de vida y amor, bailables patrióticos, religiosos, ritos simbólicos, suntuosos, acompañados de músicas cósmicas.

"Nadie hable de revivir el espectáculo griego, el coso romano, ni siquiera las ceremonias arcaicas de remotos indígenas. No está hecho para desenterradores. El Estadio reclama creaciones. En sus arcadas tiembla el arte de hoy, el arte del porvenir. En el Estadio balbucea una raza que anhela originalidad expresada en la más alta belleza. Canta coros, ejercita deportes y así se adiestra buscando su verdad. El destello opreso entre sombras, que quiere salir para arder. Por eso el Estadio es escuela. Laten revelaciones extrañas en el sonido, en el ritmo, en la voz. El color se combina en la imagen. Una raza hablará, cantará hasta que alcance la danza que ya es oración. Por eso el Estadio es un templo.

"El Estadio tiene bandera blanca de paz y amor. Tiene también por escudo un sol, símbolo de potencia creadora. Tiene un lema que dice a la raza: 'Esplende, alegre, sabia, fuerte. Esparce la divina alegría. ¡El halo de la fuerza generosa!'

"Esto anuncian en la portada las dos figuras tutelares: la voluntad y la videncia, o, lo que es lo mismo: 'Brega con todo tu tesón, pero atisba con la pupila entera el destello que nace de lo profundo del cosmos!' Sobre las dos figuras está lo más alto: el sol con lenguas de fuego de los antiguos y el sello salomónico. Los dos signos del Dios uno. Para eso se adiestra el cuerpo; para eso se educa el alma. Purificado en la belleza todo podrá ascender.

"Salud a las generaciones libres que aquí van a danzar; paso a los jóvenes que vienen a anunciarlas. ¡Fe en las virtudes intrínsecas de una raza oprimida! ¡Levántate y mírala, que su vigor va a crecer! ¡Mírala ensayando la gestación victoriosa! ¡México limpio, México

nuevo: surge y esplende, sacude las sombras! ¡Avanza!'

Se inauguró el Estadio sin haberlo terminado. De allí que se dijera que los turistas preguntaban si esas ruinas eran aztecas. "¿Pues qué esas figuras de la entrada (pintadas por Diego Rivera) no son obra de los salvajes?"

Antes, a los periódicos, les explicó Vasconcelos su idea: "El Estadio que el Gobierno se propone construir en los terrenos del antiguo Parque Luna, responde a una necesidad urgente. La Rotonda de Chapultepec, llamada monumental porque en aquella época todo se medía por el tamaño moral de Porfirio Díaz, que era muy pequeño, apenas bastaba para dar asiento a los quinientos lacayos que asistían a las ceremonias del dictador. El Teatro Nacional, aun cuando se construyese, adolecería del mismo defecto, de muy escasa capacidad, pues no sólo el Teatro Nacional sino todos los teatros, tienen ese defecto, además del de encerrar al público dentro de cuatro paredes y un techo. El teatro, como todavía lo entendemos hoy, es una cosa muerta y una de tantas importaciones absurdas que las civilizaciones latinas han hecho de los países fríos. En cambio, el teatro griego era descubierto y lo mismo sucedía en las poblaciones mediterráneas. Los teatros cerrados, con su producción de dramas psicológicos, dramas de salón o de problema interior, proceden de la manía que se hizo universal durante todo el siglo XIX de copiar de lo nórdico... Para comenzar a hacer algo, será necesario llevar al Estadio los brotes más lozanos del arte popular, los sonos originales, los trajes vistosos de donde han de surgir nuevas artes suntuarias, los bailes que crean música y líneas generadoras de belleza. La noción de este arte colectivo está ya diseñada en las conciencias, como lo prueba el éxito que se obtuvo cuando mandé retirar de los festivales al aire libre

las romanzas y solos para sustituirlos por coro y orquestas, porque lo que es preciso hacer y es lo único que falta, es un lugar a donde pueda llevarse lo que produce el teatro y lo que produce el pueblo. Todo ello prosperará bajo la luz del sol y al aire libre de este Estadio que la ciudad entera ha de ver levantado como la esperanza de un mundo nuevo. Nuestro Estadio será una mezcla de teatro al aire libre y de escenario moderno. No será una especie de plaza de toros donde se cante ópera; no es la ópera italiana ni tampoco la alemana la que nos va a servir para acabar con los toros..."

El hecho fue que un día le llegó por la vía telegráfica un mensaje en el que los estudiantes de Colombia, uno de ellos Germán Arciniegas, le pedían aceptara su designación con ese título que acostumbraban adjudicar periódicamente. A la iniciativa se unieron los estudiantes del Perú. De allá fue acogido Raúl Haya de la Torre, quien al pasar por Panamá en busca de asilo en México, hizo que los estudiantes panameños secundaran también la idea. Vasconcelos la aceptó en carta a Arciniegas fechada el 23 de mayo de 1923, diciendo, entre mil conceptos:

"... Su carta me ha conmovido, no sólo porque me han recordado ustedes, sino porque los hijos de esta época batalladora sentimos a menudo la necesidad de descansar el anhelo en quienes nos han de reemplazar mañana. Viendo tan corto lo que hoy se alcanza, nos consuela mirar hacia los que pueden empujar el ideal, así que nosotros caigamos vencidos... Don Quijote triunfa en el mundo, pero ha aprendido mucho en estos siglos de fracasos... Bolívar quería una Liga de Naciones Americanas que no excluía a los Estados Unidos del Norte. Nosotros queremos la unión de los pueblos ibéricos sin excluir a

España y comprendiendo expresamente al Brasil, y tenemos que excluir a los Estados Unidos, no por odio, sino porque ellos representan otra expresión de la historia humana... La creación de nacionalidades latinoamericanas fue un caso de suicidio colectivo. Bolívar lo comprendió y para evitarlo empleó todos los recursos de su enorme ingenio; sin embargo, el egoísmo, las barreras naturales y el interés de las potencias extrañas fueron más fuertes... Contémplese la Venezuela de hoy, feudo del último y más monstruoso de los tiranos, protegido de las compañías extranjeras que explotan el país, y se verá como en un espejo lo que en distintas épocas fueron la Argentina, el Ecuador, Guatemala y México. Nuestra independencia estuvo en el papel y nuestro decoro en el fango. Países de opereta trágica, razas bastardas, hemos sido los simios del mundo porque habiendo renegado de casi todo lo propio, nos pusimos a imitar sin fe y sin esperanza de crear... Otros países más afortunados se han ido regenerando por el esfuerzo ordenado de su propio desarrollo y hemos llegado por fin al período decisivo en que vivimos, para escuchar que de uno a otro confín surge renovado el concepto bolivariano, pero ahora mucho más profundo porque ya no busca la liga política para fines abstractos, sino la integración de una raza que llega al instante de su misión universal. ¡Dichosa la juventud latinoamericana que llega a la vida cuando se sientan las bases de un nuevo período de la historia del mundo!...

"No es copiando modas y costumbres extrañas como se puede regenerar una raza, sino cortando de raíz los abusos que son la causa de nuestro atraso; la pereza y el prejuicio, el abuso económico y político. Por eso los jóvenes deben exigir mucho y tercamente... Hay en el entusiasmo eficaz una especie de cálculo instintivo que nos lleva a

pedir mucho para lograr aunque sea un poco. Reflexione la juventud que no es sólo haciendo discursos como se reforma el mundo, sino preparándose para llevar a la práctica todas las ideas que a nosotros nos parezcan buenas, aunque el resto de la sociedad las repruebe. La sociedad en que se vive generalmente representa lo que ya ha pasado; el espíritu, en cambio, vive en el perpetuo mañana; su intención de conjunto nos hace ser hombre antiguo y hombre moderno, rejuvenecedor del presente y visionario del porvenir. Sólo rompiendo abiertamente con el medio contemporáneo podemos alcanzar progreso...

"Los prejuicios sociales y la mala distribución de la riqueza hacen que entre nosotros no exista la civilización. En México, en la Argentina y en Chile, unas cuantas familias son dueñas de todas las tierras y no las cultivan sino en parte, y mantienen a sus colonos o arrendatarios en estado de vasallaje feudal. Probablemente lo mismo pasa en Colombia y Perú. Hay que dividir la tierra para que todos tengan patria. El progreso demanda que se desenvaine la espada de Cristo contra todos los enemigos del bienestar general de los hombres. Y la juventud está en el deber de proclamarse aliada de Cristo. Para los jóvenes no puede haber dos partidos; para los jóvenes no hay más que un partido: el avanzado. Los jóvenes que no sienten el impulso de la reivindicación generosa e inmediata no fundan patria ni conquistan gloria. Si son mediocres podrán gozar del mundo, pero llegarán al cielo sin una noble angustia, sin un ideal hecho pedazos. Nada importa, pues, el éxito inmediato; los tiempos son de lucha y los jóvenes colombianos no están solos en la cruzada moderna. Yo he visto la multitud estudiantil argentina en el Plata y en Córdoba proclamando libertad y justicia. Yo he visto los gritos ásperos, de noble afán contenido, de

la juventud chilena; y los brasileños y los mexicanos todos estamos unidos en el mismo empeño de mejorar la condición humana, y el día que todos estos propósitos en manos de ustedes se vuelvan acción, el pasado se derrumbará para siempre."

A los estudiantes peruanos que también lo nombraron su maestro, dijo:

"... ¡Qué puedo yo decirles ante la situación que guarda, ante el estado en que se encuentra todo este mundo contemporáneo plagado de injusticia y de odio, ante todo este triunfo de Caín allá en el Perú y aquí en México y en casi todo sitio en donde hoy viven los hombres! Lacerados por el odio ajeno cuando han sentido desbordar el amor, esa es, me imagino, la situación de todas las almas nobles del mundo... Podrán seguir adelante contra los despotismos de la Tierra y contra los abusos de la mente, desarrollando todas las capacidades para que trabajen por el triunfo de la acción libre y de la locura generosa. No estén entonces cuerdos ni un solo instante; batallen y forjen sin cansancio; en patrias como éstas, no hacer es un pecado y todo lo demás es virtud. Obren en grande pensando en belleza. Suelten sus fuerzas como río desbordado, pero consciente de que remueve la tierra y fecunda inmensidades... No puedo olvidar lo que debo personalmente al Perú en los días en que era libre y yo arribé allá perseguido y sin más título que el de un mexicano que había sido perseguido por todos los dictadores de su patria... En cambio, la esperanza de los tiempos actuales se encuentra en el elemento trabajador, entendiendo como tal el conjunto de los que se esfuerzan para ganar el pan en todos los órdenes de las actividades sociales. La clase productora necesita hacerse del poder para socializar la riqueza y organizar bajo nuevas bases las libertades públicas. El error de

los políticos de países donde no ha prendido una revolución ha sido confiar en la acción de personajes encumbrados, en vez de remover las mayorías trabajadoras... Por supuesto, obras de verdadera importancia social no puede ejecutarlas un tirano. Un tirano es capaz de abrir avenidas para ponerles su nombre, pero las empresas útiles y silenciosas de la civilización sólo las realizan los pueblos en masa; no son producto de un hombre, sino de una generación que ha podido vivir laboriosa y libre...

"De esta suerte, los mismos sucesos históricos que forman la tradición nacional se van empequeñeciendo; aunque sean grandes se van empañando, porque ningún suceso merece el recuerdo si no ha sido fecundo, si no ha dado lugar a grandes desenvolvimientos nacionales o morales. Y nuestros propios fracasos deslustran así las grandes acciones de los fundadores de nuestras nacionalidades. Tenemos vanidad pero carecemos de orgullo; nos creemos lo mejor del mundo, pero no nos abochorna vivir como parásitos de una patria donde es el extranjero el que explota las riquezas naturales, el que trabaja y construye..."

"Los tiranos se sostienen adulando hoy a una casta, mañana a otra; pero sólo cuando desaparecen las castas se establece la democracia que derriba definitivamente al tirano. Si deseamos aniquilar la tiranía no en una cabeza sino en todas sus monstruosas reapariciones, procuremos redimir al indio, al cholo, al huachafo, a todas las gentes que habitan el territorio de su nación... La patria nada vale si no significa libertad y justicia. El orden y la paz fundan el progreso, pero no pueden rendir fruto si no es a base de libertad y de justicia..."

"Y cuando llegue el momento, no disputen territorios, dejen la tierra a quien mejor la aproveche, a quien más la necesite; pero, eso sí, cuiden

de no dejar en pie un solo monumento que recuerde el crimen; derriben las estatuas, borren las leyendas, castiguen a la Historia y que no quede ni un solo recuerdo de la maldita disputa que envenena el alma de dos nobles pueblos. Obreros o pensadores de los dos países rivales, sólo ustedes, los que trabajan o los que piensan, podréis convertir el odio en amor y la pugna en progreso. Y para esto no hacen falta tiranos. Estorban..."

"Combatan la explotación del hombre por el hombre en las ciudades y en los campos, establezcan la paz que nace de la justicia y la abundancia, y una vez lograda esta victoria, proscriban la violencia, condénenla y maldíganla hasta que no pueda renacer; mátenla con un derroche de bien; paguen la cárcel con la libertad, el destierro con el retorno y el odio con el amor."

En 1921 se celebró un Congreso Internacional de Estudiantes, al que arengó:

"...En el seno de nuestra Universalidad todos los hombres de todas las razas merecen la misma atención y el mismo aprecio, tal como lo proclamó hace más de un siglo la boca inspirada del primero de nuestros libertadores, el insigne Miguel Hidalgo, libertador de esclavos y precursor de naciones... Los estudiantes mexicanos, seguramente, se hubieran abstenido de invitarnos si no supiesen que nuestro país, en estos instantes, es igual a ese símbolo que ya habéis visto en nuestra bandera, del águila que se levanta destrozando en sus garras la serpiente. Vuestra rápida información acaso no os ha dejado observar que el triunfo de la causa insurgente no lo aprovecharon los héroes, sino que, muertos ellos en el más noble de los martirios, la Iglesia católica y las clases adineradas, las mismas que habían sacrificado a los héroes, robáronles la bandera

así que convino a sus intereses, y consumaron la independencia sin acordarse para nada de la libertad y la justicia...

"Pero quizá tampoco sabéis que después de unos cuantos años de paz fecunda, durante la cual se construyeron vías férreas, como la de Veracruz a México y obras importantes de todo género, un cabecilla afortunado, el general Porfirio Díaz, asaltó el poder para constituir una dictadura que destruyó todas las antiguas libertades y consumó alianza de intereses materiales con la clase de los grandes terratenientes, enriquecidos con las antiguas propiedades del clero y con tierras quitadas a los indios por la fuerza o por la astucia. Creció de esta suerte el poder de una clase propietaria que, por tradición, nada más cultivaba lo suficiente para pagar sus vicios, dejando al peón del campo en la miseria y una gran extensión de las tierras sin cultivo. De esta suerte el sufrimiento y el oprobio llegaron a su máximo; las clases intelectuales, bajamente dispuestas, ensalzaban al Dictador y los miembros del clero católico lo bendecían. Pero el pueblo, el bajo pueblo rural, volvió a lanzar el grito de guerra y acaudillado por Francisco I. Madero, el apóstol magnífico, reanudó la vieja batalla, la batalla del bien contra el mal, de la libertad contra la opresión y la injusticia. Pensad en el más alto ideal político teniendo que desarrollarse en un medio de desigualdades económicas tremendas, de clericalismo siempre en auge, y tendréis la clave de la historia de México: Virtudes excelsas frente a crímenes horrendos, noches sombrías y auroras de gloria y de redención. Tal es el territorio en que os encontráis, que considero propicio para los discursos graves..."

No es justo que se pierda tampoco un discurso de Vasconcelos en el Seminario de Cooperación de

los estudiantes centroamericanos en 1957, del que no aparece una referencia por ninguna parte de la obra impresa vasconceliana. Precisa aclarar que estas inserciones no son para completar el número de cuartillas necesarias para hacer su biografía, como hizo uno que tuvo que echar mano de artículos de Vasconcelos publicados en *El Universal* para poder completar ciento y tantas paginitas de un folleto que tituló la aventura de 1929. De Vasconcelos puede decirse mucho sin recurrir al bla bla o la glosa de sus *Memorias* o de sus libros filosóficos. La verdad es que es indispensable para conocerlo, el cúmulo de ideas que derramó sobre la juventud, como maestro de ella. He aquí el texto de este discurso memorable:

"Mi viejo corazón se siente complacido ante el espectáculo de esta juventud que recorre los caminos del mundo para apretar sus filas en defensa de los valores eternos, por en medio de la confusión y el riesgo. Es esta la hora en que el Bien se halla no sólo combatido y negado en la práctica, sino condenado en su raíz por la doctrina que propagan Estados y organizaciones poderosas por la riqueza y por el poder. Quizá nunca en el curso de la historia, la causa del espíritu tropezó con mayores obstáculos, se enfrentó a mayor desorientación y engaño. Lo primero que se me ocurre decir es:

"¡Adelante sin vacilaciones! Estamos padeciendo derrotas innumerables. La cuenta del martirio colectivo supera todos los precedentes. Pero estamos con la Promesa. Nuestra causa tiene que triunfar y no podrá desaparecer mientras haya una conciencia capaz de recoger el destello de la luz sobrenatural, que a pesar de todo resplandece en la creación.

"La historia entera es una crisis prolongada. En ella se pone a prueba la voluntad del hombre, que alcanza la excelsitud cada vez que se decide a obrar sin tomar en cuenta

el precio de la victoria, sin preocuparse del fracaso. Hombre es aquél —y esto habrá que repetirlo a menudo— hombre es aquél que conoce las miserias del éxito fácil y sabe desdeñarlas y pone su confianza sólo en aquellas metas que garantizan el honor y conquistan los valores de lo eterno.

"Estáis desarrollando una cruzada mundial, que es acaso la mejor promesa de nuestros días. Pronto y fatalmente, el destino de las naciones caerá en manos de vuestra generación. Y dentro de ella seréis los constructores si mantenéis pura la intención, férrea la voluntad.

"Así y todo, perderéis muchas veces la batalla; triunfaréis luminosamente en algunos sectores. Pero por lo pronto, la experiencia que estáis desarrollando, las metas que estáis logrando, encarnan una esperanza firme. Desde luego, hay razón para juzgarlos entre los más virtuosos de cada una de las naciones de donde procedéis. La virtud es fuerza dedicada al Bien, y al fin y al cabo es fuerza humana la que ha producido la historia en sus errores y también en sus aciertos, cuando se ha iluminado de la sobrenatural. (Lo sorprendente es que discípulos de don Vito Alessio Robles, uno de los cuales no debe callarse, José Cayetano Valadés, sentenciaran por esos días en que Vasconcelos sembraba estas palabras en los corazones juveniles de entonces y de ahora, que ya nadie se ocupaba del "llamado maestro", en total decadencia.)

"Por primera vez se da el caso de que se reúnan en Asambleas y en Congresos, y en sitios diversos del globo, almas jóvenes dedicadas a promover la fraternidad universal con asiento en lo más antiguo y lo más noble, y como un reproche y una advertencia a los que construyen sobre el odio que mantiene separadas a naciones y castas.

"Sois en la hora presente de confusión y deslealtad, los abandera-

dos de la inmutable y suprema doctrina que ordena amar a los demás como a nosotros mismos.

"Consecuencia de ello es que seáis también los servidores de la paz. Pero no de la paz servil que se hace sorda al clamor de los millones de víctimas que padecen el trabajo forzado, o están cayendo ante la ferocidad de los armamentos y de las persecuciones del Estado-Policía.

"Os halláis integrando equipos de reconstructores que tienen ya trazados sus planes y saben de dónde han de sacar los recursos necesarios para levantar el edificio. En la altura en que os habéis colocado, parecen estrechos los nacionalismos de los últimos siglos y sabréis concebir formas estatales que sobre base sólida, protejan la libertad y garanticen la equitativa distribución de los frutos del trabajo. Al mismo tiempo, habéis de reconocer, con reconocimiento del corazón, el parentesco que liga a todas las razas y la tarea que cada uno tiene que cumplir para el logro más rápido del beneficio común.

"El observador se entrega a la esperanza cuando se entera de vuestros trabajos. Desde Estocolmo, en diciembre de 1950, hasta Edimburgo en 1951, y pasando por Copenhague y Estambul y por Birnighan; en la América del Sur, los Estados Unidos, Guatemala, Israel, Luxemburgo y Yugoslavia, hasta el más reciente que se llevó a Ceilán, en todas partes habéis dejado estela de buena voluntad y de acierto. Muy particularmente, después de que resolvisteis no volver a sesionar en los países comunistas, que tienen atada la voluntad, según lo demuestra el hecho de que nada pudieron hacer para evitar la inmolación de los estudiantes en Checoslovaquia en 1948; las expulsiones de la UIE, en 1950, consumadas en Yugoslavia, como el reflejo directo de la política del Cominform. Tal como nada hemos podido hacer, todos

juntos, en defensa de nuestros hermanos de Hungría, brutalmente sacrificados en los meses recientes.

"Sois hijos del Siglo. Vosotros mismos lo recordáis al referiros a la creación de las Federaciones Estudiantiles Nacionales. Cumplieron estas generaciones su tarea en forma fecunda, muy particularmente aquí en el Nuevo Mundo. Un natural proceso de crecimiento, sin embargo, las ha superado, y ahora priva el sistema de que Uniones Nacionales se hagan representar en organismos Supranacionales, como el vuestro, que tiene incorporados a sus labores a los estudiantes de cincuenta y dos Uniones Nacionales, repartidas en África, el Asia, Europa y las Américas.

"Vuestros trabajos han tenido que especializarse en los quehaceres técnicos indispensables para el funcionamiento de vuestra Confederación, sus Seminarios y sus asuntos internos. Pero cada vez y según se va acentuando este desarrollo, tendréis que ensanchar vuestros esfuerzos para que participe en los problemas esenciales de la humanidad y también para que coopere en las cuestiones vitales de los pueblos, en cuyo seno os vais desenvolviendo.

"El presente Seminario deberá poner atención a los problemas generales de las naciones de Centroamérica, México y el Caribe. Es natural que os preocupe hallar los medios necesarios a la rehabilitación de México, a fin de que, por acción de base sinceramente democrática, apresure las etapas de su unificación, por lo menos en lo económico, y que el Caribe se incorpore a las tareas y los anhelos del Continente.

"Os ha tocado ahora reuniros en México —tierra que ha luchado por la libertad a menudo sin éxito, pero siempre con sacrificio—. Hacednos perseverar en el afán más alto. Corred la voz en Centroamérica. Nadie detiene el impulso de los mandatos de la historia.

"Por lo pronto, hemos de señalar que es una coincidencia feliz que nos hallemos reunidos en Guanajuato, la patria del hombre que proclamó por primera vez y a raíz de nuestra Independencia, la necesidad de constituir el Zollverein Hispanoamericano. La palabra Zollverein no existía en el habla de aquellos tiempos. A la palabra Zollverein le dio significado jurídico internacional el Canciller Bismarck que se valió de ella para dejar constituida la Alemania moderna. En los tiempos bolivarianos, penetrados de clasicismo, se hablaba más bien de Anficionías, a lo helénico, y eso quiso hacer de nosotros el Congreso Hispanoamericano de Panamá. Derrotados los propósitos de éste, por virtud de las intrigas de un liberalismo que tuvo por cabeza a Poinsett en México y a Santander en Colombia, tocó a un mexicano recoger la bandera de la Independencia para otorgarle un contenido auténtico. Se llamaba Lucas Alamán y tuvo por teatro de operaciones el Congreso de Tacubaya, y fue nativo de este mismo Guanajuato, en donde celebráis vuestras sesiones. Lucas Alamán se anticipó casi un siglo al Zollverein de Bismarck, cuando formuló su proyecto de Unión Aduanera de los países que habían sido Provincias, no Colonias, del glorioso Imperio Español.

"Lucas Alamán, el guanajuatense, marcó a la América el camino, que no es distinto del que están hoy recorriendo las viejas naciones europeas. ¡Aprended de nuevo la ruta! Las informaciones de estos mismos días nos dicen que el Parlamento de Francia acaba de aprobar los Tratados que crean un Mercado Común Europeo y la Eurostómica. Italia y Bélgica y todos los demás firmantes del atinado Plan, cumplirán, antes de que termine el año, los acuerdos que habrán de hacer de Europa una Unidad Económica. Un plan que, faltalmente, traerá para Europa la necesidad de unir-

se, política y moralmente, en forma parecida a como ya lo estuvo bajo la doctrina cristiana, que es la fuente común de su esplendor."

(Esto fue en lo que dijo Vasconcelos que era una lástima que Alamán hubiera fracasado, y de lo que José Cayetano Valadés se puso a cavilar, pues no encontraba en qué había fracasado Alamán, porque en aquella mina le había ido muy bien, igual que en el comercio que estableció con no sé quién, por lo que Vasconcelos, al saberlo, exclamó: "Así son. ¡Brrrutos!") No obstante, Valadés quiso, ya Vasconcelos de vuelta de su exilio, confundirlo sobre otro tema, con un artículo que, según uno que lo comentaba, expresó: "Está malcriado Valadés." Y al presentarse Vasconcelos y enterarse de que se trataba del atrevimiento de Valadés, visiblemente molesto murmuró: "Y me protestaba amistad." Se le excitó a que contestara y lo hiciera polvo, y añadió: "¡Pero si es un analfabeto! ¡Yo no dije eso que censura!" Y había que haber visto al general José María Tapia repartiendo el artículo y recomendando que se leyera.) Calificándola de iluminada, continuó diciendo a la juventud en su discurso de Guajalajara:

"Por lo pronto, el plan del Mercado Común permitirá a las naciones miembros, comenzar a reducir sus tarifas aduaneras, con las demás del pacto en un 19% inicial, a partir del 1º de enero de 1959. Luego vendrá la eliminación gradual de las tarifas, en un periodo de tres etapas, que durará de doce a quince años. Al mismo tiempo, las seis naciones adoptarán gradualmente una tarifa uniforme para las importaciones de los países que no sean miembros. El Ministro francés Maurice Bourges Maunier, comenta: 'El trabajo político detrás de estos dos Tratados, tiende a establecer bases durables para una cooperación sin la cual ni Europa ni Fran-

cia encontrará en el mundo el lugar que les corresponde.'

"Es esto lo mismo que previó Alamán desde hace más de dos siglos, y tampoco nosotros saldremos de este 'caos' y la 'mediocridad', mientras no se modifiquen de raíz los postulados del edificio en que se aposenta nuestra nacionalidad.

"La empresa original de la Anficiónia Hispanoamericana, fracasó porque se intentaba en momentos en que un poder rival, el de Inglaterra, lo sacrificaba todo a la consolidación de su Imperio rigurosamente nacionalista. Detrás de Inglaterra habría de venir su heredero, los Estados Unidos, que también desde el principio se manifestaron hostiles a la reunificación de las antiguas provincias hispánicas. La historia ha seguido su curso azaroso, y ahora se está constituyendo el Imperio más poderoso de todos los tiempos, bajo la enseña democrática de los Estados Unidos. Para ser perdurable tendrá que hacerse como el romano, cosmopolita.

"La tarea es demasiado vasta para que pueda realizarse por medio de dictaduras y exclusiones que se conforman con la conquista de mercados. El siglo XIX, a la inglesa, no podrá resucitar; por lo mismo, la cooperación internacional tiene que organizarse conforme a los nuevos sistemas útiles y además generosos.

"La creación de los Imperios mundiales de nuestros días, exige que las distintas ramas de la familia humana se integren de acuerdo con sus intereses y su fisonomía ética, a fin de constituir órganos vivos del conjunto mundial.

"En el nuevo vasto programa que el momento está reclamando, la Unión Centroamericana es un episodio de la gran empresa de Unión Hispanoamericana que previeron Bolívar y Alamán, sacrificados por intereses bastardos. El momento histórico les fue adverso; ahora el mundo del presente marcha hacia la

constitución de Federaciones económicas y culturales que se verán obligadas a equilibrar sus fuerzas, especialmente porque ya no es posible fundar el Imperio en el terror y la fuerza. La misma creación de las nuevas entidades políticas supernacionales, marca el comienzo de una civilización convertida a lo mundial y destinada a absorber las nacionalidades. Todo como preparación del tránsito histórico que alcanzará a todos los hombres del planeta para asentarlos en una hermandad efectiva y provechosa para todos. Sería, en consecuencia, perverso y desleal suponer que el movimiento hacia las Federaciones de países afines, supone planes de agresión posterior entre las distintas Federaciones. Si el mundo ha de salvarse, será porque supo aprovechar las nuevas energías de la técnica y las comunicaciones rápidas, para convertir al planeta en el hogar común de los hombres libres, capaces, por lo mismo, de consumir las exigencias de la Justicia y el Bien.

"Queremos que nuestros pasos conduzcan a la unidad y el acuerdo internacionales. De otra manera, nuestras esperanzas se verían frustradas y nuestra obra no correspondería a los fines que podemos y debemos cumplir en el proceso de las generaciones. Hacer de toda la especie una familia grande, como un retorno a la potestad de Adán, dejando excluido tan sólo a Caín, tal es el propósito del glorioso crecimiento que se expande por todos los rumbos. (Pero en nuestra Colonia del Periodista, cuando un tonto pronosticó: 'Pronto vamos a ser una sola familia', el único rico de los colonos, egoísta en grado superlativo, sabiendo que los demás viven del sablazo, se apresuró a aclarar: 'Pero yo no le entro'.)

"Perseverad con disciplinas y con renovada visión, y seréis los precursores de un futuro asentado en la comunidad de nuestras mejores tra-

diciones. Lo que hicieron las gentes que nos han precedido, a pesar de todas sus fallas, es la base de cuanto ofrece de noble este planeta, que es por ello un punto singular y glorioso del Cosmos. Hasta el grado de que ha llegado a caer sobre nosotros algo de la responsabilidad que preside el Universo.

"Seguimos, pues, adelante, según la inspiración y la gracia del Dios Todopoderoso que ha venido rigiendo el destino común, y tarde o temprano ha de llegar el triunfo, los anhelos de cada uno de los integrantes de este Congreso y de todos los anteriores que habéis realizado, de Estocolmo a Ceilán, de Constantinopla a Edimburgo, pasando por cincuenta y dos Uniones nacionales repartidas por todo el Orbe, hasta este México que ahora os acoge jubilosamente, porque participa, sin reservas, de todos los empeños que el hombre desarrolla para su mejoramiento y su salvación."

En abril de 1924 fueron descubiertas en sus nichos de la Secretaría de Educación las estatuas de Sor Juana, de Rubén Darío, de don Justo Sierra y de Amado Nervo. Antes explicó el licenciado Vasconcelos a los periódicos que esta obra de escultura obedecía a un plan que complementaba las ideas que habían servido de norma para construir el edificio del asiento oficial de la cultura del pueblo, y "buscando entre nuestros hombres — expresó — y juzgando que hasta la fecha lo que más vale de la América Latina son sus poetas, nos pusimos a elegir cuatro poetas, no necesariamente los más grandes de América, sino los que más influencia han tenido en nuestra nación, y pusimos las estatuas de Sor Juana y de Nervo, de Justo Sierra, educador y poeta, y de Darío".

Años después, en 1947 me habló Vasconcelos de un discurso que pronunció en honor de don Ezequiel

A. Chávez, “por puro compromiso”, pues afirmó con fuego que éste era de una mediocridad absoluta, “un corazón de pollito”. Agregó que lo que más le reprochaba era que fue positivista y parece que hasta masón cuando trabajaba con don Justo Sierra, “viejo hipócrita” —decía— que sólo se ocupaba de justificar la tiranía de don Porfirio. Y cuando se publicó que Papini no veía a ningún gran hombre en los países latinoamericanos, Vasconcelos, al darle la razón, negó que don Justo Sierra fuese un pensador y un hombre notable, sino un buen expositor que se limitó a seguir a Barreda. “Eso del maestro Sierra —añadió— fue un invento de Antonio Caso; pero eso no quita que haya sido un hombre de gran integridad personal y honradez reconocida. Fue un buen ministro de Instrucción, pero nunca llegó a ser un verdadero educador. Es a veces hasta un poco maestro y escritor. El discurso que pronunció con motivo de la fundación de la Universidad Nacional de México, es bastante mediano, a pesar de que lo citan con frecuencia. Lo podía decir cualquiera de los nuevos revolucionarios.”

Empero, al siguiente 1948 en que se rememoraron los cien años del nacimiento de don Justo, hizo uso de la palabra el licenciado Vasconcelos en un acto en la secretaría de Educación, calificando al maestro Sierra de “Educador insigne” y destacando su participación en el movimiento cultural mexicano, pues implantó en México la educación revolucionaria.

A fines de 1924 los médicos alópatas se alteraron con un artículo de Vasconcelos titulado “Naturismo contra alopatía” y publicado en *El Universal*. Yo vi a un médico de barriada pero muy estudioso, indignado en extremo. “¡Y éste es el hombre de que tanto hablan!” exclamó. “Negar la ciencia experimental de Claudio Bernard!” El tal ar-

tículo era una invectiva violenta contra los médicos y las medicinas. Comenzaba por decir que por humanidad desenmascaraba a “una casta perniciosa” a la que era necesario destruir, a pesar de que nadie se atrevía “a condenar, mucho menos a combatir la medicina como plaga social”. Observaba que la llamada ciencia médica esaba fundada en un dogmatismo que la experiencia contradecía a diario, y nos imponía sistemas de curación “que si no mejoran la salud, sí enriquecen al médico”. Pensaba que conocemos mejor nuestro cuerpo que los médicos, para lo cual bastaba una especie de instinto que es dado aún a los animales pero que nosotros tenemos embotado, precisamente a causa de los doctores que recetan drogas “en vez de recomendar ayunos y prácticas de higiene”.

“No tomar drogas” recomendaba Vasconcelos, “no dejarse inyectar sueros, dejar de comer de una manera total desde que se inicia cualquier molestia del cuerpo, he allí las tres cuartas partes, si no toda la terapéutica naturista”.

“No llaméis al médico —clamaba— si queréis estar sanos.”

Consideraba que se había abusado de la cirugía terapéutica. Se corta por placer, por curiosidad malsana y por afán de lucro. En su inmunda explotación del dolor, los médicos barren “con todos aquellos que se atreven a curar sin poner en práctica los ritos bárbaros de la inyección y el cuchillo”.

“Aprended a respirar —gritaba—, aprended a comer, aprendad a dormir y os veréis libres de la plaga del médico.”

Pero el hecho fue que en sus últimos días yo lo vi esclavo de las cápsulas que una de sus nietas le llevaba a su hora y que él engullía dócilmente. Es verdad que de nada le valían, quizá porque en el fondo continuaba creyendo que para estar sanos se debía huir de los médicos y de las medicinas.

De todas suertes, algo le deben haber impresionado las respuestas de los facultativos, quienes por boca o pluma del doctor Julián Sánchez Barquera escribieron que el ex secretario de Educación hablaba de fakires, de los yoguis “y otros encantamientos de esos que manufacturan en Estados Unidos, para asombrar de los cándidos y noveleros”, a lo cual el enemigo de la Ciencia Médica adicionaba los manuales de Homeopatía y Naturismo “como panaceas universales del eterno dolor humano”. No tenía todo esto ninguna novedad para el Dr. Sánchez Barquera, profesor de la Escuela Médico Militar. Esas sugerencias y reflexiones relativas a la conservación de nuestra salud habían sido “sentidas y practicadas por todos los pueblos primitivos y por todos aquellos que continúan en ese rudimentario estado de la edad de piedra”. Para ellos es terrorífico que se les obligue a inyectarse la “ponzoña”, como Vasconcelos la llamaba, de la vacuna contra la viruela. Pero para los normales y los cultos, “para los que sólo creen las verdades confirmadas por el método experimental y positivo —no el positivismo empírico, como dice el buen Vasconcelos... que equivale a aquello de los ‘recuerdos del porvenir’...— para los sabios en serio que piensan y estudian, sí hay una ciencia Médica, pero única e indivisible, que a través de los siglos y con grandes esfuerzos y sufrimientos ha logrado conquistas confirmadas que ya nadie discute, como la prevención de la viruela, de la rabia, de la fiebre tifoidea, de la fiebre amarilla, por medio de vacunas adecuadas; el dominio sorprendente de la sífilis, gracias a los exámenes del Laboratorio y el uso apropiado de los arsenicales; la aplicación del suero antidiftérico, única y verdadera cura de la espantosa difteria y que salva actualmente la vida a más de dos millones de niños anualmente en el mundo, descubrimiento que le ha

valido a Roux, discípulo del inmenso Pasteur, estudios y monumentos en pueblos que entienden estas cosas.”

Estas verdades inmovibles y meridianas, seguía diciendo el doctor Sánchez Barquera, son axiomas “tan palpables como la desaparición de la tremenda fiebre amarilla y el paludismo en Cuba, Río de Janeiro, Panamá y nuestras costas”.

Observaba el Dr. Sánchez Barquera que las pasiones nos hacen “cometer y decir barbaridades” como aquello de que “la putrefacción de los cadáveres es originada por la ingestión de las medicinas ministrados por los médicos”, “el amarre de las venas”, el “cierre de los agujeros de las balas”, la inyección debajo de la piel de “ponzoñas”, etc., cosas todas, hasta en su léxico, “apropiadas por el pensar y decir de la broza”.

Se extrañaba el doctor Sánchez Barquera de que hubiera sido “orientador de nuestra juventud y el representante de la intelectualidad del país en el puesto que ocupó, un individuo que él mismo se ostentaba ayuno de ciencia, aun de la más elemental, y pletórico y rebosante de vulgaridad y tontería imperdonables”.

Lo que pasaba era que, al decir del doctor Sánchez Barquera, los que están ávidos de notoriedad, “hablan y escriben de cosas que no entienden y que exigen amplia y penosa preparación”.

En cuanto a la fobia del licenciado José Vasconcelos contra los médicos, se la explicaba el doctor Sánchez Barquera, que al parecer era hombre de amplia cultura, con el caso de Molière, que “arremetió contra ellos encarnizadamente porque su amada compañera le fue infiel con un médico”, y “una deliciosa bienamada de un tiempo feliz de Vasconcelos, también se le escapó, y no con un médico, con dos médicos. Esa querida inolvidable y

pérfida se llama la Secretaría de Educación”.

No sabía que Vasconcelos renunció por su propia voluntad esa secretaría a la cual lo instó hasta el último momento el general Obregón a regresar, prometiéndole que en el gabinete del próximo presidente Calles figuraría, pues el mismo don Plutarco estaba bien dispuesto a que fuera su colaborador. Y por lo que hacía a infidelidades, ya estaba curado de espanto, pues el propio Pellicer me confirmó: “Ninguna mujer lo ha amado nunca. Berta Singerman lo creyó loco cuando él se enamoró de ella como un muchacho de dieciocho años y le ofreció abandonar a su familia, su posición y todo por irse con ella. La otra fue su otro martirio. Era su criado, le lavaba la ropa, le cocinaba los alimentos, lo tiranizó y lo humilló con sus amigos...”

Como es sabido, puso Vasconcelos los muros de la secretaría de Educación a disposición de los mejores pintores mexicanos para que los decoraran con todo esplendor. En 1947 Rafael Heliodoro Valle describió en un reportazgo una cena en la que Vasconcelos reiteró que había enseñado a Diego Rivera a pintar escenas de indios, olvidando la moda que traía de Europa. “Estudie al indio —le indicó—. Observe la vida de los mineros”. Pero agregó Valle que Vasconcelos concluyó que le había sucedido lo que con la canción mexicana: la impulsó y ya no la soportaba. “Porque Diego era un mal pintor y nada tenía de artista.” Pero esto debe ser una mentira. Yo vi a Vasconcelos en el Museo de Arte de Nueva York en 1937, extasiado ante un cuadro de Diego Rivera, el de Zapata junto a su caballo blanco. Me extrañé de que en vida Diego Rivera tuviera el privilegio de que sus cuadros se exhibieran en ese Museo. “Es que Diego —comentó Vasconcelos— fue el amo de Nueva York.”

“¿Qué no era superior Roberto Montenegro?” interrogué. “¡Qué va! Por más que hice...” Y al ver que me reía, se soltó él también a reír abandonando su desolación.

Diego Rivera perdió los estribos con el relato maligno de Heliodoro Valle, y se apresuró a hacer escarnio de Vasconcelos: Que fueron condiscípulos en la Preparatoria. Que entonces a Vasconcelos lo fascinaba “El elogio de la locura” de Erasmo, lo que Vasconcelos olvida en sus *Memorias*. Que con Antonio Caso encabezaron una manifestación estudiantil contra un sacerdote que había cometido un rapto, y, a pesar de su catolicismo, “Pepe” prevaricó y asaltaron la iglesia de Santa Catarina, en cuyo púlpito “Pepe el Cambiante” habló en jacobino y Caso en liberal. Que bajo su firma felicitó Vasconcelos a Stalin por perseguir a los judíos, sin saber, en realidad, la ideología de éstos. Que lo hicieron maestro de la juventud estudiantes que pasaban de panza. Que en la secretaría de Educación lo recibió Vasconcelos, creyéndolo enviado de Rusia, con dos abrazos, uno para Lunacharski, con la recomendación de comunicarle que haría aquí lo que él estaba realizando en la URSS, y otro para el pintor, (para Diego), porque trabajarían juntos. Pero Vasconcelos le echó abajo unos proyectos. Fue el mismo caso del Dr. Atl, que me explicó que a Vasconcelos nunca le perdonó que le hubiera mandado borrar unas decoraciones suyas. Pormenorizaba Diego que fue a quejarse con el presidente Obregón, quien le confesó que su ministro de Educación no le simpatizaba; que se lo había llevado el general Antonio I. Villarreal pero presintió que sólo le acarrearía dificultades; que lo soportaba porque la Revolución carecía de intelectuales y terminó por dar a Diego un oficio muy duro contra Vasconcelos, mas prefirió no entregarlo a éste y se conformó con pintarlo en los muros

de la secretaría con orejas de burro. Para Diego Rivera, era Vasconcelos "un degenerado político y mental" que se agachaba el ala del sombrero al pasar frente a sus pinturas "para no ver pura indiada". Esto es totalmente falso: Yo ví a Vasconcelos con varios de sus colaboradores una noche admirando el torrente de metal ígneo que Diego pintaba trepado en unos andamios. Por último, recordó Diego Rivera a Heliodoro Valle que "malamente" Vasconcelos podía haberlo inducido a que fuera al campo a estudiar al indio, pues a los 17 años de edad ya había pintado un cuadrito titulado "La Hacienda".

Por su parte, Vasconcelos me afirmó que Diego jamás habló con Obregón y que era un miedoso a quien Salcedo maltrató y le quitó la pistola diciéndole que eso era para hombres; que a una indita criada de un pianista la quiso enamorar a pesar de que era impotente. Pero en donde sí aniquiló a Diego Rivera y a sus seguidores, fue en su "Estética", donde escribió: "Se creyó, en un momento reciente, que las transformaciones económicas que actualmente se producen en la sociedad, darían un gran arte: el proletario en Rusia; el popular en México. Pero por falta de sentido religioso se quedaron esos movimientos truncos, tanto en lo social como en lo artístico. En Rusia se ha caído en lo grotesco y en México en la abyección de tapar muros con retratos de facinerosos. El germen de todos estos desastres estaba ya en el Renacimiento, desde que Leonardo esculpió para Sforza, y Miguel Ángel trabajó para los Médicis. El hombre puesto a admirar su propia efigie acaba por extraerle las inclinaciones fatales: lujuria, codicia, soberbia. El arte ha de ser regla que se impone a la carne, exigencia del espíritu, disciplina severa de la voluntad."

Diego Rivera siempre ejerció sobre Vasconcelos alta influencia, sin

embargo. Una vez el ingeniero Federico Méndez Rivas, al realizar los últimos detalles del edificio de la secretaría, superior al excelente de la Normal de Maestros, construido también por él bajo la inspiración de Vasconcelos, así como a otros palacios destinados a bibliotecas y museos, llegó con un friso que se instalaría en el dintel de la entrada principal. "¡Está horrendo!" exclamó Pellicer. Miró Vasconcelos a Diego que sonreía a pesar de estar presente Méndez Rivas, y con sarcasmo habló de que ya encomendaría ese trabajo a un profesional, aludiendo a que Méndez Rivas no era arquitecto recibido. Éste, herido en lo más hondo, buscó el testimonio escrito de otros arquitectos, entre ellos Pallares, que dictaminaron que el friso estaba realizado con todas las reglas de la arquitectura clásica. Llevó Méndez Rivas el testimonio y con él su renuncia. Vasconcelos, arrepentido de su exabrupto, la rechazó con generosidad dándole excusas. Pero nunca el ingeniero Méndez Rivas se lo perdonó en su fuero íntimo aunque fue de sus principales propagandistas en la campaña electoral vasconcelista. En Sombrerete, Zacatecas, me comentó una noche el caso con rencor, llamándole canalla. Menos aún olvidó la petulancia de Carlitos Pellicer y la tácita aprobación de Diego.

El Dr. Atl me diría que no perdonaba tampoco a Vasconcelos por haberle borrado una pintura suya, pero lo que menos olvidó nunca fue la forma como Vasconcelos lo describió en un banquete de mexicanos en París: "Lo de doctor —explicaba Atl en serio— es auténtico... sabe usted... dirigiéndose a mí. Doctor en Filosofía. Sí... un curso de dos años que hice en Bolonia..." Sonreíamos mientras parlotaba. Pero si no a nosotros, a París sí lo tenía conquistado. Cargaba siempre consigo un álbum, 'El Álbum de los Volcanes', reproducción bastante bella de sus trabajos

en puntillismo. También el puntillismo era invención suya, 'surgida de una discusión con Picasso'. 'Le dedicaría yo a usted este ejemplar de mi álbum —había asegurado— pero es el último que me queda y se lo tengo prometido a Rubinstein.' 'El otro día —afirmó Murillo— almorzando con la Carolina Otero, sugerí un paseo por el bosque. Se levantó ella de la mesa y a fin de no demorarse eligiendo tapado, tiró del hermoso mantón de Manila que nos servía de mantel y despedazó cristales de Bohemia que valían una fortuna!' Flaco, pálido y menudo, usaba Atl una barbilla que le daba aspecto de conspirador ruso; en el fondo no era otra cosa que un delicioso charlatán con rasgos de genio, según se lo afirmaba yo, leyendo unos poemas que al lado de sus dibujos dedicaba a los volcanes, en francés..."

Ya en México, se encontraron por los años 30, tal vez 39, en una comida. Vasconcelos le pidió contuviera su exaltación mientras terminaba de comer. Atl tomó asiento en una mesa cercana lanzándole miradas que cauterizaban. Al salir, Vasconcelos le dijo:

"Yo a usted no le hago caso porque está loco."

"¿Con quiénes estaba?" —interrogué al Dr. Atl.

"Con otros igualitos a él."

Tal vez con el rescoldo de su despeho por habérsele mandado borrar su obra, censuró el Dr. Atl a Roberto Montenegro que pintaba un muro del convento de San Pedro y San Pablo, "El Árbol de la Vida", por orden del ministro Vasconcelos. "Eso es una porquería" —exclamaba el Dr. Atl—. "Yo lo haría desaparecer." A lo que Montenegro replicaba sonriendo: "Es porque no lo pintó él."

José Clemente Orozco, en otro edificio miraba fieramente desde su andamio a Vasconcelos, que pasaba sin decirle palabra.

En venganza por lo de las pinturas desaparecidas, el Dr. Atl era el principal propalador de las versiones sobre Vasconcelos y sus efebos, pese a que en "El Desastre" escribió el *Ulises Criollo* que la providencia lo había librado "de dos pecados únicamente: la soberbia y la sodomía". Atl aseguraba haberlo sorprendido con Torres Bodet y Montellano en posiciones equívocas. A los tales barbilindos no se les daba un ardite lo que de ello dijera la gente. Inclusive hasta les gustaba. Pasada la campaña electoral del 29, don Vito Alessio Robles tornó a enrostrar a Vasconcelos de que se rodeó de petimetres oradorcillos, y uno de ellos, que parecía una lagartija baldada, comentó sonriente: "Nos llamó efebos." Bien que éste, según Antonio Armendáriz, había sido uno de los frequentadores del estudio de Carlos Alcalde, con aficiones dudosas, y cuando lo vio después caminar como plantigrado, dedujo que había sido víctima del conocido dibujante. En la sonrisa de satisfacción del lagartijo yo vi también una demostración más de la admiración que aún profesa a don Vito Alessio.

A los efebos de entonces se les veía eufóricos, sobre todo a Ortiz de Montellano. Vasconcelos se complacía en contrapuntarlos, especialmente a Pellicer y a Torres Bodet. A éste lo prefería Vasconcelos porque era incansable para el trabajo burocrático, en tanto que Carlitos, al decir de Rafael H. Valle, creía haber resuelto el problema no trabajando. En un viaje en ferrocarril que hicieron, se divertían Roberto Montenegro, Julio Torri, Mariano Silva Aceves y el Maestro Caso de ver los afanes de Carlitos y de Jaime por quedar bien ante Vasconcelos. Y parece que fue Salomón de la Selva quien les compuso unos versos que comenzaban: "Harto de Pelliceres y Bodetes..." Vasconcelos hizo que Torres Bodet obtuviera, en vez de Carlitos, una Flor Na-

tural y para recibirla, se organizó una ceremonia muy suntuosa, en la que Pellicer, para castigarse cristianamente, sirvió de chambelán al vencedor. Un día llegó Pellicer al Departamento de Bibliotecas, sacudido todo su ser porque, como explicó a Pedro Henríquez Ureña, ya no podía soportar las exigencias de Torres Bodet. De allí que se pasara al bando de Vicente Lombardo Toledano, que con Henríquez Ureña y Salomón de la Selva, se unieron a Luis N. Morones y a Calles. Esperaban que éste hiciera por lo menos a Lombardo subsecretario de Educación. Pero el presidente Obregón dio todo su apoyo a Vasconcelos, ofreciéndole para sofocar unos disturbios estudiantiles toda la Guarnición de la Plaza, y Carlitos se apresuró a desertar y a someterse a Torres Bodet.

Una vez José Juan Tablada, que después de adular a Victoriano Huerta comparándolo con Cuauhtémoc, se conquistó a don Venustiano Carranza a fuerza de halagos, caído éste quiso colarse en el obregonismo y se valió de los poetas de la secretaria de Educación para ser recibido por Vasconcelos e iniciar sus maniobras arribistas. Mas Vasconcelos a todos perdonaba menos a los que habían servido a Huerta y estalló: Que ya estaba harto de poetastros, y así lo mandó decir al despacho de Torres Bodet donde esperaban éste, Tablada y los demás. Jaime se ofendió en extremo y formuló su renuncia, pero pasados los días, Vasconcelos lo calmó vaya usted a saber cómo. También a Pellicer, en el viaje que hizo Vasconcelos al Brasil, comisionado por el presidente Obregón para obsequiar una estatua de Cuauhtémoc, lo dejó tirado en Buenos Aires. Le pedía Pellicer dinero para su regreso y se lo negó diciéndole que para eso tenía su sueldo en México. Tuvo Carlitos que acudir a Fanny Anitúa, que le proporcionó el pasaje. Semejante afrenta no provocó ninguna renun-

cia como en el caso del desaire hecho a Torres Bodet y a su círculo, sino que a su arribo a la ciudad de los Palacios se dirigió Pellicer al ministro para saber en qué lo utilizaría. El propio Carlitos se ofreció a hacer una *Historia de la América Latina*, pese a que un día antes, al llevarlo a presentar con Gabriela Mistral, ésta le habló de que yo ya había escrito y estaba publicando por entregas en una revista mía hispanoamericana, otra historia de la América Latina "muy feliz".

Acerca de los centroamericanos que rodeaban a Vasconcelos, la verdad es que éste, ansioso de colaboradores eficaces, llamó primero a Pedro Henríquez Ureña, dominicano y compañero suyo en su odisea por los Estados Unidos, esperando en que lo secundaría con creces en su tarea educativa. Pero llegó Pedro y lo decepcionó. Vasconcelos cuenta cómo en Río de Janeiro Henríquez Ureña, antes de que conciliaran el sueño Julio Torri y él, fue a reprocharle con acritud su conducta decia que tiránica y su ausencia de dotes de escritor. Vasconcelos le hizo ver que lo que sucedía era que estaba ardido porque él era el jefe, y lo excitó a que fuera a su patria a luchar y ser allá el secretario de Educación. "No sé cómo pudiste soportarlo", observó Julio Torri, que ése sí lo ayudaba con eficacia en la tarea editorial de los clásicos.

Pensó luego Vasconcelos en traer a Salomón de la Selva, otro de sus íntimos en sus penurias neoyorkinas. Lo quería para dirigir la revista "El Maestro", donde José Gorostiza no había dado la medida. "Este Gorostiza —decía otro dominicano, Julio Cestero, del círculo vasconceliano— está totalmente idiotizado. Se le ve en la cuenca de la mano el órgano genital." Pero llegó Salomón de la Selva y fue un fiasco más. A Rafael Heliodoro Valle, hondureño, lo utilizaba en asuntos bibliográficos que para nada le interesaban, aparte de que éste

procuraba estar lo más lejos posible del ministro y no señalarle sus yerros hasta históricos, como cuando en el discurso pronunciado en Río de Janeiro al instalar la estatua de Cuauhtémoc, confundió Vasconcelos a Hatuey, el cacique dominicano que prefirió ir a los infiernos y ser quemado vivo antes que bautizarse, para no tornar a ver en el Paraíso a los enemigos de su raza. Pero Vasconcelos atribuyó este gesto deslumbrador a Cuauhtémoc, de quien dijo que "cuando ya prisionero y vejado era conducido al cadalso y el fraile que le acompañaba le prometía el cielo si abrazaba la fe de sus vencedores, preguntó si a ese paraíso de que le hablaba el fraile iban también los enemigos de su patria, y, habiéndole contestado afirmativamente, repuso: "Entonces, padre, yo no voy al paraíso." "No hay que rectificarlo —me indicó Rafael H. Valle—. Hay que callarse."

Por su parte, Salomón de la Selva explicaba su actitud ante Vasconcelos relatándomela con estas palabras:

"Cuando vine a México a trabajar con Vasconcelos, me encontré con éste rodeado de una cauda de menesterosos. Para llegar hasta él había que atravesar aquel enjambre de pedigüños, quienes, para pedirle algo, le daban una comida. Recuerdo que un día ví al vate Méndez Rivas y a Vasconcelos hablando en secreto. Me llamaron para que yo fallara cuáles de las piernas de las dos taquígrafas eran las mejor formadas... A mí me interrogaron en una ocasión quiénes eran los mejores poetas jóvenes de México y respondí que José Gorostiza y Carlos Pellicer. Nunca me lo perdonó Torres Bodet y se formaron dos partidos: el de él y el nuestro con Pedro Henríquez Ureña, Lombardo Toledano, Carlitos Pellicer, yo, etc. Este grupo nuestro creó una corriente de orientación obrerista. Fue cuando aprendí que al obrero no hay que hablarle de orientaciones

sino de sentimentalismos... Cuando por presión de Torres Bodet renuncié mi puesto en la secretaría de Educación, me dediqué al obrerismo..." Fue cuando Carlitos Pellicer, al saber que Vasconcelos era apoyado por Obregón, cambió sus pantalones de mezclilla y sus camisas azules inmediatamente.

Para entonces Vasconcelos había roto en los Estados Unidos definitivamente con Adriana, quien, en busca de su bienestar económico, contrajo nupcias en Nueva York con un médico alemán. Para consolar a Vasconcelos hizo que llegara a sus oídos que había cambiado radicalmente su situación. Entre otros conductos, se valió del poeta José María Gurría Urgell, que habitaba con una nube de camaradas un cuartucho en el que para caminar, tenían que saltar sobre los lechos. Me contaba Chema que un día se le presentó Adriana luciendo un vestido nuevo, resplandeciente de bella. Quería que supiera Vasconcelos el cambio de su suerte. En el fondo trataba de que Vasconcelos dejara de sufrir en su impotencia de satisfacer sus necesidades pecuniarias. Pero Vasconcelos lo tomó a lo trágico. Dió en escribir cartas ofensivas al alemán, quien lo acusó ante los tribunales yanquis. De este conflicto lo salvó el licenciado Salvador Mendoza, que incidentalmente me informó: "Yo le arreglé un asunto a Vasconcelos en Nueva York..."

Ya en la secretaría de Educación, llovieron a Vasconcelos nuevas oportunidades amorosas que, en realidad, él rehuía. En sus *Memorias* cuenta cómo una de ellas fue Elena Sánchez Valenzuela, quien, al saber que en "El Desastre" hablaba de ella despectivamente, acudió a mí para explicarme que el presidente Obregón la presentó en una fiesta en Chapultepec con Vasconcelos y éste le indicó fuera a verlo en la

secretaría de Educación para arreglarle una pensión en Hollywood. Complació a Elenita y los hechos se publicaron como ella quería. Lo que sí no le quité fue aquello de que lo había defendido ante un grupo que lo censuraba, haciendo ver que "todos los grandes hombres eran atacados, como Platón, Aristóteles, Vito Alessio Robles, Palavicini...". Ella había hecho algunos cursos en la Preparatoria, pero Vasconcelos maldijo a la escuela que dejaba a sus alumnos semejante daltonismo de los valores. Nunca me imaginé que un crítico de renombre en nuestros días, Emmanuel Carballo, iba a cometer desacato parecido, colocando a don Vito entre Vasconcelos y el doctor Mariano Azuela en una plática por radio.

Pellicer me hablaba de otra chica centroamericana, "cursi en grado superlativo", que se presentó en la redacción de "La Antorcha" cuando se editaba en México. Se entendía hasta con Daniel Cossío Villegas. Más tarde contrajo nupcias en París con Enrique Gómez Carrillo y luego con el aviador Antoine de Saint-Exupéry, el autor de "El Principito". Pero Vasconcelos la desprecia. Sin embargo, Javier Villaurrutia me contó que los clientes de un Dr. Villanueva lo confundían con un japonés en bata al que por una puerta olvidada de cerrar veían entrar a jugar yudo con la centroamericana.

A Adriana no la olvidaba aún. Le informé que ella había escrito a la editorial Botas para rectificarlo pero confesando que le había concedido sólo algunos favores. "Se ve que no se enojó por lo que digo de ella", dedujo Vasconcelos. "¿Cómo se va a enojar —respondí— si usted la inmortalizó?" Salomón de la Selva me ilustró que tenía una boca menuda pero con amplias mandíbulas y en la parte posterior de su cuerpo ceñido una V que decía Vasconcelos. Este murmuró: "Es malo ese Salomón", ya peleado con De la

Selva desde hacía mucho. Sobre todo cuando en "La Tormenta" escribió que De la Selva se había introducido en un "agujero sucio", que era la CROM, en busca de los dólares. De allí que Salomón recordara lo de la V. No había, pues, deseo de parte mía, en distanciarlos.

Contrariamente, procuré acercarlo a gente valiosa que se quejaba de él. Tal cuando le comuniqué que el Maestro Antonio Caso me había dicho: "Pepe Vasconcelos me ha hecho todo el mal que ha podido. Yo nunca le he demostrado el menor rencor. En cambio, todas las noches ruego a Dios por él. No he roto con él porque es una de esas amistades que hay que conservar siempre." A lo que Vasconcelos me contestó desde Somió, España, el 12 de mayo de 1933: "...A Caso dígame que todos mis amigos pueden darle testimonio de que nunca he dejado de quererlo y de admirarlo y me complace que la mejor inteligencia de México, pida a Dios por mí. Yo ya sólo le pido que me castigue hasta donde sea necesario por mis vanidades y mi soberbia, pero que se muestre benigno con mis hijos y mis amistades, que son los buenos de México..."

Leí esto al Maestro Caso, que sonriendo, aclaró que sus únicas diferencias con Vasconcelos eran por lo que se refería a su hermano Alfonso. "Por el hermanito, por el hermanito", comentó Vasconcelos al saberlo. Su hermanito había hecho causa común con Lombardo Tolledo y Henríquez Ureña. "¡Qué chocante es!" me confió una ocasión Vasconcelos refiriéndose a Alfonso Caso. El resultado final fue que en un homenaje de la intelectualidad mexicana al maestro Caso en el Club France, con motivo de sus bodas de plata como profesor de Filosofía, al que acudieron cosa de cuatrocientos hombres de estudio, el homenajeado se levantó a decir al final sin mencionar a Vasconce-

los al que calificó de "el ausente", convencido de que todos sabían de quién se trataba:

"El tiene genio. Es el chicote trashumante. Lleva rota la tizona. ¡No importa! ¡Sigue luchando! A él (a Vasconcelos) va mi recuerdo."

Quienes los distanciaron fueron los universitarios, resentidos porque el Maestro Caso decía que la Universidad de Chico Goerne era una parranda y él no era parrandero. Escribí al licenciado Vasconcelos extrañado de que estuviera con esa Universidad mientras el Maestro Caso prefería malbaratar su biblioteca antes de hacer ronda con esa gentuza, y me respondió:

"Me dice Ud. que hasta Caso, Antonio, se ha apartado del grupo actual de la Universidad... Ese gran Antonio ¿por qué no se separó cuando lo de Abelardo? ¿Por qué nunca protestó ni cuando Calles, ni cuando Victoriano Huerta, ni cuando nadie? ¿De cuándo acá me lo vuelven puritano? ¿Desde que se ha prestado a seguir la política de las gentes que mueven a Guisa y Acevedo? Acerca del banquete a Caso... Eulalia Guzmán me escribió diciendo que la Universidad había tratado mal a Caso, etc.; en seguida comprendí que lo que querían era alguna palabra mfa que utilizar contra los actuales directores de la Universidad. En seguida recordé que Caso no tiene mejor amigo en México que Chico Goerne, pero también vi que Caso hacía con Chico Goerne lo que hizo conmigo en el 24: dejarme para seguir equivocadamente la política turbia de los callistas que me minaban el Ministerio de Educación. También entonces el hermanito fue el pretexto o la causa; también ahora Caso ha obrado en defensa del hermanito Alfonso; se ha separado porque renunció Alfonso y Alfonso renunció porque era del grupo Ocaranza-cedillista... Vean claro, se los ruego (quien no veía claro era él: a nosotros qué nos importaba

el ocaranzacedillismo). Yo vi claro desde aquí (porque los pesos que la Universidad le enviaba por conducto de su yerno eran muy claros, de plata); por eso contesté a vuelta de correo unas declaraciones que elogian a Caso pensador, pero, en seguida preparé las otras en apoyo de Chico y de Azuela. En apoyo de Azuela especialmente, a quien yo supliqué que actuara en la Universidad, que no siguiera cruzado de brazos; a Ud. le consta lo hice. ¿Iba yo pues hipócritamente a quedar callado cuando los atacaban los cedillistas desposesionados?

"Y sobre todo, no se crean mentiras. A Caso nadie lo ha echado de la Universidad, ni es obstáculo para ningún subsidio. Caso tiene puesto en la Universidad cuando lo pida..."

El poeta clásico, de los Arcades de Roma, Federico Escobedo, me hizo una tarde, en la librería "Polis", entre sonrisas simpatiquísimas, el relato de la forma como conoció a Vasconcelos. "Verá usted —comenzó—. Pasaba por Teziutlán, siendo ministro de Educación. Se le había reventado la llanta de su automóvil. Iba con su hijo vestido de charro. (Aquí también sonrió midiéndolo con los dedos la anchura del sombrero galoneado.) Un amigo fue a invitarme para que conociera a Vasconcelos, pero me resistí porque no quería que creyeran que andaba yo halagando a secretarios de Estado. Hicimos como que caminábamos al azar y dimos con él. Me encontré con un hombre muy agradable, muy buen conversador, sencillito, modesto. Visitó mi iglesia y me ofreció y cumplió enviarme a un grupo de arquitectos 'para que la estilicen, Padre'. Así dijo. (Y se le llenó de nuevo el rostro con una risa sana y muda, que tornó a aparecer cuando habló de que quiso conocer sus habitaciones.) Las halló pobres pero vecinas de una huerta, pues respiró con fruición el

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
MEXICO

Celaya, Gto.
Enero 29 de 1924.

Señor Lic. José Vasconcelos,
Secretario de Educación Pública.
MEXICO, D. F.

Muy estimado y fino amigo:-

Recibí su mensaje que contiene su renuncia y, como se lo anuncié en el mío de ayer, voy a referirme a ella.

Con la franqueza que me caracteriza creo, sinceramente, que los motivos en que funda usted su renuncia de ninguno me siento responsable y este hecho basta para que no la encuentre justificada. El primer motivo dice: "Nunca he estado ni podré estar de acuerdo con gentes que hoy más que nunca tienen influencia preponderante en el Gobierno ya de una manera directa o indirectamente y esto me obliga muy a mi pesar a tomar la resolución ya indicada." El hecho de que usted no haya sentido afinidad política con algunas de las personas que tienen ascendiente en la actual Administración no puede ser un motivo que justifique su renuncia sin antes y con la plena autorización que de mí tiene, me hiciera ver usted en qué forma las personas a que se refiere menguan la moral de la Administración Pública y constituyen un motivo de rubor para mis colaboradores.

El segundo motivo lo hace usted consistir en la falta de fondos. De esto tampoco me siento responsable, porque, si de mí dependiera, puedo asegurarle que tendríamos dinero para todo y la presencia de un período de crisis económica no funda la separación de un colaborador como usted, porque esas crisis exigen una mayor solidaridad para compartirlas abnegadamente.

En cuanto a los atentados a que usted se -

2004

refiere, usted mismo acepta que soy el primero en condenarlos y me complazco en hacerle saber que no obstante la vida por demás agitada que las continuas operaciones militares que estamos desarrollando me obligan a llevar, me he dado tiempo para abarcar en toda su -- magnitud la trascendencia de esos hechos. He protestado con toda dignidad contra ellos y he dictado las medidas encaminadas a desvanecer definitivamente toda -- responsabilidad que sobre la Administración Pública pu diera recaer sin detenerme el sacrificio que tengo que hacer de muchos vínculos de amistad y de gratitud porque considero que el decoro de la Administración Pública está por encima de todos los afectos y todas las -- consideraciones. Nadie más que usted conoce el respeto que me merecen las ideas políticas de los demás, porque a pesar de la amistad que siempre nos ha unido nun ca he intentado siquiera sondear su sentir personal en asunto tan delicado y usted es testigo que ninguna dependencia de su Secretaría ha sentido influencias extrañas para que los ciudadanos que en ellas actúan -- orienten su criterio hacia determinada finalidad.

Todas estas consideraciones, mi estimado y - buen amigo, me inclinan a creer que usted debe continuar prestando su colaboración al Gobierno que presido mientras no tenga un motivo de rubor que se lo impida y que éste parta del suscrito o de colaboradores suyos con su complicidad. Creo, además, que usted debe sacrificar sus deseos muy justos de hacer una labor fecunda ante la imposibilidad material de nuestro Erario Público para llevarla a cabo y continuar abnegadamente labo rando con igual acierto y entusiasmo hasta que el suscrito entregue el Poder.

Agradezco su bondadoso ofrecimiento para interponer una acción amistosa en busca de una solución-pacífica para el actual conflicto, solución que no veo dentro de los límites de lo posible porque habiendo encabezado la asonada militar altos jefes del Ejército Nacional, se sentaría un funesto precedente si éstos - no reciben el castigo que la Ley y la Moral imponen.

Lo saludo con el afecto de siempre y quedo su
Atto. amigo y S. S.

perfume de las flores silvestres. Me invitó a tomar una copita, que rehusé por ser Semana Santa. Luego lo llevé a visitar unas cascadas, azules, señor, en el fondo de una cañada cálida, mientras arriba hace frío, y tan transparentes, que arrojé un peso para que viera Vasconcelos cómo caía en el fondo, no sin advertir que no lo iba a perder por darle gusto, pues lo recogería en un caño de la vuelta, en un tazón bordeado de rosales.”

Este encuentro con el Padre Escobedo, tan significativo, también se le barrió al licenciado Vasconcelos en sus Memorias, cuando en su recorrido por el Estado de Puebla, con el general Almazán, pasó por Teziutlán, del que sólo se ocupa para hablar de su interés por oír unos canarios que hablaban, lo que no se le hizo. En un concierto en la capital poblana, una noche, recuerdo sólo que estuvo a su lado el general Rodolfo Herrero, a quien ya desde entonces lo molestaban los periódicos con el lío de la muerte de don Venustiano Carranza. Herrero le dijo que no tenía nada que ocultar, que era inocente, que no había cometido ninguna felonía, y Vasconcelos le respondió: “No soy yo juez en eso, porque me dio gusto que Carranza pagara lo que debía.”

El 28 de enero de 1926, a raíz del asesinato del senador Francisco Field Jurado, quien se oponía a dar su voto aprobatorio de los convenios de Bucareli, Vasconcelos envió a Celaya un telegrama al general Obregón por el cual renunciaba a su cartera en su Gabinete. No se conoce el texto de la renuncia, pues la que se publicó en La Habana fue fraguada por los delahuertistas según Vasconcelos, pero por la respuesta presidencial se advierte que una de las causas fue el referido crimen. Decía, en efecto, el presidente Obregón: “En cuanto a los atentados a que usted se refiere, usted mismo acepta que soy el pri-

mero en condenarlos y me complazco en hacerle saber que no obstante la vida por demás agitada que las continuas operaciones militares que estamos desarrollando me obligan a llevar, me he dado tiempo para abarcar en toda su magnitud la trascendencia de esos hechos. He protestado con toda dignidad contra ellos y he dictado las medidas encaminadas a desvanecer definitivamente toda responsabilidad que sobre la Administración Pública pudiera recaer sin detenerme el sacrificio que tengo que hacer de muchos vínculos de amistad y de gratitud porque considero que el decoro de la Administración Pública está por encima de todos los afectos y todas las consideraciones. Nadie más que usted conoce el respeto que me merecen las ideas políticas de los demás, porque a pesar de la amistad que siempre nos ha unido (¡y viene Diego Rivera a mentir que Obregón le confesó que Vasconcelos no le merecía ninguna estimación!) nunca he intentado siquiera sondear su sentir personal en asunto tan delicado, y usted es testigo que ninguna dependencia de su Secretaría ha sentido influencias extrañas para que los ciudadanos que en ellas actúan, orienten su criterio hasta determinada finalidad. Todas estas consideraciones, mi estimado y buen amigo, me inclinan a creer que usted debe continuar prestando su colaboración al Gobierno...”

Al día siguiente el licenciado Vasconcelos declaró a la prensa que “en vista de que con anterioridad a las quejas” que había expuesto, el “Primer Magistrado había dictado ya medidas encaminadas a desvanecer toda responsabilidad de la administración por los atentados” que se habían cometido “con el pretexto de la Acción Directa”, continuaba en su puesto en espera de que el crimen fuera castigado.

En un diario metropolitano apareció luego el siguiente comentario

titulado: "DECORO Y HONRADEZ.— Como podrá leerse en otro lugar de esta edición, el secretario de Educación Pública, don José Vasconcelos, acaba de renunciar esa cartera, fundándose en motivos que le honran y ennoblecen. El cobarde asesinato del senador Field Jurado no podía menos que conmover a todos los hombres decentes de México, cualesquiera que sean sus tendencias políticas, y como entre ese grupo se encuentra el señor Vasconcelos, él también sintióse presa de la justísima indignación provocada por tan abominable delito. El secretario de Educación Pública, además, por las funciones que tiene a su cargo, por su cultura, por su sobriedad ética y su firmeza de principios, hallábase frente a un verdadero caso de conciencia —que dicen los moralistas— y tenía que resolverlo de acuerdo con su pasado político y su hombría de bien. El señor Presidente de la República protestó, el primero, contra los autores del crimen; pero el hecho es que éstos no han sido castigados, ni siquiera denunciados ante el público por las autoridades competentes para ello. Esta situación —que sumerge en un mar de cavilaciones hasta a los menos suspicaces— fundó la renuncia del señor Vasconcelos, porque él, aunque está con el Gobierno y le ha servido por convicción, no quiere que mañana se mezcle su nombre en acontecimientos políticos que precedieron y originaron la muerte del senador Field Jurado. Estamos seguros de que la opinión pública aplaudirá al señor Vasconcelos; y aun cuando nosotros no participamos de sus ideas en filosofía y en política, y más de una vez le censuramos por conceptuar errónea su labor en la secretaría de Educación, ello no impide que reconozcamos la honradez, el decoro y la energía de ese funcionario, que renuncia por dignidad de hombre en este país donde nadie renuncia. El Gobierno pierde

un colaborador honorable y decente; pero la sociedad descubre a un ciudadano que merece tal nombre. Lo sentimos por el Gobierno ahora más que nunca necesitado de sólido prestigio."

El licenciado Vasconcelos esperó que se hiciera justicia, hasta que una vez vio a Obregón en un automóvil acompañado de Luis N. Morones, y presentó su renuncia irrevocable. Fue a fundar "La Antorcha" en las calles de Regina, y después aceptó la candidatura al gobierno de Oaxaca que le ofrecieron en esos días.

Acerca de los Tratados de Bucareli, el licenciado Vasconcelos cuenta que una vez el embajador Warren le dijo: "Yo he hecho un gran servicio a los mexicanos... Lea usted, señor ministro; esto es el resumen de los convenios recientemente aprobados en lo que hace a la cuestión agraria; estipulan que no se podrán tomar tierras de norteamericanos sin pagarles la indemnización correspondiente en efectivo, y no en bonos. Como usted comprende, esto quiere decir que ya no habrá confiscaciones, porque no puede el gobierno pagar esas propiedades a su justo valor en dinero, y desde el momento en que no se puede ya de hecho expropiar a los norteamericanos, ningún gobierno será tan poco patriota que expropie a los nacionales por ley que pone a salvo al extranjero."

"Confieso —comenta Vasconcelos— que, por lo pronto, y en lo que respecta a la cuestión agraria, me dije: Entonces ¿dónde está lo malo de esos Tratados? Pues es evidente que no podemos confiscar propiedades de norteamericanos sin provocar dificultades serias con Norteamérica, y es también evidente que si no podemos expropiar a extranjeros, ya nadie expropiará a mexicanos. Para acabar con el latifundio, aspiración que todos compartimos, no hacen falta las confis-

caciones arbitrarias; basta con manejar diestramente el catastro. Muchos propietarios del Bajío, por ejemplo, estaban ya procediendo a fraccionar tierras, conservando lo indispensable hasta donde podían cumplir con el impuesto. Lo que no sospechábamos ni Warren ni yo, es que pronto vendrían gobiernos canallas que usarían la ley como arma política contra los enemigos y que, lejos de calmarse la plaga de las expropiaciones irresponsables, se acen-tuarían éstas contra los mexicanos dejando a salvo a los extranjeros... De todos modos, era triste que un Ministro de Estado se enterara de los tratados internacionales, por conversación accidental con el emba-jador de la potencia contratante."

Don Vito Alessio Robles hablaba de "la protesta tardía" de Vasconcelos por lo de Field Jurado. Es cierto que don Vito protestó, ¡pero sólo contra Morones!, y que fue de los senadores que votaron en pro de los Tratados de Bucareli después de hacer ímprobos esfuerzos por que hubiera *quórum*. De esto último sí no hizo alharaca con el aplauso de sus admiradores Oyerbides, los Barrera Fuentes, Salvador Azuela y José C. Valadés.

Un día, en el Departamento de Comercio de la Secretaría de Industria, a cargo de don Luis N. Morones, me comentó el licenciado Vicente Lombardo Toledano que Vasconcelos era de una soberbia arraigada y que era imposible que Obregón le reconociera el triunfo en las elecciones para gobernador de Oaxaca en las que se había presentado como candidato, después de que se había retirado en plena rebelión delahuertista. En lo cual estaba Lombardo en un error, porque ya se ha visto cómo yendo en el automóvil presidencial, a inaugurar el Estadio, Obregón le ofrecía formar parte del gabinete de Calles, que estaba deseoso también de que colaborara con él. Todavía más: Cuando Obregón consultó con De la Huerta quién otro, que no fuera éste, podía sucederlo, don Adolfo propuso: "Ahí está Pepe Vasconcelos." Sólo que Obregón respondió con amargura: "Vasconcelos es un excéntrico y el día que gobernara, tú, yo y Plutarco tendríamos que hacer nuestras maletas para salir del país, pues dice que no quiere trabajar al lado de criminales." "Pues fue muy tonto", comentó Vasconcelos cuando, muerto Obregón, le relaté lo anterior.

CAPÍTULO V

LA POLÉMICA ENTRE VASCONCELOS Y JOSÉ SANTOS CHOCANO.—INTERVENCIÓN DE GABRIELA MISTRAL DE LA QUE VASCONCELOS SE HABÍA ALEJADO.—TORRES BODET VAPULEADO.—SU LEALTAD A VASCONCELOS.—MÚLTIPLES PROVOCACIONES DURANTE SU PEREGRINAJE Y SUS REACCIONES VIOLENTAS.—SALVADOR NOVO, FEDERICO GARCÍA LORCA Y DON QUERIDO MOHENO, MALPARADOS.—VASCONCELOS Y PELLICER CONFUNDIDOS EN EL CAIRO CON BRACEROS.

Fuera ya del gabinete del general Obregón, pidió la Federación de Estudiantes de Buenos Aires a Vasconcelos protestara por una frase de Leopoldo Lugones relativa a que había llegado en América la hora de la espada. Vasconcelos mostró a Carlos Pellicer el telegrama en el que se le hacía tal petición. “¿Y qué va usted a hacer?” —inquirió el poeta tabasqueño. Y Vasconcelos replicó:

“Figúrese qué penoso. Hace dos años que usted y yo recibimos tan finas atenciones de Lugones en Argentina, y creo que esta noche tengo que escribir contra él.”

Pellicer le recordó la forma como Lugones los había recibido en su casa, pero Vasconcelos insistió:

“Sí, pero por encima de la amistad están ciertos postulados humanos a los cuales nos debemos sacrificar.”

Y escribió en *El Universal* aquel gran artículo titulado “Poetas y Bufones” que encolerizó en Lima a José Santos Chocano, quien se revolvió furiosamente.

Vasconcelos decía: “Lugones conoce la guerra en los libros, y sólo porque no la ha visto de cerca puede afirmar eso de que ‘ha sonado para bien del mundo la hora de la Espada’. ...La respuesta inexorable de los hechos se la han dado a

Lugones los mismos militares de Chile, que convencidos de su error, en vez de seguir blandiendo la espada, han devuelto el poder al civil Alessandri, al hombre de pensamiento, no al hombre de instinto. Lugones habló en Chile seducido por el éxito momentáneo de una asonada militar; le pagarían nada más con un banquete...”

”Ya de Chocano no es menester ocuparse. Chocano dejó en México las páginas más brillantes de su vida; aquí se hizo verbo de la nobilísima Revolución contra Victoriano Huerta; sus arengas se leían por la noche en los campamentos, en las esperas prolongadas del vivac; las sabía de memoria la oficialidad y se recitaban antes y después de los combates. Posteriormente se le criticó porque Villa le dio algún dinero, como si Villa y Carranza y todos los que no dan lo suyo no hubieran colmado de dinero a otros menos merecedores que Chocano. Lo grave es que ya desde aquí comenzó Chocano a soltar el barniz de poeta, para dejar a descubierto al lacayo; pues Chocano, que estuvo bien alabando a Villa cuando vencía a los ejércitos de la dictadura, cometió después el crimen de adular a Villa, asesino y tirano. Perdió la partida su amo reciente, y entonces Chocano, ya sin freno ni pudor, se

fue a cortejar a Estrada Cabrera, la víspera de que se derrumbara. Después de aquel fracaso, Chocano recorrió otros caminos todavía más sucios, pues creo que estuvo en Venezuela y finalmente se ha ido a juntar con el verdugo de su patria. 'Sólo dos hombres —ha dicho recientemente— sólo dos hombres de los que hoy viven, pasarán a la inmortalidad: Leguía y yo'; esto revela al bufón. El poeta ya hace tiempo que se había perdido. . ."

Chocano respondió: "La ridiculez no despierta indignación, sino que apenas hace sonreír; y si es literariamente ridículo pretender descubrirnos a Pitágoras sin saber griego o interpretar los hindúes sin saber sánscrito, más ridículo es todavía, políticamente, el hacer el papel de Apóstol sin haberse expuesto jamás a peligro ninguno.

"Trátase de un ex ministro de Instrucción y ex embajador de México, que antes de serlo carecía de toda importancia personal, la que sólo ha podido inflarse a expensas de tales puestos públicos, y así es como por virtud de tales puestos públicos, y en consideración al gobernanate que dándose los sacó del anonimato a quien logró hacerse una especie de Apóstol Ministerial, vengo a ocuparme de este político literario, de cuya opinión literaria o política estoy tan sin cuidado, como en cuidado me pondría, por ejemplo, la de Antonio Caso, de cuya diáfana literatura y de cuya pureza política debería tomar lecciones quien de él tiene mucho qué aprender para llegar, no al vistoso papel de Maestro de las Juventudes, siempre ingenuas e impresionantes, quien puede llamarse Maestro de sí mismo.

"Fácil me es esclarecer los cargos con que el Apóstol pretende alcanzar mi individualismo doctrinario, tan profundamente sincero que a él ajusto mi vida toda, con el orgullo de no haber concedido jamás la menor importancia de las

acumulaciones agresivas, porque no hay nadie que repugne tanto a mi temperamento personal como el Adulador de Multitudes.

"...Habla solapadamente Vasconcelos del dinero con que me hubieron de obsequiar Villa y Carranza. ¿Y por qué no Madero? Maltratar a Carranza y a Villa es pequeñez de espíritu en quien no logró que ni el uno ni el otro le hicieran el menor caso."

En esto coincide José Santos Chocano con don Isidro Fabela, que ofendido por lo que de él dijo Vasconcelos en el "Ulises Criollo" de que era "un tonto adulón pero no malo", le enrostró un día, al ir a sepultar a un correligionario, que Carranza nunca le hizo caso.

"Requiere cinismo o —prosigue Chocano— para hablar de todos 'los que no dan lo suyo', quien, como Ministro de Instrucción, ha regalado el dinero fiscal de México en muchas gentes sin aptitudes para saberlo ganar igualmente en su propio país. . ."

De esto también hay que hablar mucho. El propio Vasconcelos, no en la polémica sino en uno de sus libros, apunta que ninguno de sus críticos le podría señalar un solo caso en que un extranjero recibiera de él las ventajas de un viaje bien pagado. Apenas si el poeta colombiano Leopoldo de la Rosa se le acercó para pedirle un salario de seis pesos, a cambio del cual se comprometía a mantener en movimiento un reloj de pared eternamente descompuesto. Así continuó a pesar del sueldo. Y cuando Vasconcelos lo amenazó con suspenderse, De la Rosa contestó: "¡Pero hombre, Pepe! Es que son muy poco seis pesos diarios." Y se le continuó suministrando ese auxilio porque, como toda su vida, Leopoldo de la Rosa se estaba muriendo de hambre. Por su parte, Gabriela Mistral sólo recibía otra suma semejante por escribir un libro titulado "Lectura para Mujeres", con la ventaja

de que la profesora Rosaura Zapata le cedió una casa suya para que la habitara mientras estuviese entre nosotros, por el rumbo de la colonia de "El Águila". Hasta allá iba yo cuando me llamaba pidiéndome prestados libros de los cuales copiaría las páginas que consideraba útiles para las mujeres. "Mi distinguido amigo —me escribía—: He llegado de Chapala y necesito hablar con usted. Le pido que no dé la noticia de mi llegada para que me dejen tranquila... Para llegar usted hasta aquí, toma un camión hasta San Ángel y se baja en la Colonia Campestre. En la casa número 92 pregunta por mi casa, que no tiene número. Deseo que hablemos de cosas que nos interesan a ambos. Mi cordial saludo. GABRIELA MISTRAL. San Ángel, 8 de Dic. de 1922." Yo esperaba que abordara esas cosas que nos interesaban a ambos, pero nada. Porque pensar que deseaba que yo aprovechara la penumbra de su casa, no lo creo porque ella misma se reprochaba ante mí de la dureza de su rostro que decía la perjudicaba mucho. Entiendo que le gustaba charlar conmigo. Éramos amigos desde años antes, cuando ejercía su ministerio de maestra aldeana de su país. Supo de mí por una revista que yo dirigía sosteniendo la idea bolivariana de unidad de la América Española. Me escribió enviándome primero un poema suyo titulado "El Grito" que nos voló a Carlos Pellicer y a mí, y como no recibí el número en el que la poníamos por las nubes, se quejaba. "¡El correo! Menos mal que le llegan a usted mis cartas..." Y en sus sobres sólo ponía: "Sr. Director de *El Heraldo de la Raza*.—México." "Tal vez cree que esto es una aldea, comentaba Pellicer. ¡Y se queja del correo!" Cuando llegó a México invitada por el gobierno para inaugurar el Liceo y la biblioteca que llevaban su nombre, me habló como viejos amigos prometiéndome que nos veríamos

seguido. La vez que me llamó al volver de Chapala, me cercioré de que vivía modestamente. Me habló de que Vasconcelos era "el hombre más grande de la Raza". Refiriéndose a Torres Bodet me confesó: "Como poeta vale mucho. Como hombre no vale nada." "Pues usted compartirá con ella esa opinión —me comentaba Pellicer—, pero yo creo todo lo contrario." Vasconcelos reconocía en Torres Bodet a uno de nuestros grandes escritores, pero me excitaba años después a que yo publicara lo que Gabriela creía, a lo que me negué rotundo porque Torres Bodet fue siempre muy bondadoso conmigo. Vasconcelos me hablaba de que la tragedia de Torres Bodet era que no se apellidaba así; que Fanny Anitúa le había revelado cómo un cómico italiano había suplantado al señor Torres. "Por eso es tan artista", concluía Fanny. Desde su destierro en Argentina, me escribió Vasconcelos que no tenía tratos con Torres Bodet porque llevaba "la marca cailista en la frente", unas arrugas características de su testa. Luego me relató Vasconcelos que Torres Bodet se le acercó en Buenos Aires por mediación de Capdevila, "sujeto falso pero muy simpático", que los invitó a comer en su casa. A Torres Bodet la señora Capdevila le señaló el sitio de honor como representante de México, y Vasconcelos se soltó en la mesa en improperios contra todos los mandatarios de entonces en México, y no volvió más a visitar a Capdevila. No obstante, Torres Bodet exaltó a Vasconcelos el día de su sepelio. A Pellicer lo conduje a la casa de la Mistral y salió deslumbrado "del enorme talento de Gabriela". "No sabe usted —me confesó— cuánto le agradezco que me haya introducido en esa santa casa."

Pero precisa seguir con Chocano que continuaba: "Parece ser el dinero, para tal apóstol, el sólo mó-

vil de todas las acciones humanas, según lo que también dice a Lugones; tendrá él sus motivos para pensarlo así. Lo que yo sé es que, alejándome, pasé por última vez la frontera de México, en paz con tan grande país, sin una sola moneda en la bolsa, según le consta al ex gobernador Maytorena que hubo de favorecerme gentilmente con un préstamo personal para mi movimiento de El Paso hasta Nueva Orleáns; pero estoy dispuesto a devolver todo el dinero con que el Apóstol Vasconcelos crea que yo haya sido obsequiado por Madero, Carranza o Villa. En lo que a éste se refiere, vive en El Paso su ex Tesorero don Sebastián Vargas, a quien salvé de que se le fusilara injustamente y él puede dar cuenta y razón de esas monedas que el Apóstol Vasconcelos quiere buscar, metiéndome sus manos en los bolsillos... Puede tomar nota el mismo gobierno que preside el general Calles de esta formal disposición mía, tanto como la falta de dignidad con que la motiva el licenciado Vasconcelos, empleado de la policía de Lima mientras yo era en México 'el verbo de la Revolución'."

A este cargo replicó Vasconcelos:

"Chocano lanzó denuestos contra mí y torpes calumnias; dijo, por ejemplo, que yo había sido empleado de la policía de Lima. Respondí que no había desempeñado en Lima ningún cargo gubernamental, pero que de haber trabajado para la policía, habría sido un policía honrado..." Y terminaba Chocano: "Puesto que exhibe ahora al general Victoriano Huerta, ya que cuando debiera no lo hizo, en la condición de un tirano (en quien para mí lo execrable fue la traición) ¿qué calificativo les quiere acomodar el licenciado Vasconcelos a Salvador Díaz Mirón, a Amado Nervo, a Luis G. Urbina, a José Juan Tablada, a Enrique González Martínez y a Rafael López, que por

motivos en que no yo, sino él, como mexicano, debiera penetrar, pusieron sus plumas —algunos de ellos con vibrante entusiasmo— al servicio de tal hombre, al que el propio Vasconcelos tiene por 'verdugo de su patria'? 'Bufones' tendría que llamarlos también la vulgaridad de cualquier Apóstol populachero..."

Finalmente, intervino Gabriela Mistral, a la sazón en Nueva York, desde donde escribió una bellísima defensa de Vasconcelos, sintetizando grandiosamente la vida y la obra del Maestro de América:

"Vasconcelos —dijo— es hombre discutidísimo; tiene algo así como un millón de enemigos. El ataque contra él es cotidiano en su patria; muchos adjetivos al rojo blanco le han sido aplicados; pero he aquí uno perfectamente inusitado: este de 'farsante'... Yo, que tengo algún derecho a ser creída por el hombre ilustre del Perú, quiero decirle que don José Vasconcelos tiene una obra tan inatacable por el tiempo como la de Bello, a quien se sigue llamando el educador del continente, pero más preñada aún de sentido humano que la del gramático; una obra que toca las orillas de lo 'bolivariano', por creadora y radiante de generosidad racial..."

"Vasconcelos recogió la obra de los misioneros españoles, abandonada ciento cincuenta años, en favor de la redención del indio. Ha sembrado como de un millón de encinas la sierra y el desierto, de escuelas y bibliotecas. No sólo ha socorrido a la raza olvidada con el libro, sino con la herramienta agrícola, con el banco del carpintero, con el cinematógrafo, con la asistencia social, en sus escuelas agrarias y en sus misiones mixtas de enfermeras y maestros.

"El resplandor de este ejemplo salta como los fuegos anunciadores de las colinas griegas a los países con problema indígena, y se le imi-

ta en Colombia, en Centro América, en el Ecuador.

"Vasconcelos ha levantado en la Ciudad de los Palacios, como llaman a su capital, seis u ocho bibliotecas y escuelas monumentales, como sólo la Argentina ha sabido construir en nuestro desgraciado continente.

"Ahí están: son piedras, ladrillo y cemento, y no se las destruye con artículos.

"Ha hecho la única empresa editorial en grande que conocen nuestros países para anegar de libro barato su territorio, divulgando a los maestros de todos los tiempos, desde Platón a Romain Rolland.

"Hizo la segunda dignificación del maestro en raza española (la primera es la de Sarmiento), dándoles no sólo sueldos, sino participación superior en la vida ciudadana, y el 'Día del Maestro', en México, es una fecha tan solemne como la efeméride nacional.

"En cada una de sus faenas, Vasconcelos ha trabajado para la raza entera, hecho que le ha sido reconocido hasta por España; y en que en esta época de nacionalismos, o suicidas o viles, aparece como un generoso extraño que desorienta por la norma superior...

"Este Vasconcelos, que en su Ministerio de cuatro años fecundó de actos cada día y que hasta obró con exceso por esa como pasión suma de Génesis, puede ser otras cosas: un vehemente, un apresurado de Dios, nunca un farsante..."

Mejor resumen de la labor de Vasconcelos como educador, no puede hacerse.

Sobrevino la muerte del joven periodista peruano Edwin Elmore a manos de Chocano. Vasconcelos, desde Italia, escribió una carta que terminaba así:

"...¡Ya basta de odio en América! Antes mataban sólo los bandoleros de la política. ¿A dónde iremos a dar hoy, que aún nuestros poetas se convierten en asesinos?

¿Y todo para qué? Para allanar el camino al reino de la espada. ¡Pobre América Latina! Desesperáramos de tu suerte si no fuese porque al mismo tiempo de Chocanos das también Elmore. Que el nombre de Elmore sea desde hoy bandera."

Lo único que tiene esto de reprochable es que, como siempre, Vasconcelos luce su pleito con la Gramática. No se dice Chocanos, porque los nombres propios jamás se pluralizan.

Acerca de Gabriela Mistral, Vasconcelos, a su paso por Nueva York después del fraude electoral de 1929, escribió: "Daba clases en Colombia y un día llegó a nuestra humilde vivienda de por Riverside. Días antes había visto su nombre entre los comensales de un banquete que presidiera el cónsul de México... '¡Mal hace usted, licenciado, marchándose a Europa. ¿Qué va a hacer allá? Sé que no lo molestarían en México si regresara. Debía hacerlo. Usted no me negará que Ortiz Rubio es mejor que Calles'."

"'Pues yo entendía, Gabriela, que, en su tiempo, Calles no le parecía a usted del todo mal.' Sonrió sin darse por ofendida. Insistió: 'Usted no debió meterse a candidato, eso es para los hombres de armas. Usted no es hombre de armas.' La soportó con paciencia. Le habló de la Opera. Hizo un gesto. '¡Ah! Ya recuerdo, Gabriela, que a usted no le seduce la música.' '¿Pero usted la entiende?' 'No, no la entiendo. La gozo.' Por fin, se despidió. No llegaron a formalizarle la invitación que esperaba para dar conferencias en México. Pero dio a los diarios un artículo dedicado, según expresó, a liquidar sus cuentas conmigo. Ella había seguido al educador, no al político, cuyos desaciertos lamentaba. Así, una por una y con excepciones raras, se rompían alianzas, se disgregaban consorcios."

Al igual que a Gabriela Mistral trajo Vasconcelos, para orientar, a

personas prominentes como don José María del Valle Inclán que estuvo en la ceremonia de entrega de la Flor Natural a Torres Bodet y en la inauguración del congreso estudiantil del 20 de septiembre de 1921, cerca del presidente Obregón, quien aplaudió entusiasmado el discurso del Rector. Más tarde, el 10 de octubre, en el salón "El Generalito" de la Preparatoria, ante Vasconcelos, el ingeniero Alberto J. Pani, el licenciado Aarón Sáenz y otros funcionarios, don Ramón habló del ambiente de España cuando se inició en las letras. Se extendió en la cuestión agraria de "Galizia", y confieso que más atención puse a las damas malsentadas en el alfombrado estrado, que quedaba a la altura de mi cabeza y de la de otros muchachos a quienes confesé que daría todo por ser pulga. Las últimas palabras de Valle Inclán en México, en una entrevista de prensa, fueron para pronosticar a la revolución en España, no republicana sino comunista. "Y si ahora estamos mal —terminó— entonces yo no sé cómo estaremos."

Valle Inclán y Vasconcelos volvieron a verse en Madrid, después de renunciar como secretario de Educación. En sus *Memorias* olvidó Vasconcelos las palabras de don Ramón en un te ofrecido en el Hotel Ritz "al intelectual mexicano", donde el representante del Directorio, general Mayendía, tomó la palabra. Vasconcelos sólo hace decir a Valle Inclán: "Protesto", y llama al general Mayendía, "Magaz". Tampoco anota que los miembros de la Juventud Universitaria de Madrid, al percatarse de que acudiría ese representante del Directorio Militar encabezado por el dictador Primo de Rivera, se abstuvieron de adherirse al homenaje y resolvieron organizar otro en "La Bombilla", para lo cual hicieron publicar un llamamiento a los universitarios para que estuvieran pre-

sentes en ese lugar dos días después.

Lo que exclamó don Ramón al levantarse el general Mayendía a pronunciar su brindis, fue, según Diógenes Ferrand: "Yo me voy. Yo no aguanto las tonterías que va a decir este hombre. Adiós." Y tieso y magnífico, derribando sillas, atropellando a comensales, dando portazos, se fue ante la expectación de diplomáticos, intelectuales y señoras en número igual al de los señores. El general Mayendía prosiguió desdeñoso, justificando la ausencia del Jefe del Gobierno en el homenaje "a tan esclarecida y elevada personalidad mexicana", pero que lo había comisionado para dar un abrazo muy efusivo "a don José" (como en efecto, se lo dio) en nombre del Directorio y de España. Hablaron otros, inclusive una maestra mexicana, doña Guadalupe G. de Joseph, y, finalmente, Vasconcelos se apresuró a aclarar que no representaba a nadie; que era un modesto ciudadano que se manifestaba libremente y que estimaba como una prueba de progreso de nuestra raza el que se pudieran celebrar estos actos con la tolerancia que antes no había. "La circunstancia —dijo— de que hoy un hombre liberal pueda sentarse en una mesa donde hay personas que en muchos asuntos pensarán de distinta manera, significa que hemos conquistado al cabo la tolerancia." Y siguió hablando, entre aplausos, del hispano-americanismo. El general Mayendía prometió gestionar, como se pidió, se concediera a Vasconcelos una Gran Cruz. Nada de esto dice Vasconcelos en sus *Obras Completas*, donde se limita a informar que se dirigió al café "Regina" donde estaban Indalecio Prieto, don Fernando de los Ríos, Alvarez del Vayo y don Ramón, a quienes ofreció que si firmaban un manifiesto revolucionario, contarán con su firma, en la inteligencia de que saldría de España para patentizar su protesta

contra el Directorio. Se habló de rebelión y de marchas a la frontera, hasta que alguien recordó que Belmonte torearía aquel domingo en Sevilla, y todo se fue en hablar de que nadie faltara a la corrida.

A don Querido Moheno le dolía tantos honores a Vasconcelos, de quien hablaran los diarios "de Lima, de La Habana y hasta de Rusia", cuando que aquí había hecho que se pintaran en los muros "de ciertos edificios públicos", obras "de un arte cavernario, las que a los extranjeros que las contemplaban debían producirles la impresión de que entre nosotros el concepto del arte es de indudable procedencia cafre". Se extrañaba de que cuando Vasconcelos ya no era ministro, se acogieran en los periódicos sus salidas de tono anunciándolas "en primera página y dentro de una orla". También a él, decía, luego de dejar de ser ministro en el sucio gobierno de Victoriano Huerta, aparecieron notas periodísticas en hojas hondureñas y cubanas, pero ahora "Alcibíades viajaba por tierras de ultramar diciendo que Bonaparte fue un enano sanguinario y Pasteur un merolico sin ciencia, cosas que vestían mucho" al decir de don Querido.

Estando Vasconcelos en Barcelona, para derrame biliar de Moheno, el Centro de Orfeones de Cataluña le hizo un homenaje al que asistieron personajes de todas las sociedades culturales. Y al pasar por Ávila, se encontró con correspondencia de los suyos y leyó un artículo de don Querido titulado "El perro de Alcibíades", en el que aludía al deseo de Vasconcelos de que se hablara de él en México y en el extranjero como si se tratara de un superhombre. Vasconcelos contestó con un artículo en *El Universal* que tituló "¿Quién hace el bombo?" que comenzaba con estas palabras: "Noticias de México son siempre noticias conmovedoras. Me llega un recorte en que el señor Puga y Acal

se sirve acabar conmigo. Me dicen también que ya hasta el señor Moheno se permite citar a los clásicos. Esto último me complace, porque me demuestra la eficacia de mi campaña contra el analfabetismo."

Ofuscado por el castigo, don Querido tomó al pie de la letra la ironía y se puso a enumerar a todos los clásicos que leyó en Tabasco de muchacho con el doctor Manuel Mestre Ghigliazza y otros en la librería de don Pepe Graham y en la casa de don Felipito Margalli. Mestre le contestó que era verdad y dio en despotricar tontamente contra Vasconcelos.

Uno que confundió a don Francisco Bulnes con don Victoriano Salado Álvarez, creyendo que a éste y a Moheno se refirió Vasconcelos cuando los llamó "Un par de bueyes cansados del porfirismo", fue don Juanito B. Ruiz, dueño de una farmacia en Los Angeles, Cal. Cuando Vasconcelos estuvo en esa ciudad, lo tuvo casi oculto detrás de esa farmacia y un día le llevó a Salado Álvarez para que se dieran la mano. Comunicué a Vasconcelos esa confusión y me respondió riendo:

"¡Pero si don Victoriano Salado Álvarez ni a buey llegaba! ¡Un buey es algo muy respetable!"

Una vez Salvador Novo, para halagar a su jefe el doctor José Manuel Puig Cassauranc, entonces secretario de Educación, opinó por escrito que no era necesario que Vasconcelos hubiera ordenado la traducción de los clásicos, porque las personas ilustradas, decía, los leían en el idioma original. Vasconcelos, desde el extranjero, envió a *El Universal* su colaboración de esos días anteponiéndole unas líneas ajenas al tema del artículo, y en el que, sin mencionar a Novo, se refería a "un tontillo oficial cuyo nombre equívoco" no recordaba en ese instante, "un esclavillo asalariado" que

no comprendía que para que hubiera personas ilustradas precisaba que los libros esenciales estuvieran al alcance de todo el mundo en la lengua del país.

Recordé una vez a Vasconcelos que en uno de sus libros, *Novo hablaba* de que Federico García Lorca había lanzado pestes por el suicidio de Antonieta Rivas Mercado. Sombríamente Vasconcelos aclaró que García Lorca sólo había conocido accidentalmente a Antonieta en Nueva York, y se soltó a lanzar mandobles contra "ese putete de García Lorca".

En Europa se encontraron Vasconcelos y Carlos Pellicer, éste pensionado por el Dr. José Manuel Puig Cassauranc, secretario de Educación, pero tal vez porque la pensión era corta o porque se la suspendieron, Carlitos se dedicaba a pedir prestado. "Es sablista —me informó después Vasconcelos—. Por estarse unos meses más en París, andaba sableando a cuantos podía." No me extrañó, pues al regresar Pellicer del Viejo Mundo me encontró en las oficinas de Telégrafos y me insinuó que si hallaba a alguien que le facilitara quinientos pesos, le devolvía setecientos. Vasconcelos se extrañaba de que Pellicer no hubiera escrito sobre los viajes que hicieron juntos por la Tierra Santa. No escribiría ninguno de los dos de ello jamás, pero yo sí, guiándome de lo que una tarde me relató Carlitos en su casa de las Lomas de Chapultepec, cuando su familia tenía como huésped a un chico colombiano que se extasiaba mirando el crepúsculo y se transformaba a cada instante cambiándose de vestimenta y luciendo en la cabeza un gorro extraño. Resultó ser con los años el gran poeta telúrico Germán Pardo García. Después de poner en mis manos un trozo de mármol pentélico del Partenón, otro trozo de mármol azul de Eleusis que se hurtó en Olimpia, donde se

esparcían pedazos del pedestal de la estatua de Zeus hecha por Fidias, de marfil y oro, y un fragmento del pavimento del templo de las vestales, después Foro romano, Pellicer me contó que en su viaje, Vasconcelos, en Milán, fue víctima de una infección debido a su gula por los dulces. Cuando el hombre no quería curarse sino con dieta y ya la fiebre subía a cuarenta grados, salió Carlitos en busca de un purgante. Preguntó dónde lo vendían y le señalaron la plaza tal, donde quedaba la casa de Carlos Erba. Y se dijo: Vasconcelos abomina de los purgantes pero aquí lo va a tomar al pie de la vaca. E imitaba el ruido de los efectos que provocó la medicina en el paciente, quien le guardó un rencor sordo durante dos meses. Pero se alivió y siguieron hacia Sicilia, viendo ruinas griegas. En uno de los salones les preguntaron qué querían, si serpientes o bailarinas. Pellicer quiso serpientes, por favor, y llegó un hombre que con una flauta hizo salir preciosos ofidios, entre ellos una cobra magnífica. Se entusiasmó Carlitos en Asís, viendo de lejos, a la salida de un teatro de Florencia, a Papini. No quiso ir con Vasconcelos a visitar a Romain Rolland, porque no le interesaría lo que hablarían.

A su vez, Vasconcelos me dio mayores detalles: Que se iban a llevar a la cárcel a Pellicer por hacer mexicanadas y andar violando las disposiciones gubernamentales. "Yo se lo advertía —ilustró Vasconcelos—: Aquí dice: Esto está prohibido. No se permite pasar. A lo que Carlitos replicaba que él había llegado de muy lejos y no iba a quedarse sin ver. Y se metía. El resultado fue que lo llamaron al orden. Le pidieron sus papeles. '¿De qué nacionalidad es usted?' le interrogaron. 'Soy mexicano', respondió con orgullo. '¡Ah! ¡Con razón! —replicaron—. Son ustedes pistoleros!'. Nos dieron una maltratada horrible,

y tuve que decir que Pellicer era un poeta medio loco. Sólo así evité que lo detuvieran y le cancelaran el permiso para visitar las ruinas."

Asimismo Vasconcelos me contó un día que en el Cairo, un italiano,

dueño de un restaurante, les preguntó a dónde iban. "¡Vamos a Luxor!", contestó Pellicer con su énfasis. "¿Por qué no se quedan aquí? Yo les daría trabajo. Necesito gente para el servicio..."

CAPÍTULO VI

ORÍGENES DE LA CANDIDATURA PRESIDENCIAL DE VASCONCELOS.—LOS ANTIRREELECCIONISTAS PREFIEREN A ARNULFO GÓMEZ.—COMENTA VASCONCELOS EL ASESINATO DE OBREGÓN.—“UN GENERAL Y DOS SARGENTOS”.—SU ENTRADA POR NOGALES.—REPUDIO DE LA CUARTELADA ESCOBARISTA.—LO PROCLAMA SU CANDIDATO LA CONVENCION ANTI-REELECCIONISTA.—LA ENTREVISTA CON MORROW.—WALDO FRANK.—LOS GIDISTAS.—GERMÁN DE CAMPO.—PACTO CON “EL UNIVERSAL”.—“MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO”, DICE AL ESTALLAR SU NEURA EN IRAPUATO, GTO.—EL PLAN DE GUAYMAS.—FUSILAMIENTO DEL GENERAL CARLOS BOUQUET.

Sobre la cruzada vasconcelista de 1929 se han escrito cerca de veinte libros, algunos magníficos, como el del profesor norteamericano John Skirius, inédito a medias; otros medianos, pero ilustrados con documentos diplomáticos y que ya andan circulando, y unos exaltaciones huecas a Vasconcelos o folletitos para desahogar fobias y difundir calumnias. Fedro Guillén ha publicado ya en la revista “Nivel” prolongados estudios críticos muy valiosos.

Si a los libros que se concretan a la campaña electoral de 1929 se añade el muy voluminoso del propio Vasconcelos titulado “El Proconsulado” que viene siendo el cuarto tomo de sus Memorias, resulta ocioso repetirlos o glosarlos con ditirambos. Es preferible y más útil llenar los vacíos, completar episodios o rectificarlos cuando por premura o intereses personales fueron alterados. El mismo Vasconcelos confesó que no guardaba papeles, que todo lo hacía atendido a su memoria prodigiosa. De “El Proconsulado” reiteró a muchas personas, inclusive a mí, que si hubiera sabido que yo conservaba tantos datos

sobre el particular, lo hubiera hecho trizas. Y omitiendo entrevistas en la jira triunfal, además de discursos, a no ser los muy sensacionales que pocos o nadie han reproducido, procurando no prolongar este libro, precisaré concretarse a los momentos culminantes.

Desde luego, el mismo Vasconcelos ignoró en “El Proconsulado” una entrevista publicada el 19 de junio de 1927 en “The New York Times” en la que hablaba de la autorización que se le solicitaba desde México para que se le discutiera como candidato a la Presidencia de la República en la Convención Antirreeleccionista que se celebraría al día siguiente. Su respuesta era en el sentido de que aceptaba siempre que se adoptara el siguiente programa: “Respeto efectivo a la vida humana. Respeto a las libertades públicas. Agrarismo radical pero constructivo. Fomento de la pequeña propiedad. Desamortización de los bienes de los líderes enriquecidos durante la Revolución. Educación de las masas conforme a los métodos mexicanos. Trabajo obligatorio para salvar al país de la miseria en que lo ha puesto el abu-

so de la política y la ignorancia en los procedimientos de la Reforma. Defensa y desenvolvimiento de los recursos nacionales. Libertad religiosa." También pedía el licenciado Vasconcelos que se hiciera presente en el seno de la asamblea antirreeleccionista su opinión de que si ella designaba a un candidato militar, la idea misma del antirreeleccionismo y su tradición resultarían traicionadas. Además, si el general Obregón no llegaba en nombre de la Dictadura Militar, "oponerle otro soldado sería lo mismo que combatir el militarismo con el militarismo inferior, y no valdría la pena volverse a ocupar de los que tal hicieran". Terminaba diciendo Vasconcelos que si la asamblea votaba su postulación, aceptaría porque es deber de todo ciudadano aceptar, y porque la situación de México demandaba que los civiles no desertaran del cumplimiento de sus deberes, siempre que el ejercicio de estos deberes representen algún sacrificio o algún peligro. De Cursy, corresponsal de "The New York Times" en la ciudad de México informó a su periódico que un grupo de constituyentes carrancistas de 1917 observó, al hablarse de la candidatura del licenciado Vasconcelos y de don José María Maytorena, que la Constitución previene que los aspirantes a la Presidencia de la República deben haber residido en el país durante todo el año anterior al día de la elección.

Excélsior comentó en un editorial que en la Convención Antirreeleccionista "ya no sólo figuraban los generales Serrano y Gómez, sino también un civil de nota, hombre de talento, de ilustración y de ímpetu" que vendría dispuesto a luchar contra el militarismo sobre todas las cosas: el licenciado José Vasconcelos, cuyas declaraciones hechas en Nueva York eran "un reto formal contra los políticos y contra muchos revolucionarios" las que en la Convención Antirreelec-

cionista caerían como botafuego, llevando la alarma a muchos espíritus. "El señor Vasconcelos —continuaba *Excélsior*— lleva, pues, a la Convención Antirreeleccionista, un debate de mayor importancia, a nuestro juicio, que el de la No Reelección: el del civilismo y el militarismo..." Esto no alcanzaban a comprenderlo unos muchachos que se aprestaban a unirse a Serrano o a Gómez porque luchaban, decían, contra el reeleccionismo.

Raúl Pous Ortiz, al discutirse la candidatura de Vasconcelos en la Convención Antirreeleccionista, comenzó la defensa de su candidato aclarando que no era representante de éste, sino el último y el primero de sus admiradores. También don Vito Alessio Robles se levantó a decir que Vasconcelos era un gran educador "que salió de la secretaría de Educación con las manos limpias de oro; un intelectual de gran talla, exponente de nuestra cultura, no solamente en la América Latina" y que en el mundo nos daba prestigio con sus conferencias. Hizo saber a la asamblea que él era el que había escrito a Vasconcelos preguntándole si aceptaba el programa de la Convención. Un delegado Raúl Ortiz Quiroz habló también de "la enorme personalidad de Vasconcelos" y atacó a los militares elogiando a Madero y a Juárez. Viendo que la mayoría estaba en favor del general Gómez, Raúl Pous Ortiz exclamó que Vasconcelos no necesitaba "ser Presidente para ser grande", pues le bastaba su gloria. El ingeniero Alessio Robles pidió que aunque no se votara por la candidatura de Vasconcelos, se le tributara "a su honradez y a su intelectualidad un caluroso aplauso".

Ni una palabra de todo esto dice Vasconcelos en "El Proconsulado", como tampoco de su comentario sobre el asesinato del general Obregón, artículo que publicó íntegro *El*

Universal del 13 de agosto de 1928. Le atribuía dotes personales extraordinarios y creía que no era posible esperar algo del obregonismo sin Obregón. "A tal punto está perdida la visión constructiva —expresaba— que se quiere hacer con un fantasma lo que no se pudo o no se había podido lograr con un jefe activo, pero ya inutilizado, porque se había puesto en contradicción con las instituciones y los principios. El fracaso de Obregón es, entonces, lo mismo que el fracaso de Carranza, una lección dolorosa que el país debe recoger. La lección de que no es posible en México el éxito, si previamente se han violado las normas legales... El caudillismo máximo ha caído condenado como incompatible con la vida de un pueblo moderno. Pero existe en estos instantes el peligro del caudillismo de segunda. Muerto el caudillo, aparece ahora el peligro de los caudillejos." Abogaba Vasconcelos por que se celebrara una convención nacional para que de ella surgiera un hombre como Madero, incapaz de derramar sangre. Pero no una convención como las de Serrano y Gómez, "deshonradas de antemano por el oprobio, por el desprecio que rodeaba a los nombres de los candidatos previos que regentearon y costearon las convenciones, las nulificaron desde antes de que se reuniesen". Pues si nuevamente se repiten "esas farsas que no logran disimular un caudillaje de segunda, otra vez caminaremos hacia el desastre".

No se encuentra en ninguna de las obras de Vasconcelos ni siquiera una alusión a una carta suya fechada el 21 de septiembre de 1928 en San Antonio, Texas, por la que contestaba nueva invitación que le hacía don Vito Alessio Robles para que se adhiriera al Partido Nacional Antirreeleccionista que se preparaba a luchar en las próximas elecciones presidenciales. Don Vito se

refería a esta carta en unas declaraciones que hizo acerca de que "el ilustre mexicano, licenciado José Vasconcelos", se adhería al Partido "sin perjuicio de hacerlo al Centro Revolucionario de Principios que perseguía tendencias semejantes". "El Partido Nacional Antirreeleccionista —declaró don Vito Alessio Robles— no puede menos que sentirse satisfecho con pruebas de confianza y aliento como las que encierra la carta de referencia, pues la vigorosa personalidad de Vasconcelos, al sumarse al Partido, da, sin duda alguna, mayor prestigio y fuerza de la que ha logrado adquirir el propio Partido a base de patriotismo y de lealtad a sus principios."

Qué lealtad y patriotismo ni qué principios tenían estos alacranes a quienes para su desgracia admitió el licenciado Vasconcelos en su seno y que lo llevaron a la postre al fracaso político. Debió Vasconcelos fiarse más de ese Centro Revolucionario de Principios presidido por el profesor José A. Luna y del que el 28 de septiembre del mismo año de 1928 se dijo que tomaría "en consideración la candidatura del señor licenciado José Vasconcelos para la Presidencia de la República en el periodo constitucional próximo", por lo que acababa de enviarle un mensaje invitándolo a internarse oportunamente en el país, a fin de que satisficiera el requisito de residencia que exigía la Constitución, según lo había advertido el año anterior el grupo de Constituyentes de 1917. Tampoco de este mensaje hace el licenciado Vasconcelos ni en "El Proconsulado" ni en ninguna otra de sus obras el menor recuerdo. Todo se le va en reproducir en las primeras páginas del libro citado el bla bla de Antonieta Rivas Mercado, a la que consideraba escritora genial y a la que, de no haber sido por la paciencia de Carlos Deambrosio Martins, que puso su papal en cristiano, nadie le hubiera entendido una frase.

Vito Alessio Robles, Diego Arenas Guzmán y otros tiburones de la política sólo pretendían aprovechar el prestigio de Vasconcelos. El 2 de ese mismo mes de septiembre de 1928, don Vito, con su firma, se había apresurado a manifestar, a raíz del Informe de Calles: "El informe presidencial y la actitud asumida por el señor Presidente Plutarco Elías Calles", constituían "una clarinada de gloria para el gobernante y de alto prestigio para el hombre". También en un banquete servido el siguiente día 8 por los antirreeleccionistas "para celebrar el triunfo de los principios" que había venido sosteniendo, don Vito Alessio Robles pronunció un discurso en el que, entre otras cosas, sostenía: "El Presidente Calles y el Ejército han ocupado su puesto; el antirreeleccionismo deja de ser combativo por el momento para no estorbar la marcha de los acontecimientos." Vasconcelos estaba, como siempre, al tanto de todo esto y de allí que desde un principio recelara de don Vito como agente del callismo. Quienes sí eran sinceros admiradores de Vasconcelos y se estaban disponiendo a adherirse en cuerpo y alma a su candidatura, eran los integrantes de un grupo encabezado por el licenciado Raúl Pous Ortiz, ingeniero Federico Méndez Rivas, doctor Jorge Fernández de Castro, Juan B. Ruiz, José García Rodríguez, orador sonorense; Antonio Armendáriz, Alejandro Gómez Arias, Ángel Carvajal, Ponciano Guerrero, Juan Bustillo Oro, Andrés Henestrosa, Armando Chávez Camacho, Germán de Campo, Juan Ramón Solís, Ernesto Carpy Manzano, Ciriaco Pacheco Calvo, Elvira Vargas, Florentino Ibarra Chaires, Miguel de la C. Escamilla, Rodolfo Uranga, Rodolfo Krieger, Dr. Salvador de Lara, Vicente Mendiola, Ignacio Lizárraga y otros.

Después de las fechas de la carta de Vasconcelos y de las declaracio-

nes callistas de don Vito Alessio Robles, éste, el 30 de aquel mes de septiembre formuló otras declaraciones a la prensa, con su firma, en las que hacía al licenciado Emilio Portes Gil "un llamamiento respetuoso y cordial", "ya que tan ponderado —expresaba—, tan democrata y tan apegado a la ley y a las instituciones" se había manifestado "en sus últimas declaraciones y en su discurso del sábado último". "El General Calles y el licenciado Emilio Portes Gil —añadía, según puede leerse en los periódicos de la fecha— han señalado el camino de la concordia, de la cooperación" y de otras cosas más.

Vasconcelos se dirigió a Los Angeles, Cal., y mostró a los compatriotas radicados en esa ciudad, el telegrama del Centro Revolucionario de Principios, firmado por su presidente, profesor José A. Luna, en el que se le invitaba a figurar como candidato a la Presidencia de la República. Asimismo, exhibía la respuesta que con fecha 8 de octubre había dado desde Pasadena, a dicho profesor Luna, anunciándole que ya se ocupaba de cancelar sus compromisos universitarios para estar en México oportunamente y colaborar en la lucha cívica.

Por su parte, otro profesor villista, Abraham Arellano, le envió nuevo mensaje con esta última fecha a San Antonio, Texas, excitándolo a regresar al país a coordinar los trabajos de un Comité Pro Vasconcelos del mismo Centro Revolucionario de Principios. Al mismo tiempo, Germán de Campo manifestó al Partido Nacional Antirreeleccionista, al que se adhería el Partido Renovador Estudiantil, los acuerdos de la noche anterior relativos a sostener la candidatura de Vasconcelos en la próxima Convención para designar candidato a la Primera Magistratura de la Nación.

Con fecha 6 de octubre de 1928 aclaró el licenciado Portes Gil que

nadie impedía que volviera a México Vasconcelos, quien se había expatriado voluntariamente, y que el ilustre escritor, en su labor política, tendría todas las garantías que las leyes conceden a cualquier mexicano. En cambio, en la Cámara de Diputados, el representante Alfonso Romandía Ferreira dijo que los antirreeleccionistas no eran "con Vito Alessio Robles a la cabeza, sino la escoria de la Revolución, con la cual ningún hombre honrado de la Revolución podría mezclarse". "Porque para mí —prosiguió— Alessio Robles no es ni puede ser ya nunca revolucionario, y junto con ese otro loco que tiene una honradez inmaculada pero que cuando habla de política, desbarra lamentablemente, me refiero al señor Vasconcelos..." Los siseos de la galería lo obligaron a aclarar: "Vasconcelos para mí, como hombre de letras, señores, es un eminente pensador; pero de ustedes —dirigiéndose a las galerías— que no lo entienden, me interesan muy poco sus siseos." Los gritos y el desorden lo exaltaron y Romandía Ferreira insistió: "Vasconcelos como político es un desastre, y traicionó al general Obregón. ¿Y ese es el individuo que quiere traer Vito Alessio Robles a la Presidencia de México?" Luego el ingeniero Marte R. Gómez corroboró la opinión de Romandía Ferreira diciendo: "Hace un momento se refería el compañero Romandía Ferreira a los hombres que ya están apartados de la Revolución y que nosotros no podemos aceptar en nuestras filas; se refería a Vito Alessio Robles, pretendido y convencido líder del antirreeleccionismo, y se refería también a José Vasconcelos, que en un momento dado encauzó el esfuerzo educativo de la Revolución, y que después, despedido y apasionado se separó del general Obregón y lo atacó en el extranjero, después de que el general Obregón le había dado generosamente la oportunidad de que se destacara y de que reali-

zara sus ideales de educador. Pues bien: los que no pueden ser sinceros revolucionarios porque atacan a elementos de la Revolución, sisearon allí —señalando a las galerías— cuando Romandía Ferreira criticó a Vasconcelos. Y José Vasconcelos representa, no por ser enemigo de Obregón, ni por ser, actualmente, enemigo de Calles, sino por ser enemigo de la Revolución, representa un factor negativo en nuestras luchas y encontrará nuestra indiferencia más absoluta." Los siseos de las galerías fueron tales, que el orador insistió: "A nosotros no nos espanta que la opinión de México aplauda a Vasconcelos."

Todavía en la conmemoración del golpe de Estado de Victoriano Huerta el 10 de octubre, en un banquete en los altos del Teatro Principal, don Vito Alessio Robles anunció que los antirreeleccionistas estaban dispuestos "a apoyar al gobierno provisional del licenciado Emilio Portes Gil" porque confiaban en que otorgaría "todas las garantías y libertades, y su administración serviría de puente para establecer el régimen institucional en México".

Pero de nada de esto dice una palabra Vasconcelos en sus Memorias. Tenía razón, pues, al confesar más tarde, a varias personas y a mí, que de haber sabido que yo tenía tantos datos, hubiera hecho trizas "El Proconsulado".

Mucho menos incluye Vasconcelos en sus *Obras Completas*, inclusive "El Proconsulado", que el 17 de octubre de 1928, hizo declaraciones en Los Ángeles, Cal., en respuesta a un cuestionario que le presentó un diario metropolitano, recomendando el retorno al maderismo, en vista del fracaso de los métodos huertistas que hasta entonces imperaban en el país desde la caída de Madero, métodos que consistían "en la mano dura y el fusilamiento", con lo que no se ha-

bía logrado siquiera establecer la paz. Anunció que procuraría demostrar que el hombre de leyes sirve también para la práctica, como sucedió en Argentina con el maestro Sarmiento, el mayor estadista de la República rioplatense. Anticipó que no cedería su puesto de candidato sino a favor de hombre de su categoría, “de un hombre de honor”, y que no eludiría problemas ni responsabilidades.

La mayoría de los periódicos de la ciudad de México juzgaban desfavorablemente a Vasconcelos, pues no sería para México el presidente adecuado por vivir sus pensamientos en un plano distante de la realidad y carentes, por tanto, de aplicación práctica fructífera. Lo catalogaban más que como un simple intelectual, como a un idealista arrastrado por su propio generoso vuelo que no podía ver con precisión las lacras, las miserias, las tortuosidades largamente elaboradas en un pueblo de historia e idiosencia como el mexicano. “En todo idealista hay una especie de paranoia —explicaban— que lo hace ver las cosas como quiere que sean y no como son.”

“Prefiero a Eulalio Gutiérrez” —expresó don Carlos Díaz Duffoo contestando a una pregunta que le hicieron, por lo que me indigné y solté tres frescas provocando el enojo de los jefes de la publicación.

La noche del 29 de octubre dijo Vasconcelos, refiriéndose a Obregón, Serrano y Gómez, que en Europa se descorazonaba al saber que se disputaban la Presidencia de México “un general y dos sargentos”. Fue durante una cena que le ofrecieron mexicanos en el restaurante “Veracruzano” de Los Angeles, Cal. Recordó que en el Viejo Mundo le parecía desconsoladora la situación de México en poder del militarismo, y aun llegó a pensar que nuestro país debería de llamar-

se “Sargentilandia”, pero que ahora, viendo el entusiasmo que se despertaba, vislumbraba otro porvenir mexicano. “Por mi parte —prometió— me encuentro dispuesto hasta llegar al sacrificio (en esto se puso a la altura de Lombardo Toledano, que siempre estaba dispuesto, según don Vicente, a sacrificar su última gota de sangre) en el terreno de una limpia democracia. Lo escucharon el gobernador de Sonora, Fausto Topete y su hermano el diputado Ricardo, que hizo al día siguiente la aclaración de que ni ellos ni ningún líder obregonista, tenían ningún entendimiento con el licenciado Vasconcelos.

Asimismo en Los Angeles, Cal., escribió a principios del siguiente mes de noviembre que los compatriotas del “México de Afuera” representaban una selección de nuestra raza, y que la emigración la producían la torpeza y la incapacidad de los gobiernos.

Igualmente el senador Lauro G. Caloca convino en que había que reconocer en Vasconcelos desde luego su prestigio continental, su fuerza en México, principalmente entre los grupos intelectuales, pero que era demasiado sugestionable, un espíritu contradictorio, ya que lo que defendía con cariño en la mañana, lo atacaba con pasión en la tarde. “Todo lo justifica o todo lo reprueba según su estado de ánimo” exclamó. Recordó sus apuros cuando era su colaborador en la secretaría de Educación y tenía que acordar con él. De todas suertes, confesó que el licenciado Vasconcelos era “un hombre superior”.

Rodolfo Uranga, al pasar por Ciudad Juárez, lo entrevistó y Vasconcelos le dijo que había llegado la hora de la juventud, porque la generación revolucionaria de 1910 estaba gastada. En efecto, en la 4ª calle de Mesones número 107, de la ciudad de México, el Partido Re-

novador Estudiantil, cuyo secretario general era Germán de Campo, declaraba que el licenciado Vasconcelos era "el indicado por su capacidad y revolucionarismo, así como por su honradez y energía" para hacer cumplir la obra reconstructora de la Revolución.

Totalmente pasó por alto Vasconcelos todos y cada uno de los sucesos anteriores en "El Proconsulado", el que comienza con el relato de la general simpatía despertada en California y en Texas en favor de su candidatura, pero no alude a lo que asienta Jorge Prieto Laurens de que en los altos del Teatro México, en la calle Main, de Los Ángeles, Cal., se reunían él, don José María Maytorena, los generales Enrique Estrada, Aurelio Sepúlveda, Ramón Arnáiz, Federico Silva, Nicolás Rodríguez, el de Chihuahua, J. Tolentino, Darío M. Silva y otros, que le regalaron varios miles de carteles con su retrato, así como gran cantidad de fotobtones, también con su efigie, en los que se leía la leyenda de "¡Vasconcelos única esperanza de salvar a México y de reivindicar a la Revolución!" Vasconcelos de quienes habla es de un doctor José María Urrea, de un general Ruelas, del doctor Carlos Leyva, de don Brígido Caro, de los comerciantes hermanos Mayí y un señor Baca. Pero ni Prieto Laurens ni Vasconcelos se acuerdan de Enrique Bordes Mangel, que resolvió volver a la patria a participar en la lucha democrática. A éstos se unió una comisión integrada por el ingeniero Federico Méndez Rivas, Raúl Pous Ortiz y el estudiante Ángel Carvajal, que le llevaron un memorial con más de ochocientas firmas que se adherían a su precandidatura. Y así, impulsado por estos contingentes, penetró en Nogales, Son., donde electrizó con un discurso memorable, que sí está en "El Proconsulado" y que comenzaba diciendo:

"Vuelvo a la patria después de uno de esos lapsos de dolorosa ausencia... Los fariseos de la Revolución, en todo el mundo, se distinguen por la complacencia y el aplauso que otorgan a las dictaduras... Hay que añadir en el programa económico de distribución agraria y de reivindicaciones obreras, también la libertad que obtiene el castigo de los malos funcionarios y de desenmascarar a los revolucionarios falsos... El principio glorioso de la No Reección, consagrado con la sangre de tantos mártires, debe ser inscrito de nuevo en nuestra Carta Fundamental... Es necesario que recordemos, que sintamos que los católicos son nuestros hermanos y que es traición a la patria seguirlos exterminando... PROCLAMEMOS QUE EL FANATISMO SE COMBATE CON LIBROS, NO CON AMETRALLADORAS... ¡México! ¡Levántate!... Deja que los menguados vacilen... Tus hombres están ya en pie, y por el viento pasan himnos de regeneración y de victoria. ¡Adelante! ¡A la victoria!"

"Qué tal si sigo su consejo y me pongo a hablar del progreso del Brasil", hizo ver a don Juanito B. Ruiz que lo persuadía de no atacar a nadie para no atraerse enemigos. Porque muchos de sus seguidores no comprendían el vasconcelismo. Poco antes de su discurso en Nogales también había arremetido Vasconcelos en la prensa contra las Leyes de Reforma, contra Juárez y sus seguidores. Reprochaba el que no se hubiera tenido el valor suficiente para denunciar "ese disparate magno" de esas Leyes. Y el hijo del doctor Azuela, como se ha dicho, proclama que primero estuvo con Vasconcelos en su trayectoria política de la campaña electoral de 1929 que él llama albur vasconcelista, pero que después se apartó de él porque atacaba al Partido Liberal. Esa indocumentación se evidencia hasta cuando a mí me en-

rostra lo que uno me plagió de uno de los 30 tomos de mi "Verdadera Revolución Mexicana", donde reproduce desde 1960 el relato de un espía de las actividades de Garrido en Tabasco. Afirmaba el hijo del doctor Azuela que yo recibía dinero de Garrido para darle lustre cuando que sólo se trataba de una agencia de noticias telegráficas para los periódicos de los Estados de las que solicitó una copia el director, pariente mío, del periódico garridista "Redención", de lo cual me aproveché para hacer llegar a Tabasco mi propaganda vasconcelista. Y cuando esa corresponsalia se la dieron a un tal Pinelo, de "El Nacional" y Ausencio Cruz se me acercó para saber qué solicitaba yo en compensación en la Secretaría de Agricultura de la que acababa de tomar posesión Garrido, respondí que nada en lo absoluto. Y así me calumniaba quien ha estado pegado toda su vida al presupuesto de todas las repugnantes tiranías que han deshonrado a México.

Tampoco comprendió el vasconcelismo otro de sus jilgueros, cuando al llegar el 5 de marzo de 1929 a Uruapan, Michoacán, el licenciado Vasconcelos condenó la rebelión militar de Sonora porque de ella no podía surgir sino un nuevo caudillo y venía a interrumpir los trabajos democráticos que eran la única esperanza de resolver el problema presidencial. El perturbado profesor Aurelio Manrique Jr., interpretó esto diciendo que Vasconcelos era "un político mañoso", mientras otro de sus lugartenientes, el pasante de Derecho Andrés Pedrero G., puso cara hosca y reprochó a Vasconcelos lo que llamaba una ligereza que no se compaginaba con la actitud decidida de políticos más prácticos como el licenciado Gilberto Valenzuela y el general Antonio I. Villarreal. Este era el político ideal de Pedrero, pese a que don Juanito B. Ruiz había afirmado en Hermo-

sillo que Villarreal, en Laredo, había recomendado a sus partidarios fronterizos que boicotearan a Vasconcelos, quien le podía ganar en la Convención antirreeleccionista que se preparaba. Esto fue lo que indujo a Vasconcelos contra Villarreal. "Me saboté en Nuevo León" exclamaba desde entonces Vasconcelos, lo que jamás le perdonó y menos cuando don Miguel de la C. Escamilla, que le enviaba diariamente recortes de cuanto se publicaba sobre el vasconcelismo en derrota, le remitió la versión periodística de que Villarreal se había dejado abrazar por el general Abelardo L. Rodríguez en los pasillos de un teatro metropolitano. Esto se lo enrostró Vasconcelos a Villarreal toda su vida y fue el origen del distanciamiento entre ambos, no intrigas mías como supone el pérfido que no me anda más que buscando defectos hasta físicos sin reparar en los suyos.

Las declaraciones de Vasconcelos en contra de la rebelión del general Escobar supo explotarlas el gobierno de Portes Gil, que hizo difundirlas hasta desde lo alto de los aviones sobre los territorios en rebelión, los que ya Vasconcelos había recorrido en jira triunfal pronunciando discursos que poseo, pero cuya reproducción prolongaría demasiado este libro. Los obtuve yendo con Ciriaco Pacheco Calvo, por instrucciones de Vasconcelos, a pedir al director de *El Universal* en aquellos días, José Gómez Ugarte, me diera copia de los que ese correligionario telegrafiaría diariamente durante toda la campaña electoral. Yo, a mi vez, los transmitiría a cosa de ocho o diez periódicos de los Estados, inclusive el de Villahermosa, Tabasco. Esto aparte de mis artículos publicados inclusive en "El Momento", órgano del vasconcelismo. Pero como la mayoría de los lugartenientes de Vasconcelos jamás leían, ignoraban esta labor mía, mil

veces más eficaz que la de ellos y menos costosa para la causa, porque, como decía el propio Vasconcelos, eran demasiado caros con los gastos que ocasionaban en los hoteles donde se alojaban y que nosotros, con nuestra cuotas al Partido, de lo que conservamos recibos, sufragábamos. Digo esto porque en la primera edición de "El Proconsulado", el que introducía sus manos torpes en los originales, se atrevió a intercalar que yo nunca arriesgué un peso ni una opinión propia en la campaña, y al pedirnos Vasconcelos que para la segunda edición inminente, le indicáramos qué podíamos rectificar o ratificar, le pedí suprimiera esa calumnia y él, sombríamente, murmuró: "Yo no he escrito semejante cosa."

Me acerqué a Vasconcelos a su entrada grandiosa en la ciudad de México. Nunca creí que triunfara, como aquel don Agustín Rodríguez, en un pueblo fronterizo, que le confesó: "Creo que anda usted perdiendo su tiempo; este pueblo ya no responderá a la hora de la prueba; los valientes ya se murieron. Sabe usted, eso va por generaciones. Hay que esperar otra. Pero, en fin, le ayudaré. Aquí me tiene."

Los valientes ya se habían muerto y sólo quedaban al lado de Vasconcelos sujetos hábiles para la intriga y para desligarlo, ellos sí, de sus más desinteresados amigos. Comenzaron por el ingeniero Federico Méndez Rivas, que fue uno de los primeros que corrieron a unírsele al cruzar la frontera y al que fueron eliminando hasta finalizar con Manuel Gómez Morín, sin cuya aportación no se habría contado con boletas para el día de las elecciones. Siquiera a mí me culpan de sus rompimientos con personas como don Vito y Villarreal, pero nunca negarán que lo acerqué a hombres de valía como el maestro Antonio

Casey, a éste y a numerosos elementos útiles como después del fraude electoral, a Rodolfo Krieger, un norteamericano que pugnaba por sublevarse en favor de Vasconcelos y al que en la ciudad de México mi gratuito agresor lo descorazonó convencándolo de que ya "el maestro" no tenía arrastre. A lo que Vasconcelos, al saberlo y luego de un momento de meditación, exclamó:

"No. Si lo que los ingleses llaman *lieutenants*, mis lugartenientes, me han hecho más daño que el enemigo."

Y como sea, el caso es que el director de *Excelsior*, Rodrigo de Llano, expresó un día: "Con veinte como usted, ya Vasconcelos estaría en la Presidencia." "Así lo creo", escribió Vasconcelos. Esto es lo que no perdonan quienes me censuran.

Antonio Armendáriz le pronosticó una vez que él sería de la oposición cuando triunfáramos. Esto agradó a Vasconcelos que habló más tarde de que correría mucha sangre en caso de que asumiera el poder. En efecto, sangre de legiones de pillos con los que tenía especialidad de rodearse.

El propio Armendáriz, al salir una noche del Hotel "Princess", donde se alojaba en la ciudad de México el licenciado Vasconcelos, me interrogó qué me parecían unos muchachos que formaban lo que llamaban el escuadrón volante, encargado de organizar las recepciones al candidato en las poblaciones que visitaba. Aunque habían estado emitiendo gansadas, iba a decirle que los veía entusiastas y bien intencionados, pero él me insinuó: "¿No le dan idea de aventureros?" Uno de ellos escribió un folletito más tarde titulado "La aventura vasconcelista" en efecto. A su vez, el licenciado Octavio Medellín Ostos encontró poco políticas las declaraciones de Vasconcelos en Guaymas en el sentido de que no tenía compromiso con el Partido Nacional Antirreelec-

cionista que si se decidía por el general Antonio I. Villarreal, seguiría él su campaña apoyado por el Partido Revolucionario de Principios, y que tras de su triunfo “no quedarían cadáveres”. En la magna recepción que se le había hecho en Guaymas precisamente había exclamado que lo que se decía de su clericalismo era “fácil desmentirlo”; que él condenaba el derramamiento de sangre por la religión y se pronunciaba contra la preponderancia que tenía en la secretaría de Educación Pública el protestantismo, por lo que condenaba también “el intento para elevar a la Presidencia a Aarón Sáenz”, quien no tenía otras credenciales “que la recomendación de Morrow”, y si esto era ser clerical, lo era, pero estaba seguro de que los clericales no lo reconocían, pues muchos lo tenían por ateo y radical. Medellín Ostos se apresuró a desmentir esos conceptos, atribuyéndolos a una mala interpretación de los periódicos. Pero Vasconcelos sostuvo su actitud y envió un telegrama a los antirreeleccionistas explicando: “Mi actitud es la misma del año pasado: No acepto candidaturas militares. Si ustedes eligen candidato militar, los dejaré como los dejé el año pasado, pues hoy como nunca el pueblo exige candidatos civiles. Los partidos que se organizan en esta región exigen que el candidato sea civil. Yo, a mi vez, los exhorto a que no vuelvan a hundir el antirreeleccionismo con candidaturas militares. Ya que el ejército se ha abstenido de entrar en la contienda, no erijan candidaturas militares, que darían lugar al encono del ejército.” Igualmente los del “Comité Pro Vasconcelos” de la ciudad de México, tal vez asustados por los discursos de Vasconcelos, formularon un infortunado halago a las autoridades callistas a las que calificaron de respetables, aplaudiendo “entusiastamente y sin reservas mentales” el “mensaje-programa del ciudadano Presidente Provisional, li-

cenciado don Emilio Portes Gil”. “Lo hacemos nuestro”, repetían y aseguraban que “el licenciado don José Vasconcelos llegó al país aconsejando a sus simpatizadores y amigos una actitud de amor y de concordia”. Por ello el mencionado Comité Pro Vasconcelos quería “encauzar al vasconcelismo por una actitud de ponderación”. Desde luego, el licenciado Vasconcelos ignoró estas declaraciones claudicantes, que, por supuesto, no incluye en sus libros, pues de lo contrario habría roto rotundamente con esos tibios correligionarios.

Más asustados quedaron los vasconcelistas metropolitanos al saber que habían recibido a Vasconcelos y a sus seguidores Ignacio Lizárraga, Chano Urueta, Enrique González Rubio, Alfonso Gutiérrez Hermosillo y otros a estacazos en Guadalajara, Jal. Tanto que como el presidente provisional Portes Gil condenó esos actos de violencia, don Vito Alessio Robles se apresuró a felicitar “a dicho funcionario por su loable actitud”. Y se atrevió a escribir en su libraco que Vasconcelos esa vez estaba temblando de miedo.

Ya en la metrópoli, en una conferencia en el cine Imperial, Vasconcelos se refirió a la banda de rufianes que se acuchillaban en el norte y en Mazatlán, como alacranes que se devoraban los unos a los otros, criminales (Calles, Almazán, J. Gonzalo Escobar, Antonio I. Villarreal, Marcelo Caraveo, los Topepe, etc.) a quienes pronosticó que al triunfo del vasconcelismo se enviaría al presidio, pues entonces se suprimiría la pena de muerte.

Muchos al oír a Vasconcelos decir éstas y otras verdades, en Xochimilco, D. F., se arrepintieron de seguirlo seguramente. Habló de que todos los dineros de la nación se estaban yendo a Santa Bárbara, la hacienda del general Calles; que

Obregón, en ocho años, había hecho más dinero que todos los científicos en treinta y cinco y que al embajador de los Estados Unidos, Mr. Morrow, "con antecedentes y antecesores de Poinsett", le había mandado decir que otros candidatos buscarían su ayuda, pero que él nada le pedía y sólo le daba 24 horas para hacer sus maletas después de que el pueblo hubiera triunfado. Con razón oí a unos de los líderes cromistas, Juan Rico, en una asamblea: "¡Ahí viene Vasconcelos!" Mientras un miedoso de verdad, ex protegido de Vasconcelos, Rafael Heliodoro Valle, completó ante mí: "¡Ahí viene Vasconcelos, a comprometer a sus amigos!"

Un día de abril de 1929 fui a saludarlo al Hotel "Princess". Me puso una mano en el hombro y sugirió otra vez comer juntos. Iba a ver a Adolfo Best Maugard en las calles de Lucerna, y al pasar por la Alameda Central nos convidó a Armendáriz y a mí un refresco. Armendáriz le habló de mi próximo libro, "En el vértigo de la Revolución", y fue leyendo unas pruebas que yo llevaba. Se le iluminó el rostro y más cuando le hablé de que al comienzo del movimiento armado en 1910 había declarado él al "Light" de San Antonio, Texas, que no se debía mencionar a don Venustiano Carranza entre los revolucionarios porque se había enojado de que lo hubiera incluido entre una serie de nombres que había proporcionado de personas con quienes Madero contaba. "¿Sabe usted eso?", exclamó riendo de buena gana. Nos despedimos al llegar a la casa de Best Maugard, interesado en que se acercara al embajador Morrow al través de un amigo, consejero jurídico de la embajada, con quien almorzó Vasconcelos, y al hablar éste de que no le importaba lo que los salvajes callistas hicieran con la Universidad, pues una vez que el país cambiara, se

haría una como Dios manda, se presentó el embajador. "Ruín de apariencia —lo describe Vasconcelos—, más bajo que yo, que soy casi 'undersized'. Miope y corvo de piernas, en vano busqué en su rostro la flama de la inteligencia que, según la conseja, lo caracterizaba... En diálogos triviales se pasó la hora de yantar y luego, de sobremesa, nos dejaron solos al señor embajador y a mí." Se concertó una nueva entrevista en la embajada, en el despacho privado de Su Excelencia. "Los libros que había sobre la mesa de trabajo —observó Vasconcelos— no daban idea de un gusto refinado; eran obras de colegas abogados o banqueros... En las repisas tenía Morrow, junto con retratos de amigos suyos, uno del general Calles. Hace falta, pensé, otro de Amaro para que se interese Lombroso. De inmediato abordamos el asunto del día y le formulé el cargo de que, bajo capa de amistad por México, él y su gobierno ayudaban a sostener en el poder gentes que, en su tierra, procurarían poner en presidio... 'Va a ser difícil que usted reúna muchos votos', me dijo Morrow en párrafo final de la entrevista, 'porque aunque yo no niego su popularidad, usted sabe el poder de la maquinaria oficial. A última hora los cálculos pueden dar muchas sorpresas'... 'Pero —añadió— usted está haciendo una obra importante: usted está educando al pueblo en la democracia; le enseñará usted a votar y aunque esta elección la perderán ustedes, porque el gobierno está muy fuerte, en la próxima, de aquí a cuatro años, su triunfo será seguro... siempre que no cometan ustedes el error de intentar una rebelión'... No volví a acordarme de la comida con Morrow, pero una semana después y siempre por conducto de Mrs. Rublee, me llegó un obsequio del señor embajador, un libro por él prologado. No llevaba dedicatoria, no atestiguaba constancia de relaciones

conmigo, pero el prólogo contenía la tesis de que me hablara en la comida: que los partidos de oposición eran la válvula que evitaba las revoluciones; que en organizar la oposición estaba la salud. La tesis de Morrow cundió más de lo que se cree. Muchos amigos míos, del género tímido, o del género complaciente, aconsejaban lo mismo, dejarse derrotar, apresurarse a reconocer la derrota y hacer las paces con el vencedor. Esto nos traería una fracción del poder y una colaboración que podría servir de base para un nuevo esfuerzo electoral en el periodo siguiente. La mentira, la cobardía de toda esta tesis, se advierte reflexionando que no es lo mismo una derrota leal que una derrota injusta. El que transige con el fraude, ya no vuelve a ser creído, ni merece otra cosa que el que lo vuelvan a defraudar..."

Estaba tan arraigada esta convicción en Vasconcelos, que al sobrevenir el fraude y ver que el pueblo no protestaba, se expatrió y declaró en todos los tonos que no volvería a México a hacer el juego al gobierno. Hubo hasta un humorista que escribía una columna titulada "La vida en México dentro de 50 años", en la que hablaba de que había sido encontrado en una isla desierta un anciano barbado que decía llamarse José Vasconcelos y que exclamaba rotundamente que no volvería a México por ningún motivo. Otra caricatura lo pintaba en el extranjero rasgueando una guitarra y cantando aquello de "Qué lejos estoy del suelo donde he nacido." Y a pesar de que yo difundía en una hoja clandestina sus ideas al respecto, no faltaba tonto que no comprendiera esto y le escribía que volviera a encabezar la oposición. Llegaron a exasperarlo en tal forma, que les respondía maltratándolos por su cabeza dura. No sé hasta qué punto tenían razón, pues no se me borra de la memo-

ria que, cuando al ingeniero Federico Méndez Rivas y a mí nos encarcelaron por andar tratando de que se sublevaran unos veinte hombres que Vasconcelos exigía para internarse con ellos en una Sierra Maestra a luchar por la libertad, una señora que fue a visitarnos en la prisión expresó: "Debía de venir él a sufrir con ustedes los atropellos de que están siendo víctimas."

Ya a fines de abril, el 25, cuando me presentó Vasconcelos en el "Princess" con Antonieta Rivas Mercado, ésta interrogó por una comida de intelectuales que preparaban "al maestro, no al político" Vasconcelos, y éste explicó que un salvadoreño, Juan Coto, era el iniciador de ella y no iría, principiando porque él no era ya intelectual sino político. Además, había entre los invitados gentes que estarían muertas de susto, como Chávez (quizá Loera y Chávez o Carlos Chávez). "Hace usted bien —comentó Antonieta—. Aparte de que en la lista no todos son intelectuales ni están todos los intelectuales. A Rodríguez Lozano (su amigo del alma) no me explico por qué lo pasaron por alto." "También se queja Honorato Bolaños (un pederasta conocido) de que no lo incluyeron", observó Vasconcelos. "Pero, maestro —reparó Andrés Henestrosa, de pantalones cortos— ¿qué Honorato Bolaños es intelectual?" "¡Ah, bueno!", contestó riendo Vasconcelos, quien se puso a escribir una carta en la que comenzaba diciendo que había dejado de ser intelectual al cruzar la frontera, y no había honrado a México por el mundo, como decían los organizadores, sino que lo había denigrado por todas partes. Mientras buscábamos sobre para la carta, Antonieta confesó: "Le destruí unos sobres, licenciado, porque me encantaba destruir." Con uno que parecía una lagartija prodigó ella su refinado artificio femenino, aludiendo a un discurso que le había oído:

“Es usted conmovedor, ¡hasta doloroso!” A lo que el otro, con fingida modestia, replicó: “Yo lo que supe es que algunas mujeres dijeron que yo era feo.” Llegó Manuel Gómez Morín y quise despedirme, pero Vasconcelos me detuvo diciendo: “Tenía algo que tratar con usted.” Supuse que quería que nos hiciéramos cargo del órgano del Partido, “El Momento”, porque estaba fatal.

Acababa Vasconcelos de regresar de la región fabril de Orizaba, donde reveló a los obreros que la American Federation of Labor era enemiga de ellos porque estaba en contubernio con la burguesía de Wall Street, cuando lo fui a ver de nuevo un 1º de junio en el “Princess” llevándole la prensa llegada de los Estados con la crónica de su último recorrido enviada por mí. Estaba solo y se dedicó a leerla con atención. Me hacía preguntas y formulaba comentarios. “Tendremos que ir a la rebelión”, concluyó. Hablamos del general Felipe Ángeles, a quien calificó de caballero noble y leal a Madero.

Eran los días en que los universitarios exigían solamente la renuncia del rector Antonio Castro Leal y, sin mencionar ellos para nada lo de la autonomía de la Universidad, Portes Gil se las concedió como medida política contra el vasconcelismo. Al mismo tiempo, “El Nacional”, órgano del PNR, trataba de desprestigiar a Vasconcelos probando que su pobreza era pura literatura hindú, pues aseguraban que en Los Ángeles, Cal., camino de Hollywood, poseía unos chalets, otras tres casas en Tacubaya y un gran predio en la colonia del Valle. Un tal Melchor Ortega recordó que Vasconcelos había confesado tener una propiedad agrícola de considerable extensión en el Estado de San Luis Potosí, un latifundio de diez mil hectáreas llamado “El Coco”, y había ofrecido cederlo a los cam-

pesinos siempre que sus oponentes políticos hicieran lo mismo. Le tomaban la palabra y hacían saber que el ingeniero Ortiz Rubio, su contrincante, casi en secreto, sin ostentación, había ordenado, durante su visita a Morelia, Mich., diez días atrás, se fraccionaran unas tierras que poseía por derecho de herencia, para escriturarlas a favor de los agraristas de la región, por lo que los revolucionarios del país esperaban que Vasconcelos cumpliera su palabra. Pero esperaron sentados.

Se interpuso el arreglo del conflicto religioso, y al ir a conocer su opinión un reportero Gustavo Castañares, exclamó Vasconcelos: “¿Para qué quieren que hable? ¿Para que me mutilen mis palabras? Esperen a que yo triunfe para que yo les dé la libertad y me ch... como ch... a Madero, porque así son ustedes de viles!”

Ese día lo vi muy amable conmigo. Me sentó a su lado y oyó con atención que un amigo muy relacionado con la Liga Defensora de la Libertad Religiosa me comunicó que esa organización haría trabajos bajo cuerda para inducir a los católicos a que votaran por él. “Es lo lógico”, contestó Vasconcelos, pero temía que no sucediera así, pues que con la paz que sobrevendría ya nadie quería sublevarse. Quedamos en que seguiríamos tratando el caso, no sin antes plantearme su proyecto de que después de las elecciones se agolpara el pueblo en torno de la Cámara de Diputados hasta obligar a éstos a que declararan que Vasconcelos había sido el triunfador.

De retorno al periódico vi a dos o tres prominentes políticos coahuilenses, altamente indignados por las provocaciones vasconcelistas en su Estado. “Hay que convenir —confesaban rojos de ira— que estos hombres son valientes y agresivos.”

Pero Vasconcelos ya preveía la derrota, por más que tuviera momentos de optimismo. Una vez, en Irapuato, Gto., por quitame allá estas pajas, se indignó tanto, que desatada toda su neura, exclamó: "Yo no sé qué ando haciendo aquí. ¡Mi reino no es de este mundo!"

Nada, nada de lo anterior dice Vasconcelos en "El Proconsulado" en el que relata los sucesos de aquel año. Deja a Antonieta que lo cuente todo con su ampuloso bla bla, mientras él se concreta a recordar que le sobrevino un ataque agudo de artritis que le inflamó el dedo gordo del pie izquierdo, lo que le hizo guardar cama por la primera vez en su vida. Lo salvaron un par de médicos y las atenciones de Antonieta, a la que dejamos con él en el Hotel "Italia" de la ciudad de Puebla, luego de un bello discurso en el que se refirió a que había vuelto a ver las sombras de Aquiles Serdán y de los hermanos Roussack en los albores del maderismo.

Y así se procedió a celebrar la Convención del Partido Antirreeleccionista, gracias a seis mil pesos que cedió de su peculio Manuel Gómez Morín, pues don Vito Alessio puso mil reparos, como el de que se necesitaban por lo menos treinta mil pesos para traer delegados y pagar el alquiler del local. Lo peor fue que lo oí en el seno de la asamblea vociferar contra el respetable ex ministro de Fomento de Madero, el ingeniero Manuel Bonilla, delegado de un club vasconcelista de Mazatlán y quien con el doctor Francisco Vázquez Gómez no faltaban a ninguna de las sesiones, perfilándose como candidatos a la vicepresidencia en caso de que faltara Vasconcelos. "¡Esta es la última de sus bonilladas!" gritó don Vito ofendiendo en lo hondo a aquel noble luchador. Esto me sublevó más que cuando, porque sí, declaró que había triunfado por mayoría de votos la tesis suya de

que no se variara el nombre de Partido Nacional Antirreeleccionista. Casi toda la asamblea apoyaba la idea de Vasconcelos de que de allí surgiera la denominación de Partido Antirreeleccionista del Trabajo, pero acató lo que don Vito diz que leyó.

Vasconcelos fue proclamado candidato a la Presidencia de la República por mayoría de un noventa y tantos por ciento de votos, no por aclamación como asienta un indocumentado que hasta olvida que el contrincante fue el Dr. Vázquez Gómez, quien seguidamente firmó un telegrama felicitando a su vencedor. No aspiraba a otra cosa que a prestar generosamente su nombre en los debates.

Ni siquiera inserta en ninguna de sus "Obras Completas" Vasconcelos su prolongado programa de gobierno leído al aceptar su candidatura. Todos los periódicos lo publicaron íntegro al día siguiente, a no ser *Excelsior* que, hasta el día siguiente y como de la Presidencia se le hizo un reproche, lo insertó también en una plana entera con un buen retrato del candidato. Con éste platicué aquella noche hasta altas horas en el Hotel "Princess", donde me prometió un ejemplar de un documento relacionado con su actuación durante el gobierno del general Eulalio Gutiérrez. Después le hice observar cómo el gobierno provisional estaba aprovechando sus ideas expresadas en su discurso, sobre todo en lo que se refería a utilizar el ejército en tiempo de paz para la construcción de carreteras. Así lo reconoció él.

Una noche, en el "Princess", antes de que partiera a los Estados Unidos el escritor norteamericano de izquierda, Waldo Frank, un cancerbero quiso impedirme la entrada, pero Vasconcelos, al verme frente a la puerta entreabierta, me invitó familiarmente a pasar. Hice a un lado al cancerbero y a sus compa-



Designado candidato a la Presidencia de la República, da lectura a su programa de gobierno.

ñeros que se solazaban con vaciedades, y me acerqué a escuchar la plática que sostenía con Waldo Frank, con quien me presentó. Vasconcelos le habló de cómo, si se burlaba el voto, se proclamaría Presidente electo, desconocería al nuevo gobierno e invitaría a todos a hacer lo mismo en la forma que creyeran conveniente. “¿Y cuentan con un medio rápido para hacer saber esto a sus correligionarios en todo el país?” inquirió Frank. “Las cosas se saben solas —replicó Vasconcelos—. No contamos con la prensa metropolitana pero sí con la de los Estados.” “¡Ah! muy bien. La de los Estados”, contestó Frank, que preguntó qué pensaba Vasconcelos de Manuel Gómez Morín. “Es un muchacho que tiene todas las virtudes”, asentó Vasconcelos, quien, al hablarse de los países de habla española, como México y el Perú, afirmó que estaban en decadencia debido sobre todo a las montañas que se interponen al tráfico. Hubo un intercambio de frases entre Frank y Antonieta, poseída de una risa nerviosa, y nos despedimos.

A principios de agosto publicó *El Universal* un artículo de Vasconcelos titulado ‘La Famosa Inquietud’ en el que llamaba a André Gide escritor equívoco, “maestro de degenerados”, que en otras épocas “caerían apenas bajo la sanción de los reglamentos policiacos que están destinados a evitar el escándalo, ya que no pueden evitar el vicio”. Aludía a “los degenerados inferiores, los inquietos porque no hallan camino”; de esa “generación de desencantados y de falsos inquietos, que no es, no son producto de la época contemporánea sino únicamente pústula” y “van a la intelectualidad como a un oficio en que se puede vivir sin trabajar”. El que más se dio por aludido fue Javier Villaurrutia, que, tembloroso, me confió: “Ojalá lo maten.”

En la estación de Frontera arrasaron hacia la cárcel municipal de Monclova, Coahuila, los callistas a Florentino Ibarra Chaires, desgarrándole las espaldas con cintarazos. Las autoridades explicaron que habían castigado a un ebrio, y Vasconcelos exclamó: “Díganme cuál fue el vino que bebió para con él embriagar al pueblo de México y darle valor.” Un munícipe de Monclova se rió al oírlo exponer la necesidad de limpiar al país de la lepra del régimen imperante, y señalándolo con el dedo, Vasconcelos añadió: “Hemos venido para que tú y los de tu ralea dejen de robar.” El aludido se evadió y Vasconcelos siguió para Monterrey. Desde el Hotel “Continental” hizo que Ibarra Chaires se descubriera la espalda lacerada, y Vasconcelos señaló: “He allí lo que reserva a la juventud el régimen que postula a Ortiz Rubio.”

Antes de publicarse, conocí la entrevista que un periodista yanqui hizo para conocer las medidas económicas que implantaría si llegaba al poder. Contestó Vasconcelos que haría suyas las normas adoptadas por los gobiernos honrados del general Porfirio Díaz y de don Francisco I. Madero.

Mientras tanto, en la ciudad de México, pistoleros del PNR, cerca del Jardín de San Fernando, asesinaron a Germán de Campo, sobrino de Ángel de Campo (“Micrós”), y ardiente vasconcelista que peroraba la noche del 20 de septiembre. El diputado Teodoro Villegas fue mencionado entre los responsables del crimen. También se habló del diputado Gonzalo N. Santos, pero ambos protestaron su inocencia. Germán de Campo señaló antes de que la Cruz Verde lo recogiera, a un esbirro apellidado Porras Muñiz, como su agresor.

En el sepelio de Germán de Campo vi cerca de mí a Pellicer y a

Alejandro Gómez Arias. Uno de los estandartes ostentaba solamente el nombre de Gonzalo N. Santos. Frente a la fosa, Pellicer pronunció breve discurso cuyas frases culminantes tomé para publicarlas al día siguiente en *Excelsior*, en primera plana, y para trasmitirlas a los periódicos de los Estados, hasta al de Villahermosa. "Las causas que dejan tras de sí mártires —exclamó— triunfan siempre, siempre, siempre... Salvaremos a México de las manos que lo están entregando al yanqui... Del fondo de estas tumbas jóvenes, brotarán corazones libres." Por cierto que cuando lo aprehendieron al año siguiente, aunque Juan Coto opinaba que con Pellicer no aprehendían a ninguna ideología ni mucho menos, fue este discurso el que más le enrostraban en la prisión, por lo que hasta me arrepentí de haberlo difundido. Por una de las callejuelas del panteón oí que Diego Rivera decía a Frida Khalo y a otro discípulo suyo que él no conocía a los dos obreros que sepultamos junto con Germán y que le caían "muy gordos". Frida le celebró esta frase pedestre. "Convénzanse —añadió Diego Rivera— de que los obreros y los burgueses no pueden mezclarse. Son como el agua y el aceite." Los burqueses éramos los vasconcelistas. Los dos que caían gordos a Diego Rivera eran Eulalio Olín, campesino, y Alfonso Martínez, obrero.

En su plática con Waldo Frank, cuando habló Vasconcelos de que no contábamos con la prensa metropolitana pero sí con la de los Estados, ocultó la firma que días antes había estampado con el licenciado Miguel Lanz Duret Sr. al pie de un pacto que rezaba:

"COMPAÑÍA PERIODÍSTICA NACIONAL, S. A. Presidente y Gerente: Lic. Miguel Lanz Duret.

"De acuerdo con la conversación verbal que tuvimos esta mañana los suscritos, y para evitar posterior-

mente malas interpretaciones, y como una garantía de la buena fe con que obramos ambos en este asunto, hacemos constar lo siguiente:

"PRIMERO. El señor Lic. Miguel Lanz Duret hará, con toda eficacia, la campaña de prensa de la candidatura presidencial del Lic. José Vasconcelos en el periódico *El Universal*, naturalmente con la prudencia y habilidad necesarias para evitar que esta empresa sufra una ofensiva de parte del actual gobierno.

"SEGUNDO. El señor Lic. Miguel Lanz Duret declara su simpatía por la candidatura presidencial del señor Lic. Vasconcelos, viendo en dicha candidatura una garantía para los intereses que representa, con los que se encuentra ligado.

"TERCERO. Por su parte, el Lic. Vasconcelos declara que, en el caso de que triunfe en las próximas elecciones presidenciales, tendrá en el Lic. Lanz Duret uno de sus más principales colaboradores, cuya cultura vendrá a ser una garantía para los anhelos del orden y paz que representa.

"México, D. F., a 25 de julio de 1929.

"J. VASCONCELOS.—M. LANZ DURET."

El 28 de agosto de 1929 —la plática con Waldo Frank fue el 25— *El Nacional*, órgano del PNR, publicó en su primera página, a 8 columnas, el facsímil de este pacto con estos títulos escandalosos:

"UN COMLOT CONTRA LA REVOLUCIÓN.—PACTO VASCONCELOS-LANZ DURET.—¡AQUÍ ESTÁ LA PRUEBA!" A ambos lados del facsímil estaban los retratos de los firmantes.

A continuación apareció en *El Universal*, destacadamente, un encarecimiento "Al C. Presidente de la República, al Procurador General de Justicia y a los prominentes colaboradores del Gobierno" para que se ordenara una inmediata y eficaz investigación de la denuncia de "los calumniadores" que entrañaba "una

conspiración contra la prensa independiente". El Lic. Lanz Duret encomendó al enviado especial a la jira presidencial del ingeniero Ortiz Rubio, gestionara de éste que intercediera con objeto de evitar un atentado personal contra la empresa. Pero don Pascual expresó: "Eso me huele a muerto." Era que veía en ello la mano poderosa del general Calles, por lo que el Lic. Lanz Duret optó por dejar la Gerencia del diario en manos del subgerente Eduardo Elizondo.

La segunda entrada de Vasconcelos en México fue el 6 de octubre del mismo año, entre imponente manifestación. Habló desde el balcón del Centro Pro Vasconcelos. Entre la muchedumbre vi a Vicente Magdaleno que ululaba ante la palabra del candidato, hasta quien me abrió paso. Me abrazó afectuoso y salió nuevamente al balcón para señalarme hasta dónde abarcaban los manifestantes. Dentro leyó el telegrama que enviaba yo ese día a los Estados sobre su arribo triunfal.

Cuarentiocho horas después caía en Tampico don Aurelio Celis, presidente del Partido Antirreeleccionista del puerto, asesinado por pistoleros callistas que también dispararon un balazo por la espalda al vocal de la misma agrupación, J. Concepción López.

Que ya vería cómo acabábamos, con todo el régimen en un mes me pronosticó Vasconcelos en el Hotel "Princess", adonde fui a llevarle los periódicos de las provincias con la descripción que yo hacía de su nueva entrada en la metrópoli. Después de leerlos previó que pronto me aprehenderían los callistas. Platicando caímos en el tema de Lucio Blanco, cuya indecisión lo mató, y por quien fue a interceder con otros ante el presidente Obregón, quien expresó: "Digan a Lucio Blanco que yo no persigo soldados."

El ingeniero Federico Méndez Rivas, a pesar de la política sucia que le hacían para distanciarlo cada día más de Vasconcelos, llevó a éste al "Princess" al ex general Rubio Navarrete, a quien vi vestido de paisano y preocupado, y al ex general cristero Carlos Bouquet, "militar de escuela, caballero intachable y experimentado guerrillero, de cuerpo bajo, robusto, tez blanca, sanguíneo, tipo de militar francés, nervioso y decidido", según el candidato que resolvió llevárselo a Sinaloa, a donde pensaba reunirse con gente armada y para donde se le envió un avión con cartas a un rico comerciante, Miguel Ángel Beltrán. De Navojoa había venido Pedro Salazar Félix, que aseguraba tener organizada en el Noroeste la Guardia Presidencial, con doscientos hombres a caballo. Vasconcelos sabía que todo estaba en la imaginación de Salazar Félix pero se lo creía. En cambio, el licenciado Miguel Palacios Macedo consideraba a Vasconcelos un agitador máximo pero sin organización, por lo que se le autorizó para organizar la sublevación en la capital de la República, para lo cual pidió disponer de una mensualidad de trescientos dólares que enviaba un compatriota desde Nueva York. Palacios Macedo prometió emplearlos en comprar unas hachas.

La noche del 7 de noviembre me despedí de Vasconcelos que se iba a Sinaloa a declararse Presidente electo y aniquilar con la fuerza de las armas a "los rebeldes". Al "Princess" llegó el licenciado Alberto Vázquez del Mercado, quien ofreció renunciar como Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación tan pronto como se legalizara el fraude electoral. No lo hizo sino cuando Ortiz Rubio, ya de presidente, expulsó del país al licenciado Luis Cabrera, motivo menor por el que Vasconcelos y hasta yo lo menospreciámos. Andrés Pedrero G., destacado en Jalisco para esperar

la hora e ir trabajando al general tabasqueño Ernesto Aguirre Colorado, abandonó su misión prefiriendo seguir a Vasconcelos a Mazatlán, sospechando quizá de que, de no tener eco el movimiento, el paisano lo tronara. De todas suertes, la desertión, sobre todo de los jilgueros, aumentaba.

El 10 de noviembre, pocos días antes de las elecciones, hubo una gigantesca demostración de fuerza de los vasconcelistas ante la Confederación de partidos ortizrubistas. "Fue una señora manifestación", oí decir a un viejo periodista de la dictadura. El momento culminante fue al alcanzar la esquina de las calles de Dolores y de la Avenida Juárez. Cien pistoleros callistas habían convertido el local de dicha Confederación en una verdadera fortaleza sobre la cual cayó una lluvia de piedras arrancadas del empedrado. Con estopas mojadas en gasolina de los coches y arrojadas encendidas en los balcones, se inició el incendio del edificio. Se presentaron los bomberos pero las mangueras fueron cortadas. Un gendarme dio a unos de los nuestros su revólver para hacer fuego y un albañil desarmó al Inspector de Policía Valente Quintana, a quien ya apuntaba cuando un vasconcelista, Adolfo González B., lo cubrió con su cuerpo. Quintana estuvo en peligro de ser linchado y fue rescatado por sus colegas herido en la cabeza. Resultaron, por supuesto, varios muertos y muchos heridos, pues se dispararon más de mil cartuchos. Ya se planeaba ir sobre el Palacio Nacional, cuando el licenciado Miguel Palacios Macedo sugirió marchar hacia Chapultepec, cantando el Himno Nacional "a pedir garantías al señor Presidente" y la renuncia de algunos miembros de su gabinete. Armendáriz y yo sólo vimos el desenlace del zafarrancho porque andábamos por Pachuca y Real del Monte agitando a los mineros. El

que la hacía de jefe de los vasconcelistas en Hidalgo era un tabasqueño, Jesús Vázquez Gómez, trabajador en una mina. Desde un balcón del Hotel "Grenfell" nos dedicamos a proferir mil barbaridades. El viejo antirreleccionista, don Domingo G. Ramírez, nos regaló en su hogar con una dignísima comida, servida por sus hijas encantadoras. Se nos dio aviso de que nos querían apalear, pues el jefe de operaciones, a caballo, desde una esquina oyó cómo aconsejábamos a los barrereros que guardaran la dinamita que necesitaríamos "a donde nos toque ir", según palabras de Antonio Armendáriz. Al único que perjudicamos fue a un merolico, en Real del Monte, a quien arrebatamos su auditorio diciendo que nosotros éramos mejores oradores. Entre éstos destacó un estudiante hidalguense, Ernesto Lecomte. Esperamos inútilmente a Gabriel Villagrán que se nos reuniría, y a quien Vasconcelos, con una ingratitud ejemplar, excitó un día a regresar a Los Ángeles, Cal., donde se le había unido. Sintió horrible cuando oyó que le decía que ya no lo necesitaba, pero se llenó de primavera al escuchar a Vasconcelos, en un mítin, incluirlo entre sus propagandistas más activos.

El jefe de los vasconcelistas en el Bajío, el doctor Jorge Fernández de Castro, contaba que don Vito Alessio Robles, al saber que se sublevarían, los convenció de que depusieran su actitud y esperaran a que él hiciera lo mismo en Saltillo, una vez posesionado del Palacio de Gobierno y así le cubrieran la retaguardia. La retaguardia se la cubrió él mismo con una protuberante falda de mujer con la que se disfrazó para escapar por las azoteas de una casa que me mostró en la capital coahuilense Florencio Barrera Fuentes. Así llegó a Agujitas, Coah., de donde el 14 de noviembre de 1929 el corresponsal de *El Nacional* envió

a ese órgano del PNR un telegrama que rezaba textualmente:

"Agujitas, Coah., 14 de noviembre. Especial para *El Nacional Revolucionario*.—Según cartas particulares recibidas en ésta, se sabe que Vito Alessio Robles huyó de la ciudad de Saltillo hacia los Estados Unidos, vestido con ropas de mujer. Tal hecho ha causado general regocijo entre todos los elementos obreros de la región. En toda esta zona el triunfo del ingeniero Ortiz Rubio será por una votación aplastante.—El Corresponsal."

Mientras tanto, en Mazatlán, donde hubo otro zafarrancho con muertos y heridos, el licenciado José Vasconcelos, a pesar de una escolta gobiernista que lo rodeaba y lo seguía a todas partes, urgía a los comprometidos a levantarse en armas según lo convenido.

La noche anterior a las elecciones, a altas horas, salí del Partido Nacional Antirreeleccionista con unas declaraciones de Octavio Medellín Ostos que protestaba por irregularidades de las autoridades.

En una entrevista que le hicieron en enero de 1976, Alejandro Gómez Arias afirmó que "nuestras bajas en 1929 no fueron tan numerosas, ni tan monstruosamente irreparables" como en las elecciones de 1968 y 1971. Mas, aparte de una atroz carnicería en Topilejo, donde fueron ahogados sesenta o cien vasconcelistas, y marginando igualmente un simulado ataque a Sahuaripa por doscientos correligionarios, muchos de los cuales quedaron tendidos a orillas de ese poblado, como cayeron Germán de Campo cerca del jardín de San Fernando, Aurelio Celis y J. Concepción López, presidente y vocal respectivamente de nuestro partido en el puerto de Tampico, en Los Mochis, Sin., era acribillado el dirigente vasconcelista Quiñones y en Tepic, durante el asalto a un hotel donde se alojaba

una delegación penerreana, se la disparó con furia tal que se registraron considerables bajas de ambos lados. En Veracruz, en Mérida, Yuc., en León, Gto., en Oaxaca, en Mazatlán y en Tulancingo, Hgo., los nuestros atacaron a tiros a los callistas entre quienes hicieron estragos. El mismo día de las elecciones en la ciudad de México, las cifras confesadas por el gobierno, de muertos y heridos al tratar de depositar los votos, fueron 9 y 11 respectivamente. En la Avenida Madero, en Donceles, en la Plaza de Santo Domingo, en las calles de Belisario Domínguez, en General Anaya y por diferentes rumbos, las balaceras menudearon. De los autos los callistas arrojaban balas como confeti. En la ciudad de Puebla hubo también nutrido tiroteo con saldo de muertos y heridos, e igual en Villa Cecilia, en Tuxpan, en Córdoba y en Guaymas. En las afueras de Nogales, Son., por órdenes superiores giradas al general Juan Felipe Rico, jefe militar de esa plaza, fue ejecutado el general Carlos Bouquet, cuyo arribo esperaban los vasconcelistas de occidente. Murió confesando sus intenciones. Recomendó que le tiraran al corazón, se negó a que lo vendaran y exclamó que moría por una causa justa. Sus espantosas convulsiones ameritaron el tiro de gracia.

Antes, el primero de diciembre, el licenciado Vasconcelos salía de Guaymas hacia Nogales, decepcionado ante la deserción bochornosa de sus líderes, puestos a salvo desde dos semanas atrás en los Estados Unidos o escondidos en lo más profundo de los sótanos. En la misma fecha formuló en Guaymas su Plan de ese nombre, llamando a la rebelión. Ponciano Guerrero se lo aprendió de memoria para difundirlo. Un corresponsal de la Prensa Asociada, John Lloyd, enviado o no por Mr. Morrow, ofreció a Vasconcelos la Rectoría de

la Universidad y varios puestos para sus principales partidarios, siempre que reconociera el triunfo de Ortiz Rubio. Pero Vasconcelos respondió dijera a Mr. Morrow que él no era "de los de su casta".

Al día siguiente, con la firma de John Lloyd, la Prensa Asociada divulgó que Vasconcelos "eliminó los rumores de que habría una revolución contra el ingeniero Ortiz Rubio; que se iba de México para librar a sus partidarios de cualquiera dificultad; que lo que más deseaba era la paz y el progreso de México y que no regresaría a la patria a menos de que se le llamara. En cambio, diversas publicaciones norteamericanas, entre ellas el "Literary Digest", publicaron estas verdaderas declaraciones de Vasconcelos:

"Desde varios días antes de las elecciones he estado prácticamente preso. Casi todos los directores de nuestro partido, fueron encarcelados la víspera de la elección. Decenas de los nuestros han sido asesinados, y a pesar de todas estas iniquidades, el pueblo fue a votar en la forma más copiosa de nuestra historia. Soy, por lo mismo, la única persona que puede ejercer poder en México en los próximos cuatro años; el presidente de México por voluntad de la Nación, en contra del presidente de facto por la voluntad de una camarilla amparada por el poderío extranjero, que eso es Ortiz Rubio. Es una vergüenza para cada mexicano que yo, como Presidente, me haya venido al extranjero en vez de ir al Palacio Nacional. Y me he movido acá, no sólo por falta de apoyo, sino más bien

para dar lugar a que ese apoyo se vuelva efectivo, pues algunos elementos de armas, me significaron la necesidad de que yo me pusiera fuera del alcance del gobierno, pues temían moverse mientras yo pudiera ser retenido en rehenes. Tengo que agradecer al pueblo mexicano su apoyo, su afecto y su dinero, que dieron los más humildes para sostener esta campaña heroica contra el crimen oficial. Mi tarea no está concluida; no estoy retirado, y, como es natural, volveré a México tan pronto como haya un grupo de hombres armados capaces de sostener con la fuerza un voto que nos ha sido arrancado por la violencia, el crimen y el fraude."

Ante la noticia publicada de que se ignoraba el paradero de Vasconcelos, el 4 de diciembre envió desde Burdeos a un diario mexicano Romain Rolland, este mensaje:

"Servíos transmitir al Presidente Portes Gil mi urgente súplica para que a toda costa sea protegida la vida de José Vasconcelos, preciosa para la humanidad, y que se le permita salir del territorio de México bajo la cortés protección del gobierno."

En Tucson, Arizona, supo Vasconcelos el fusilamiento del general Bouquet y con fulgurante cólera la condenó. Formuló tremendos cargos contra el general Rico. Alguien le informó que éste había llegado a Tucson, y contestó: "Sí; seguramente viene a pasear su crimen." Este era su estado de ánimo, no como me lo describió el reportero José Cayetano Valadés: "¡Si hubiera visto usted cómo llegó de aterrorizado a Los Ángeles" me dijo textualmente.

CAPÍTULO VII

DANIEL FLORES.—TOPILEJO.—“LA ANTORCHA”.—DISCURSO CASI DESCONOCIDO FRENTE A LA CASA QUE HABITÓ BOLÍVAR EN PARÍS.—LA MUERTE DE MORROW.—SU EPITAFIO.—CONTRA LOS ANTIRREELECCIONISTAS.—SU EXPULSIÓN DEL PARTIDO.—“LA VERDAD”.—CARTA A LA GENERACIÓN DEL 15.—EN ARGENTINA.—“ES UN CRIOLLAZO SIN GRUPO”.—VENTAJOSA OFERTA SALVADOREÑA RECHAZADA Y OLVIDADA POR VASCONCELOS.—EN LOS ESTADOS UNIDOS.—LO RODEAN LOS CATÓLICOS.—“PREFIERO NO ACTUAR A SER BANDERA DE REACCIONARIOS”.—CONTRA DON ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA.—LA MEJOR MANERA DE REGRESAR.—SE INTERPONEN LOS POCHOS.—FRUSTRADO ENTENDIMIENTO CON CÁRDENAS.—ACERCAMIENTO CON CALLES.

El 1º de marzo de 1930, en el Teatro “México” de la ciudad de Brawley, Cal., en una conferencia a dólar la entrada, explicó el licenciado Vasconcelos que había salido de México porque en Guaymas no tenía comunicación con el mundo exterior. La prensa torcía sus declaraciones y estaba rodeado de soldados; hasta que un periódico del lugar le aconsejó saliera del país para no poner en mayores peligros a quienes lo ayudaban, por lo que, siguiendo del enemigo el consejo, decidió esperar en los Estados Unidos a que mejoraran los elementos de acción. Antes hubo otra explicación: Un enviado del general Carlos Bouquet comunicó a Vasconcelos que dicho jefe cristero le pedía trasladarse a Arizona para que por allí volviera a México una vez que fuera tomada la plaza de Nogales. Esto lo calificó años después el licenciado Andrés Pedrero de una manifestación de debilidad del enviado de Bouquet, Carlos Izunza. Pedrero hablaba, en cambio, de que una de las razones más poderosas para que Vasconcelos se internara en los Estados Unidos fue “la excesiva mor-

bosidad del maestro” que desesperaba por reunirse con Antonieta Rivas Mercado, quien andaba por los Estados Unidos y México. “¡Y esta Antonieta no escribe!” exclamaba impaciente paseándose en el cuarto de su hotel. “Mi salida no es huída —añadió en Brawley Vasconcelos—, ni mi derrota es vencimiento. Si por lo menos la comedia no hubiese costado tanta sangre; si en el cambio de un gobierno hubiese un elemento de decencia y de esperanza, yo me conformaría con la situación actual, no para obtener una cartera, sino para largarme. . . Pero aceptar la derrota sería tanto como justificar aún la versión que hizo nacer la sospecha de que yo había tomado parte en la contienda electoral para servir de palero.” Desconocía lo publicado en *El Universal* por el corresponsal de la Prensa Asociada de que se ausentaba aconsejando a sus partidarios la resignación. Antes de terminar su conferencia contestó en Brawley una interpelación de un periódico acerca de que si se iba de Quetzalcóatl o de Huitzilopochtli. “Quetzalcóatl predicó la industria, la actividad y el trabajo

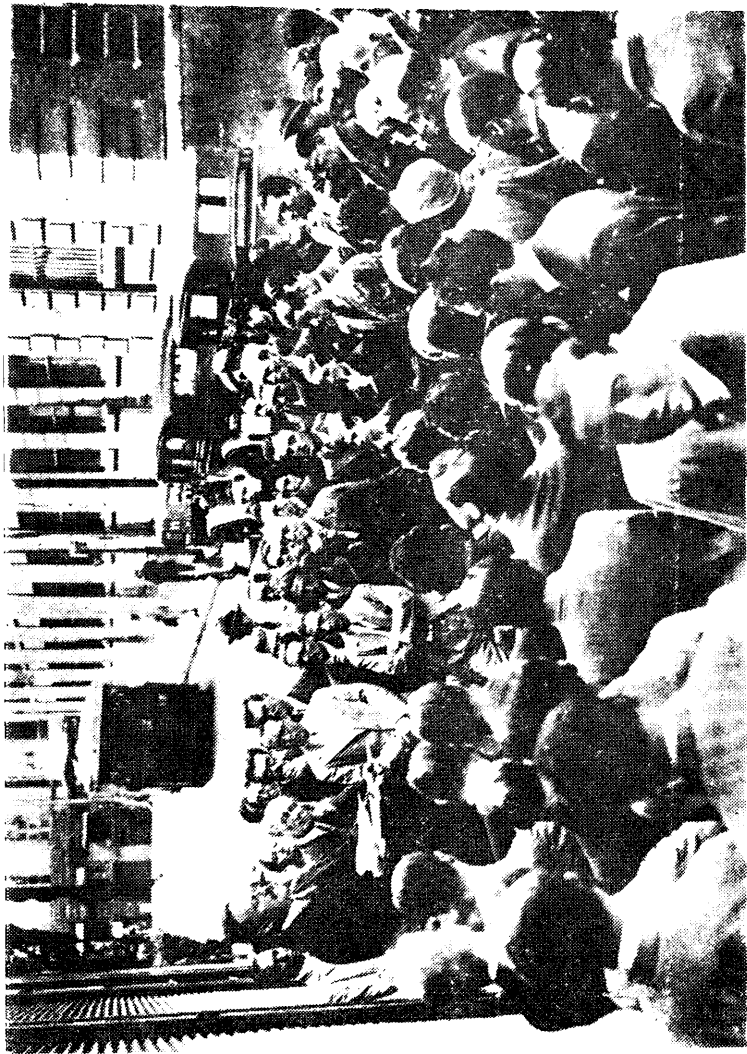
—aclaró— y para que existan la industria y el trabajo, es preciso que los bandoleros estén en la cárcel y no en el gobierno. Yo cumplí mi misión llevándola hasta el extremo de resolverla a la mexicana. Mis cuentas están, en lo personal, satisfechas. Yo seguiré en las filas. Y me cambio de Quetzalcóatl a Huitzilopóchtli si la vergüenza está con Huitzilopóchtli.”

Un mes antes, un vasconcelista de Charcas, S.L.P., llamado Daniel Flores, probablemente contratado por Gonzalo N. Santos, su paisano, de acuerdo con el licenciado Emilio Portes Gil, como creen muchos, atentó contra la vida del ingeniero Pascual Ortiz Rubio al salir éste del Palacio Nacional después de haber protestado en el Estadio. Dijo Daniel Flores que al ver pasar el auto de Ortiz Rubio y escuchar las notas del Himno Nacional, se indignó porque las elecciones no habían sido correctas, y disparó. Se oyó una voz que gritaba: “¡Te falló!” Quiso huir pero fue aprehendido. Al saberse ese mismo día en Los Angeles, Cal., el atentado, Vasconcelos declaró:

“He estado afirmando durante todo un año que no habría paz en México hasta que no se haga una elección libre. Es necesario substituir con un gobierno de la opinión pública el actual gobierno de la rapia y del crimen. Durante los últimos seis años, Calles ha estado empleando la mano de hierro, con media docena de revoluciones y constantes agitaciones y perturbaciones por resultado. La ruina económica también amenaza continuar, así como la imposibilidad de cumplir con las obligaciones exteriores teniendo gobiernos del tipo del de Calles que necesita mantener un tremendo ejército para sostenerse contra la voluntad del pueblo. Los hombres prácticos son difíciles de convencer por medio de palabras pero yo supongo que los hechos los

convencerán mediante las represalias que toman todos los pueblos cuando se les niegan sus derechos. Estoy apenado por la suerte del joven que acaba de sacrificarse. No lo recuerdo personalmente. Sin duda se sintió exasperado viendo a su país dominado por la fuerza bruta. Si era estudiante, como los cables lo indican, es natural que se indignara, porque durante mi campaña presidencial los estudiantes y otros civiles inermes fueron asesinados en las calles de la ciudad de México por Diputados y políticos directamente protegidos por Portes Gil. Y en la ceremonia de hoy, el verdadero asesino de uno de esos estudiantes, de Germán de Campo, llegó en el mismo coche con el ex presidente Calles. Por supuesto, es una lástima que se haya atentado contra Ortiz Rubio, que no es nadie, sino un pelele de Calles. Yo espero la paz en México, pero sé que no vendrá sin la justicia. Esperemos, pues, primero, la justicia.”

“La Nación” de Buenos Aires, Argentina, publicó en primera plana, como su noticia principal, con cabeza a ocho columnas, esas declaraciones de Vasconcelos. Siquiera éste se solidarizó de hecho con Daniel Flores, en tanto que el injuriador estrella de la campaña vasconcelista, don Vito Alessio Robles, enmudeció y desoyó las excitativas que para seguir, aunque fuera protestando en la frontera, le hacía su maestro. Asustado desde la publicación en “La Prensa” de San Antonio, Tex., del Plan de Guaymas, le escribió una carta a Los Angeles en la que le decía que era mejor que no hablara públicamente de ir a la rebelión, sino que esos trabajos debían hacerse en privado. Vasconcelos le había contestado que cuando se estaba en el extranjero no se podía hacer otra cosa que gritar. Ya no le escribió don Vito ni volvió a contestar las cartas que de Los Angeles, le ponía Vasconcelos, y menos cuando el atentado



En París, Francia, al colocarse una placa en la casa que habitó Bolívar. "Iturbide, a quien tú condenaste —exclamó— ha ido cambiando de nombre: Santa Anna, Obregón, pero no de sistema."

de Daniel Flores, cuando en vano se buscaba en los diarios algunas palabras de él. Tampoco chistó al sobrevenir los atroces ahorcamientos de vasconcelistas en Topilejo. Por supuesto que mucho menos los estudiantes de la ciudad de México alzaron su voz al conocerse que entre los sacrificados figuraba el Pasante de Ingeniería Ricardo González Villa.

Vasconcelos optó por tomar pasaje en San Pedro, Cal., hacia Panamá, con la idea de penetrar en Guatemala y saber si siempre el general Alberto Pineda (a quien le había enviado un recado por conducto de Andrés Henestrosa, paisano casi de éste, para que se levantara en armas), lo había hecho. Pero le negaron el pasaporte en el país vecino del sur, y de allí que *El Nacional*, el órgano del PNR, en un cartón del día, pintara a Vasconcelos de revolucionario guatemalteco, de frac nuevo y calzón blanco, canana, botas, arcabuz y sombrero galoneado del que emergían sus grandes orejas. Llevaba al hombro una especie de gallo pitagórico que se le afianzaba para no caer mientras él corría solo, pues veía con enojo que nadie lo seguía. "Vasconcelos va a hacer una Revolución... desde Guatemala", rezaba la leyenda. Pero ni de broma publicó *El Nacional* el comentario que antes de abandonar a los Estados Unidos se pidió a Vasconcelos acerca de un telegrama de condolencia del Presidente Hoover por el atentado que éste calificó de cobarde contra don Pascual. "Cobarde fue la acción —exclamó Vasconcelos— de los policías de Mazatlán, que al dispersar una manifestación en mi favor, degollaron a un niño en brazos de su madre. Ahora bien: asaltar a un sujeto que va rodeado de toda una guardia nacional, será todo lo condenable que se desee, pero no un acto de cobardía: es un acto valeroso. Y me extraña que para las víctimas de Mazatlán no haya habi-

do la sensibilidad de que hoy se hace gala."

En Panamá, en Colombia, por todas partes, iba predicando Vasconcelos la tragedia mexicana bajo Calles. Buscaba también elementos para reanudar en París su revista "La Antorcha". Logró algunos auxilios económicos, y al pasar por La Habana rumbo a Francia, supo que don Vito Alessio Robles escribía en Austin la *Historia de la Conquista de Coahuila* y se disponía a volver a la patria de incógnito para conferenciar con Carlos Riva Palacio.

Antes de comentar la muerte de Morrow en octubre de 1931, olvidó Vasconcelos referirse al solemne descubrimiento de una lápida colocada en el frontispicio de la casa en que vivió en París en 1804 el Libertador Simón Bolívar. Fue en el mes de julio de ese año (1931) donde pronunció un fulgurante discurso que tampoco figura en sus *Obras Completas*. Fue un domingo de París, en un rincón provinciano trajeado de sol, limpio esa mañana de sus gentes cotidianas. Ambiente, pues, de intimidad y recogimiento. Las banderas hispanoamericanas tapizaban el viejo muro histórico. Invitado por la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos, presidió Vasconcelos la ceremonia y tomó la palabra luego de escucharse a otros oradores.

"La voluntad de estos jóvenes libres —comenzó— ha querido que sea un mexicano el portavoz de su ofrenda al inmenso vidente y libertador de nuestra raza, Simón Bolívar. No es con aire de triunfo como venimos a evocar la memoria insigne: más bien deberíamos poner en nuestras palabras algo de trágico asombro porque se cumplieron las profecías terribles. Tus pueblos están como lo previste.

"En México la casta del primer Iturbide que tú condenaste se ha perpetuado y hoy más arrogante

que nunca, vende al menudeo los restos de una Patria que ya comprometió en globo sus tierras en su petróleo, en su moral, en su porvenir. Iturbide ha ido cambiando de nombres, Santa Anna, Obregón, pero no de sistema.

"Ni tampoco han variado los métodos de nuestros poderosos rivales. Poinsett expulsó a tu primer discípulo, Alamán, al que intentara rehacer en Tacubaya la obra aplazada en Panamá. El plan del *zolverein* hispanoamericano, formulado, logrado ya por Alamán, fracasó porque de pronto la intriga extranjera, coludida con la ignorancia, con el militarismo ambicioso, expulsó a Alamán para sustituirlo con analfabetos engalonados. Hoy el nuevo Poinsett ahoga en sangre la voluntad nacional, burla el voto, e impone a una casta de constabularios, discípulos de Chamorro, el primero entre los panamericanistas.

"Estamos, pues, en derrota, y en la ciudad libre que tú amaste y de la cual acaso aprendiste, que hay un sacrificio incompatible con el honor y es el sacrificio de la libertad.

"Otra acción tuya nos urge recordar en esta hora de angustia: es la lección de tu constancia. Donde otros desesperaban tú persistías. Y viste el falaz triunfo, y no te mareó el éxito, le abriste la entraña, y hallaste en ella el dolor de tus pueblos, el peligro ya claro de toda esta centuria de signo adverso.

"¿Qué más podemos decirte a ti que todo lo supiste? Pero lo que yo adivino que tú nos dirías, en este desastre, es lo que comúnmente dice el buen maestro: 'Haced lo que hice.' Lo que tú hiciste fue luchar hasta el sacrificio; triunfar dentro de ti, librándote de la codicia, antes de triunfar sobre los demás, imponiéndoles la libertad.

"La única promesa que yo puedo señalar en este general derrumbe, es la promesa de ciertos grupos libres de la juventud hispanoame-

ricana; grupos que como tú siguen luchando en la adversidad. Los que en México están acechados por el asesinato, los compañeros de Germán de Campo. Los que en Cuba padecen por ser dignos, los que en Venezuela marchitan su juventud en las cárceles. Ellos son la América que tú amaste y en ellos hay la misma capacidad de sufrimiento, el mismo tesón que tú enseñaste.

"Son también los tuyos los que hoy aquí, en pequeño número, descubren tu nombre glorioso a la claridad de esta Ciudad Luz. Luminosa porque en ella manda el espíritu: son tuyos los de las cárceles de Venezuela, los fusilados de Topilejo, en México; los perseguidos de Cuba; y los argentinos rebeldes y los chilenos antimilitaristas y los nacionalistas de Colombia y los jóvenes o viejos que sufren y trabajan por el ideal hispánico.

"En nombre de todos tengo el honor de decirte: ¡Todavía hay falanges que siguen tu bandera!"

Bolívar habitó allí, en un pequeño hotel ya desaparecido, en el número 4 de la calle de "Vivienne", frente a los jardines de la Biblioteca Nacional de París.

El 5 de octubre de 1931 murió Mr. Morrow y Vasconcelos escribió en "La Antorcha": "Mediocre perfecto, discípulo intachable del Dewey Sancho Panza. Legisló en México con su sola presencia, lo mismo en materia de finanzas que en materia de creencias...; el tonto Portes Gil se puso a beber agua helada en vez de su aguardiente, run negro de la Jamaica nativa, sólo para complacer a Morrow. Y el otro, el protegido directo de Morrow, el generalísimo sin batallas, el filósofo sin letras, el Jefe Máximo sin poder... ¿no ha pretendido también imitar a Morrow en lo de hacer y deshacer bancos? ...Morrow era una medianía eficaz. Fue a México a arruinar la economía nacional en beneficio de

su país y consiguió totalmente su objeto. Las remisiones de oro de México a favor del Chase y del National City, son el saldo de la labor de Morrow. Las tierras mexicanas tituladas a favor del capitalismo yanqui por la vía del callismo y la revolución, he aquí otro triunfo de Morrow. Bien merece que le hagan una estatua en su país, porque logró entregarle los derechos de un pueblo traicionado por sus propios hijos. Morrow fue a México a liquidar la quiebra inevitable después de la barbarie criminal de los carrancistas. Cuando un pueblo padece azotes como los de Venustiano Carranza, la aparición de los Morrow es inevitable... Han hecho bien los yanquis honrando a Morrow. Les dio un país a menos costo que Samuel Houston... ¿Hasta cuándo necesitarán los Estados Unidos de sesenta mil constabularios en México? ¿Cuándo vendrá la orden de licenciarlos para que el producto de las Aduanas se emplee íntegro en pagar la deuda extranjera y ya no en enriquecer a los constabularios? Cuestiones son éstas que muy pronto van a quedar dilucidadas. Hasta ahora los Estados Unidos van en México viento en popa, así fracasen en su política interior... A nosotros no nos llega todavía la hora de la liberación, porque nuestro mal no es un mal extranjero; nuestro enemigo verdadero no era Morrow, sino los herederos de Santa Anna, los herederos de Carranza, los eternos traidores de nuestra propia estirpe..."

En un despacho de las calles de Madero, oficinas del Partido Nacional Antirreeleccionista, se reunieron varios de sus miembros, asesorados por don Vito Alessio Robles, con objeto de reorganizarse y contender en las elecciones de senadores y diputados. Según me sostuvo Diego Arenas Guzmán en las puertas del Partido, lo del 29 fue un incidente y era necesario actuar de

nuevo. Hasta ese día de abril de 1932 fue la primera noticia que tuve de estos intentos de reorganización, de manera que no pude haber sido yo quien lo comunicó al licenciado Vasconcelos, quien en el número de "La Antorcha" correspondiente a los meses de enero y febrero de ese año, escribió dos páginas llameantes contra los que él llamaba tráfugas. "...Las elecciones costaron la vida de muchos antirreeleccionistas —decía— y el director de la represión, D. Plutarco Elías Calles, no ha sido castigado, todo lo contrario, sigue gobernando. En estas condiciones, cualquier actividad del Partido que no se encamine a la rebelión, siempre pendiente mientras no duren las causas que nos obligaron a recomendarla, es un equivalente a la retractación y un olvido de la sangre que clama justicia... No hay prescripción mientras el criminal siga enfrentado a la injusticia. El caso es obvio... ¡Ay, Vito Alessio Robles! Si resucitaras (estaba vivo y coleando y Vasconcelos decía esto como una sangrienta ironía) ¿qué dirías de tu heroico Partido, metido ahora a colabrar con los planes callistas?..."

A propósito, en el mismo número de "La Antorcha" se dice terminantemente: "Nuestros servicios confidenciales" sobre asuntos mexicanos. Y si es como cree la gentuza en un folletito sobre la aventura vasconcelista (en el que se escribe que la Armada Invencible fue enviada contra ¡Doña Isabel II!) resulta entonces que yo remití esta noticia que apareció en el número de noviembre de 1931 sobre atrocidades del licenciado Tomás Garrido Canabal: "Ochenta y cinco mexicanos fueron colgados de los árboles del Parque El Paraíso, en el pueblo de Villa Guerrero, Estado de Tabasco. La horca al por mayor fue ordenada por el gobernador, después de que el alcalde del pueblo había sido linchado. Era el al-

calde el mayor del ejército mexicano de nombre Chávez, y los del pueblo lo acusaban de haber raptado una jovencita. La niña murió al caer del caballo del mayor, cuando forcejeaba con él porque se la llevaba a las montañas. Al saber el linchamiento, el gobernador Garrido (lugarteniente preferido de Calles), mandó una expedición punitiva en persecución de la población, que había huido a las montañas, y con órdenes de castigar a todos los que hubiesen tomado parte en el linchamiento. Después de permanecer ocultos seis días en el monte, los pobladores se rindieron, porque el comandante de la expedición les aseguró que volverían sanos y salvos a sus hogares. Sin embargo, en el camino de regreso, la columna hizo alto en el Parque El Paraíso, y allí los soldados colgaron de los árboles a los rendidos. El comandante ordenó que los cuerpos quedaran pendientes y amenazó con colgar también a cualquiera que intentara darles sepultura."

Y si yo era quien informaba a Vasconcelos de estas cosas, malamente estaba, como cree la gentuza, a sueldo de Garrido. Pero así son los cerdos que me atacan, y que añaden que yo predisponía a Vasconcelos mostrando a todos las cartas íntimas que me escribía, siendo que el propio firmante de ellas era quien distribuía copias con estas palabras de su puño y letra: "Hagan hojas sueltas que no necesitan ir firmadas... Cuestan poco." "Podría juntarse entre ustedes —añadía a otros amigos— una pequeña suma mensual para la impresión y mimeografiado de hojas y el pago de sellos de correo."

Me acusan también los obtusos de que distancié a Vasconcelos con don Vito Alessio Robles y con el general Antonio I. Villarreal. Pero es el caso que un día de julio de 1933, el corresponsal José C. Valadés hizo que don Vito y yo tuviéramos una entrevista. Fue en la casa

de don Vito que me enumeró una serie de quejas contra Vasconcelos. Me ofrecí a ponerlos de acuerdo y logré que el licenciado Vasconcelos me escribiese esta carta desde Somió, España, el 3 de julio de 1933: "...Me refiero ahora a lo que me cuenta de Vito... Vito se comprometió pública y privadamente a procurar la rebelión en Coahuila... Cruzó la frontera para escapar al cerco en que lo puso el enemigo... Fue a mi encuentro en Nogales, y en El Paso lo dejé haciendo la propaganda del Plan de Guaymas... En Los Angeles recibí carta de Vito en que me decía era mejor no hablase públicamente de ir a la rebelión, sino que esos trabajos debían hacerse en privado. Le contesté diciendo que cuando ya se está en el extranjero no se puede hacer otra cosa que gritar, y para eso se sale, para gritar. Ya no me contestó Vito ni volvió a contestar las varias cartas que de Los Angeles le puse... Por La Habana supe que Vito escribía la *Historia de la conquista de Coahuila*... Estando ya en Europa supe que Vito había regresado a México... De pronto veo que Vito empieza a actuar en política... Entonces escribí en *La Antorcha* la advertencia que allí puede leerse... Me he resistido a romper con Vito y me ha dolido tener que hacerlo... Algún día podré interpelar a Vito en público y pedirle que me conteste con la mano en el corazón si he faltado yo con él a cualquiera deber de amistad o de honor..."

Según Valadés, al leer esto don Vito, rompió unos ataques que estaba formulando contra Vasconcelos y exclamó que no debían éste ni él estarse peleando. Pero bien pronto reanudó esos denuestos, sobre todo una noche en que celebró una asamblea extraordinaria el Partido Antirreeleccionistas. Lo menos que dijo don Vito fue que unos viajeros que acababan de llegar de España aseguraban que Vasconcelos vivía en Gijón "dejándose crecer

la melena y andando con los pies descalzos y enlodados". Ya esto me lo había relatado José C. Valadés regocijadísimo, añadiendo que esos viajeros eran nada menos que Juan Bustillo Oro y Mauricio Magdaleno. Interpelé a éste frente a Valadés sobre tal versión y me respondió indignado que eso era totalmente falso, que cómo iba a hablar en esa forma de Vasconcelos si él se había sentado a su mesa. Al partir Magdaleno, volví el rostro a Valadés, que pálido confesó que sí, que eran "mentiras de don Vito".

El hecho es que Valadés envió a "La Opinión" de Los Angeles la crónica de esa asamblea y allá Regino Hernández Llargo, su director, lanzó una extra concentrando diabólicamente toda la antipatía que es dable concebir hacia una persona. Que habían expulsado a Vasconcelos del Partido diciendo que necesitaban "un candidato macho, no un loco".

El primero en protestar con un artículo en *El Universal* fue Alejandro Gómez Arias, quien no tuvo empacho en asentar que la actitud del Partido Nacional Antirreeleccionista le parecía el paso lógico para el acomodo en la política "realista" por el que pugnaba desde hacía meses la mayoría de la Directiva, lo que precisamente había provocado la separación del elemento joven de esa agrupación. Veía Gómez Arias en la expulsión de Vasconcelos una "ironía senil" para los merecimientos intelectuales del desterrado, y agregaba que la deserción de éste era una fantasía creada por "quienes desaparecieron misteriosamente la víspera de las elecciones" de 1929. No obstante, convenía en que Vasconcelos en Gijón demostraba errores y defectos pero que en nada deslucían su valor indiscutible.

Siguió el licenciado Octavio Medellín Ostos, quien renunció un puesto que le habían dado en la Directiva del Partido, debido, entre

otras cosas, a "la infortunada idea —decía— de lanzar un manifiesto contra el licenciado José Vasconcelos, quien, a pesar de todos sus errores y a pesar de todo lo que discrepaba de él en ideas, era merecedor de todo respeto". El Partido Antirreeleccionista le comunicó que se le consideraba separado de la agrupación, no sin hacer la aclaración de que la actitud contra Vasconcelos era por "las imputaciones calumniosas" que éste les había venido dirigiendo desde dos años atrás, en un tono no sólo "irrespetuoso, sino procaz".

Vasconcelos, sin embargo, se irritó y pidió le señalaran esos errores de que hablaban. La verdad es que en esto tanto Medellín Ostos como Gómez Arias, que convino en que Vasconcelos en Gijón los denostaba, se parecían al borrachito José Elguero que en un artículo suyo que tituló "El Presidente Vasconcelos", llamó a éste neurasténico, morbos, cacoquímio, etc. A su vez, para hacerle segunda, Jesús Guisa y Acevedo escribió otro artículo que se rehusaron a publicarle en *Excelsior* y que tituló "Vasconcelos es un imbécil", refiriéndose a sus censuras al obispo Pascual Díaz.

Por último, destacadamente, en la página editorial de *El Universal*, apareció un artículo mío llamado "Vasconcelos no abandonó a sus partidarios", desvirtuando con datos históricos y fechas lo que propagaban los antirreeleccionistas, que se indignaron en mi contra. Alguien habló de que se necesitaba valor para escribir eso y publicarlo en esos momentos, el 17 de noviembre de 1933.

Los enemigos del licenciado Vasconcelos contaban con la prensa de gran circulación, y por más que recorrí todos los periódicos para que conocieran la respuesta que él les daba, nunca se publicó ni extractada. Y como "La Antorcha", según carta de Vasconcelos que me escribió de Madrid el 18 de agosto

de 1932, estaba suspendida "por falta de fondo total", decidí editar en mi imprentita hogareña una nítida aunque diminuta revista, por lo general de cuatro páginas, cuyo primer número comenzó a circular el 5 de marzo de 1933. Al decir de un líder comunista, estaba tan brava que yo la imprimía "en unas catacumbas". Se titulaba "La Verdad" y no era anónima: Mi nombre aparecía como Director responsable. En las oficinas del Cable donde tenía su máquina de escribir sus corresponsalías José Cayetano Valadés, se deshizo en elogios ante un grupo de políticos celebrando que ya se contara al fin en México con una hoja honrada y valiente. También Salvador Azuela, en la Universidad Nacional Autónoma, se expresó ante mí de ella en forma elevada, dirigiéndose a otras personas. Pero por lo general, los que Vasconcelos consideró después sin "amigos leales", sólo me restaban elementos, a pesar de que todos o casi todos se habían acomodado en las oficinas públicas callistas. La principal censura que hacían estos "amigos leales" era que "La Verdad" no circulaba lo suficiente, pero no sé cómo iba a circular sin fondos de ninguna especie. Yo compraba el papel con mis propios recursos y casi todos los ejemplares los regalaba. Yo componía las planas sin ningún ayudante, con tipo movable de 8 puntos. Y si "La Antorcha" dejó de circular por falta de fondos, pese a las suficientes ayudas económicas obtenidas, al decir de Vasconcelos en sus cartas dirigidas a mí, en Colombia y Ecuador sobre todo, era más meritorio que con mis propios esfuerzos se lograra contar con un rincón en el que se difundieran las ideas vasconcelianas. Y es monstruoso en verdad, pensar que una persona que de tal manera se comprometía y se hacía digna de respeto, fuera vilipendiada más tarde hasta por sujetos semideportistas que se preciaban de haber tenido "olfato" y haber

sospechado de mí, máxime si se me debían favores impagables.

Lo primero que se me ocurrió preguntar en "La Verdad" a raíz de la expulsión de Vasconcelos, fue:

"¿Para qué querrán los antirreeleccionistas un 'candidato macho' en la próxima 'campaña', si se portaron como mujeres cuando el licenciado Vasconcelos los llamó a la rebelión desde Guaymas en 1929 y lo dejaron solo?"

Cuando "La Opinión" de Los Angeles, Cal., llegó a mis manos y lei las venenosas inmundicias que publicó Regino Hernández Llergo, su director, con motivo de la expulsión de Vasconcelos del Partido Antirreeleccionista, interrogué a su corresponsal en la ciudad de México, José Cayetano Valadés, sobre la procedencia de la noticia, y me explicó que él la había enviado tal y como apareció en "La Prensa" de San Antonio, Texas, de la que era, asimismo, corresponsal. Más tarde el licenciado Vasconcelos me hizo ver que sin duda el director de "La Prensa" de San Antonio, don Ignacio E. Lozano, que nunca atacaba a nadie, había suprimido los términos agresivamente diabólicos y que "La Opinión" los había conservado tal como los recibió.

Pero no fueron los antirreeleccionistas a Roma por la respuesta que me complacé en difundir en "La Verdad" y que decía textualmente:

"El manifiesto del grupillo que se llama a sí mismo Partido Antirreeleccionista no merece comentarios; bastaría con entresacar algunas frases de su texto para poner en claro la actitud moral de los que redactaron y aprobaron el documento. Entresaco, por ejemplo, la frase, qué digo frase, la declaración solemne número uno que dice: 'El Partido declara solemnemente que está convencido del triunfo del licenciado Vasconcelos en las elecciones del 29, y le reconocerá su carácter de Presidente cuando ejer-

za las funciones de su cargo en el Palacio Nacional y no en Gijón'.

"Con esta declaración basta; ya lo sabía yo que si estuviera en Palacio, me andarían pidiendo ministerios. Y como la fuerza me tiene en el destierro, me niegan hasta la calidad de desterrado y me llaman desterrado voluntario, olvidando maliciosamente el decreto que me veda la entrada al país con mucha justicia desde el punto de vista de las autoridades de hecho, ya que, cumpliendo con mi deber, prediqué y predico la rebelión contra las autoridades de hecho. Ya está visto que los señores que dicen representar el Antirreeleccionismo me reconocerán cuando esté en Palacio y me calumniarán mientras siga perseguido. Para ellos, el Presidente, lo afirman ellos mismos y lo confirman con sus actos, es el que está en Palacio, quienquiera que sea.

"No valdría la pena de ocuparse más de tales sujetos, pero ya que tenemos tiempo disponible, hurguemos un poco más en la maraña de estas conciencias desquiciadas por el choque de una lucha para la que no sirven, y aun por los sustos que les dio la policía antes de que se declararan contrarios al Plan de Guaymas. . . . Esto es lo que yo quería que el pueblo oyera de sus labios. Yo no quería acusarlos de traición. Señalé a algunos de ellos de amnistiados porque equivale a amnistiarse salir a los dos días de la cárcel, no para continuar la lucha sino para firmar declaraciones asegurando que se está agradecido por lo bien que lo habían tratado (se refiere al licenciado Octavio Medellín Ostos), y esto lo decía en los precisos momentos en que se iniciaba una tímida protesta por el sacrificio de sus colegas en Topilejo. Quizá esto no es sino algo peor. Amnistía es la otra: la del que se me desapareció en el destierro (alude a don Vito Alessio Robles, tan admirado por Azuela, Oyerbides o como se llame y otros),

del que se fugó y me acusa a mí de haberme fugado, pero sin advertir la diferencia: que yo escapé a mis captores y me trasladé al extranjero para continuar la lucha. Mi acusador, en cambio, se expatrió (disfrazado de mujer, hubiera agregado) para echar un velo a las injurias de los discursos públicos y para preparar la vuelta a la acción cívica en caso de que el Plan de Guaymas que recibió de mis manos y lo hizo publicar en San Antonio, Texas, no diese resultado. Largarse así al extranjero, en silencio, para introducirse al país después, también en silencio y luego celebrar conferencias con los poderosos, es no sólo amnistiarse, sino algo peor. La amnistía es recurso no innoble, una retirada sincera, en ciertos casos forzosa, en otros que no deshonor si es franca y es pública. Lo que deja manchado de cieno es amnistiarse primero y exhibirse después como intachable. Si a eso se agrega lo que han hecho conmigo, celebrar conciliábulos desde hace dos o tres años sin mandarme siquiera un boletín que me informase de sus decisiones, es no sólo amnistía: es felonía. Me arrepiento, pues, de haber llamado a esos señores, amnistiados. No lo merecen. Hay amnistiados respetables. Son cosa peor que amnistiados, tanto que no quiero yo calificarlos. Allá sus conciencias oscuras.

"Que sobre sus conciencias caiga también la sangre de nuestros mártires. . . . De no ser tan estricta mi moral cívica, ministro de Calles hubiera sido como cualquier aventurero de los que les siguen. Los inútiles de esa Directiva que me calumnia nunca podrían decir otro tanto, porque en cualquier régimen serán siempre cosa menor que insignificante.

"Es ridículo que se la den de santones. . . los que hace unos días se descubrían respetuosamente ante la memoria del general Gómez, que no murió que yo sepa en ninguna

demostración pacífica y sí abandonado en su actitud por los mismos más o menos que a mí me abandonaron cuando en Guaymas se pusieron las cosas serias...

"En cada párrafo les viene a la pluma el nombre amado de Madero. ¿Qué tienen que ver ellos con Madero si Vito Alessio Robles combatió como federal a los maderistas; si los demás de la actual Directiva, en su mayoría por lo menos, ni lo conocieron ni lo comprendieron?... J. VASCONCELOS. Gijón, España, a los 5 días del mes de agosto de 1933."

En la primera página del primer número de "La Verdad" también hicimos resaltar estas palabras de Vasconcelos: "El programa que contiene mi partido, incluye entre sus principales postulados la aplicación de la reforma agraria a todos los nuevos latifundistas de la Revolución como los Calles, los Amaro, los Almazán, etc."

En otro número reproduje íntegra una carta de Vasconcelos que era extensiva a la intelectualidad mexicana de esos días. Ni en sus *Obras Completas* hay la menor huella de ella, y sus orígenes se remontan a un charlatán, hijo del sabio ingeniero don Agustín Aragón, que cultivaba amistad con un ex banquero dedicado después del 29 a enviar a Vasconcelos todos los recortes de periódicos que hablaban de éste. Muchos creyeron que yo era quien informaba a Vasconcelos de cuanto chisme circulaba en México. Hubo un maquetefe que, influido por el yerno de Vasconcelos, publicó, sin mencionarme, que en lo relativo a los sucesos que provocaron la caída de Tomás Garrido, estaba malinformado, dando a entender que por mí. El tal hijo del ingeniero Aragón sugirió al ex banquero que así como le había pedido a Vasconcelos su opinión de varios personajes, entre ellos de Manuel Gómez Morín (porque no tenía de qué hablarle fuera de los recortes), so-

licitara al "Ulises Criollo" un juicio sobre un folleto escrito por un primo suyo, Teófilo Olea y Leyva. A éste se dirigió con ese motivo la célebre carta de la que, por lo extensa, extractaré los párrafos más culminantes.

"...Habla usted —le dice— del aprecio que en otra época me tuvieron, y yo, que me creo en mi mejor época, aprecio a los que me aprecian hoy que no soy Ministro... Comienza usted acusándome abrupto de haber sido ciego para apreciar la realidad mexicana del 29. Yo veo que su carta confirma la lucidez con que supe apreciar esa realidad. Desde antes del 29, en el 25, denuncié yo ante la nación mexicana el abismo a que la arrastraría el hecho insólito aún en la patria de Huitzilopóchtli, de que un Calles asumiera el mando sin más posibilidad de programa que el asesinato como sistema. Algunos de su generación que entonces me hacían el honor de pedirme consejo, me creyeron 'apasionado' cuando les aconsejé mantenerse, por lo menos, al margen de tal oprobio colectivo. No debe haber sido desatinado mi consejo, cuando a los pocos años de desatenderlo, uno de los más significados de su generación tuvo que escapar a la Conserjería del Banco de México, según nos dijo, para salvar su honor comprometido con cierto préstamo de millones de pesos que el Sr. General Calles se decretó a sí mismo..."

"Pero sigamos con los cargos. Me dice usted que tengo la culpa de que en México no exista una oposición organizada. Sí, me complace mucho no haberme prestado a construir una oposición a gusto del gobierno. Me felicito de ello. Me negué al plan de Morrow, bien conocido de los que me instaban a organizarme 'dentro de la realidad'. Ofrecía Mister Morrow dos ministerios para mis partidarios, y para mí la Universidad con todo y su autonomía portegilista. Decliné el

honor que Mister Morrow me hacía y aconsejé a cada mexicano que tuviera vergüenza, que se preparara a batir con las armas y con las uñas a toda la canalla que ha contribuido a que tal proposición de Morrow pudiera surgir. Ni por un momento me he arrepentido de una decisión que es, sin embargo, eso que ustedes —porque no tienen idea de lo que es— juzgan tan ligero y tan fácil: convertirse en proscrito y enemigo del mundo y atenido al férreo trabajo de todas las horas, en medios indiferentes y hostiles.

"Y combinando siempre el halago con el oprobio, me dice usted que me habla con sinceridad y que teme herirme y no quiere llegar al flagelo. Esta piedad pudiera conmoverme si me hallase en el caso de necesitarla. Por fortuna no es así, ni por lo que a mi situación respecta, ni es tan fácil, como usted supone, eso de ejercitar el flagelo. El flagelo está bien sólo en el brazo robusto de los hombres libres empeñados en luchas diáfanas o aun equivocadas, pero que han costado algún sacrificio a hombres que usted define: amargados que desde el extranjero, maldicen de su época. Los colaboracionistas del error, los tibios y los pasivos, pueden, si se les lastima la vanidad, llegar hasta la injuria, jamás al flagelo...

"Casi todo mi prestigio, dice usted, lo debía a la aureola de mi paso por la Secretaría de Educación, con lo que, naturalmente, se hace sonreír a los poderosos del régimen... Muy pretoriano es eso de imaginar que el talento se improvisa con decretos del Jefe. Así lo creyó Gastellum y ya ve usted en lo que paró el pobre tonto, inventor de psicologías nuevas y geniales, eso sí, como las de ustedes. Y ya ve usted también: ni el prestigio del General Calles, que, según Luis León (autoridad paralela a la de Bojórquez) es enorme, logró hacer del pobre de Puig ni siquiera

un cronista de notas sociales. En cambio, qué buenos palacios y fincas les han dejado los decretos de talento a los puiges y padillas, y no cito al actual, porque es un pobre tontito atolondrado, un cretino de pistolita comunista y enchufes de... de... bueno, de carranclán...

"Con el estómago he recordado al escribir lo que antecede, a uno de los genios del grupo (se refiere Vasconcelos a Antonio Castro Leal), cuya defensa ha querido usted asumir; uno que después de haber sido carrancista de tercera, se nos apegó en la Universidad. Su talento prometía maravillas en literatura; lo encumbré al lado de un poeta que primero cantó a Victoriano Huerta y después, en Madrid, se exaltaba de callismo, igual en esto a Morones, Puig, Padilla y tantos otros amnistiados del huertismo. Pues bien: a este mi joven protegido de su generación, me lo encontré por Nueva York, años después, convertido en polizonte callista; desempeñaba la secretaría de no sé qué número de la Embajada de México en Washington. Admirable como técnica, ¿no es verdad, hombre de ciencia?... "

"Me agobia usted a citas. ... Einstein y De Broglie... Y me anuncia usted en tono de amenaza que el Premio Nobel irá a un matemático joven (alude a Sandoval Vallarta) cuya tesis no comprenderé aunque me la explique, porque soy cerrado a los números, salvo cuando se trata de contabilidades que llevo muy limpias, como lo hice en Educación Pública...

"También me reprocha usted que llame amnistiados a ciertos caballeros de la oposición... No los acuso de haberse amnistiado, sino de desviar a la opinión invitándola a elecciones, cuando antes le predicaron junto conmigo la rebelión...

"En el caso que me cita del licenciado Alberto Vázquez del Mercado, ¿cree usted que hubo violación de todas las garantías públicas

en la elección del 29 y asesinato de los votantes dirigido por los más altos funcionarios? Si usted no lo cree, él sí lo creía y, sin embargo, a pesar de que estaba afiliado a nuestro movimiento, dejó pasar la ocasión grande y aplazó su renuncia para deslucirla en un caso desairado pero ya no peligroso. ¿No le duele a usted mismo tan mala fortuna de uno de los mejores, sin duda, de su generación?

"...Y volvamos al reproche porque nada opino del 'leit motiv' de las pocas páginas de su folleto; usted no lo va a creer, pero así es: No lo entendí... Atribúyalo, si le place, a un principio de reblandecimiento cerebral, pero en su misma carta, que ahora contesto, me encuentro con parrafadas que francamente no descifro; por ejemplo, cuando dice usted, textual: 'la Tría-de fatal, que caracteriza al interés, la renta y el provecho de lo que tanto abusó el capitalismo antropófago'. No entiendo, pero me suena a literatura del P.N.R. antes de que el señor General Calles se convirtiera al capitalismo turco... Me dice usted que le leí con el prejuicio con que acожo todo lo que viene de México. Sí, en efecto; si pertenece al Bloque de Militares e Intelectuales callistas, no lo leo; pero si usted supiera con qué fruición deletreo los escritos de la bella generación que les sucede a ustedes sin heredarlos. Al respecto, puede informarles ese mismo Zuloaga que usted enarbola sobre mi cabeza, cabeza dura la mía; dura a los golpes y firme en las convicciones; linda cabeza, créamelo, y con la de Alamán, la única cabeza que ha llegado a un Ministerio mexicano y que se perdieron ustedes de tenerla de Presidente... (Fue tan leída esta carta, que un cronista de toros de la época dijo que había salido un toro con una cabeza tan linda como la de Vasconcelos).

"...¡Ay, pequeños hipócritas! Olvídense usted del Vasconcelos pe-

dante de los 22 años que escribió la tesis sobre derecho; reniegue del Vasconcelos de las filosofías que no pasan de ensayos bastante discutibles; perdone al Vasconcelos del Ministerio que nada logró enraizar porque el dinero se lo bebían en el Café Colón los Serrano y comparsa, o lo jugaban en el tapete del Son Sin los Calles y aláteres; olvide toda esa oscura prueba de un hombre honrado en la caverna de Alí Babá... Pero hay un Vasconcelos que debieran ustedes venerar, un Vasconcelos que les haría bien releer; un Vasconcelos que no podrán olvidar los mexicanos que mañana revisen esta sombría época nuestra, y es el Vasconcelos de 'La Antorcha' en su segunda etapa; 'La Antorcha' de París y de Madrid; 'La Antorcha' de este Vasconcelos que a ustedes ya no les gusta, pero que alguna vez hará llorar, si no a sus hijos, por lo menos a sus nietos. Llorar de vergüenza y rabia por lo que perdieron perdiéndome."

El licenciado Manuel Gómez Morín fue vapuleado por Vasconcelos porque se alió con el ingeniero Pani y por chismes familiares, pero al ser entrevistado por un reportero que quiso sondearlo para saber cómo reaccionaba ante esos ataques, contestó:

"El Maestro querido, el maestro adorado. Se podrá él enojar con nosotros pero nosotros con él, nunca."

Esto lo repetí a Carlos Pellicer en Villahermosa, Tabasco, donde quería que el gobierno local le comprara un lotecito en litigio en la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Pedía sesenta mil pesos de los de entonces. El gobernador Santamaría guardó su solicitud en un cajón y olvidó el caso, sin ninguna mala intención. Y al sobrevenir un desastre agrícola en el Estado a causa de inundaciones, Carlitos, muy oportuno, se le acercó para recordarle sus pretensiones. Santa-



Despedido por la sociedad de Gijón, España, donde don Vito Alessio Robles, basado en informes que dijo le proporcionó Juan Bustillo Oro, aseguró que Vasconcelos andaba descalzo y greñado.

maría, enojado, le respondió que estaba viendo la calamidad sufrida y le iba con esas exigencias. Se hicieron de palabras. Santamaría subió a su despacho y Pellicer, desde la plaza fronterá, dio en pasearse por ella llamándolo a gritos mal gobernante. Se asomó Santamaría, entreabriendo un balcón del Palacio, y le lanzó con su voz aflautada el anatema de "¡Schoto!" lo que repitió un periodista en la revista "Hoy" y que me lo transcribió Carlos A. Madrazo en su periodo gubernamental comentando el caso. De allí que Carlitos (cuando al frente del Palacio de Bellas Artes su hermano me interrogó por qué dejaba yo tan mal parado al licenciado Isidro Fabela en un nuevo libro mío y le respondí que por algo peor que mediocre) comentara:

"¡No tanto! Está entre Bolívar y Santamaría!"

Cuando quería vender su terreno, a raíz de que le relaté la respuesta generosa de Gómez Morín ante los ataques de Vasconcelos, ví a Pellicer, frente al Instituto Juárez de la capital tabasqueña, apretando teatralmente, con infinita ternura, la cabeza del gobernador Francisco J. Santamaría, contra su corazón, y repitiendo:

"El maestro querido, el maestro adorado!"

Totalmente olvidó Vasconcelos en sus *Obras Completas* algo que lo honra. Fue el caso que en un banquete en la Legación de El Salvador en México, el secretario de Hacienda de ese país, doctor Carlos Menéndez de Castro, reveló a uno de los comensales, Rafael H. Valle, quien fue quien me lo hizo saber, que había sugerido al Presidente Martínez, en San Salvador, llamar al licenciado Vasconcelos para que ocupara un puesto de orientador y organizador de la educación pública salvadoreña. La proposición fue atendida, pues se consideraba que no se podía prescindir

de hacer ese homenaje que honraba a El Salvador. Cierta noche, leyendo ante un grupo de miembros del ejército de su patria la "Ética" de Vasconcelos, consideró a éste el mismo doctor Menéndez de Castro "un hombre divino". Esto fue en agosto de 1933, y un mes después Rafael H. Valle me escribió unas líneas para decirme que le habían informado que Vasconcelos no había aceptado la invitación del gobierno salvadoreño en carta privada al doctor Menéndez de Castro, porque de lo contrario, "se pondría al servicio de un régimen" que tenía manchadas las manos de sangre y entonces no se justificarían los ataques que había formulado a esa clase de gobiernos.

Por entonces corrían también las versiones de que iba a radicarse en Ecuador, cuyo presidente le había obsequiado veinticinco mil dólares. Pero la verdad es lo que me comunicó de Somió, el 26 de agosto de 1933: "He tenido que aceptar unas conferencias en Buenos Aires porque mi situación económica empezaba a ser insostenible en ésta. Y eso a pesar de que vivimos con una economía de la cual se formará idea sabiendo que de renta de casa pagamos en el campo 25 dólares al mes. Pero aquí no hay entradas... Pero estaba contento aquí y adelanté en mi trabajo; escribí un volumen de memorias y avanzaba en mi 'Estética'; ahora interrumpiré todo para lanzarme otra vez a la plaza pública. Parece que voy en buenas condiciones... Tenemos el plan de quedarnos en Argentina para siempre si México no se mueve. Y de avanzar de sur a norte hasta acercarnos por los Estados Unidos si la agitación actual se formaliza y supera el estado de chisme y de injurias. Creo que después de Argentina iré a Brasil; últimamente un francés, Mouralis, ha escrito un libro sobre Brasil, dedicado casi a refutarme en mi defensa del Brasil, llamándolo país tropical y ne-

groide sin esperanza. Con este motivo me han dicho que mis bonos andan por allá altos. El libro de Mouralis se publicó en el 'Je suis partout', de París y creó revuelo. ¿Qué quiere usted? Yo me propuse defender la mezcla de razas y, en general, la aspiración de los hombres de color, y los negros y mulatos me lo agradecen con pasión, en tanto que los indios no salen de su sueño, salvo para fusilar prójimos a las órdenes de algún turco como Calles o de algún negroide como Amaro... Según las últimas noticias, me embarco el 26 y, por fin, con todo y familia, en el 'Monte Olivia' de la Cía. Hamburguesa. La Universidad (de La Plata, Argentina), me ha pagado estos pasajes, así es que el viaje no me significa desembolso alguno. Créame que ya necesitaba una ayuda monetaria en esta forma, y voy reconocido a la Argentina que en estos últimos años, en una u otra forma, ha sido mi único refugio moral y económico. Si como parece por indicaciones que tengo, me invitan de los Estados Unidos para decirles en sus Universidades lo mismo que voy a decir en las del sur, aprovecharé mi acercamiento a la frontera, por enero o febrero, para agitar hasta donde me sea posible... Parece que en Argentina tenemos buen ambiente. El último libro de Keyserling, 'Meditaciones Sudamericanas', ha contribuido a afirmarme cierta autoridad..."

Ya a bordo del "Monte Olivia" me escribió, y al arribar a Buenos Aires, todos los diarios, con títulos a 8 columnas y con fotografías a gran tamaño, hablaron de su visita. Uno, "Crítica", lo llamaba filósofo y caudillo, al pie de un grabado, y "Noticias Gráficas", expresó en grandes caracteres: "Vasconcelos, paseando su protesta por el mundo, llegó hoy a Buenos Aires y saluda a nuestra juventud." Los inmigrantes italianos, judíos, etc., que viajaban con él, al ver que lo entre-

vistaban y fotografiaban dentro del barco y el Embajador de España, Díez-Canedo con otros intelectuales, le tributaban homenajes, se asombraron de que el mexicano tan sencillo, humilde en el vestir, llano en las maneras, de conversación fascinadora, bondadoso, que nunca les había hablado de sí mismo, era un personaje tan importante. "¡E un gran uomo, per Baco!", decían los italianos. "¡Qué más podría desear il Messico!" agregaban al saberlo ex candidato a la Presidencia mexicana. Y los inmigrantes alemanes añadían: "¡Caramba! A este hombre lo acompañaríamos sin interés alguno a México. ¡Avísenos cuando se vaya!" Y los argentinos exclamaban: "¡Es un criollazo sin grupo! ¡No hay nada que hacer! ¡Los mexicanos son igualitos a nosotros!"

Como Pedro Salazar Félix, el sonorense vasconcelista, andaba haciendo labor sediciosa en Sonora, hasta que lo mataron después, declaró Vasconcelos en "Crítica" en esos días:

"El hombre a quien se acusa de haber fraguado un complot para asesinar al hijo de Calles, es una persona conocidísima en Sonora por su honradez y valentía personal. Por lo mismo, es imposible que pueda estar mezclado en asesinatos. En cambio, al perseguírsele, es seguro que se le teme, porque como verdadero patriota, estará resuelto a lanzarse a la revolución como único medio de salir de la ignominia actual... Si el pueblo mexicano se levanta en armas haciendo honor a su tradición de valentía y amor a la libertad, marcharé inmediatamente a incorporarme en sus filas en esta jornada de liberación regeneradora..."

Precisamente esto del atentado y la conspiración contra la familia Calles en Sonora, de lo que informó Miguel Ordorica, periodista serio, en cablegrama exclusivo para *La Prensa* de la ciudad de México, dio ocasión a los enemigos del licen-

ciado Vasconcelos para formular conjeturas adversas. Desde un principio, éste proclamó en todos los tonos que si había veinte hombres en México que lo acompañaran a una Sierra Maestra, en el acto vendría a unírseles. Pero fue el caso que Pedro Salazar Félix, vasconcelista convencido, se sublevó en Sonora seguido de algo más de veinte partidarios. Ordorica era terminante en su información: Que se trataba de dar muerte al gobernador Rodolfo Elías Calles y sus dos hijos "como paso preliminar para destruir el régimen predominante en México, colocando en la presidencia provisional de la República al licenciado José Vasconcelos, que vendría a los Estados Unidos del Norte para penetrar en el país por Sonora". Pormenores los proporcionó a los periodistas el senador sonorense, ingeniero Ramón Ramos, de quien recibí un recado que me transmitió uno de ellos, en el sentido de que en el archivo que recogieron a los complotistas aparecía yo, por lo que me recomendaba, sin yo conocerlo, precaución y no seguir participando en esas cosas. Se hablaba de un encuentro a balazos con las tropas en Navojoa y de que el cabecilla Pedro Salazar Félix había logrado escapar. El archivo recogido a los conspiradores estaba ya en manos del ingeniero Luis L. León, director de "El Nacional Revolucionario", y por los documentos en clave se sabía que la conjura tenía ramificaciones en toda la República y que entre los conjurados se mencionaba al Dr. Glicerio García, de Culiacán, Sin., por lo que se anunciaban aprehensiones en todo el país.

Una noche, con las debidas reservas, estuvo a verme el prestigiado general maderista sinaloense Ramón F. Iturbe para conocer la verdadera actitud de Vasconcelos. Le repetí sus palabras de los veinte hombres y sin comprometerse a nada, se despidió.

Seguramente Salazar Félix contaba con ellos, pues pudo resistir una persecución prolongada, hasta que en el rancho de Los Metates, jurisdicción de La Capilla, del Municipio de El Fuerte, se le dio alcance. "Salazar Félix Y LOS QUE LO ACOMPAÑABAN —rezaba un telegrama procedente de San Blas, Sin., fechado el 13 de mayo— hicieron resistencia." Fue herido dos veces, primero a la altura de la tetilla derecha. Pudo defenderse, sin embargo, disparando varios balazos contra el enemigo, pero otro proyectil le atravesó el corazón.

También don Abraham Arellano hablaba de que había informado a Vasconcelos, estando éste todavía en los Estados Unidos, de que en la frontera había reunido a los veinte hombres dispuestos a pelear. "¡Miente! —exclamó Vasconcelos cuando supo lo que decía Arellano—. ¡Cuándo ha tenido él veinte hombres a sus órdenes!"

Por último, ya el licenciado Vasconcelos de nuevo en los Estados Unidos procedente de Argentina, otro agitador sonorense vasconcelista, el profesor Jesús María Suárez, después de conferenciar con Vasconcelos en San Antonio, Texas, recibió de éste, escrito en su pañuelo, un nombramiento como jefe de un movimiento en su Estado. Aquí le hicimos mucho ambiente, editando hojas escandalosas sobre sus progresos y tratamos de enviarle fondos. La secretaría de Guerra informaba que nunca presentaba combate, a pesar de que hubo varios contactos con las tropas. Como las actividades de Suárez coincidieron con un conato de rebelión cristera, Vasconcelos comenzó por condenar el peligro que la Liga de Defensa Religiosa representaba, porque obedecía a una autoridad invisible e irresponsable, que adoptaba tácticas tortuosas. Me escribió que no veía muy clara la actitud de Suárez. Sin embargo, no podía ser más clara, pues comunicó

a los correligionarios de El Paso, Tex., que sostenía "la bandera de Vasconcelos". Además, desde el teatro de la lucha reiteró a su hermano en la ciudad de México: "Puedes hacer público que nuestro grupo es vasconcelista" y con esa bandera se habían sostenido MÁS DE VEINTE hombres en la brega. También los correligionarios de El Paso, Tex., publicaron que habían aparecido numerosas partidas "en la región sur de Sonora, todas subordinadas al general Jesús María Suárez, Comandante en Jefe de las Fuerzas de la Regeneración Nacional en ese Estado". Se añadía que el gobierno había despachado tres comisiones que disuadieran a Suárez, y que éste había respondido que él no sabía de claudicaciones, en tanto que uno de sus subordinados, el coronel Rosalío Torres, había hecho un brillante recorrido por los pueblos de Cucupe, Opo-depe y Rayón que habían "aceptado con entusiasmo reconocer el Plan de Guaymas". Pero por falta del Jefe, que pedía únicamente veinte hombres, el movimiento fracasó. El yerno de Vasconcelos escribió a un amigo en la ciudad de México que si Suárez hubiera procedido bien, hubieran estado a su lado.

Al mismo tiempo, el cabecilla Lauro Rocha había castigado en "Mata Redonda", Jal., a las fuerzas del gobierno, pero aunque a Vasconcelos le aseguró ese mismo familiar suyo que había conferenciado con él en la villa de Guadalupe y le había proporcionado fondos, Armando Chávez Camacho, que lo frecuentaba en su escondite, negó esto rotundamente.

Otro punto inexplicable en lo referente a Vasconcelos es que aún él dejaba perplejo a cualquiera al hablar de su situación económica. En carta que me escribió de Somió, España, en agosto de 1933, decía que padecía angustias económicas desesperantes. En cambio,

una señora que convivió con ellos nos informó aquí que vivían en Gijón espléndidamente; que tenían una huerta sembrada de manzanos de donde obtenían unos vinos deliciosos; que Vasconcelos se distraía oyendo buena música por radio, etc. Desde luego, fue una calumnia de don Vito Alessio eso de que los viajeros Bustillo Oro y Magdaleno, a quienes hizo una entrevista que leí y que resultaba abominable e impublicable, habían venido con la nueva de que Vasconcelos andaba con la barba crecida y descalzo. Valadés puso en mis manos esa entrevista y me asqueó.

Lo que sí me confió Magdaleno era que se trataba de una familia de "medio santos, medio locos"... De Somió me pidió Vasconcelos que yo viera si "Omega" o cualquiera otra publicación podría insertar un capítulo cada semana de sus Memorias, aunque le pagaran unos ocho pesos por cada inserción, que buena falta le hacían para vivir. Logré que cinco o seis de los principales periódicos de los Estados le pagaran cada uno el triple. Pero de pronto resolvió suspender esa serie porque había creído que le reportarían mayores ganancias y veía que se había equivocado. Olvidó que primero pedía ocho pesos semanales, en tanto que a veces le remitía hasta cincuenta o cien dólares, según acuses de recibo en mi poder. En diversas ocasiones me recomendó que hasta que yo le reuniera cien dólares se los remitiese. Aquí se hablaba, y él me lo corroboró, que pensaba ir a Ecuador mientras el gobierno sabía lo de que el Presidente ecuatoriano le había obsequiado 25,000 dólares. Le retuve, pues, un giro una o dos semanas y me exigió se lo enviara. Me dolió su brusquedad, desde luego, pero uno de sus familiares me escribió al mismo tiempo relatándome las estrecheces en que vivían, y me apresuré a remitirle el cheque. Ya que lo tuvo en su poder, me decía

Vasconcelos desde Adrogué, el 27 de diciembre de 1934: "Me refiero a su grata del once, con la cual me llegó su cheque de cien dólares que mucho le agradezco... Perdóneme si estuve torpe en mi anterior..." La carta angustiosa de su yerno rezaba:

"...Claro está que sobre el asunto del dinero para movernos de aquí nada se habrá conseguido por ningún lado, y lo peor del caso es que ya no eso, sino para lo más indispensable, la subsistencia, nos está haciendo falta. No crea que exagero al decirle que pasamos verdaderas angustias para salir adelante con los gastos de cada mes... Gracias a que el maestro es incansable para el trabajo y que se venden sus libros y sus artículos, hasta ahora hemos podido comer, ¡pero conste que nada más comer! En fin, que la cosa está de los diablos..."

Por su parte Vasconcelos me reiteraba: "La verdad es que los cien dólares que me envió me llegaron en el momento más oportuno, pues aquí durante el verano se suspenden todas las actividades y no volveré a tener entradas hasta marzo..."

Nos urgía a que le reuniéramos dinero para volver a los Estados Unidos. En una carta que me dirigió a la casa de huéspedes donde se alojaba Andrés Pedrero, y en la cual nos habíamos citado éste y Salvador Azuela para ver a unas gentes que podrían aportar algo para la causa, me decía que le reuniéramos cien mil dólares para el viaje. "¡Cien mil dólares! —exclamó Salvador Azuela alarmado—. ¡Se imagina!" Desistimos, pues, de buscarlos. Por cierto que esta carta la encontré abierta indebidamente por los Pedrero. Pero después bajó de cien mil a tres mil dólares solamente. El ingeniero Federico Méndez Rivas pensó vender una casa y enviarle esos tres mil, por lo que, en una postdata, me decía el licenciado Vasconcelos: "¿Por qué no

hace M. R. el viaje a Laredo para arreglar con E. el envío de los tres mil que dada la situación bastarían? Dígale a M. R. que se dejen de soñar con aviones y me junten tres mil dólares para simple barco de segunda y caballo, según caiga. ¿Qué esperan?"

—"¡Dinero! —decían que exclamó Garrido Canabal—. ¡Dinero para vivir a sus anchas en el extranjero!"

Como nos pedía que en Nueva Orleans le urgirían fondos, pues llegarían sin un céntimo, dimos en acudir a amigos comunes, estrellándonos casi siempre. Uno de ellos, Adolfo Best Maugard, expresó: "Que Vasconcelos esté loco está bien, pero que yo también lo esté, eso sí que no. ¿Cómo voy a dar dinero para Vasconcelos si a éste siempre le ha gustado vivir desahogadamente?" Pedrero y yo fuimos con el mismo objeto a ver al licenciado Luis Cabrera, quien a la postres me extendió un cheque por veinte dólares pagaderos en un banco de Nueva York. Era para mí, según explicó al licenciado Eduardo Correa, porque peligraba yo con el arribo de Vasconcelos en plan beligerante. Pero se los envié a éste por conducto de los amigos de El Paso, que se lo mostraron para que viera quién cooperaba nada menos. Y él replicó: "Debe querer estar bien conmigo." Desde su arribo fue un constante exigirnos fondos, sobre todo los prometidos por Méndez Rivas. Éste al fin pudo hacer la operación de venta de la casa y le remitió a San Antonio, Tex., no recuerdo cuantos miles de pesos. A los pocos días vino de esa ciudad José Cayetano Valadés diciéndonos que Vasconcelos tenía coche a la puerta, con chofer de cinco dólares diarios. "Ya vio usted —me indicó Méndez Rivas— para qué sirvieron esos miles de pesos: Para que el familiar político de Vasconcelos se comprara un coche." Era un "Hudson" adquirido en unos cuantos

cientos de dólares, según el propio Valadés.

Por Salvador Azuela supe que aquí se hacía una colecta entre profesionales para ayudar a Vasconcelos que se quejaba de que había dejado en Argentina una buena oportunidad de hacer dinero porque "unos muchachos" le habíamos hecho creer que aquí se gestaba una revolución en su favor. El doctor Chávez era el encargado de reunir esos fondos de ayuda, pero como nadie quería aportar nada, le envió trescientos dólares, decían, como su aportación paritcular. El licenciado Vasconcelos me escribió que quien inició la colecta fue el doctor González Cigarroa, pero no para ayudarlo, sino para la causa, aparte de que el Dr. Chávez no había enviado trescientos dólares, sino apenas 70. De todas suertes, estas cuestiones económicas nos desconcertaban.

En lo que sí puede justificarse la resistencia a actuar de Vasconcelos es en lo de los cureros. Fue el caso que al llegar a Nueva Orleans procedente de Buenos Aires, lo rodearon los obispos y arzobispos expulsados por Calles, para que jefaturara un nuevo intento de restauración del clericalismo en México, para lo cual decían contar con trescientos mil dólares. En un principio Vasconcelos se dejó querer y hasta un miembro de su familia escribió una carta con la relación de sus méritos en la oposición, con objeto de que él, el familiar, fuera nombrado tesorero. Inmediatamente le escribí haciéndole ver que él siempre había sido revolucionario; que qué hacía entre aquella gente; que si esos señores aceptaban nuestro programa de libertad de conciencia y libertad de enseñanza, estaba bien, pero con su estandarte de Religión y Fueros no irían a ninguna parte, y si no que lo dijera la Historia. Fue cuando él hizo unas

declaraciones en el sentido de que prefería "no actuar a ser bandera de reaccionarios". Y hasta me contaron que a un ligero que se le acercó lo amenazó con aplastarlo como a una cucaracha si no se retiraba.

No obstante, Méndez Rivas, Pedrero y yo fuimos a ver al general Eulalio Gutiérrez en el Hotel "Gillow". Para no inspirarle desconfianza pedimos a Pedrero que no penetrara él también a sus habitaciones porque lo acompañaban sus hermanos, indiscretos por su edad. Pero cuando estábamos en los momentos culminantes, cuando Méndez Rivas le hablaba de los nietecitos de Vasconcelos señalándole con los dedos el tamaño de cada uno, Pedrero y sus hermanos se asomaron a la puerta. Y el general, receloso como en sus días de campaña, cambió de actitud y expresó con su voz ranchera que iba a ponerse en contacto con Vasconcelos y lo siguiéramos viendo.

Ante tantos frentazos optamos por cuotizarnos Antonio Armendáriz, Salvador Azuela, Alberto Vázquez del Mercado, éste a regañadientes, y dos o tres más para enviarle algo cada semana o cada mes, disfrazando las emisiones como contribución para la causa. Por cierto que un cable que pusimos a Vasconcelos el día de su santo, lo firmamos hasta Pedrero, menos Azuela porque me confesó que él a Vasconcelos lo seguía en su trayectoria política, pero que en lo personal no se consideraba amigo suyo. Pedrero comentó después que era que no se atrevía a firmar.

Un buen día Ignacio Herreras, director entonces de una revista de alta circulación, me buscó para ir en coche con su esposa, los tres solamente, a San Antonio, Texas, a proponer a Vasconcelos algo que sería de mucha importancia. Trata-

ha Herrerías de fundar un periódico diario, lo que después fue *Novedades*, cuya aparición anunciaría con un avión que volara sobre la ciudad de México arrojando volantes que revelaran que Vasconcelos volvería a México a dirigir un periódico de oposición. Partimos a las seis de la tarde de un doce de diciembre y aunque en la Villa de Guadalupe nos detuvo la multitud de fieles, al día siguiente, por la noche, estábamos con Vasconcelos. Nos fuimos a un bar a tomar ellos cerveza y yo a platicar con ambos mientras la señora quedaba en sus habitaciones del Hotel "Gunter". Vasconcelos adoptó el papel de intransigente jefe de una revolución inminente. Herrerías me dijo aparte: "¡Ah qué viejito más bragado!" Pero yo advertía en Vasconcelos mucho de teatro.

En un parquecito cercano planeamos el caso al día siguiente. "Los de la Universidad diz que autónoma —expresé— pugnan por llevarlo a usted a México de Rector..." "Y qué han logrado" me interrumpió. Y proseguí: "Pero volver a México de Rector a retornar a dirigir un periódico de oposición..." "Es la mejor forma de volver rajado", comentó. Y en el "Gunter" se redondeó el plan. Pedía una enormidad de sueldo, seis meses de ese sueldo depositados en un banco, por si cerraban el periódico, y un departamento arriba del edificio ya en construcción en las calles de Bucareli para sólo bajar de allí al paredón. "Éste sabe lo que vale" dedujo Herrerías, que pidió un momento para ir a su cuarto, supuse para hablar por teléfono con su socio que después pensé era el general Calles, desterrado en Los Angeles, Cal. Volvió aceptando todas las condiciones. Interrogó qué me darían, y Vasconcelos, rápido, señaló que yo estaría al frente de un departamento editorial para hacer libros.

Paseándonos esa tarde por las márgenes del río Alamos observé

que cómo lo tenían tan historiado. "Esto ha costado millones de dólares", explicó refiriéndose a los jardines que lo bordeaban. Recordé que Valadés había escrito una biografía de Santa Anna, presentándolo como otro Santa Anna un día en que un norteño que lo oyó preguntó que cómo explicaba la retirada de Filosola. Se quedó sin respuesta y añadió: "Porque Santa Anna es el culpable de todo, pues en vez de haber vendido toda la nación vendió únicamente la mitad." Don Vito, en cambio, elogió el libro y Vasconcelos, en un capítulo de su próxima *Breve Historia* que mostré a Valadés, barría con ese "hombre despreciable", "ese miserable" que habría de "ensuciar la vida de la nación". Lo exhibía tomando "la mano de uno de los soldados que lo aprehendieron para besarla humildemente". Y lo peor era que "en cada generación producía algún zote que calificaba de astucias sus infamias". "Ahora bien —proseguía Vasconcelos—: En todos los pueblos hay traidores y hay ineptos, pero lo que no ocurre sino en las más sombrías decadencias; lo que casi no tiene precedente en la historia civilizada, es la glorificación de los culpables... Lo que aniquila la esperanza en la raza, es que exista todavía quien pretenda justificar a Santa Anna para disculpar a sus imitadores contemporáneos... Lo que ocurrió fue tan vergonzoso que no lo recordáramos si no fuese porque periódicamente aparecen almas de confusión y de insensibilidad para la honra que pretenden, no sólo exculpar a Santa Anna, sino presentarlo como una especie de héroe que 'amaba la gloria'. La gloria es el honor en grande, honor sublime. ¡Quien no tuvo honor no pudo sospechar lo que es la gloria!"

"¿Leyó ya eso Valadés?" —preguntó riendo Vasconcelos. Pero quien se carcajeó sobre todo de que

lo llamara zote, fue Herrerías, que me preguntó aparte: “¿Así le dice a Valadés? ¿Zoquete?”

Mientras leía todo aquello Valadés enrojecía avergonzado, pero arguyó que era contra don Vito Alessio Robles la tirada, porque había elogiado su libro. Añadió que cómo se complacía Vasconcelos con la biografía de Santa Anna por Rafael F. Muñoz, del PNR, que había copiado a Fran G. Hanighen en su “Napoleón del Oeste”. “También Valadés copia a Hanighen —replicó Vasconcelos— con la diferencia de que Muñoz logra dar vida a Santa Anna y Valadés no.”

Herrerías siguió con su esposa a Chicago invitándome a ir con ellos. “Vaya a Chicago —me aconsejaba Vasconcelos—. Allá hay mucho que ver.” Pero como rehusé, Herrerías me dio en efectivo los gastos de regreso. Advertí que Vasconcelos respiró ya a sus anchas y dejó de preocuparse quizá porque creía que yo quedaría abandonado y pretendiendo su ayuda para subsistir en San Antonio. Por la noche lo encontramos en el hotel con su amigo el doctor, que no era otro que un compañero mío en la Nacional Preparatoria. Cuando nos reconocimos, en una cena, estuvimos recordando anécdotas regocijadas. Vasconcelos, ya calmado, me escribía en el “Gunter” una carta tan cordial como siempre. Me proponía que no regresara yo en camión porque el mismo doctor, la señora de éste y él saldrían al día siguiente en automóvil hacia Laredo y si yo quería, podía viajar con ellos. Así lo hicimos. Platicando llegamos a nuestro destino, ofreciéndome el doctor hablar con el director de la Aduana para que me facilitaran el cruce de la frontera. Y lo malo fue el resultado de todo:

Ya estaba Herrerías terminando el edificio con el departamento para Vasconcelos, de lo que se había enterado José C. Valadés, su com-

pañero de trabajo en “La Opinión” de Los Ángeles, Cal., cuando se apareció por la ciudad de México Regino Hernández Llergo, que abandonaba la dirección de ese periódico para fundar aquí su revista “Hoy”. Los dos fueron en mi busca, preguntándome para halagarme, por sugestión de Valadés, quién era “el representante efectivo de Vasconcelos en México”. “No sé que tenga ningún representante”, respondí desconcertándolos. “Entonces, ¿con quién se entiende uno para sus artículos?” replicó, explicándome su proyecto editorial. De pronto, sólo me concreté a pensar cómo trataban de explotar el nombre de una persona a la que habían denigrado tan repulsivamente cuando Vasconcelos fue expulsado del Partido Antirreleccionista. Y para lavarme las manos, creyendo que Hernández Llergo no lo haría, le aconsejé fuera a entenderse directamente con él en San Antonio, Texas. Pues fue y lo contrató para que escribiera el artículo principal de su revista. Yo oí a los vocadores pregonándola como “el periódico de Vasconcelos”. Éste me explicó más tarde que como Herrerías no había vuelto a hablarle de lo convenido, creyó que no se había realizado nada y aceptó la oferta de Regino que le pagaba cien pesos por artículo cobrado aquí religiosamente por un familiar suyo. “No son cien pesos los que le paga —exclamó Valadés—. Es mucho más.” Herrerías se contrarió y desde el primer número de *Novedades* dio en atacar a Vasconcelos con una serie de artículos calumniosos escritos por el tal Aragón Leyva.

Otro viaje que hice con Vasconcelos fue inolvidable. Me había escrito que iba a Nueva York a pasar la Navidad con su hijo. Por pura coincidencia, el editor Gabriel Botas me invitaba a ir a La Habana en su coche, vía Laredo, Texas, donde dejaríamos a Vasconcelos,



El licenciado JOSÉ VASCONCELOS radicado en Texas, en plan de conspirador contra el gobierno del General Cárdenas.

allí radicado, sus derechos de autor por uno de sus libros. Pensé en recogerlo para encaminarlo hasta Florida. Enteré a Vasconcelos de esto y le insinué si no sería posible que yo lo acompañara a Nueva York. Me respondió haciéndome a petición mía una cuenta minuciosa de lo que me costaría el viaje, recomendándome sobre todo, que llevara un buen abrigo, pues no me imaginaba los fríos que hacían en la Babel de Hierro. Creía que esto me aterraría por ser del trópico y vi en aquello su resistencia a que lo acompañara. Le escribí que desistía ante tantos inconvenientes y se apresuró a responderme instándome a que me fuera con él "sin vacilar". Así lo hicimos. Iba en su busca a la dirección que me había dado y al pasar por una sastrería, me llamó. Fue un platicar entre risas y sabias observaciones tuyas desde ese momento hasta nuestro regreso. Nuestras primeras palabras en Laredo, Tex., fueron sobre Juan Jacobo Rousseau de quien le revelé, a propósito de no sé qué, que no era cierto que enviara a sus hijos a la Inclusa, pues lo que sucedía era que le avergonzaba confesar que era estéril y él mismo inventó esa fábula. Le interesó mucho esto, así como —cuando me hablé de que a los hijos debe decirse la verdad—, recordé aquella novela moderna de Jules Renard, "Cabeza de Zanahoria", cuando un buen papá, al oír a su hijo en un paseo matinal, quejarse de su madre porque lo había castigado, le respondió: "¿Y crees que yo la quiero?" Al separarnos de Botas en Tampa, Florida, para que siguiese a La Habana con su mujer, planeó que nos fuéramos con economía, en bus y en ferrocarril y deteniéndonos en hoteles humildes, para en Nueva York darnos vida de ricos. Recuerdo que en el camino le hizo reír el cuento de Manuel Toussaint y otro sordo que parece se llamaba Gómez Orozco,

quien le preguntaba: "¿Vas a la Universidad?" "No. Voy aquí a la Universidad." "Creí que ibas a la Universidad." "No, voy a la Universidad." Se desarrollaron mil incidentes agradables, que relaté en un libro titulado "Viajando con Vasconcelos", en el que, tratando de exaltarle, hacía lo que Perú de Lacroix con el Libertador Simón Bolívar en su precioso "Diario de Bucaramanga". Sólo que Vasconcelos era una ametralladora y barría con media humanidad. Para no malquistarlo con todo el mundo, empleaba yo iniciales despistadoras. En Nueva Orleáns, donde nos esperaba de regreso Botas, expresó ante éste y su mujer: "Antes lo estimaba (refiriéndose a mí) y ahora lo estimo más. Es sobrio, con generosos desprendimientos, pero siempre sabiendo lo que gasta", etc. "Viene contento el viejo" me comentó Andrés Henestrosa que estuvo a recibirnos, pues estudiaba en la cercana Universidad de Tulane. Nos despedimos conmovidos en Laredo, prometiendo hacer otro recorrido ahora por San Francisco, Cal. Pero no sabíamos lo que sobrevendría:

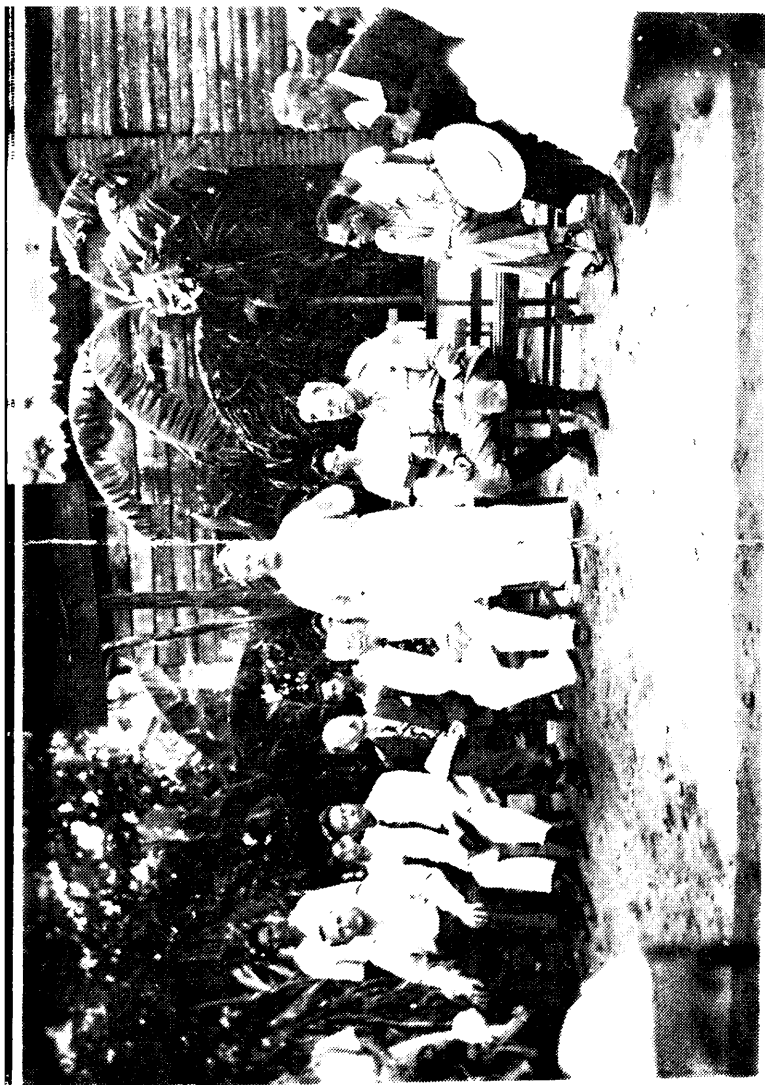
Los primeros diez o quince ejemplares de mi libro "Viajando con Vasconcelos" me los entregó Botas una noche que daba la casualidad era la que tocaba de guardia en el periódico al reportero de la fuente universitaria, Gabriel Alfaro. "Tenga para que se entretenga", le dije. Y al día siguiente, quizá con la intención de despertar la curiosidad de los altos funcionarios de la UNAM e inducirlos a comprar la obra, fue a visitarlos solamente, pues era su día de descanso. Les mintió que Vasconcelos se expresaba de ellos terriblemente. Que al rector Luis Chico Goerne le pronosticaba colgarlo de la campana de Dolores en el Palacio Nacional por traidor, etc. "Y de mí ¿qué dice?" interrogó parece que Salvador Azuela. "A usted le profetiza

lo peor." Inquietos, salieron en efecto en busca del libro, pero como aún no circulaba, fueron con Botas a amenazarlo con apedrear sus aparadores donde anunciaban mis obras. Finalmente, el yerno dirigió un cable a Vasconcelos, en esos días en Nueva York, afirmándole que estaba causando sensación un libro mío en el que lo ponía en un predicamento y en peligro de perder sus sueldos en la Universidad. Antes Vasconcelos había recibido una carta de Valadés, que se consideraba aludido, quejándose de que pusiera por los suelos a don Ignacio E. Lozano, que precisamente lo defendía de un enredo que lo había obligado a escapar de Texas. De esto último me escribió Vasconcelos reprochándome, molesto solamente, que hubiera yo escrito hasta calumnias, porque Valadés atribuía algunas de las iniciales despistadoras que yo empleaba, a otras personas. Pero al recibir el cable de su pariente político, estalló, como que se jugaban los sueldos de éste que, según Alejandro Gómez Arias, ganaba más que el rector. Aliado con uno de los Llergo, el pariente político de Vasconcelos publicó una carta de éste en la que se me ponía por los suelos. Un atleta Bayados, "El Fóforo", me habló después de que el tal pariente político de Vasconcelos quiso contratarlo para que me golpeará y que respondió que él jamás aceptaría convertirse en pistolero del maestro. Jorge Piñó Sandoval, reportero, me informó que el mismo pariente político de Vasconcelos sugirió que viniera a retarme nada menos que un tabasqueño, hermano de Pedrero y tan villarrealista como éste. Ignoro por qué no me buscó mi probable retador. Le remordería la conciencia.

El escándalo de todo esto fue muy pequeño. "¡Se ha peleado con lo único que le quedaba en el mundo!", comentaba entre una risa larga el periodista Aldo Baroni. Un

líder comunista recordaba cómo había yo aquella revista "La Verdad" en unas catacumbas y calificaba de casi teratológica la ingratitud del filósofo. Un español, indignado, me decía que estaba bien que por cuestiones políticas se alteraran los ánimos, pero que en mi caso intervenía el alma, algo sagrado. No había nadie que al encontrarme dejara de condenar a Vasconcelos. "Lo que hizo éste con usted es asqueroso —sentenció Jesús Guisa y Acevedo—, y la maniobra de su yerno es repugnante." Y quien resumió con mayor exactitud el caso fue nada menos que la mujer de Botas que tenía mayor razón para estar resentida: "TOTAL —me dijo— QUE EL ÚNICO QUE RESULTA MALTRATADO EN ESE LIBRO ES GÓMEZ MORÍN." Como Vasconcelos, conocedor al fin de la verdad, no rectificaba públicamente, decidí publicar como prueba en *Novedades* los centenares de cartas suyas en las que constaban las atrocidades que emitía de las personas a las que ahora negaba que hubiera censurado. El ingeniero Federico Méndez Rivas falló que todos me daban la razón y que si yo llevaba esas cartas a la Junta de Conciliación, no tendrían suficientes fondos para compensarme.

Pero el desprestigio máximo en que los torpes amigos suyos lo exhibieron, fue cuando trataron de acercarlo con el general Calles, desterrado en California. Lo llevaron con él. "General", le dijo. "Licenciado", contestó Calles. Querían hacer una revolución para derribar al general Cárdenas. "Usted será la popularidad y yo la fuerza" sentenció don Plutarco, que al oír a Vasconcelos decir que se necesitaba dinero, replicó que él no tenía pero que el general Abelardo L. Rodríguez sí. No obstante, le dio un cheque parece que por cuatro mil quinientos dólares. "Para infamarlo para toda la vida" comentó el in-



VASCONCELOS, al lado del padre del autor, llamando a éste el mejor de sus amigos, a pesar de que lo habían distanciado unos cretinos. Su discurso fue en Comalcalco, Tabasco, invitado por el gobernador Noé de la Flor Casanova.

geniero Federico Méndez Rivas. Más tarde explicó Vasconcelos la intención y las causas del fracaso del movimiento. Un sinarquista, convencido de sus buenas intenciones, lo instó a escribir todo eso, para que la juventud lo absolviese. “¡Pero si la juventud está peor que nosotros!” concluyó.

Mi reconciliación con Vasconcelos fue cuando el gobernador de Tabasco, licenciado Noé de la Flor Casanova, lo invitó a ir a ese Estado a inaugurar una escuela que llevaba su nombre. Al pasar por el pueblo de Comalcalco, quiso que conociera una escuela modelo. Sin decirle quién era su director, fueron a visitarla. El pueblo entero se agolpó para conocer a Vasconcelos. Mi padre, el director de la escuela, hizo la presentación y al terminar, el gobernador le cedió su sitio al lado de Vasconcelos. Mi padre ya conocía nuestra enemistad y le preguntó qué sabía de su muchacho. “¿Qué muchacho?” preguntó Vasconcelos. Y al oír decir a mi padre mi nombre, saltó como movido por un resorte. “Nunca creí encontrarme aquí —proclamó— al padre del mejor de mis amigos.” Éramos enemigos aún, pero continuó poniéndome por las nubes para terminar: “Con razón es así: hijo de un padre tan insigne. Dios salve a Tabasco con esta clase de hombres.” A su retorno y al encontrarnos en un banquete me reprochó: “¿Por qué no me había dicho que tenía usted un padre tan distinguido? Todos lo quieren. Me da mucho gusto verle.” “A mí también”, le respondí. Y reanudamos nuestra amistad, herida sólo, por lo que a mí respecta, al ver que unos paisanos míos, los Llergo, se prestaron a publicar una carta inmundada en mi contra. Quien más se empeñó en publicarla fue el tosco, sangrón y analfabeto José Pagés, diz que porque yo en mi libro había calumniado a Valadés a pesar de que en realidad yo había callado peo-

res ofensas que le había lanzado Vasconcelos, azuzado por Botas, y hasta lo había yo defendido. A Regino Hernández únicamente le reprocho que me hubiera impedido defenderme, a pesar de sus promesas alternadas de pretextos.

Antes de su acercamiento con Calles, un 1º de noviembre de 1935, el licenciado Vasconcelos en San Antonio, Texas, tuvo un momento de iluminación súbita, y me envió este memorándum: “En caso de que el gobierno de Cárdenas se encuentre seriamente amenazado, ya sea por elementos callistas, ya cristeros o cedillistas, se sugiere lo siguiente: El envío de un comisionado con poderes para conversar sobre las posibilidades que en seguida se enumeran: I. En caso de un golpe de Estado o de muerte súbita del Presidente Cárdenas, el gobierno podría salvarse si un grupo de políticos y militares influyentes declara desaparecidos los poderes reconociendo en consecuencia el Plan de Guaymas que da el poder a quien de hecho obtuvo la mayoría de los votos en 1929. II. Caso de considerarse impolítico el reconocimiento del Plan de Guaymas, puede obtenerse el apoyo de los partidarios de ese plan siempre y cuando se nombre de inmediato, Presidente Provisional que convoque a elecciones, y sea persona merecedora de confianza y escogida de acuerdo con los afiliados al Plan de Guaymas. Quedará al arbitrio entonces de Vasconcelos presentarse o no candidato, pues lo único que busca es el reconocimiento de su derecho violado en 1929. III. Desde luego pueden iniciarse medidas de colaboración a efecto de salvar a la Revolución del doble peligro que la amenaza, callismo, cedillismo, reacción clerical y caos obrero actual, y con la sola salvedad de que Vasconcelos no adopta programas ajenos como el Plan Sexenal, sino que

tiene los suyos bien conocidos y perfectamente revolucionarios." ¡La que se armó entre los correligionarios vasconcelistas! Unos insinuaron que cómo íbamos a presentarnos nosotros sin fuerza de ninguna especie a tratar de nación a nación. Se volvió a hablar de que, como sostenían Alberto Vázquez del Mercado y Salvador Azuela, no teníamos arrastre. Yo sugerí a Vasconcelos que utilizáramos a Teófilo Olea y Leyva para ir con su tío el general Figueroa a ver a Cárdenas directamente. Esto pareció muy bien a Vasconcelos, pero resultó que Teófilo, compañero en la Escuela Nacional Preparatoria del doctor González Cigarroa, el amigo de Vasconcelos, y mío, o se hacía el obtuso o no comprendía. Creía que se trataba de una transacción y sometimiento a Cárdenas. Más o menos era lo que se dijo en el despacho del licenciado Alessio Robles de que Andrés Pedrero hablaba de un cambio de frente. En realidad, Pedrero opinó que en caso de que cayera el general Cárdenas, éste "se envolvería en la bandera mexicana y se iría al monte a decir que él era el presidente legítimo y nunca daría el poder a nadie". Y si moría súbitamente, los hombres que lo rodeaban caerían con él y nada significarían ya. El licenciado Vasconcelos creyó que era el licenciado Miguel Alessio Robles quien hablaba del cambio de frente, y se ensañó contra él. "No me sorprende —me escribió—, que Miguel Alessio propale versiones sobre cambios de frente. Todos ellos quisieran ver que nosotros los imitamos, en lo de los cambios de frente. Con cada administración; desde Ortiz Rubio está el pobre Miguel dando cambios de frente." Y en una P.D. agregaba Vasconcelos: "Al releer su carta para ver si omitía contestarle algo, veo que la versión del sujeto que habló en el despacho de Miguel Alessio, es que yo le había

escrito a Pedrero. Hace como dos años que no le escribía a Pedrero, que también hace como dos años dejó de contestar mis cartas. La única carta que he escrito a Pedrero es la de hace una semana, y era de pésame por la muerte de su hermano y de explicación sobre el asunto suyo, y ni una palabra le decía sobre política general." Si yo hubiera hablado de esto a Pedrero hubiera tenido que decirle que la muerte de su hermano en la expedición de Brito no le parecía bien a Vasconcelos, pues eso de ir a tirar a éste entre vivos al cardenismo, al que consideraba miasma del callismo, era un absurdo, puesto que ya sabía lo del apoyo que se había solicitado para esa expedición, a Luis I. Rodríguez, Cedillo, Portes Gil, Mújica y todos los envidiosos de que Garrido tuviera tanto ascendiente sobre Cárdenas que a lo mejor lo hacía su sucesor después de haber votado por él para Presidente. Eso del cambio de frente me lo comunicó aquel Oyerbides, el de un "galimatías de la conducta" de que hablaba Vasconcelos. Pero el mayor disgusto de Vasconcelos contra Pedrero se lo hizo saber a éste en carta que le escribió a Manzanillo. Como Vasconcelos comprendía que los enojos de Pedrero obedecían a intrigas del yerno (que primero maquiavélicamente trató de que yo le especificara el villarrealismo de nuestro amigo) puntualizó a éste que por lo que hacía a mi correspondencia, siempre me había referido a él (a Pedrero) "en términos cordiales y amistosos". "Debo hacer constar —me escribía Vasconcelos— que he sido yo y no Ud. quien durante una época estuve resentido con Pedrero porque me parecía que, sin romper con nosotros, mantenía relaciones demasiado corteses con los villarrealistas que, a mi juicio, son la hez de la oposición, y con los Vitos y los Arenas Guzmán, algo peor que los gobiernistas." Porque de Villa-

rrreal, desde años antes de que nos escribiéramos, Vasconcelos hablaba horrores. A mí me escribió un día, durante la campaña presidencial de 1934: "Conviene que se sepa que ninguna relación ni simpatía tengo con Villarreal político, que me saboteó la vez pasada por envidia de que no resultó candidato él, y que ahora nos estorba, pero sin la franqueza de declararse enemigo. Lo declaro yo mistificador cuando les dice que me escribirá, porque ni lo hace ni tiene intención de hacerlo ni tiene de qué escribirme porque sabe, como lo sabe todo el que sepa leer, que yo llevo nueve meses de estar condenando su actitud de amnistiado, que habla de elecciones donde el decoro más elemental impone hablar de justicia electoral por lo del 29..." Cuando por complacer a Pedrero acepté colaborar con Villarreal si al terminar las elecciones se lanzaba a la lucha armada proclamando presidente provisional que convocara a nuevas elecciones a Vasconcelos, éste lo aprobó con reservas, no así cuando nos acercamos a Tejeda, buscando yo apoyo a Salazar Félix. Tejeda expuso una serie de evasivas pero observó que el vasconcelismo era el revolucionarismo en las clases intelectuales y recordó que Vasconcelos sostuvo con él cordiales relaciones cuando era ministro de Educación e hizo una jira por Veracruz. Prometió provocar una plática de nosotros con la directiva de la Liga Nacional Campesina, pues había similitud de ideales. Me recomendó escribiera a Vasconcelos que aquel acercamiento lo veía como "la aparición de un nuevo sol". Pero Vasconcelos, cuando supo que Pedrero hablaba de que si derroocaban al general Cárdenas éste se envolvería en la bandera mexicana y se iría al monte sosteniendo que él era el presidente legítimo, comentó: "Eso de la legitimidad de Cárdenas es para dar risa. Y no reza con nosotros, sino con los villarrea-

listas que al aceptarlo de contenido le otorgaron legitimidad, pero todo el país se reirá de esa legitimidad así que ya no esté ocupando el Palacio."

Le comuniqué la impresión de Azuela sobre el acercamiento con el cardenismo, explicándole que lo que Vasconcelos quería era preparar el futuro inmediato y buscar elementos como los generales Figueroa y Múgica; que reconocía que había "buena intención en Cárdenas", que su gobierno se limpiaría del todo si se deshiciera "de tipos como el Portes Gil" y que el objeto de las conversaciones propuestas era prever el caso de que el grupo de cardenistas honrados no pudiera sostenerse. Esto a Azuela no le pareció bien, porque dijo que Cárdenas sería muy limpio en su vida privada pero era un asco en su vida pública; que respecto a Figueroa sabía que una vez le ordenaron fusilar a un individuo en un lugar donde la víctima era muy estimada, pero encontró a un sujeto que tenía el mismo nombre y fusiló a este infeliz para cubrir el expediente; que Múgica era la antítesis de Vasconcelos, "un jacobino atrabiliario y salvaje". Por último, advirtió el mismo Salvador Azuela que esta plática o lo que fuera haría desmerecer mucho a Vasconcelos por apartarse de su línea de conducta, al grado de que si se realizaba el acercamiento, él ya no lo seguiría más. Vasconcelos, al saber por mi conducto todo esto, retiró resentido su proposición, no sin condenar a "algunos amigos nuestros de la generación pasiva, neutra, inútil o que, por lo menos, todo lo reducen a hacer discursos".

La verdadera posición de Vasconcelos era en sus últimos días de permanencia en los Estados Unidos, la de que entre el general Saturnino Cedillo, (de quien decía ser amigo y que hasta sostenían una correspondencia privada), y el general Cárdenas, prefería a éste sin que

esto quisiera decir que se volvía cardenista. Contrariamente, en volantes candentes sostenía que el cardenismo era una miasma del callismo. Además, Valadés vino contando de San Antonio, Texas, que en un banquete organizado por "La Pren-

sa" de don Ignacio E. Lozano, puso Vasconcelos por los suelos a don Lázaro, recordándole hasta a su familia, con todas sus letras, al extremo de que un matrimonio invitado prefirió retirarse a seguir oyendo frases tan crudas.

CAPÍTULO VIII

REACCIÓN DE VASCONCELOS AL DECIRLE QUE LOS FILÓSOFOS ESTABAN PERDIENDO SU TIEMPO.—EL PADRE FEDERICO ESCOBEDO SOSTUVO QUE VASCONCELOS NO ERA FILÓSOFO.—UN ESCRITOR CATÓLICO LE DIO LA RAZÓN Y EXPUSO QUE ERA BUEN ESCRITOR PERO INCORRECTO.—QUE EN CADA UNO DE NOSOTROS HABÍA UN GOYO CÁRDENAS.—VASCONCELOS PARTIDARIO DE LA PENA DE MUERTE.—DIJO LA CAUSA DE QUE NO SE LEYERA EN MÉXICO SU ESTÉTICA.—LA CASTIDAD Y LAS CIENCIAS ABSTRACTAS.—QUE ÉL ERA CASTO.—QUE UNAMUNO NO ERA FILÓSOFO.—EL LITERATO SUPERIOR AL FILÓSOFO CUANDO ÉSTE ES MEDIOCRE.—ALTAMIRANO Y DON IGNACIO RAMÍREZ.—SANTAYANA Y VASCONCELOS.—COMO SE CLASIFICA VASCONCELOS EN SU HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO.—OPINA DON FRANCISCO LARROYO.—ZUM FELDE OBSERVABA QUE EL CONDE DE KEYSERLING LLAMABA A VASCONCELOS REPRESENTATIVO, SIN SABERSE SI DE LO BUENO O DE LO MALO, Y CASI NO LEYÓ A VASCONCELOS.—ZUM FELDE VAPULEA A VASCONCELOS.

En un 32º piso de un hotel de Nueva Orleans dije a Vasconcelos que, según sus propias palabras, fuera de Sócrates, Platón, San Agustín y San Francisco, no se había dicho una palabra más en filosofía. Por tanto, los filósofos estaban perdiendo su tiempo. Y cuando esperaba que me arrojaría por el balcón, él, pensativo y tallando el borde de una puerta con sus dedos, respondió con humildad: “Es uno de los juegos más bonitos.”

En la plática ya anotada que tuve con el sacerdote Federico Escobedo, éste sostuvo que Vasconcelos no era filósofo, pues en Filosofía es muy difícil decir algo nuevo. Lo decía quien tenía autoridad, pues había hecho un curso en la materia en una universidad europea y la había enseñado en los colegios de San Simón, Saltillo y Puebla. Jesús Guisa y Acevedo, que escuchaba, convino en ello y añadió que Vasconcelos era un buen escritor aunque incorrecto. Alegué que entonces

por qué el Conde de Keyserling era al único pensador latinoamericano que tomaba en cuenta en sus “Meditaciones Sudamericanas”.

Yo entiendo que los filósofos deben conocer la fuente de la Sabiduría, o sean las Sagradas Escrituras, y, como lo comprobé, ni Vasconcelos ni Guisa la dominaban como buenos católicos. De allí que Vasconcelos contestara una encuesta en esta forma anticristiana: “Soy partidario de la pena de muerte porque es la única manera de reprimir el crimen. . . Dentro de cada uno de nosotros hay un Goyo (Gregorio Cárdenas, que acababa de matar a varias mujeres a las que había enterrado en el jardín de su casa en Tacuba). Pero con el miedo a la horca o el fusilamiento se reprime lo goyesco. Todo el verbalismo penalista es un fenómeno de decadencia, como la filosofía fenomenista o idealista que está en boga. Se afirma que la pena de muerte es primitiva, pero también es pri-

mitivo el crimen; por lo demás, no tengo ninguna simpatía por el humanitarismo de ciertos penalistas locales que se enternece ante el criminal del orden común, pero no tienen inconveniente en colaborar normalmente con los matadores de políticos que ensombrecieron nuestra historia no hace muchos años... Los fueros de la virilidad social exigen que se castigue conforme al verdadero derecho, que no es vergüenza ni ley de Talión sino obligación de garantizar y proteger a las mujeres, a los débiles y a los hombres de bien."

Para Vasconcelos, el estudio de las ciencias abstractas requiere esfuerzo de atención, y esto está reñido con el abuso de la sexualidad. Esa era una de las causas de que en México no se leyera su "Estética". Añadía que ya lo había dicho Bernard Shaw, que confesaba era un insuficiente sexual, porque lo que le debía salir por otra parte le salía por el cerebro. Habló de lo exacto de la página de un escritor que no mencionó y en la que se describía a un niño que veía a su padre como a un monstruo. Por cierto que advirtió que en México se le creía un sátiro, pero aseguró que era casto y podían pasar cuatro meses sin tener ningún contacto sexual. Esta castidad me la confirmó quien tuvo por algún tiempo alojado u oculto a Vasconcelos en una farmacia de Los Ángeles, Cal. Afirmó Vasconcelos que cuando estudiante era uno de los más pacíficos de su grupo.

Cuando el Padre Escobedo y Guisa hablaron de que Vasconcelos no era filósofo, advertí que esa era opinión igual a la de Vasconcelos acerca de don Miguel de Unamuno, a quien no incluyó entre los pensadores españoles en su "Historia del Pensamiento Filosófico". "¿Cómo lo iba a incluir —explicó— si era un viejo pendejo? ¡Si hasta recibió dinero de Calles! Además, no era filósofo, sino literato." Para

él, los literatos eran inferiores a los filósofos, salvo cuando éstos son mediocres, como en el caso de don Ignacio Ramírez, a quien consideraba muy por debajo de don Ignacio Manuel Altamirano. Recordé que don Ignacio Ramírez tenía sorda envidia a Altamirano, de quien a cada paso decía: "Esto no lo hubiera escrito Altamirano", refiriéndose a algunas páginas suyas. Lo que gustó a Vasconcelos fue que a su hijo José Ignacio le hice ver que el pensador yanqui Santayana tenía similitudes con su padre. Al referirse a sí mismo en el Apéndice de su "Historia del Pensamiento Filosófico", Vasconcelos sólo apuntó que en sus obras buscaba una interpretación del Universo, según su monismo fundado en la estética. Por su parte, don Francisco Larroyo, en su "Filosofía Iberoamericana", señaló que Vasconcelos era un representante del tipo del polígrafo humanista; que cultivaba el ensayo, la novela, el periodismo, la historia. Con todo, el peso de su obra gravitaba en torno de la filosofía, en particular en los postreros años de su vida. "Vasconcelos —escribía Larroyo— es un filósofo constructivista: no le preocupa tanto el ser del mundo, cuanto el futuro del hombre. Es algo así como un profeta de América. En las entrañas de América, dice, se está gestando la nueva raza, de acuerdo con una ley: la ley de los tres estados sociales, a saber: el estado material o guerrero, el estado intelectual o político y el estado espiritual o estético. En el primero, la mezcla de sangres se realiza bajo el imperio de la violencia. El fuerte toma o rechaza, conforme a su capricho, la hembra sometida. En el segundo, la procreación se lleva a efecto por convencionalismos sociales, éticos y políticos; aquí la razón es el instrumento certero para elegir. En el estado espiritual o estético, cuyo advenimiento ya se anuncia en múltiples formas, la unión de los sexos

está regida por la ley del gusto: las leyes de la emoción, la belleza y la alegría regirán la elección de parejas, con un resultado infinitamente superior al de esa eugénica fundada en la razón científica, que nunca mira más que la porción menos importante del suceso amoroso. Por encima de la eugénica científica prevalecerá la eugénica misteriosa del gusto estético. Donde manda la pasión iluminada no es menester ningún correctivo... Vasconcelos postula en relación con esto, un esteticismo. Para él, el conocimiento es síntesis que coordina elementos y modos de heterogénea aprehensión (emocionales, intelectuales, místicos). El ser es un devenir cíclico, circunscrito por dos momentos absolutos; el del principio (primero) y el del fin (último), que se manifiestan y expresan en cada instante o momento del devenir. La verdad se manifiesta, según Vasconcelos, en el juicio estético; por eso la filosofía debe ser un sistema unitario que no es logos, sino armonía, síntesis estética y armoniosa de los distintos. Ritmo, melodía, armonía y contrapunto son las categorías de la belleza y del ser. Piensa Vasconcelos que hay para el hombre tres modos de darse la existencia: la existencia como realidad perceptible a los sentidos y cognoscible por la mente (objeto de la metafísica); la existencia como acción (que estudia la ética), y la existencia como manifestación de una serie de afinidades con lo absoluto que implica la formulación de una filosofía integral (estética). En suma: José Vasconcelos sostiene un pluralismo polifónicamente armonizado, que exalta el sentimiento gozoso de la vida, el himno de la juventud, la sinfonía de la edad madura y la letanía de la vejez."

Pero por ninguna parte encuentro una alusión a la teoría de Vasconcelos contenida en su "Monismo Estético" de hacer el Bien por-

que es bello, algo eminentemente goethiano.

Alberto Zum Felde observó que Keyserling, "entre las muchas ligerezas que estampa en sus *Meditaciones Sudamericanas*, declaró solamente a Vasconcelos 'el pensador más representativo de aquella parte del Continente', pero que 'representativo' no es de por sí, término que implique juicio de calidad, pues se puede ser representativo de lo bueno y de lo malo, y en este caso lo sería, en general, de lo malo, es decir, de ciertos defectos característicos de gran porción de la gente intelectual sudamericana, 'no de las virtudes y valores que también posee la porción mejor (las minorías de cada región), las cuales están representadas por aquellos ensayistas (Alejandro Korn, Vaz Ferreira, etc.) más otros como Martí, Rodó...' "También de Vargas Vila —prosigue Zum Felde— puede decirse que es muy representativo —vaya si lo es— pero de vicios literarios mucho peores y desgraciadamente también muy extendidos en toda América. Después de todo, el seudojuicio de Keyserling (como mucho de lo que escriben los ilustres visitantes extranjeros sobre estos países) no debe tomarse muy en serio, pues casi no ha leído al autor de que se trata y habla sólo por reflejos del ambiente, que es casi como hablar por boca de ganso".

Para Zum Felde son habituales en Vasconcelos, "como puede colegir cualquier estudiante universitario de filosofía", efectos de "lenguaje arbitrario, confuso, sin rigor, plagado de equívocos, contradicciones, incongruencias y ampulosamente literateado", lo que ha ido en aumento a compás de los años. "Lo poco —añade— que hay en todo ello de serio, no es precisamente original, como él lo pretende (y no cabría la objeción si no lo pretendiera solemnemente); y lo que podría parecer original, no es muy serio. Se percibe una confusa mez-

colanza y amasijo de teología dogmática (manejada a capricho) con las ideas generales y ya universales del intuicionismo vitalista, bergsonian, del cual proviene y desde fines del siglo XIX, la idea de la singularidad cualitativa de la vida, de los seres, que no puede ser reducida a los rígidos esquemas científicos ni a los principios abstractos de las filosofías intelectuales...". Para Zum Felde, dominado y arrebatado Vasconcelos "por su egolatría, engañándose ingenuamente a sí mismo (aunque no a los demás) se presenta como fundador genial de nuevas filosofías, cuando, en verdad, sólo reitera, embrollando confusamente lo que otros, cabezas más claras, han dicho mejor".

Luego de examinar no menos severamente otros aspectos de la obra de Vasconcelos, cree Zum Felde que lo que en buena parte se salva de sus graves defectos generales, son sus cuatro libros de materia autobiográfica. "No es, por supuesto —expresa— que estos libros estén exentos de los mismos vicios substanciales y formales de los otros cuyo comentario antecede; los padecen, también fatalmente, puesto que son frutos del mismo árbol; pero ofrecen también su compensación, una rica materia de intuición y experiencia histórica, así nacional y pú-

blica como personal e íntima, cuya forma literaria narrativa, novelada (por la cual suélese también incluirlos en la novela) confirma su interés de letra viva, su valor humano, asegurándole un lugar permanente en la literatura mexicana, y en la americana, de esta época... Ello nos convencería de que Vasconcelos es más un narrador que un ensayista, un pintor vigoroso antes que un filósofo, pues esas son, sin duda, y no las otras, las páginas que salvan su nombre de escritor ante la posteridad... Y valga lo dicho, respecto al mérito de Vasconcelos como tal, aun descontando la mucha, demasiada porción de egolatría que irremediablemente contienen esos cuatro libros autobiográficos, y la mucha arbitrariedad de juicio que arroja su apasionado personalismo. Nos sentimos felices —aliviados al menos—, de poder elogiar a Vasconcelos en esta parte de su labor —con las salvedades anotadas— ya que tan negativo ha sido nuestro examen sobre la otra parte." Con sencillez me hizo notar Vasconcelos que se veía que "ese viejo" Zum Felde lo leía y contestó que estaba convencido de que no era filósofo ni literato y que se conformaba con ser maestro de la juventud.

CAPÍTULO IX

NIEGAN PERMISO A VASCONCELOS PARA CONTINUAR RESIDIENDO EN LOS ESTADOS UNIDOS.—LA LEY MANN.—ENCUESTA SOBRE SI DEBÍA VENIR A MÉXICO.—SE LE RECIBE EN SILENCIO EN HERMOSILLO.—CON LA ESPADA DESENVAINADA.—BRONCA EN EL ANFITEATRO DE LA PREPARATORIA.—AMENAZA CON PROCESO A DIFUNDIDORES DE LO DE LA LEY MANN.—RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LOS NOVILLOS EN SONORA.—PIDEN SU EXPULSIÓN DE SONORA.—VASCONCELOS LLEGA A LA METRÓPOLI MÁS VASCONCELISTA QUE NUNCA.—ACRES CENSURAS POR SU INCLINACIÓN AL AVILACAMACHISMO.—SE DEFIENDE BRILLANTEMENTE.—NEGÓ QUE HUBIERA SIDO ALIADO DE ALMAZÁN.—FORMA PARTE DEL PARTIDO DE LOS MUERTOS.—DECIDIDO A HACER DINERO.—LO OVACIONARON MÁS TARDE EN EL CASINO DE SALTILLO LOS CARRANCISTAS.—LA REVISTA “TIMÓN”.—REVERDECIMIENTO DEL LATINOAMERICANISMO.—GRANDIOSO PLAN SUGERIDO POR UN SALVADOREÑO PARA UTILIZAR A FRANCO Y A MUSSOLINI.—DOY LOS PRIMEROS PASOS PERO ÉL ME PIDE QUE NO LO MENCIONEMOS.—EL REPRESENTANTE DE FRANCO EN MÉXICO ESTABA DE ACUERDO.—SE DECEPCIONA EL SALVADOREÑO.—LOS FRENTAZOS DE VASCONCELOS CON LOS REGÍMENES QUE SUCEDIERON A ÁVILA CAMACHO.—AMIGO DE AMARO Y DE GONZALO N. SANTOS.—“¡SE VA A ENOJAR EL TROMPUDO!”—AL SERVICIO DE UNA CADENA.—“SOY UN ESCLAVO, NO UN ESCRITOR”.—SU CONMOVEDORA HUMILDAD.—LA PRIMERA LLAMADA.—SU ÚLTIMO AMOR.

En agosto de 1938, el Departamento del Trabajo de los Estados Unidos negó a Vasconcelos el permiso para seguir residiendo en territorio norteamericano. La causa fue la que se temía él de tiempos atrás, porque se lo habían prorrogado mucho, primero gracias a las gestiones del general Plutarco Elías Calles, amigo de las autoridades californianas. Otros dicen que fue por unos artículos suyos antiyanquis. En una revista metropolitana, Jorge Mendoza Carrasco hizo una encuesta acerca de si debía volver el licenciado Vasconcelos. De mí se decía que una opinión mía, por haber sido “su amigo más destacado, significaba mucho”, y pese a nuestro dis-

tanciamiento, respondí que debía retornar porque era uno de los más grandes hombres de México.

Alejandro Gómez Arias me anunció un artículo, probablemente de don Vito Alessio Robles, quien se apoyaba en una carta del Dr. Yuco del Río. El artículo se tituló “Vasconcelos y la Ley Mann” y se afirmaba en él que “el maestro” se andaba ocultando de la policía yanqui “por un lío de faldas y de frustración biológica”. Se añadían mil frases ofensivas que me resisto a repetir. Eran los mismos cargos que propaló aquí José C. Valadés y que me explicó en términos bastante crudos. Decía que a principios de 1938 se había presentado en Texas

una acusación contra Vasconcelos por el padre de una pochita. Vasconcelos tuvo que partir precipitadamente a Nueva York y los periódicos de don Ignacio E. Lozano trataron de despistar a la policía. De allí que cuando enfurecieron injustamente conmigo a Vasconcelos, éste me sacrificó y prefirió dar la razón a Valadés, que tenía mucho ascendiente con Lozano. También Octavio Guzmán difundió en "La Prensa" aquella versión, que al ser conocida por Vasconcelos, exclamó: "Tal calumnia no puede recibir sino una respuesta: el proceso. No me importa lo que se me atribuye. Las gentes me conocen." Durante el lío que me armó su familiar se habló de acudir a las autoridades judiciales mexicanas, y el licenciado José Elguero, al oír que Vasconcelos hablaba de proceso, comentó que cómo podía acudir a los tribunales un hombre que había lanzado las peores acusaciones contra éstos. Fue el mismo razonamiento que yo hice ante el ingeniero Méndez Rivas, los demás del grupo fiel a Vasconcelos y un sujeto amigo de mi acusador y de don Vito.

Ello fue que el 21 de septiembre de 1938 hizo su entrada Vasconcelos en la ciudad de Hermosillo, Son., en un silencio sepulcral, aunque se habló de que "hubo mujeres que lloraron al volverlo a ver". Entrevistado manifestó: "Expulsado de los Estados Unidos regreso a mi país gustosamente, pero sin compromisos de ningún género y resuelto a continuar la misma tarea que las circunstancias me han impuesto. No vengo a dar excusas ni a sonreír a mis enemigos; ratifico y no rectifico cuanto tengo dicho en relación con los grandes asuntos que amenazan a la patria. Sigo y seguiré a las órdenes del pueblo mexicano por encima de toda consideración de conveniencia o de partido."

Los amigos del familiar de Vasconcelos organizaron en el Anfitea-

tro "Bolívar" de la Escuela Nacional Preparatoria, una protesta por su expulsión de los Estados Unidos. Con perfidia refinada trataron de herirme indirectamente con frases equívocas, pero casi nadie los oyó pues se introdujeron entre ellos miembros de las Juventudes Socialistas que lanzaron vivas al general Cárdenas y hubo quienes desenfundaron las pistolas y golpearon a los neovasconcelistas que en los momentos de prueba habían negado a su maestro. El Rector Gustavo Baz se apresuró a enviar a los periódicos un boletín aclarando que la Universidad no había tenido nada que ver con el mítin y que sus organizadores Andrés Pedrero G. y Salvador Azuela eran "individuos ansiosos de notoriedad". Un profesor José Haravi exclamó que los oradores neovasconcelistas censuraban al régimen y al mismo tiempo pedían aumento del subsidio a la Universidad para seguir disfrutando de sueldos fabulosos como aviadores. Asimismo los diputados se ensañaron con Vasconcelos, aunque no tanto como don Vito Alessio Robles, que acababa de publicar nada menos que a expensas de Botas su libraco "Mis andanzas con nuestro Ulises". Entre innúmeros cargos, hacía a Vasconcelos el de que "todos los que colaboraron con él habían sido sus víctimas a la postre".

Una Universidad fundada en Sonora bajo los lineamientos de Vasconcelos, que hizo que sonorenses acomodados aportaran, sobre todo con novillos, sus recursos para constituir el patrimonio de ella, por lo que la llamaban la Universidad de los Novillos, lo designó su Rector en una asamblea del Comité Administrativo. Por esos días fue entrevistado por Magdalena Mondragón, a quien expuso: "Lo que está pasando ahora lo dije hace tres años. Pero entonces ¡estaba loco! ¡Ah!, porque no tiene remedio. Cualquier cosa con sentido común que diga un

hombre honrado en los tiempos que corremos, es suficiente para que se le coloque en la categoría de payasos, como se me ha colocado a mí... Lo único que podría hacerme entrar en acción sería una rebelión de las masas... Es muy difícil escapar a la influencia de los norteamericanos. Se lo digo por experiencia, porque soy el primer pocho de la República... Necesitamos inmigración de españoles, no de gachupines... El Presidente Cárdenas sabe dónde vivo yo en Hermosillo, y no soy quien tiene que ir a verlo."

Existe una confusión en la que ha caído el propio Vasconcelos en lo relativo a sus contactos con los generales Cárdenas y Ávila Camacho. Su pariente político que le buscó tantas dificultades, proporcionó a un escritor centroamericano una foto de los tiempos de Obregón en la que aparecían de un extremo a otro Vasconcelos y Cárdenas, en lo cual se basaban para robustecer su versión de que ambos personajes se habían reconciliado. Otro dato en favor de esta tesis es lo que Vasconcelos dijo a Magdalena Mondragón. Pero no se concibe que haya existido esa reconciliación y que necesitara Vasconcelos de padrino —Yocupicio o Magaña— para lograr una entrevista con el "señor Presidente Cárdenas". Lo más probable es lo que se supo acerca de que el general Ávila Camacho, en su jira presidencial por Sonora, lo vio y le manifestó que ya sabía que él, Vasconcelos, no quería a los militares, pero que él deseaba ser su amigo. Y esto sí lo cumplió porque al llegar a la presidencia no se opuso a que el ministro de Educación Véjar Vázquez otorgara un subsidio a Vasconcelos para un colegio en San Rafael.

Al constituirse un Comité Revolucionario de Reconstrucción Nacional para sostener la candidatura presidencial del general Juan An-

dreu Almazán, y en el que figuraban los licenciados Antonio Díaz Soto y Gama, Alberto Vázquez del Mercado, y los generales Héctor F. López, Pablo González y César López de Lara, Vasconcelos excitó a los neovasconcelistas Azuela, Pedrero, etc., a continuar en la oposición, mientras él, diciendo que el que triunfaría sería Ávila Camacho porque era el que no sabía leer, firmaba un "Manifiesto del Partido de los Muertos", llamado así porque apareció el día de los difuntos y porque quienes lo constituían eran veteranos como los generales Antonio I. Villarreal y Pablo González. ¡La que se le armó! Una Confederación Nacional de Ciudadanos Independientes, en la que figuraban muchos de sus ex discípulos, un tal Castro Estrada o cosa así y Ernesto Carpy Manzano (Confederación a la que yo titulé de Cuida Asnos y Dependientes) llenó a Vasconcelos de cieno. Comenzaron por decir que ese manifiesto había sido escrito "en estilo asmático y trabajoso" por el licenciado José Inés Novelo, "viejo cantor del porfirismo en versos de cortesana adulación", y al grupo lo calificaban de "paleros sin probidad y sin escrúpulos". De don José Natividad Macías recordaban que se había prestado a las consignas del porfirismo acusando al apóstol Madero con la inmunda calumnia del robo de guayule, y al general Villarreal de "ave de mal agüero, que siempre va a la que pierde". A Vasconcelos lo amenazaban con un juicio nacional, pues no concebían cómo iba a luchar al lado de los carrancistas, después de haber prometido bailar sobre la tumba de don Venustiano. Y eso que aún no sobrevénía la entrada triunfal de Vasconcelos en un banquete en el Casino de Saltillo siendo todavía Presidente electo Adolfo López Mateos. Predominaban en las múltiples mesas los carrancistas coahuilenses, pero la recepción que se le hizo fue una apoteosis. Lenta-

mente avanzó saludando a todos con un apretón de manos, como dormido. Y al verme, se le llenó de gusto el semblante y me tendió los brazos exclamando: “¡Otro coahuilense como yo!” Juan Ramón Solís, nuestro “Obrero consciente” en 1929, quien estaba frente a mí en la misma mesa y que había arribado a Saltillo en el mismo tren con Vasconcelos, me informó que habían hablado mucho de mí y añadió: “Si a alguien quiso Vasconcelos en esa campaña fue a ti.”

Los de la Confederación de Cuidados y Dependientes insistían en que Vasconcelos, “roído por una decadencia indigna de él, suscribía el Manifiesto del 2 de Noviembre”, una “claudicación vergonzante, miserable, ruin claudicación”, pues había sumado “sus ya claudicantes fuerzas, a la causa enemiga del pueblo, la más baja y vil de las que torturan al país”. “Por eso —agregaban— la juventud que confió en él y que lo siguió denodadamente, sacrificándose, incluso dando su sangre como en el caso de Germán de Campo, pide cuentas a José Vasconcelos. Quizá éste trate de ocultar su miedo con una actitud soberbia y displicente”, e invitaban a juzgarlo a Elvira Vargas, Juan Bustillo Oro, Rubén Salazar Mallén y otros.

Y, en efecto, se defendió brillantemente, gracias a su gran talento y a su pericia en el pleito. “¿Qué hay partidos independientes en México?”, interrogó. “No hay tales partidos de oposición. ¿O qué se consideran ellos independientes porque luchan al lado del militarismo de Almazán? Prácticamente hay dos candidatos gubernamentales, ya que Almazán nunca rompió ni romperá con el PRM; ostenta el grado de general, cobra sus haberes, etc., y es un miembro activo del gobierno del general Cárdenas. Si los independientes están a su lado, no hay tal independencia, ni tal oposición”. Expresó que no tenía que dar cuenta de sus actos a los independientes

y que estaba muy por encima de sus críticas, de sus comentarios y del enjuiciamiento nacional a que pensaban llevarlo, con lo que sólo se lograría una cosa: divertirlo.

El general Villarreal, imitando a Vasconcelos, preguntaba: “¿De cuándo acá resultó antiimposicionista Almazán? ¿No aceptó y defendió briosamente la imposición macabra de Victoriano Huerta? ¿No fue cómplice de Obregón para imponer a Calles, y más tarde de la imposición y reelección de aquél?”

Un tal Ordaz llamó en un diario metropolitano a Vasconcelos mercenario que necesitaba acomodo, “con paso torpe, medio ridículo y denigrante” y que rendía pleitesía “a los hombres que antaño escupió por carrancistas”, lo que lo colocaba como “maromero, parlanchín y falsario de sus propios conceptos filosófico-político-monetarios”. El más chusco fue don Vito, que se creía intelectual dedicado a sus clases y a sus investigaciones históricas en la Universidad Nacional, desde donde opinaba que no valía la pena hablar de Vasconcelos, “pobre saltimbanqui” e “imposicionista emboscado, por apremios estomacales”. También Gonzalo de la Parra escribió de los “errores e incongruencias” de Vasconcelos.

Pero feo lo que le dijeron en Hermosillo, de donde pedían su expulsión los cetemistas y los miembros de la “Federación Obrerocampesina” en un mítin frente al Palacio del Gobierno. Todos los oradores condenaron la presencia en el Estado del licenciado Vasconcelos. Enarbolaban estandartes y repartían volantes que rezaban: “...El licenciado José Vasconcelos, autodenigrado hasta la saciedad en sus obras, vino a este Estado bajo el amparo de la bondad característica del señor general Yocupicio, ofreciendo no inmiscuirse en los asuntos políticos y sociales; pero como lo ha realizado siempre en todas partes, pronto surgió el escándalo en su torno for-

mando un grupo de connotados reaccionarios, seudointelectuales, tratando de dominar la situación en esta entidad que lo cobijó, desgraciadamente. Altos funcionarios deslumbrados todavía por el que fuera su maestro, lo han seguido en la pendiente de chismes y embrollos... (Esto era obra, afirman unos sonorenses, de su pariente político.) La hospitalidad que el señor General Yocupicio brindó al licenciado Vasconcelos ha terminado porque éste faltó a su compromiso. Vasconcelos está al frente del grupo de científicos, patrocinando a la reacción, y las agrupaciones obreras de Sonora piden al señor Gobernador invite al escritor mencionado a abandonar este Estado; de lo contrario, lucharemos hasta lograr que los obreros sonorenses, tomando el asunto por su cuenta, lo resuelvan en ese sentido... para limpiar a Sonora de la nueva caterva de detentadores de las libertades que si principiamos a perderlas, las reconquistaremos con lucha, con denuedo, con sangre."

Un editorial de "El Imparcial" de Hermosillo, hablaba de avorazamiento y enjuagues en la Universidad de Sonora y de "maniobras turbias" para promover una reforma a la enseñanza universitaria con objeto de ver en ese centro de estudios "las gordas ubres de una madre occidental, complaciente y disimulada con los hijos ajenos". Se habló de un duelo en el que los padrinos no se pusieron de acuerdo, pues los del ofensor pedían que fuera a un metro de distancia hasta agotar los tiros de las pistolas. Detalles de este duelo que no se efectuó los envió a todos los periódicos de México el periodista Healy, y *El Nacional* publicó hasta un dibujo en su primera página. Uno de los que lo hostilizaban con mayor saña, a quien llamaban "El Cabito Maldonado", dijo que andaban todos ellos "pipizquis" y que esperarían hasta las 6 de la mañana a la puer-

ta del panteón de Hermosillo. Pero a esa hora los retadores iban muy lejos rumbo a la ciudad de México, a bordo de un automóvil. Se alojó Vasconcelos en una casa de la calle metropolitana de Hamburgo, donde declaró que no era almazanista ni avilacamachista sino que seguía siendo vasconcelista; que todos los candidatos eran enriquecidos en la Revolución; que la juventud universitaria estaba toda generalizada; que la educación que se estaba impartiendo era pura m...; que Calles era un... y Cárdenas otro... nada más que refinado. Explicó que de la Universidad de Sonora lo expulsaron y por poco también del Estado, porque no había dejado robar. Lo del duelo había sido una patraña urdida por el Tesorero del Estado a quien no permitió que echara mano de los fondos colectados para aquella casa de estudios en formación. Se quejó de que en la ciudad de México la revista "Hoy" de los Llergo lo había obligado a que dejara de escribir, por lo que llamó a Regino Hernández "un periodista sin ética" y así lo publicó éste. Como se veía encadenado, pensaba poner una mesa de evangelista en el Portal de Santo Domingo. Encontraba la metrópoli horrorosa. Pasó por el Monumento de la Revolución y sintió una impresión de lo más desagradable. "Es una cosa más horrible de lo que creía, digna de lo que representa", exclamó. Convino en que Asúnsolo, el autor del monumento a Obregón, era un buen escultor. Halló los nuevos edificios de buen gusto y mejores cuando se venía "de una barbarie arquitectónica como la de los Estados Unidos". Interrogado si creía que México había cambiado ideológicamente, replicó: "¿Pero es que hay aquí ideología? No he visto más que soldados por todas partes." Cuando habló de establecerse en el Portal de Santo Domingo para hacer, con especialidad, cartas de amor para las criadas, inquirió: "A propósito:

¿Todavía existen los evangelistas? Yo creía que con la campaña contra el analfabetismo que inicié en Educación en 1922, ya ni ese oficio pudiera uno desempeñar."

No se estableció como evangelista, sino que instaló un despacho de abogado creyendo que con sus influencias en el avilacamachismo tendría éxito, pero como no se paraban allí ni las moscas, abrió la escuela. El caso era lograr lo que confesó a Valadés, al decir de éste: Que ya se había cansado de hacer el papel del tonto y que estaba decidido a hacer dinero; que como éste lo tenía el gobierno, se acercaría a los hombres que tenían el Poder; que en la conspiración contra el general Cárdenas, había contribuido Calles con 1,800 dólares, pero que él hubiera querido que fueran 50,000, los que Melchor Ortega salió a cambiar en un banco; que el plan era designar al general Joaquín Amaro Presidente provisional que convocara a elecciones, en las que él, Vasconcelos, resultaría electo. De nada de esto había hablado Vasconcelos para no perjudicar al general Calles.

La Confederación Nacional de Universitarios Profesionistas le hizo algunas preguntas y al contestarlas, opinó que no tenía excusas "ni menos justificación el cuartelazo y traición de Victoriano Huerta". Que los Estados Unidos se empeñaron en derrocar a Madero porque se había declarado contrario al monroísmo. "Un embajador yanqui —explicó— echó a Madero del Poder, y después, para lavarse las manos, una nueva administración yanqui derrocó a Huerta." Confesó que alguna vez contribuyó a que fuese amnistiado "huertista tan distinguido como el señor general Almazán", cuya posición se debía ya "a su colaboración estrecha en todas las imposiciones electorales de los últimos tiempos". Preguntó si un ministro de Ortiz Rubio podía "suscitar entusiasmo entre los vasconce-

listas que en esos mismos días eran asesinados, perseguidos, desterrados por la Administración en la que Almazán era ministro". "Al cargo de huertista —prosiguió— mancha que no se lava, tenemos, pues, que añadir el cargo de ortizrubista. ¿Se puede con estas lacras aspirar a redentor? ¿Y dónde está el criterio de una oposición desmemoriada, por no llamarla reblandecida de la médula, que repite hoy con Almazán el yerro, criminal casi, que ayer cometió al pretender convertir en héroe de la salvación nacional a Cedillo, que había colaborado en la destrucción de los opositonistas?"

Ante estos golpes mortales, otros estudiantes diz que almazanistas, reaccionaron con unas invectivas crueles contra Vasconcelos. Se decían directivos de un "Partido Central Juvenil", de las "Juventudes Revolucionarias de México", de un "Frente Universitario de México" y de un "Partido Revolucionario de Orientación Juvenil". Creían que las declaraciones últimas de Vasconcelos eran "reveladoras de la más lamentable decadencia senil, dirigidas a un grupo de sujetos descalificados por haber sido pistoleros y aviadores del nefando régimen de Chico Goerne en la Universidad". Reprochaban a Vasconcelos el prestarse a servir de instrumento a la imposición, a sabiendas de que con dinero de dicha procedencia sería ampliamente difundida su indigna actitud. "Fatigado —proseguían— de los alardes constantes de rebeldía de que tanto se ha ufano, viene ahora a México a doblar la cerviz en forma lastimosa, a convertirse nada menos que en abogado del avilacamachismo, con la esperanza de hacer méritos con los enemigos del movimiento democrático... Después de tantas prevaricaciones e incongruencias, Vasconcelos ha perdido toda autoridad moral ante la juventud y la opinión nacional, que le han visto deturpar con la misma

facilidad hombres e ideas de los que en una época ha sido fervoroso defensor." Y pasaban a basarse en una dedicatoria de un libro suyo a Almazán, y se interpelaba a Salvador Azuela, a Andrés Pedrero G., a Enrique González Rubio y a Ernesto Carpy Manzano para que dijeran si no era verdad que Vasconcelos había ofrecido a Almazán, si triunfaba, la secretaría de Guerra. "Asimismo —continuaban— nos dirigimos al señor licenciado José Castro Estrada para que exprese si sabe que el licenciado Vasconcelos tuvo una ignominiosa reconciliación con el general Calles, de quien después de haberlo abrazado cordialmente, recibió dos dádivas vergonzosas de mil quinientos y dos mil quinientos dólares respectivamente..."

Armando Chávez Camacho me hizo observar que Vasconcelos, en tal caso, también debía atacar a los Ávila Camacho por lo de la Ciudadela y lo de Topilejo.

En respuesta enviaron a los periódicos Salvador Azuela, Carpy Manzano y Castro Estrada sus respectivos testimonios de que Vasconcelos pensaba hacer a Almazán su ministro de la Guerra. Castro Estrada reveló que supo "por el licenciado Francisco Javier Gaxiola Jr., que dos personas de reconocida filiación callista, una de las cuales era el señor Melchor Ortega, censuraron al general Plutarco Elías Calles por haberse reconciliado con su más encarnizado enemigo, el licenciado José Vasconcelos. Además, criticaban a dicho señor por haber entregado al licenciado Vasconcelos la cantidad de cuatro mil dólares en dos partidas, una de mil quinientos y otra de dos mil quinientos, así como por haber hecho gestiones el propio general Calles, ante el Departamento de Estado del gobierno de los Estados Unidos, "en favor del licenciado Vasconcelos, cuando se decretó su reciente expulsión".

Entonces fue cuando unos amigos míos avilacamachistas me rogaron que yo hablara y me dispuse a dar a Vasconcelos una ayudadita pues su respuesta a lo anterior fue en extremo vaga. Mis palabras las publicaron esos amigos míos en los periódicos y las pegaron en las paredes de las calles con llamativos títulos que decían:

"Vasconcelos atacó a Almazán en 1929.—Azuela y sus amigos no son vasconcelistas ni lo fueron a la hora de la prueba." Temía yo que se diera torcida interpretación a mi actitud, creyéndose que deseaba un acercamiento que yo no buscaba. "En realidad —expresaba— no tengo nada qué ver en esta contienda, porque no estoy ni con Almazán, ni con Ávila Camacho, ni con Vasconcelos ni mucho menos con los aviadores y pistoleros de la Universidad. Pero creo de justicia hacer la aclaración de que en una conferencia sustentada por Vasconcelos en el Teatro Hidalgo, en plena campaña de 1929, el entonces candidato antirreeleccionista se desató en ataques al general Almazán porque éste tuvo la ocurrencia de sugerir que el licenciado Vasconcelos jugara como precandidato en la Convención del PNR, al lado de Aarón Sáenz, de Ortiz Rubio, etc., pues al cabo, decía Almazán, todos somos revolucionarios..." "Y es oportuno hacer constar —añadí— que estos señores que ahora atacan al licenciado Vasconcelos, nunca han sido vasconcelistas. ¿Cómo pueden ser vasconcelistas si el vasconcelismo repudia el militarismo? Además, hay documentos que ya se han publicado, donde se demuestra cómo en la hora de la prueba, uno de ellos tachó la cláusula de un pliego que debía firmar, por la que se comprometía a reconocer al licenciado Vasconcelos como jefe... Y declaro solemnemente que es verdad que Vasconcelos expresó que ese señor no reconocía a nadie en política como jefe, pero sí los reco-

nocía y acataba en los puestos públicos.”

Verdaderamente entusiasmados unos vasconcelistas de verdad comentaron que yo daba una lección a Vasconcelos, y el licenciado Antonio Armendáriz pensó que Vasconcelos se hallaría arrepentido de lo que me había hecho y que eso “sí había sido vil”.

Valadés me informó que Febro-nio Ortega había “picado” a Vasconcelos en Nogales para saber lo que pensaba de mí, y él replicó: “Tuvimos una riña vulgar, pero nunca he dejado de reconocer todo lo que vale y ha hecho por mí.”

Por su parte, el licenciado Raúl Pous Ortiz me comunicó que, según don Juan B. Ruiz, una vez en que trataron de recriminarme en Hermosillo, Vasconcelos exclamó: “Ni una palabra más. Ha sido mi amigo y tengo mucho qué agradecerle. Cuando los c... me volvieron la espalda, el único que sacó la cara por mí fue él enviándome al mismo tiempo los ocho o los diez dólares...” Eran más, hasta cien, pero algo era algo.

También Carlos Izunza, al ver que mis enemigos gratuitos trataban de sacarme a colación en Sonora, Vasconcelos les daba unos descolones soberanos. Y al querer él, Izunza, defenderme, Vasconcelos le advirtió estando solos: “Tú lo estimas y haces bien, pero no toquemos el punto.”

El licenciado Octavio Véjar Vázquez, a quien yo no conocía, escribió un artículo refiriéndose a mí como a “un amigo leal, injustamente herido”.

Gestionó el ingeniero Méndez Rivas ante Vasconcelos que nos reconciliáramos. Vasconcelos respondió que lo creía difícil pues yo me había hecho el desentendido cuando subí a un tranvía en el que viajaba con su pariente político. No fue así. Yo atendía a un niño a la vez que seguía con la vista a guapa chica que abordaba asimismo el ve-

hículo. Sí advertí que el licenciado Juan Correa Nieto avanzaba el rostro para ver si yo respondía a la sonrisa que insinuaba Vasconcelos que parece se incorporaba para saludarme. Atribuí la curiosidad de Correa Nieto a que sus hermanas que lo acompañaban me habían reconocido y dos de ellas habían sido mis condiscípulas en Villahermosa. Tampoco tuve tiempo de mirarlas porque me percaté al fin de la presencia de Vasconcelos que viendo mi indiferencia pretendía dormir. Me aproveché de ello para bajarme en la parada en la que debía hacerlo.

El 22 de febrero de 1940 apareció la tan anunciada revista “Timón” de Vasconcelos. Defraudó desde el primer número con una tira cómica debajo del editorial titulada “El placer de rascarse”; páginas de box, de cine y de la “fiesta brava”, amén de las modas del “bello sexo” y un cuento sin autor, “La Casa de los Espantos”, que continuaría en el número siguiente.

En tanto, los ataques a Vasconcelos por los almazanistas crecían en tono. Unas “Juventudes Revolucionarias de México” lo llamaban “el viejo ex maestro, ex político y ex filósofo” que declaraba cínicamente que Avila Camacho era el hombre, “es decir, su hombre”. “¡Cómo atrofia la inteligencia —decían— el peso del tiempo y cómo atrofia también la dignidad!” Insistían en que nos había abandonado en 1930, cuando “huyó cobardemente al extranjero, de donde hoy retorna vencido, cabizbajo, triste, sin energías y sin dignidad”. “Fatalmente tenemos que concluir —observaban— que Vasconcelos está en plena, en lamentable claudicación.” Persistían en que abrazó a Calles a cambio de cheques en dólares, para venir a vivir de “Timón” o superlativo de “Timo”, pagado por los alemanes, lo que lo convertía en “un comunazi a sueldo”. “Si Vasconcelos no es almazanista, según dice, porque

Almazán fue huertista, ¿podría —preguntaban— decirnos qué estaban haciendo en La Ciudadela, cuando el cuartelazo contra Madero, los hermanos Ávila Camacho?" "Pero en fin —concluían— Vasconcelos es hoy lo que él dijo un día de Bulnes y Moheño: un toro incompleto."

Pero Vasconcelos se elevó sobre esas miserias y formuló en "Timón" unas palabras proféticas, lo único edificante que se dijo en esa revista tonta. "Un desenlace —expresó— que otorgara la victoria a los aliados, sería la peor calamidad para los habitantes de este continente. SIMPLEMENTE NOS SUMIRÍA EN UN COLONIAJE ODIOSO Y ESCLAVIZANTE."

Y se dedicó Vasconcelos a exaltar el renacimiento de la gran patria latinoamericana. Dio una conferencia al inaugurarse el Año Académico del Instituto de Cultura Italiana en la que destacó el volumen, la calidad y el alcance de Italia en el descubrimiento y la formación espiritual del Nuevo Mundo. "El descubrimiento —enfaticó— tuvo resultados de prodigio porque lo consumaban hombres y representantes de las naciones más avanzadas del momento histórico: España, Portugal, Italia. Fue la ciencia italiana el arma que hizo posible el triunfo de los dos pueblos navegantes: España y Portugal... Por lo que hace a México, lo italiano influye en nuestra formación desde los comienzos... Este país fue creado, en lo que tenga de valioso para la cultura, por los monjes de la Orden Franciscana... Sin San Francisco, no hubiera sido posible la civilización, la integración de Hispanoamérica... La Orden Franciscana, reforzada oportunamente por dominicos y los jesuitas... tales fueron los factores que se combinaron para construir esto que fue la Nueva España y hoy es nuestra Patria Mexicana... Italianas son las fachadas policromadas de Guatemala. Influencia italiana notoria

se advierte en el prodigio dorado de los retablos que ennoblecen nuestros templos, de México a Lima, de Trujillo a Quito y Bogotá. A menudo los artistas que tallaron aquellas figuras eran italianos; pero también el genio español que predominó en sus construcciones, venía impregnado de las ciencias de Italia... El hecho de que llevemos en común el nombre de Américo Vespucio, no fue circunstancia fortuita, sino anticipación profética de lo que iba a significar para nosotros el contacto estrecho entre esa madre de culturas que es la península italiana, patria del genio en todas sus manifestaciones..."

No andaba descaminado, pues, un diplomático salvadoreño, don Samuel Valenzuela, radicado en México y que quiso que nos conociéramos, por mediación de Eduardo Colín. Para ello nos citamos en el bosque de Chapultepec, apenas llegado Vasconcelos a los Estados Unidos procedente de Argentina. Experimentado en conspiraciones, simulaba que nuestro encuentro había sido casual. Se detenía frente a un arbusto para disertar sobre su naturaleza vegetal, cuando sentía pasos detrás de nosotros. Su tesis era que Vasconcelos secundara la alianza que existía entre Francisco Franco y Mussolini, que a las claras pensaban atraerse a los países latinoamericanos para formar un bloque que contrarrestara los creados por los dos colosos, los anglosajones y los soviéticos. "Nos falta fuerza. Nos falta dinero" repuse. "Es lo que sobra" contestó él. Y me explicó que en los Estados Unidos imperaba un poderoso banquero apellidado Gianini, italiano, a quien bastaría una indicación de Mussolini, sugerida por Franco, para que nos proporcionara los elementos económicos necesarios para comenzar. Quedé en entrevistarme con el representante clandestino de Francisco Franco en México, un tal Pujadas o cosa así. Fui a verlo, le esbocé el

caso y quedó en tratar de mover sus conductos con la mayor prudencia. Cuando Vasconcelos regresó a México y andábamos peleados por culpa de las intriguillas de su pariente político, me encontré con don Samuel Valenzuela totalmente cambiado. Decía pestes contra Vasconcelos, no supe en resumen por qué. Parece que se habían encontrado y él lo había desdeñado. A lo mejor no lo reconoció. Comunicué a Valenzuela que en mi primera entrevista con Vasconcelos en San Antonio, Tex., le había planteado nuestros proyectos de acercamiento con Mussolini y Franco, pero que él, meditándolo, se apresuró a aconsejarme que no utilizáramos su nombre en todo aquello que, desde luego, no desautorizó. Tal vez creyó que lo comprometeríamos demasiado. “¡Si es un p...!”, exclamó don Samuel. Y al comentar el olvido de Vasconcelos de todos mis afanes que tanto me comprometían, concluyó: “Eso es muy femenino, la ingratitud.” Después supe que había muerto. Vasconcelos, en su afán de utilizar claves al tratarse de nombres propios, lo llamaba “el angloide” porque era don Samuel un admirador ferviente de Inglaterra.

El subsidio a su escuela de San Rafael obtenido al través de su amigo el secretario de Educación del general Ávila Camacho, fue lo único que Vasconcelos logró, porque el general Cárdenas, una vez que dejó el poder, seguía preponderando. “Todavía muere” me advirtió el director de un diario metropolitano. Ciertamente que sabía la hostilidad de Vasconcelos en sus últimos días de permanencia en el sur de los Estados Unidos y de nada le valió la desaparición de la revista “Timón”, para “no estorbar —aseguró su director— la labor del señor Presidente”. Por cierto que en “Timón” tuvo la amargura de que quien fungía como Jefe de Redacción lo ofendiera con acritud por

culpa de unos versos que no publicó de su pariente político “porque estaban muy malos”. “¿Cómo se atreve usted a faltar al respeto al maestro de América?”, observó el gerente, un cubano Calvo. “¡Qué maestro de América! ¡Maestro de...”, replicó el insolente periodista.

No tuvo éxito Vasconcelos al pedir al general Magaña, en la comida en la casa de Valadés, según éste, el favor, que Yocupicio le había prometido hacérselo pero que él prefería debérselo al general michoacano: Que le arreglara una audiencia con “el señor Presidente Cárdenas”. Don Juan B. Ruiz, otro de los comensales, no desmintió esta petición, pero la entrevista no se efectuó. De allí también que al escalar la Presidencia el licenciado Miguel Alemán, tampoco lograra nada por más que gestionó un puesto para su pariente político. “No le han dado nada —me informé— porque los nombramientos definitivos se harán dentro de un mes, en el principio del año. Bueno: esta es la esperanza de aquellos a quienes no se les da nada.” El dicho pariente político se gastó una buena suma para reproducir en una página entera en un diario un artículo ajeno laudatorio para el alemanismo, y Ernesto Carpy Manzano lo tradujo como un recordatorio para Alemán diciendo: “Acuérdate, Miguel, que te ayudé en tu campaña electoral y no me has dado ni un mendrugo.” Igual pasó cuando el gobierno de Ruiz Cortines, que habló claro: “¡Se va a enojar el Trompudo! ¡Imposible!”, exclamó apenadísimo cuando un amigo común fue a exponerle el deseo de Vasconcelos de que lo apoyara en una intentona para alcanzar la gubernatura de Sonora. El amigo común reitera que fue Vasconcelos quien quería ser gobernador, pero más bien creo que trataba de que su pariente político se lanzara como candidato.

Tampoco tuvo éxito bajo el gobierno de López Mateos. Éste lo aprovechó para su campaña, pero lo mantuvo alejado de él. Nos vimos en Coahuila, cuando a Vasconcelos y a mí nos invitó el gobernador Raúl Madero a una ceremonia que coincidió con el arribo del ya Presidente Electo López Mateos. “Maestro —expresó éste abrazándolo—: ¿Qué anda usted haciendo por aquí?” “Vine porque me invitaron” aclaró Vasconcelos. Y tomamos asiento junto a los generales J. Gonzalo Escobar, Emilio Madero, César López de Lara y otros en otra mesa en el banquete que se servía. Vino en eso el apuesto hijo del general Francisco Coss. A éste yo había ido a ver a un Sanatorio con el general Alfredo Breceda. “Maestro —pidió el hijo Panchito dirigiéndose a Vasconcelos—. ¿Por qué no me da usted una carta para nuestro candidato para que me llame a formar parte de su Estado Mayor?” “Sí, hijo, cómo no”, replicó Vasconcelos, que procedió a escribirla. Al cabo del tiempo pregunté a Vasconcelos si López Mateos había atendido su súplica. “¡Qué va! —contestó—. Como a los tres meses recibí una respuesta firmada por un licenciado Justo Sierra, diciéndome que no era tiempo aún de hablar de esas cosas.” Todavía no proclamaba López Mateos que su vasconcelismo había sido un error de juventud, cuando un yucatequillo arribista le puso un telegrama en el que incluyó mi firma invitándolo a participar de nuestras comidas periódicas con “el maestro”, íntimas y sin la menor publicidad, y ni siquiera se dignó responder. Yo, sabiendo la influencia del general Cárdenas, me atreví a abrigar la esperanza de que López Mateos me llamara, pues en su propaganda por el sureste así lo había insinuado diciendo que yo era un gran amigo suyo, y prometí a Vasconcelos que haría que lo designara aunque fuera consejero. Vasconcelos me pidió que mejor propusiera que

lo comisionara para construir un gran edificio para la Biblioteca Nacional. Mas se dio otro frentazo. “Fue el primero que me traicionó” exclamó Vasconcelos, recordando cuando López Mateos, al sobrevenir el fraude del 29, se fue a Toluca a servir a Carlos Riva Palacio.

En resumen, bajo el gobierno de Ávila Camacho, aparte de su escuela en San Rafael, se conformó Vasconcelos con un puesto modesto como fue la de sustituir al perturbado Aurelio Manrique como director de la Biblioteca Nacional. También hizo honor a la amistad, gestionando ante el presidente Ávila Camacho el regreso al país del general Calles. Procuraba estar en paz con todo el mundo. En una comida ofrecida a Véjar Vázquez en San Francisco del Rincón, pronunció un discurso en el que aseguró que ya había dejado su pesimismo “a la vista de un pueblo que se organiza para la salvación nacional y que disfruta de alegría y bienestar”. Afirmó que desde que entró al territorio nacional lo encontró en manos de una generación libre de los rencores que a ellos, los viejos revolucionarios, los dividieron. Elogió al gobernador de Guanajuato, Enrique Fernández Martínez, por su modestia, afabilidad y por seguir “los mismos procedimientos de trabajo y de amor que realiza el presidente de la República, Manuel Ávila Camacho”. También se refirió al “desvelo, la competencia, la bondad” con que llevaba adelante su obra un ministro como el licenciado Véjar Vázquez. Recordó que ya había habido un momento igual, cuando el maderismo, en que fuerzas oscuras dieron al traste con lo que se pretendía, y por eso —añadía— “es menester que hoy nos mantegamos firmes para seguir prestando un apoyo decidido a los que trabajan por la Patria, pues sólo de esa manera estaremos seguros de que la intención de Francisco I. Madero en esta vez no ha de fracasar”.

Pero no faltaban los rencorosos. En una librería de un español Purón, Enrique González Rubio contó que en Hermosillo, cuando fueron a saludarlo él, Azuela y otros jóvenes universitarios, les aconsejó Vasconcelos se sumaran al movimiento emancipador del espíritu en la oposición. Les hizo ver que el porvenir de México pertenecía a los jóvenes, no a los cadáveres, entre los que resignadamente se incluyó. Y ahora, deducía González Rubio, los condenaba y hablaba de que Marx si quiera se basó en la realidad. Además, Vasconcelos, bajo el avilacamachismo —terminaba— escribía artículos a su yerno para que a éste lo hicieran magistrado.

Parece que quien le impedía medrar más en el avilacamachismo era el licenciado Luis Cabrera, que la hacía de consejero de Ávila Camacho. El licenciado Federico González Garza fue llamado para integrar y redondear el grupo, con Fabela y otros. González Garza me informó que había hablado al licenciado Cabrera para que se incorporara también Vasconcelos, y don Luis se concretó a contestar que, en efecto, así se cerraría el círculo y no se pasó de allí. Vasconcelos, para congraciarse con él, lo elogió en una conferencia en Bellas Artes sobre el Artículo 3º, pero no para cerrar ningún círculo, sino para que hicieran a su yerno Ministro de la Corte. Con ese objeto pidió a González Garza que influyera “con Luis”.

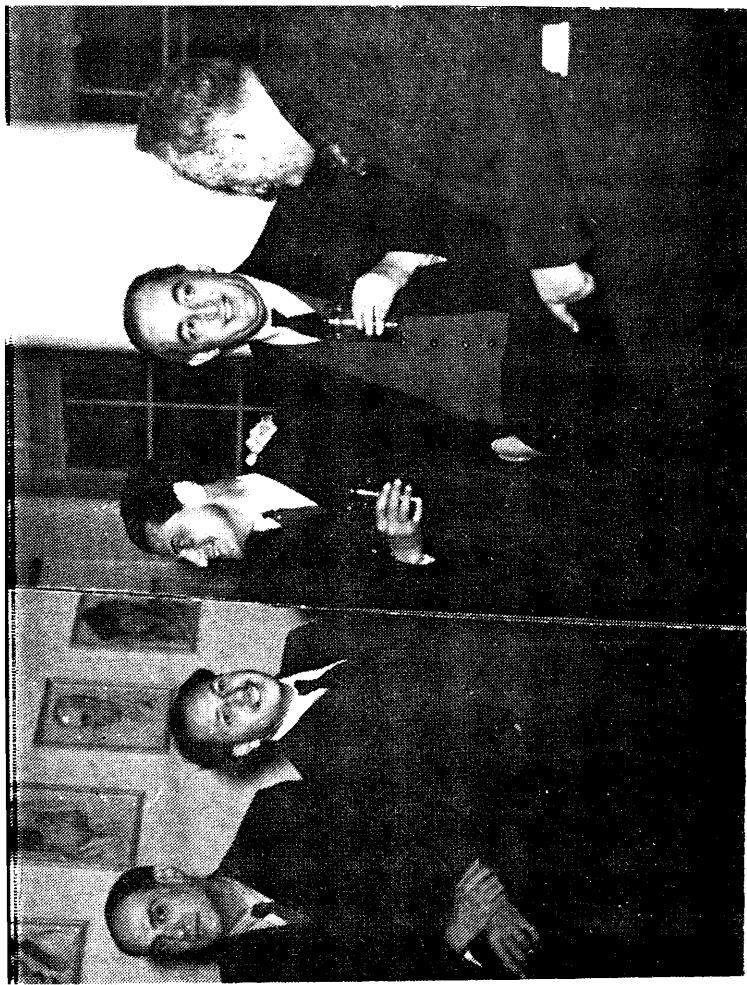
Lo que sí se logró, no por medio “de Luis” sino nada menos que por el vilipendiado por el vasconcelismo, general Abelardo L. Rodríguez, gobernador de Sonora, fue que a ese pariente lo hicieran diputado.

Seguía siendo Vasconcelos, sin embargo, antiyanqui. Eso nunca lo hizo a un lado. Un día lo encontré en la Biblioteca Nacional preocupado porque Mussolini había dejado desembarcar yanquis en un islote

del Mediterráneo para dar el salto a la península. Le dije que no se preocupara, que sólo se trataba de un islote habitado por cabras, a lo que él contestó: “Y las cabras encantadas porque desembarcaban c...” No obstante, su amigo o jefe Véjar Vázquez exaltaba a “los jóvenes mexicanos que se baten —confesaba— junto con los de la Unión Norteamericana en los campos de Asia y Africa por la libertad del mundo”. Agregaba que tenía esperanzas de que en lo porvenir “ninguna escuela de Texas cerrará sus puertas a los niños mexicanos”. Y cuando el doctor José Siurob pronunció un discurso por esos días aconsejando mantener el culto a Juárez “ante los obispos millonarios y los Lucas Alamanes”, unos comunistas lo rodearon y censuraron a Vasconcelos por las lágrimas que pedía a los niños de las escuelas para Maximiliano, y sugirieron una pira para la *Breve Historia de México* en que se arrojara a su autor. Pero Vasconcelos, hablando de derechistas e izquierdistas en una casa italiana de las calles de Luis Moya donde confeccionaban los mejores espaguetis de México, sentenció que todos esos gritones eran gentes que querían empleo y se acabó.

Por su parte, Lombardo Toledano o uno de sus discípulos, Ramírez y Ramírez, cuando Vasconcelos preguntaba angustiado en un artículo qué haríamos cuando Rusia se apoderara de China, de toda el Asia y de Europa, le contestan: “Ya el licenciado Vasconcelos está perdiendo la fe en la Divina Providencia.” Se lo conté a Vasconcelos y comenzó a reír de buena gana.

Vasconcelos fue a Oaxaca no se sabe con qué misión. Lo festejaron y hubo oradores que hablaron de cosas incendiarias. El gobernador le cedía el sitio de honor, “quizá —añadía Vasconcelos— por tratarse de un pobre viejo”. Ya del general Amaro, al saberlo católico, se había hecho muy amigo, andaban



En la inauguración de la Sala de "Novedades", Vasconcelos preguntó al autor si no tomaba, y Salvador Novo aclaró: "Toma apuntes", aludiendo a los que tomé en nuestro viaje a Nueva York, y que fueron aprovechados para provocar una tormenta.

juntos en un jeep que el propio Amaro manejaba y hasta éste le ofreció en nombre del gobierno regalárle unos terrenos en Puerto Angel. Yo recordé que en la campaña electoral en que se disputaban la presidencia Avila Camacho y Almazán, anduve por los Estados vitales de la República con el ingeniero Méndez Rivas, que buscaba unas minas de azogue por Durango, y no advertí ningún entusiasmo por ninguno de los candidatos. Apenas en Aguascalientes alcancé a ver un mitote, y creyendo que serían almazanistas, me acerqué, para cerciorarme de que se trataba de un c... hombre mosca que pretendía escalar la Catedral. A lo que Vasconcelos comentó: "Pues a lo mejor a mí me enviaron a mi Estado de hombre mosca." Andaban tan atrasados en Oaxaca, que los niños mixtecos pedían escuelas a Vasconcelos, creyéndolo todavía secretario de Educación. El ingeniero Méndez Rivas externó que al que ya no se podía leer era a don Vito, y Vasconcelos exclamó: "¡Pues qué pudo usted leerlo antes!"

Junto con el general Amaro, hizo guardia Vasconcelos ante el féretro del general Calles. Pero lo que a mí me causó más risa fue al inaugurarse el nuevo edificio de un diario en el que colaborábamos. Vasconcelos se nos acercó a Salvador Novo y a mí, que platicábamos, riendo yo de los chistes geniales de éste. "¿Qué usted no toma?", me interrogó Vasconcelos. "Toma apuntes" le recordó Novo.

A la que más culpaba del envilecimiento de México era a la juventud. Un día explicó que desde Sonora había escrito a Calles que ya se habría convencido de que nada podía hacerse. Y no volvió a hablar más de Calles hasta que bajo el avilacamachismo supo que ya quería unirse al general Almazán. Y a instancias de unos amigos, tornó a escribirle que se dejara de conspiraciones y volviera a México.

Yo advertí que la integración de un gabinete civilista era obra de nuestras prédicas de 1929, y Vasconcelos, con suavidad, lo negó porque a ninguno de los ministros o subsecretarios se les había oído ningún acto de protesta contra los regímenes a los que habían servido. Y recordó a Gabriela Mistral cuando manifestó que cómo iba a haber oposición en un país de empleados públicos. Con razón el doctor Manuel Mestre Ghigliazza me decía que al contemplar lo que había venido después del maderismo, experimentaba lo que un padre que veía que sus hijas le salían mujeres malas.

De todas suertes, Vasconcelos sufrió que en su casa se reunieran en una comida cosa de cincuenta alemanistas en un ágape con el pretexto de agasajar al gobernador de Nuevo México, John J. Dempsey. En otra comida nuestra a la que asistió un caballista, licenciado Cuéllar, se retiró, en cambio, Carlos Pellicer porque vio entre los comensales al ingeniero Méndez Rivas, que sabía no le perdonaba lo del capitel de la secretaría de Educación al que había calificado de horrendo. Explicó que había supuesto que era una comida íntima con Vasconcelos y no un banquete, y me echó la culpa de que lo hubiese invitado. Lo hice porque me hablaba de que ese día no sabía dónde ir a comer. Méndez Rivas, con la mayor nobleza, lo instó a quedarse, pero lo rehusó. Esa vez un abogado contó que yendo a Cali, Colombia, sugirió a Vasconcelos comprarla para su nieta una esmeralda montada en oro. El vendedor, al saber de quién se trataba, fue a ver a uno a quien acababa de vender la que tenía y llegó al hotel a obsequiarlo "al Maestro de la Juventud de América".

A principios del año de 1946 acudí invitado a la casa de Vasconcelos en Tlacopac, donde tenía lo que llamaba su huerta y que era sólo un terreno árido en rumbo

inaccesible y hórrido, con solares vecinos que se hacían la ilusión de ser casas de retiro. La de Vasconcelos tenía unos árboles feos. Ya antes Vasconcelos se había quejado ante mí de la tierra de su huerta, que pensaba estaba maldita. Habló de que los frutos de unos ciruelos que tenía sembrados eran tan diminutos "como los de Diego Rivera" en su casa de San Ángel Inn. Recordó que alguien hizo el elogio de esa huerta suya diciendo que tenía tres centímetros de tierra y lo demás era pura piedra. Sin embargo, dormía en ella sin remordimientos después de haber mandado sacrificar unos perros vecinos que lo desvelaban. Por cierto que escribió que dudaba de la bondad de quienes quieren a los animales, y como yo protesté, explicó riendo que se había acordado de mí, pues sabía cómo los amaba yo. Observé que debía dudar de quienes los matan para poder conciliar el sueño y replicó que de su bondad no dudaba sino que estaba convencido de que no la tenía. Entre los invitados de Vasconcelos estaba el carrancista don Fernando Cuén y un norteamericano Romagnoli, estudioso de la obra filosófica vasconceliana y aficionado a los licores. Lo peor fue que a éste se le ocurrió que mientras devorábamos la barbacoa, debíamos hablar "para externarnos" ante su real autoridad. Al tocarme a mí adelanté lo que escribiría de esa comida. Creo que sólo a mí aplaudieron, pero Vasconcelos se mostró incrédulo, pues creyó que anotaría algo más que les ocultaba. También explicó que somos un pueblo pobre que no podemos llamar a nadie a nuestras casas porque ponemos en un predicamento a las señoras, dado que no tienen criadas ni nada que dar a los visitantes. Habló también de que fue a San Luis Potosí invitado por Gonzalo N. Santos, con quien ya andaba al partir un piñón después de asegurarle que él nada ha-

bía tenido que ver con la muerte de Germán de Campo. Como en ese Estado tenía Vasconcelos desde años atrás un terreno que le habían enrostrado los ortizrubistas en el 29, Gonzalo Santos le aconsejó que para poderlo vender, se llevara a uno de la ciudad de México, porque uno de San Luis "no se lo compraría jamás" pues ellos sí eran agricultores.

Nos anunció Vasconcelos que dejaría la Biblioteca Nacional para encargarse de la de La Ciudadela, más modesta en importancia, pero con mejor sueldo. Romagnoli fue en mi busca a un corral de la casa donde estaba la nieta de unos cinco o seis años, muy contenta conmigo. Me propuso Romagnoli ir a los Estados Unidos, donde podría logramme una beca para perfeccionar mis estudios históricos. Pero no le hice el menor caso. Aunque hacía poco habíamos subido entre varios al coche a Vasconcelos, víctima de un reumatismo, aclaró que ya se había librado de ese mal tomando mucha agua, y que él confiaba más en la virgen de Guadalupe que en la medicina, porque ella había curado más gente que todos los médicos.

Hablamos de la lucha electoral por la Presidencia que se acababa de desatar. Referí que en las calles de Bucareli, cerca del Reloj, me detuve a escuchar a un borrachito que recostado en un poste de la luz lanzaba vivas a Alemán, y que como contestando a quienes lo estuvieran oyendo, explicaba: "Pues porque no hay otro." Vasconcelos comentó que un funcionario es lo menos malo cuando ha pasado por la escuela, y si le gustaban los negocios, había que perdonarlos.

Cuando triunfó Alemán, fue a verlo al Palacio Nacional para la compra de unos libros para la biblioteca.

Se habló de que Vasconcelos acudió a un banquete en homenaje a Rafael H. Valle, donde aclaró sus

relaciones últimas con el general Calles. Quería —informó Vasconcelos— vengarse desde el destierro, del cardenismo. Después, cuando Ávila Camacho prometió no molestar a don Plutarco si volvía a México, Vasconcelos le escribió y regresó. “Nos vimos varias veces —agregó— y nunca oculté ni negué la amistad que con él tuve. Lo combatí cuando fue dictador, y fui su amigo cuando estaba caído. Asistí a su entierro e hice guardia ante su cadáver.”

Otro de los temas que abordó Vasconcelos en el banquete a Valle fue el de que Diego Rivera, a quien él enseñó a pintar temas indígenas, era un mal pintor y nada tenía de artista. Creía más en José Clemente Orozco porque era más independiente, menos adúlador y tenía más esencia creadora. Afirmó que Diego era cobarde y repitió que Salcedo le quitó una pistola diciéndole que eso era para hombres. También reveló que a sugestión de Pani, un italiano perverso indicó a Obregón la conveniencia de reelegirse para evitar que Calles llegara a Presidente. Pero que Obregón esa vez replicó que la prolongación de su gobierno lo desprestigiara. Insistió en que Diego Rivera jamás conoció al presidente Obregón, cuyas órdenes Vasconcelos nunca dejó de cumplir.

Heliodoro Valle andaba entrevistando a todo el mundo por la declaración de Papini de que en América no teníamos hombres superiores. Vasconcelos le respondió que estaba de acuerdo en que no hemos dado nada en el mundo, si bien en América somos el país del futuro. Negó lo que opinaba José Enrique Rodó de que la América Latina es Ariel y los Estados Unidos Calibán, cuando que en Norteamérica, dijo, ha habido genios universales, tan sólo en literatura. En cambio, Carlos Pellicer consideró la afirmación de Papini un disparate, porque desde cuándo la América Latina tuvo a un genio como Bolívar y luego a

Rubén Darío. Una vez, en Guatemala, muerto ya Vasconcelos, unos muchachos pidieron a Carlos Pellicer su opinión sobre el Maestro de la Juventud. “Era un hombre extraordinario” —comenzó y siguió con ditirambos desorbitados, para finalizar afeando su claudicación en el ocaso de su vida al acercarse a los generalísimos Francisco Franco y Rafael Trujillo. Yo rectifiqué que Vasconcelos no fue a pedirles dinero; que fue porque lo invitaron y aceptó porque combatían al comunismo. Y Vasconcelos, entre Roma y Moscú, siempre prefirió a Roma. “Bueno, Alfonso. Está bien. Usted siempre sale ganando”, replicó Carlitos desabridamente. En cambio, Pepe, el hijo de Vasconcelos, comentó hace poco: “Yo lo felicito por esa apreciación.”

Anunció que antes de envejecer quería volver a España en un viaje intelectual. Se le hizo por medio de una invitación del gobierno del dictador Francisco Franco. Toda la prensa de Madrid habló de su arribo, y un diario publicó en primera plana su retrato dándole sin vacilar el mariscalato entre los pensadores del continente hispanoamericano. Le atribuyeron la existencia en México “de una juventud de la que puede esperarse una clase dirigente de primer orden” y recordó un periódico que Vasconcelos “agitó el espíritu del nuevo México que nacía entre turbulencias alucinantes, al cabo de más de un siglo de revoluciones sin norma”. Pronosticó la prensa madrileña que un día estarán vigentes en México un sistema mental y un sistema moral de política que gracias a él han sido planeados. Me propuso hacer con él ese viaje. Aduje razones monetarias y me advirtió que muchas cosas no me costarían nada. Pero no me decidí.

Félix F. Palavicini se apresuró a comentar que, aunque admiraba el valor de Vasconcelos para decir cosas tremendas, había caído en el

catolicismo y en el franquismo. El haber ido a España invitado por Franco —añadía Palavicini— era cosa que no podía perdonársele. Convenía con Vasconcelos en que don Justo Sierra era un mal escritor, pero asentaba que el mejor ministro de Educación que habíamos tenido era nada menos que Jaime Torres Bodet, quien desempeñaba en esos días ese alto cargo y de quien sin duda esperaba algo. Palavicini se había entusiasmado con lo que decía Vasconcelos de don Justo, porque no olvidaba que lo había cesado durante el porfirismo vergonzosamente.

Otro viaje que hizo Vasconcelos fue a la Argentina de Perón donde se celebraría un Congreso filosófico. Como Leopoldo Zea hizo declaraciones en el sentido de que no acudiría porque allá se perseguía a los estudiantes, se amenazaba y se clausuraba a las Universidades, etc., Vasconcelos aceptó públicamente ir, porque “el señor Samuel Ramos, ex oficial mayor de la secretaría de Educación callista que destruyó la Universidad y persiguió la libertad de expresión, no es el más indicado para dar ejemplos” y que a Leopoldo Zea no se le conocía “actitudes de rebeldía contra nuestras tiranías locales”.

En un viaje más en pequeña escala, a Durango, el tenor José Pulido entabló larga plática con Vasconcelos. Según Pulido, en todo el camino fue un hablar de mí. “¡Cómo te quiere Vasconcelos!” exclamó Pulido. Dice que en eso que estás escribiendo de su campaña presidencial hay revelaciones que él ya ni las recuerda y mucho menos los discursos que transcribes”. Fue a la milésima persona a la que dijo lo mismo.

Otro viaje más que tenía que hacer a los Estados Unidos impidió que Vasconcelos fuera con Jesús Guisa y Acevedo y conmigo a Tlaxasco, invitados ellos por mi conducto por el gobernador Santamaría. Agradeció de todos modos la genti-

leza aplazando su aceptación para cuando yo fuera de nuevo, según dijo más tarde a Santamaría, pues que estaba yo yendo a cada rato. Tenía interés de visitar a Palenque. También a mí me hizo saber que eran ya muchos los que le hablaban de lo que yo escribía de la campaña del 29.

Pero el peor viaje que hizo Vasconcelos fue a bordo de un tranvía, camino de su casa en Tlacopac. El vehículo lo arrastró buen trecho y después andaba con un brazo enyesado. Todavía no nos reconciliábamos, cuando el ingeniero Méndez Rivas me enumeró una serie de errores que venía cometiendo, sobre todo en lo que a mí concernía, con lo que hizo un escándalo “peor que el que armó en 1929”, quedando mal con todos, al extremo de que sus amigos se le acercaban con miedo. “Yo lo conozco y sé cómo se las gasta. Cuando Herrerías, en San Antonio, Tex., tardaba en reunírseles y él creyó que trataba de esquivarlos, recuerde usted que le dijo que lo esperarían media hora y si no volvía, usted se fuera a su hotel y él se iría a comer con el Dr. González Cigarroa. Y no fue para invitarlo si se quedaba usted solo en una ciudad desconocida y sin dominar el idioma. En su viaje a Nueva York con él, le hizo una cuenta minuciosa del dinero que debía usted llevar, yéndole a la mano cuando le veía comprar regalos, asustado de que se le agotaran a usted los dólares, para que no le fuera usted a pedir un peso. Está muy metalizado. Es lo que ha aprendido de los gringos.” Pero para Andrés Pedrero Gutiérrez, según detalles que me dio el propio ingeniero Méndez Rivas, de la metalización de Vasconcelos tenía la culpa la ambición de enriquecerse de su yerno. Y me recordó el ingeniero que lo anterior se compaginaba con lo que me informó el charlatán, hijo del licenciado Agustín Aragón, de haber visto a Vasconcelos en el despacho de su primo el licenciado Teófilo Olea

y Leyva hablando únicamente de pesos y centavos.

La verdad es que no sólo Pedrero sino muchos culpaban al yerno de casi todos sus errores, entre otros el haber entregado sonriente una medalla al presidente Alemán en un homenaje de los intelectuales por su estímulo a la cultura y en reconocimiento a su obra. También el haber cambiado, según confesión propia, sus simpatías por el licenciado Casas Alemán, pasándose a las filas ruizcortinistas. A Casas Alemán lo apoyaba el clero y esto fue una de las causas de que el general Cárdenas se opusiera a que fuera el sustituto de Alemán. "Yo, como buen mocho —explicó ante nosotros Vasconcelos— era casista, pero ahora ya soy cortinista." El día en que se condecoró a Alemán, quedó, por mediación de Ángel Carvajal, prominente vasconcelista y brazo derecho de Ruiz Cortines, al lado de Ruiz Cortines y le deseó se le hiciera su candidatura. A lo que don Adolfo contestó: "Eso depende de Alá." No sabía que la antipatía del general Cárdenas lo perseguiría hasta el final.

En una visita que hicieron al candidato Ruiz Cortines los precursores de la Revolución, uno de éstos leyó un telegrama de Vasconcelos a uno de los dirigentes del ruizcortinismo, Rubén Morales, en que expresaba su satisfacción por qué se encomendaban los ideales maderistas a un hombre probó a carta cabal. Y aprovechó su colaboración semanal en un diario para exaltar a Ruiz Cortines con motivo de un discurso de éste al que calificó de grande y que sabría Dios quién se lo habría hecho.

Para colmo, José C. Valadés, a raíz de que Vasconcelos fue aceptado como miembro de la Academia de la lengua, escribió en la revista *Hoy* que el ilustre nuevo académico escribía bien el castellano cuando yo le corregía sus libros. La verdad es que esto no me hizo mucha gracia.

Me leyeron un artículo de Vasconcelos que se publicaría al día siguiente titulado "La primera llamada" y que se refería a que por su hipertensión arterial lo ponían en manos de un cardiólogo que lo obligó a reposar todo un mes. Su reumatismo se recrudeció y acudí a su casa a informarme de su salud, alarmado. Me confesó que una noche fueron tan agudos sus dolores que estuvo a punto de dispararse un tiro de desesperación. Esto me lo negó más tarde, ante otros. "Yo no soy de esos", exclamó. Pero un homeópata lo había ya casi curado. Me recibió con mucho afecto.

Pasado el mes de reposo comimos antes de partir él a Lima. Estuvo a su lado en la mesa el licenciado Véjar Vázquez que habló de la aviación por estar dando una clase de Derecho en la materia. Yo relaté de un avioncito "Stimpson" llamado "El Moctezuma" en el que volé de Villahermosa a Palenque. Era para tres pasajeros. Fue el caso que en un Congreso de Rectores de las Universidades del país convocado en Tabasco, un grupo de ellos, entre otros Carlos Lazo y Carlos Pellicer, invitados como yo, logró el alquiler de un aparato para veinte pasajeros que los llevaría a Palenque al día siguiente. Lazo y Pellicer me reservaron un lugar, alborotándose. Pero por la noche, Samuel Vasconcelos, que estaba en Villahermosa en un asunto judicial agrario, se me acercó a suplicarme le cediera mi boleto. Me hizo ver que estaba de paso, por pura causalidad, mientras que yo podría ir a Palenque en otra ocasión. Le propuse que, aunque yo no era partidario de las apuestas, echáramos un volado. "Pero si muchas veces la suerte es muy cruel" adujo. Esto hizo sonreír a Vasconcelos casi calladamente al relatarlo en esa comida. Total, que le cedí mi asiento y dí en caminar decepcionado por las calles de Villahermosa, donde me vio un compañero mío de escuela que me invitó

a subir a su coche. Le expliqué la causa de mi descorazonamiento y sin decir palabra, tomó el rumbo de la carretera que conducía al cercano pueblo de Atasta. Creí que buscaba aire fresco. Yo le acababa de publicar en un diario metropolitano, con fotografías y todo, la celebración de sus bodas de plata. De pronto torció a la izquierda para detenerse en un campo de aviación de su propiedad, de donde aviones pequeños hacían el tránsito a Campeche, Tuxtla Gutiérrez, Coatzacoalcos, etc. Escogió el "Stimpson" y ordenó que al día siguientes me condujeran a mí y a otros dos amigos que yo seleccionara, a Palenque, adonde volvería por la tarde para recogerlos. Y cuando el gobernador Santamaría agasajaba a los rectores congresistas con un desayuno con tamales tabasqueños, llegó el aviador a decirme que ya estaba listo. Invité a Arturo Arnáiz y Freg, que departía en medio de dos beldades, y creyendo que yo lo hacía para quitarle su lugar, rehusó sabiendo que ya el avión con los otros veinte viajeros había partido una hora antes. Se aprovecharon Efrén del Pozo y un oculista Arroyo y llegamos al campo de aviación del pueblo de Santo Domingo de Palenque, cuyo presidente municipal se nos acercó para decirnos que el gobernador Grajales, de Chiapas, le había telefonado para que se pusiera a nuestras órdenes. Le comuniqué que el grueso de la expedición ya estaba en las ruinas, y en su camioneta, por una bellísima carretera construida por el general Cárdenas, estuvimos una hora después, con los demás excursionistas, todos bañados en sudor. Lazo se había despojado de su camiseta, al aire sus blancas y anchas espaldas. Pellicer explicaba el origen de la cruz, y al oír que tenía a sus órdenes al presidente municipal, exclamó con su poderosa voz: "¡Quisiéramos champán helado!"

Esto hizo reír sobre todo a Véjar Vázquez. Lo que no conté porque

lo supe ya en la metrópoli, fue que el licenciado Santamaría, en la clausura del Congreso de Universidades, pronunció uno de los discursos más bellos que se habían escuchado en Tabasco. Doña Adela Formoso de Obregón Santacilia le impuso una medalla por su labor en favor de las ponencias presentadas, y la asamblea, de pie, lo ovacionó por varios minutos.

Lo increíble es que Vasconcelos, en la jira de Ruiz Cortines por Oaxaca, habló en Ixtepec de que "uno de los puntos más impresionantes en el programa de la campaña", era, "sin duda alguna, el relativo a la unidad nacional" ruizcortinista, que respondía "a los anhelos de los mexicanos". "Sinceramente —terminó— esta manifestación de júbilo popular ha sobrepasado a lo que esperaba." Y en cambio, en mi casa, donde cenamos Pellicer y yo, después de referirse Carlitos "al pobre Roberto Tezozomoc Montenegro" al que no le agradaba Tepoztlán por su falta de sol, llamó a Ruiz Cortines "el Caballero del Santo Sepulcro". Para Vasconcelos, Pellicer era un farolón insoportable. Todo porque supo que andaba firmando manifiestos comunistas.

Pero el mismo Vasconcelos comprendía que hacía mal. Cuando fue a recibir a Ruiz Cortines hasta Juichitán, Oax., expresó: "Voy a la lambisconería" y como con remordimiento, comenzó por gestionar el ingreso de Pellicer en el Colegio de México y luego lo propuso como académico de la Lengua. En otro artículo suyo, Vasconcelos declaró que optaba por Ruiz Cortines al analizar a los candidatos desechando al general Henríquez Guzmán por negociante, al candidato del PAN por amigo de banqueros y del Arzobispo y a Lombardo por no tener eco. En cambio, don Luis Cabrera, para darle una lección, escribió luego que en la propaganda electoral, Henríquez era el más agresivo y Lombardo el que había sabido impresionar

a las masas, "casi como Madero", pero que no nos hiciéramos ilusiones porque los Estados Unidos no lo dejarían llegar a la Presidencia, por lo que creía que Ruiz Cortines sería el que triunfaría. Aquí sí que el licenciado Cabrera dejó a su rival Vasconcelos a una distancia estratosférica.

Triunfó Ruiz Cortines y mientras un vasconcelista se había hecho ilusiones de que lo incluiría en su gabinete, el yerno de Vasconcelos aceptó, porque peor era nada, la presidencia de la Confederación Deportiva Mexicana,

Precisa insistir en que todos estos frentazos y errores de Vasconcelos lo atribuían todos a ese su pariente político. Desde que éste iba a ser traído de los Estados Unidos por gestiones suyas y de sus amigos, Vasconcelos me escribió angustiado que yo procurara evitarlo porque ese traslado sería el principio de su claudicación. Así me lo escribió. "Eso será el principio de mi claudicación", estampó con su firma en una carta que me dirigió. Lo preveía. No hay que culparlo, pues, sino al que, al decir de un vasconcelista, Vicente Magdaleno. "lo ahumó".

Mucho mejor le fue a otro destacado vasconcelista, licenciado Antonio Armendáriz, que sin hacer papelitos resultó Subsecretario de Impuestos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Y en el primer mes del año primero de su mandato, Ruiz Cortines lo designó para que lo representara en la lectura del informe del gobernador de Yucatán. Siempre lo han envidiado Salvador Azuela, Pedrero y el yerno de Vasconcelos, y entonces esa envidia se magnificó.

Viendo que en el ruizcortinismo no medraría, optó Vasconcelos por ir a la Argentina a dar unas conferencias. Partió el 18 de marzo y volvió a principios de mayo haciéndose lenguas de Perón que, dijo, contaba con la adhesión del pueblo

argentino, al mejorar la situación de los obreros, de la clase media y de los campesinos. Vio tiranía y pobreza en otros países, excepto en Venezuela, en Colombia y en Cuba, donde había abundancia. En el Brasil observó que a su llegada, cambió dólares a muy buen tipo y al salir ya habían bajado considerablemente. Recordó que por culpa de los hacendistas de Calles, que retiraron el oro, el dólar valía el 3 por uno y más tarde los disparates de Cárdenas lo hicieron subir a 4.85, hasta que, por culpa del saqueo, llegó a 9 por 1. De otros lugares del sur se decepcionó, seguramente, comentó alguien porque no trajo de cada uno, cinco mil pesos.

Más que por este afán de hacer dólares y no por su repudio a los médicos y a las medicinas, fue por lo que abandonó su lecho de enfermo. Me explicó que la verdad fue que el doctor Chávez menudeaba sus visitas por cada una de las cuales cobraba 150 pesos, hasta que un día llegó la enfermera con un aparato quizá para tomarle la presión o auscultarle el corazón. La interrogó cuánto le debía y le respondió que como esta vez había traído el aparato, decía el doctor que eran 200 pesos. "Aquí están —dijo Vasconcelos—, porque, dirigiéndose a mí, yo pago todo. "Y dígame al doctor —añadió— que ya no se moleste en venir, que ya sané."

Porque, como me explicó, él esperaba morir, en lo físico, como un perro o un caballo, sin permitir que lo operaran ni le hicieran transfusiones. Hasta complació a Alfredo Kahuage que se empeñó en llevarlo a un banquete en el que estuvo "La Bandida" con una jovencita. "La Bandida lo llamaba "colega" por lo del villismo, y no vio en ella ninguna lumbreira. Luego se fueron a la casa de ella, con la chamaca, pero le asqueó que no hablaran ellas más que del alemanismo y de Carlos I. Serrano, y se retiró. Es extraño, porque al decir de Pellicer, era mor-

boso y en Nápoles, después de tratar de ver al burro y “la señorita”, lo que no lograron porque unas veces estaba el burro, pero no la señorita, y al revés, se fueron a otra parte y él, al día siguiente, añoraba “su voz”, “su voz”.

De allí a poco estaba Vasconcelos, después de lo de “La Bandida”, en España donde lo recibieron con orgullo. El subsecretario de Educación español lo condecoró con la Gran Cruz de Alfonso el Sabio por “los méritos extraordinarios contraídos... en defensa de España y de la comunidad de los pueblos hispánicos”. A su retorno me habló de que España progresaba que era una barbaridad; que ya se habían inaugurado siete hoteles mejores que los de Francia, y no con dólares. (que empleaban los yanquis en bases aéreas) sino con el trabajo español. Seguramente ganó allá bastante pues todos se preguntaban qué le pasaba que estaba renunciando a todas sus chambas, hasta las del Colegio Nacional.

Iniciamos una serie de comidas periódicas en restaurantes humildes que él elegía. Le encantaban allí los cuentos colorados. Una vez nos habló de que a la reina de España se le había escapado un término vulgar muy común entre los gachupines. Y yo insinué que era mejor un cuento de sus tiempos.

“¡A ver!” —pidió, pero se distrajo cambiando unas frases con otros y luego insistió:

“Oigamos el cuento de Alfonso.”

“Estaba el general Rascón...” comencé.

“¿El general qué?”

“El general Rascón, Eugenio Rascón, el que fue candidato a la vicepresidencia de la República cuando Huerta, con don Federico Gamboa para presidente, sostenidos por el Partido Católico.”

“¡Ah, sí!”

“Estaba parado en la puerta de la iglesia oyendo misa. En eso entró corriendo una viejita a la que se le

había hecho tarde y le dio un pisotón. ‘Vieja, hija de la chingada’ se dolió el. ‘Ah, qué boca de cabrón’ respondió ella.”

Nunca lo ví reír tan largamente como ese día, celebrando con los demás el cuento. Al calmarse, relató él otro, el de la Nena.

“Un viajante llegó a una posada. ‘Pues aquí no hay donde pueda usted dormir esta noche más que dos lugares: O con la nena o en ese banquito. Pensó él que era preferible, a llenarse de pulgas, el banquito. Pasó una noche de perros, y a la mañana siguiente, al ver a una muchachona guapetona que servía el desayuno, le preguntó: ‘¿Usted cómo se llama?’ A lo que ella replicó: ‘A mí me dicen la Nena. ¿Y a usted?’ ‘A mí me dicen el soberano pendejo’ concluyó él.” Otra ocasión nos anunció otro relato de color subido.

“Me lo contó Manuel Gómez Morín, muy bueno, como todos los de los beatos.”

Se trataba de un ranchero, una empleada de una farmacia y unas chivas, bastante crudo para repetirse.

De cada viaje que hacía venía contando maravillas. Yo trataba de bajarle los humos, como una ocasión en que, estando presente su yerno, quería presumirnos de que allá, en Panamá, tenía una amiga, “pero no en la Zona del Canal...” “No —interrumpí—, en la zona de Tolerancia.” “Eso es no saber —rectificó amoscado—. La zona de tolerancia en Panamá está precisamente en la Zona del Canal.” Y mientras reían todos, el yerno expresó que era admirable cómo conocía yo a su suegro. Hablamos de Guatemala y de que parecía que Alemán volvería, pues a Cárdenas lo habían dejado que se clavara trayendo al derrocado presidente Arbenz y los Estados Unidos ya no permitirían que don Lázaro tornara a la cosa pública. Refiriéndose a Cárdenas recordó Vasconcelos que cuando Obre-

gón luchaba en el frente de Ocotlán contra los delahuertistas, lo envió para que distrajera a éstos por Michoacán, pero que no presentara combate porque lo derrotarían. Dicho y hecho: presentó combate y lo aprisionaron, por haber caído herido, y entonces Obregón exclamó: "Dios nos libre de un p... con iniciativa." "Por Dios que así me lo dijo", agregó. Hablé de lo que contaban del motivo por el que habían puesto Cuauhtemoc al hijo de Cárdenas, para que cuando fuera grande le quemaran los pies y revelara dónde estaban los tesoros de su padre, y Vasconcelos ilustró que a él se lo habían contado de otra manera: Que a la escuela de Morelia donde educaban a los españoles, envió Cárdenas a su hijo para dar el ejemplo de convivencia y que un día oyeron gritos dentro. Y al ir a averiguar se vio que era Cuauhtémoc Cárdenas al que estaban nuestros huéspedes "huerfanitos" quemándole los pies para que revelase dónde estaban los tesoros de Dámaso.

"Son tan brutos —me hizo ver Vasconcelos— que no ha faltado quien diga que la actitud de Luis Padilla Nervo en Caracas es de un austero decoro."

Con Vasconcelos no se podía cambiar unas palabras sin que resultara alguien maltratado. Aludimos a la Feria del Libro y de que el más caro que se exhibía en ella era "La Ilustre Familia" de Salomón de la Selva del que el autor pedía dos mil pesos ejemplar y tres mil con autógrafo. Vasconcelos comentó que él creía que se trataba de la ilustre familia De la Selva, que se las traía. Don Artemio de Valle Arizpe se aventuró a dar cincuenta centavos por que se le dejara hojearla. Y de allí saltamos al licenciado Rodolfo Brito Foucher, de quien Vasconcelos afirmó que era muy bruto y que cuando era rector se ponía a hablar con una lentitud exasperante. Igual le pasó al licenciado Francisco J. Santamaría un día que en una cátedra del Instituto Juárez, de Villahermo-

sa, desesperó de la calma de aquel alumno suyo y le ordenó se sentara. "Y eso que me traía a remolque" comentó Brito. Según Vasconcelos, repetía cuanto decía y lo comparaba a un reloj al que había que darle cuerda. La única virtud que le concedía era la de ser hombre bueno, que recogía por las noches a los niños desamparados. Santamaría, al contrario, había descubierto que sabía ocultar su perversidad. Un ex banquero que comía con nosotros, Miguel de la Cruz Escamilla, relató que sabía de una señora a la que había perjudicado. El yerno de Vasconcelos y otros alegaron su valor demostrado cuando la punitiva que dio al traste con Garrido, si bien iban apoyados por Mújica, Cedillo, Luis I. Rodríguez y Portes Gil que en la revista *Hoy* escribió: "Acuérdese el licenciado Brito cuando iba a hacerme antesalas en busca de garantías." El propio Vasconcelos objetó que si no hubieran tenido garantías hubieran acabado con todos los expedicionarios, los cuales dieron cuenta de varios veteranos de la Revolución, maderistas que estaban del lado de Garrido. Alguien pidió noticias de Andrés Pedrero G. y el yerno de Vasconcelos ilustró que estaba riquísimo y que se había asociado con Alemán en la construcción de la autopista a Acapulco.

Como el licenciado Portes Gil trataba de polemizar con Vasconcelos, éste declaró que no le importaba lo que dijera un asesino como Portes Gil. Este hizo hincapié en que el despecho y la amargura de Vasconcelos lo llevaban "al terreno de la procacidad" y le apenaba "ver cómo este hombre que admiramos los estudiantes de 1910 y la juventud de América en 1920" había quedado reducido a "una ruina arqueológica", por lo que más que desprecio le inspiraba lástima. Vasconcelos decía que Portes Gil poseía muchos millones pues era un político hábil, y que en caso de un duelo, aunque no era partidario del derramamen-

to de sangre, apuntaría bien para matarlo como a una rata.

“¡Qué convicciones puede tener un Ruiz Cortines!” exclamó cuando comíamos en el Casino Español y comentábamos que don Adolfo iba a Panamá a ratificar la actitud de Padilla Nervo en Caracas. Por asociación de ideas hablé de lo mal que hace evocaciones Arthur Miller, de quien ví “Las brujas de Salem” y Vasconcelos expresó: “Siquiera sirven para que veamos lo cabrones que han sido desde entonces”.

Al cumplir sus 75 años el licenciado Vasconcelos, su médico, el doctor Véjar Lacave, me dijo que la única enfermedad que lo aquejaba era el reumatismo, que no es enfermedad de viejos, pero que se imponía a ello el espíritu juvenil de su paciente. Una vez le prescribió 15 días de reposo y a los 4 sus criados lo llevaron al aeropuerto para asistir a un congreso filosófico en Mendoza, Argentina. Quería curarse hasta con los brujos y japoneses, aunque no chocheaba, ya que su oficio de escritor se agudizaba con los años. Aparte de que no lo preocupaba la muerte, pues como filósofo, su espíritu vagaba por las regiones etéreas donde ella no existe.

Lo que sí lo atormentaba era que una de sus nietas se metió monja. Hizo cuanto pudo para que desistiera; la llevó a Guatemala, etc., pero fue inútil. Antes de que yo me reuniera con él, me dijeron que rompió a llorar cuando un tonto le llegó hablando de que había leído en un periódico que se preparaba un homenaje a Vasconcelos, “cuya nieta había entrado en un convento”. No sabía Vasconcelos que eso se había publicado.

Fue por esos días, el 7 de marzo de 1957, cuando Vasconcelos pronunció un discurso en un homenaje a “Cantinflas”. “... Por Contraste aparentemente raro —expresó— una raza triste como la nuestra ha producido en la figura de ‘Cantinflas’ un alma regocijada; un desquite de

su dolor; uno capaz de vencer la pena con la alegría, y la abyección con la dignidad ofendida que supera la ofensa. Y es que somos también un pueblo burlón, que se venga de sus opresores enfocándoles el anteojo del ridículo. Lo cierto es que en unos cuantos años de tarea pertinaz, el artista que festejamos se ha convertido en uno de nuestros símbolos. Junto con él nuestro pueblo ha aprendido a reír, pero también a desdenar lo que merece desdén... El caso de un mimo que así ha penetrado en la conciencia pública, valiéndose de una suerte de magia colectiva, es único en la historia de nuestro teatro... El pueblo lo ama porque su arte ha buscado la purificación de nuestro ambiente moral, condenando el abuso, descubriendo la farsa donde la encuentra, denunciando los males de la práctica, la mentira de las instituciones, rehabilitando con valentía la verdad y el bien, y porque su humorismo es un modo de liberación que desconcierta al malvado y satisface al humilde, consuela al injustamente vencido. Su arte es símbolo de lo mexicano, pero también es superación de lo nuestro...” Entre los aplausos de la concurrencia, puesta en pie, Mario Moreno, con lágrimas en los ojos, abrazó al licenciado Vasconcelos y dijo que necesitaría mucho tiempo, meditar las palabras y contener la emoción, y aun entonces, sería imposible “contestar las palabras magníficas del maestro José Vasconcelos”.

A principios de aquel año de 1957, Jorge Piñó Sandoval comentó “el hecho triste” —decía— de que el licenciado José Vasconcelos hubiera descendido a pistolero al servicio “de un gangster como el coronel José García Valseca”, quien se complacía al aprovechar la presencia de las gentes para darle órdenes groseras por teléfono. “Vasconcelos: Dése una vuelta por acá. Tengo qué hacerle unos encargos... ¡Luego!” le decía. y Vasconcelos, tan irritable cuando se le estorbaba

el sueño, llegaba en pantuflas y con su abrigo, a obedecer. Otras veces —rememoraba Piñó—, lo llevaba en automóvil, lo dejaba como cuidando su coche y así lo hacía saber a las personas con las que subía a tratar sus asuntos. Jesús Guisa y Acevedo me confesó haberse conmovido en uno de esos actos de humildad que tenía Vasconcelos, yendo en un ferrocarril a entregar un trofeo a unos deportistas por encargo de Valseca. Quienes lo veían y no lo conocían conjeturaban que no había sabido morir a tiempo. Aprovechando un receso en sus tareas en la cadena García Valseca, el director de otro diario me pidió fuera a la biblioteca de La Ciudadela a proponerle reanudar con nosotros sus colaboraciones, y me respondió: “Ya demostré que puedo ser borrego con el tiempo que llevo trabajando con Valseca. Sin embargo, ante la falta de libertad, se puede hacer mucho todavía.” Y me confió que García Valseca le había propuesto tener él, Vasconcelos, su periódico propio. Creía que Adolfo López Mateos, probable candidato a la presidencia de la República, haría algo por nuestro grupo. No me explicaba cómo un clarividente como él no comprendía que López Mateos nunca nos llamaría a colaborar por no predisponerse con el general Cárdenas.

Comiendo en una hospedería por las Vizcaínas, interrogaron a Vasconcelos cómo debía decirse una palabra y respondió: “Yo soy académico nombrado por Alejandro Quijano. De manera que no me pregunten esas cosas.” Desde antes le había reprochado que alternara con esos académicos hasta de dudosa masculinidad, como Valle Arizpe, Novo, etc., y me replicó: “Es que los agasajos en la casa de Alejandro son muy sabrosos.” Ponderó Vasconcelos un libro de un autor que abusaba de la palabra “puta” por lo que Novo dedujo que era muy buen hijo. Y se despidió pronto porque iba a la recepción de Mauricio

Magdaleno como académico de la lengua. Y vino a mi memoria un día en que Botas, en su coche, en el que iba a La Habana, nos encaminó hasta la Florida y Vasconcelos lo interrogó: “Dígame, Botas; descúbrame un secreto. Si no puede, no me lo conteste. ¿Ha vendido usted ese libro, esa novela...? Botas explicó las razones que tuvo para publicar esa obra, que yo elogí en un artículo que gustó mucho a su autor. “Vaya —concluyó Vasconcelos—. Porque me han alarmado esos elogios tan excesivos, hasta en revistas de altura. Y es que en México no hay críticos. Se quieren dedicar a la crítica los jóvenes, cuando que deben ejercerla hombres de no menos cuarenta años. Así se lo dije a otro que estuvo por acá, Salazar Mallén, que me contestó que ¡ay!, que qué otra cosa hacía.” Cuando esto lo supo por culpa de Novo, el novelista, con nobleza comentó ante mí: “Total: Una babosada.”

Hizo otro viaje Vasconcelos a Washington, a un congreso de filósofos y lo despedimos con una comida en la casa de un amigo, donde se elevó y consideró que el hombre es una escoria y que el espíritu abandonará al cuerpo que quedará debatiéndose entre la podredumbre. Yo recordé al filósofo refugiado José Gaos, que al tratar en una clase suya la teoría del conocimiento, decía: “Aunque parece que tengo aquí este libro, pues no tengo ningún libro. Aunque parece que leo, pues no leo. Aunque parece que hablo tras esta mesa, pues no hablo tras ninguna mesa”. En eso se fue saliendo una alumna, y al increparla él por qué se iba, respondió: “Maestro: aunque parece que me voy, pues no me voy.” En dos aviones partieron Vasconcelos, Leopoldo Zea y otros filósofos. Zea llevaba una ponencia que no era sino la tesis de Platón sobre la democracia y la aristocracia. Sostendría que el izquierdismo se convertía en derechismo, etc. Denuncié esto en un periódico y un

señor que sin duda me leyó escribió a Vasconcelos si esa tesis de Zea no era de Plotino.

Convinó en ello Vasconcelos, que tampoco recordaba que era de Plátón. Antes de escribir yo la aclaración hablé con Zea, que, desconcertado, se extendió en el tema. Pero el motivo central de las investigaciones de Zea es su pregunta de qué es el mexicano, y esto me recuerda a mi padre que al oírme en mi adolescencia presumida decir que no me comprendían, comentó: "¿Cómo no lo van a comprender? Un malcriado y se acabó."

A su regreso de Washington, interrogué a Vasconcelos sobre su corazón y me respondió: "Ya no le hago caso al cabrón." Aparte de que ya sabía, y de eso se acordaba cuando lo molestaba, que la sangre busca otros conductos cuando las coronarias se obstruyen. Le interesaba más la política, de la que me pidió novedades. Se habló de un manifiesto de ex vasconcelistas adhiriéndose a la candidatura de López Mateos y me negué a firmar porque los firmantes se declaraban ruizcortinistas y del PRI. Los firmantes y otros acudieron a una cena ofrecida por el yerno de Vasconcelos en la casa de éste a López Mateos. Bola de torpes. No sabían que hasta que Cárdenas muriera no levantaríamos cabeza salvo uno que otro. Pero en televisión nos hicieron hablar a Vasconcelos y a mí, y al interrogársele qué le parecía López Mateos, replicó que, como viejo, guardaba la primera impresión que hizo verlo honesto, abnegado, valiente y heroico y esperaba que la gente le respondiera mejor que entonces.

Cuando Diego Rivera agonizaba víctima del cáncer que no le lograron curar en Rusia, María Félix le prometió por teléfono ir a verlo. Le dijo él con voz desfalleciente: "Mi diosa: ¿Cómo estás?" El estaba más cochino que nunca. Vasconcelos estuvo en su entierro y dijo a un periodista que habían sido muy amigos en el Colegio Nacional, pero al

día siguiente nos explicó que lo dijo porque Diego ya estaba muerto, y nunca éste le perdonó que él le aconsejara que se olvidara de la pintura servil que traía de Europa y estudiara a los indios mexicanos. También nos informó de que Lupe Marín, al ver pasar a Portes Gil y a Cárdenas exigió a éste que no se fuera sin saludar a Vasconcelos, lo que hizo con corrección. "¿Y Portes Gil?" interrogué. "Ese me saludó también con una sonrisa de puta vieja."

En la casa de Armando Chávez Camacho comimos con Vasconcelos. Un tonto blasfemó contra un personaje del Antiguo Testamento y les relató la vida de Agar, de Ismael y de Isaac, reprochándoles que no conocieran las Escrituras. Chávez Camacho me mostró su Biblia y le indiqué que no era sólo tenerla sino leerla. Vasconcelos observó que para qué hacían libros tan gruesos. Defendí a Garrido basándome en unas recientes declaraciones de un obispo Del Valle y Vasconcelos confesó que al leerlas abominó de la Santa Sede.

Después reconoció en una comida en la casa de un yucateco, que nada podría hacer ya López Mateos, pues lo tenían rodeado "masones y cardenistas" por lo que nada querría con vasconcelistas. Vasconcelos dio un descolón a Pellicer que, luego de reír largamente con un cuento mío, advirtió que estaban desapareciendo los "maestros" americanos Rojas Pinillas, Perón, Pérez Jiménez y el generalísimo Trujillo. Y Vasconcelos, comprendiendo que la tirada era contra él, rápidamente lo interrumpió preguntándole por qué no habían desaparecido los comunistoides al "maestro Cárdenas, el peor de todos. Pellicer no pudo más que hacerse el desentendido, pero se percató de que yo había sido el único que comprendió la ironía vasconceliana y eso le bastaba pues sabía que yo estaba enterado de que en su biblioteca ostentaba el retrato de don Lázaro con unas palabras de

éste acerca de la ideología de Carlitos. Cambió la conversación revelando que López Mateos le había ofrecido ayuda en la instalación de un museo con las cabezas colosales y los altares de La Venta trasladados a Villahermosa, pero siempre que se quedara a vivir en Tabasco. "¡Ah, lo aleja a Tabasco!" exclamó Vasconcelos.

Luego de comer feliz con Chávez Camacho y conmigo en la desmantelada biblioteca de la nueva Penitenciaría, llevamos a Vasconcelos a ver a su hijo Héctor. Eran los días en que por televisión discutían con Andrés Henestrosa sobre la Santa Inquisición que para Alfonso Junco resultaba poco menos que un asilo de Beneficencia Pública. En el camino confesó que quería a Almazán porque atacaba al general Cárdenas; que Martín Luis Guzmán sudaba para escribir y que don Mariano Azuela era hombre bueno pero muy mal escritor. Añadió que a don Ignacio Ramírez podían hacerle estas cosas pero que no lo leyeran.

Pese a que nos contaron que López Mateos expresó en Veracruz que el vasconcelismo era cosa de la historia y que ya en la actualidad no existía, creía Vasconcelos que llevaría a algunos vasconcelistas a colaborar con él.

Dí a Vasconcelos mi relato sobre la matanza de Topilejo y después de leerlo me confesó que estaba tremendo, que no pudo dormir y le dio un dolor muy fuerte; que lo mostró a Salvador Azuela y éste sólo le encontró algunas discrepancias con apreciaciones suyas pero que me secundaría en mi denuncia.

En un viaje más a Europa, para asistir a otro congreso de filosofía en Venecia, me contó que no hizo nada, que nadie habló de su recorrido a no ser para decir que representó con dignidad a México.

A fines de noviembre de 1958 internaron a Vasconcelos en Cardiología. Esperaba que sólo fuera cuestión de ocho días. Lo ví muy des-

mejorado. Se llevó un ejemplar de mis "Vasconcelistas sacrificados en Topilejo" para releerlo en el sanatorio, y pidió más ejemplares para distribuirlos. Elvira Vargas hizo una nota acerca de que escribí el episodio "con la mayor sencillez del mundo" como que no tengo, dijo, que cuidar "intereses de chamba ni motivos para querer quedar bien" y que soy "limpio y sincero"; que cuento detalles que nunca habían sido publicados ni antes ni después "y que son las verdaderas palabras perdidas del vasconcelismo". Esto porque Mauricio Magdaleno publicó otro libro titulado "Palabras perdidas" y, por último, Elvirita consideraba "un acierto literario" lo que digo del protagonista italiano. Esto agradó en extremo al licenciado Vasconcelos y se reconcilió con Elvira Vargas de la que estaba distanciado por sus proceder a raíz de nuestra derrota. En forma más extensa habló de mi libro Emmanuel Carvallo en un artículo que tituló "También la Revolución tiene sus palabras tachadas" y apareció ilustrado con las efigies de Vasconcelos y mía por Elvira Gascón. Carvallo comentó que desconozco el eufemismo; que nombro las cosas con el candor de un hombre de bien, con las palabras, por auténticas, más inusitadas. A las personas las califico y determino —expresó— "con asombrosa parquedad" y las veo y las juzgo "con indudable valentía", con juicios ciertos o erróneos y "nunca de mala fe". En resumen, mi libro le pareció "cálido, encendido y caliginoso". Reproduzco todo esto, no por vanagloria, sino porque poco antes Vasconcelos había declarado al mismo Emmanuel Carvallo estos tremendos conceptos:

"En México no hay literatura porque casi nunca se dice la verdad... La literatura debe de ser fundamentalmente protesta. Su raíz es la libertad, la auténtica, no la que, como en nuestro caso, está oculta en los códigos. Aunque sea en el orden moral debe triunfar el bien para

que haya una verdadera expresión literaria, si no, ésta se convierte en prostituta que acata o disimula. El único pueblo antiguo que produjo gran literatura fue Grecia, porque en él a veces triunfaba el bien, o ante su derrota surgía la enérgica protesta de un Esquilo, de un Aristófanes. En Persia, por el contrario, privaba la iniquidad y nunca apareció la voz de un Esquilo que protestara. Proust escribe sobre lo que le da la gana porque vivió en un ambiente de libertad, en una sociedad libre. Yo vivo en una sociedad atada de pies y manos y soy por ello, un esclavo, no un escritor... En México sólo existen dos gentes que tienen el don del estilo: Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes. De los dos prefiero a Martín, que tiene mayor número de cosas que decir y que, además se compromete. Tanto es así que se compromete, que ha caído en el error de dedicar muchas horas de su talento incomparable a esa especie de rufián que fue Pancho Villa. Entre todos los libros suyos prefiero 'La sombra del caudillo', porque allí no nos engaña mostrándonos la grandeza de seres inexistentes, sino que denuncia los corrompidos métodos electorales del obregonismo."

De Alfonso Reyes lo que no creía el licenciado Vasconcelos era que su influjo sobre las jóvenes generaciones fuera positivo... "Nuestros jóvenes escritores —sentenció Vasconcelos—, bajo la influencia de Reyes, han hecho una religión del estilo. En sus escritos hay forma, pero muy poco contenido." Fue lo mismo que me expresó a mí mucho antes, en Nueva York, cuando añadió que Pedro Enríquez Ureña corregía mucho sus escritos pero que no tenía ideas. De Mariano Silva Aceves manifestó que no tenía madera de escritor, que no valía como literato, que debió dedicarse a hacer obras didácticas del latín, pero que era muy flojo; que era el mismo caso

de Julio Torri, si bien éste tenía algunas cosas que son de antología.

Acerca del papel de México en el mundo, recordó que cierta tarde, en el teatro, don Antonio Caso se exaltó y le dijo: "México es el fondillo del mundo." ¡Y cómo no iba a serlo, si vivíamos en el porfirisismo!... Ahora vivimos en el PRI, que representa a un porfirisismo colectivista... "Yo me considero un subfilósofo porque soy mexicano... La Revolución produjo media docena de hombres fundamentales: Antonio Díaz Soto y Gama, Luis Cabrera, Andrés Molina Enríquez, Francisco I. Madero... y no llegan a la media docena... (Cabrera) no fue el Primer Jefe de la Revolución porque en México, dominado por la mediocridad, el que suena, asusta. Al que suena lo arrinconan, lo aplastan, lo matan. Les asustaba el talento de Cabrera... Aparece un Calles y la intelectualidad piensa en él refiriéndose a Cárdenas, su caballerango..."

A un reportero que le fue a chismear que aquí lo llamaban El Amargado, le contestó que estaba agradecido de Dios que había sido tan misericordioso con él que le había dado más de lo que merecía. Acerca de que ambicionaba el poder, lo cierto es que lo que deseaba era que se le reconociera su triunfo, que, por lo demás, renunciaría a la Presidencia por asco, inmediatamente después de recibirla.

Por lo que hacía al repudio de López Mateos hacia los vasconcelistas, convinimos Vasconcelos y yo en no escribir una palabra contra él. Y respecto a periodistas como los Llergo, les enrostró que nunca habían sabido "erguirse contra los poderosos", mientras al recordar a Cabral y a otros caricaturistas que volcaron contra Madero y su virtuosa esposa "un ingenio de taberna, una maldicencia sosa y una procaacidad de ese género tan grato a los homosexuales de la literatura", abominaba de ellos.



El pintor Roberto Montenegro, ya muerto Vasconcelos, le hizo este cuadro que obsequió al Presidente López Mateos, y quiso nos retráramos junto a su obra.

Di a leer al licenciado Vasconcelos las varias cartas del gobernador de Tabasco, licenciado Francisco J. Santamaría, a quien había yo sugerido lo invitara a pasar unos días de descanso en el Estado. Nos planeaba maravillas: visitas a diversas poblaciones, ya no en avioneta como cuando con López Mateos, siendo senador, sino a bordo de su yate "El Jahuactal" al través de los ríos y de los paisajes más esplendorosos. Permanencia de dos o tres días en su precioso rancho "El Bayito" donde nada nos faltaría. Gustar los placeres de los platillos tabasqueños, a la orilla del mar, también como cuando López Mateos saboreó en un balneario las delicias de los ostiones escabechados envueltos en tortillas regionales suavécitas, esponjadas, lindas. Pero se interpuso primero su amor otoñal con la gran artista Esperanza Cruz; luego su enfermedad y su muerte.

Al interrogarlo en un tranvía de San Ángel sobre la verdad de lo que se publicaba acerca de su matrimonio, me lo negó. Su médico, Carlos Véjar Lacave, recoge en su libro "Semblanza y pasión otoñal", esta carta que da idea de la enorme capacidad de amar de Vasconcelos. Decía así:

"Esperanza querida: Te escribo para convencerme a mí mismo de que existes y eres una realidad maravillosa, y no fue sueño el momento de anoche, ni las breves horas que hasta la fecha he pasado mirándote, asombrado y dichoso de verte. Se va detrás de ti todo mi corazón, ahora que te escribo en el silencio de la noche. Con todo el cuerpo me gustas y al mismo tiempo se me llena el alma de dulzura si pienso en tu cariño y tu bondad. Me siento abrumado de ventura cuando pienso en ti. ¿Qué importa el mañana si mi anhelo se ha colmado un instante queriéndote?

"Que seas feliz, que seas gloriosa, tal es mi deseo, aunque gloria y felicidad no corren siempre juntas,

pero en todo caso, lo que importa es que sigas siendo dulce y bella, que sigas siendo grande por el corazón y por el arte.

"No quiero usar de palabras que se parezcan a una lisonja vulgar; me limito a decirte que pienso en ti con lágrimas en los ojos; lágrimas de cariño y de deseo que seas dichosa y te mantengas como eres, pura de corazón, inteligente y buena. También quiero pedirte que creas en mí, que me uses como amigo experimentado, desinteresado y leal. Como amigo que será dichoso cuando triunfes y sufrirá contigo cuando te toque padecer; como hoy que padeces en esta vida misteriosa. Gloriosa, gloriosa cuando un alma descubre otra alma que le inspire amor.

"Te amo, Esperanza querida, pero no con amor exigente, egoísta; te amo con dulzura profunda, como de viejo a joven.

"Tus manos que vuelan sobre el piano dominadoras y suaves, pasean así sobre mi corazón, tiernas, pero arrancando profundidades de sentimiento y de alegría.

"Beso tus manos gloriosas y suaves, dominadoras y dulces.

"Esperanza grande: hasta pronto; a las 6:30 según quedamos, pasaré por ti.

"Devotamente.

"Febrero 19 de 1943.

"José Vasconcelos.

"¡A Esperanza, con locura!"

En otra carta le dice: "México aparece magnífico porque te ha producido a ti, como un ángel de carne tibia y firme, de alma clara y musical... El impacto de tu presencia es tan hondo que la mente queda embotada, como quien todavía no se despeja después de un vino delicioso y fuerte... Si tuviera veinte años menos te propondría matrimonio..."

En una tercera epístola promete: "Viviremos siempre separados en lo físico; podemos vivir ligados siempre por el cariño profundo, lo mismo de lejos que de cerca."

Al hijo de ambos, Héctor, me lo presentó frente a su casa. Se le alegró el rostro al jovencito al oír mi nombre, y cuando yo no lo veía me observaba con los mismos ojos característicos de los Vasconcelos. Lo interrogué en qué año iba en la escuela y elogí su excelente salud, pero Vasconcelos se quejó de que no hacía ejercicio. Le aconsejé se diera por las mañanas un baño de agua fría, pidiera a su padre que le comprara un caballo y diera paseos por los alrededores. Me fueron a despedir al coche.

Era el mismo adolescente que estuvo a su lado a las 8 y media de la noche del 30 de junio de 1959. Vasconcelos tenía aferrada su mano a la suya, hasta emitir sus últimas palabras: "¡Que venga Esperanza!" Vivían separados por mutuo acuerdo que logró el licenciado Luis Cabrera. El enfermo sufrió cinco infartos, y en los intermedios decía a Héctor que era un gato de muchas vidas. En una carta confirmó su deseo de que no se le sepultara en la Rotonda de los Hombres Ilustres, sino en cualquier cementerio de aldea. Consideraba que la ciudadanía de nuestro país no tenía derecho a honrarlo como escritor mientras no lo reconociera como político. Mientras no se reconociera pública y oficialmente que ganamos en el 29 las elecciones, no podía aceptar ningún honor sin traicionar la verdad y la justicia. Además, decía, enterrarlo en la Rotonda sería para él una injuria, pues allí estaban los restos de un cierto aviador que consumió persecuciones a los vasconcelistas. Tampoco tenía nada que buscar en un cementerio dedicado especialmente a los héroes de la Re-

forma masónica del juarismo. A mí me dijo antes que no quería estar entre tanto bruto.

Lo sepultamos en el Panteón Jardín de San Ángel. Fue un mar de gente. ¿Pero dónde estaban tantos amigos de Vasconcelos cuando los buscábamos a raíz de su derrota? Entonces todos lo condenaban. El Presidente López Mateos hizo un guardia ante el féretro en forma oficial, con los presidentes de los Poderes Legislativo y Judicial. A Esperanza Cruz la ví al ir a dar yo a su hijo Héctor, arrasado en llanto, un libro mío dedicado a su padre a quien iba a entregárselo tres días antes, en una comida suspendida. Guisa me informó que en una cena en la casa de un correligionario, Meaouchi, tomó cinco copas Vasconcelos y enfermó para no levantarse más.

Los periodistas recogieron pensamientos el día de su muerte. Yo les di éste: "México debe a Vasconcelos una estatua en la hondonada que forman el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, donde se desarrolla su 'Prometeo Vencedor', con una inscripción que reze: Electo Presidente de la República en las elecciones de 1929."

La última vez que lo ví caminaba por la avenida Juárez, apoyándose en su bastón, mirando al suelo. Bien sabía yo que al hablarle, cual sucedió, se le iluminaría, como siempre, su rostro con una sonrisa. Los transeúntes pasaban indiferentes a su vera. "He aquí —me dije— el despojo de la materia." Mas al mismo tiempo advertí que lo circundaba algo resplandeciente que no era sino el Espíritu de un Vencedor.

ÍNDICE

PROEMIO. <i>Una amistad de varias décadas</i>	VII
---	-----

CAPÍTULO I

De su niñez lo único nuevo es la descripción de la casa donde nació.—Iniciación del genio de Vasconcelos en el "Ateneo de la Juventud".—Destaca su dinamismo en el Antirreeleccionismo al lado de Madero, los Vázquez Gómez, Luis Cabrera, Manuel Urquidi, J. D. Ramírez Garrido, don Filomeno Mata y otros.—Su correspondencia con Madero a la que no alude en sus Obras Completas	1
---	---

CAPÍTULO II

El "Supermuchacho" que ganaba mil pesos.—Vasconcelos y Pancho Villa.—Cómo y cuándo conocí personalmente a Vasconcelos.—Ceremonia en el Anfiteatro de la Preparatoria y uno de tantos errores de uno que consideró aventura la Epopeya Vasconcelista.—Se dispersa el Gobierno Gutierrista.—El destierro.—Sus amores.—Por qué volvió de Rector	11
--	----

CAPÍTULO III

El Lema de la Universidad.—Los Motivos del Escudo.—Censuras del sentido común.—El problema social según Vasconcelos.—Mensajes a la Juventud, muchos excluidos, por olvido, de sus Memorias.—Dos opiniones discrepantes de Romain Rolland sobre Vasconcelos.—La Universidad y Zapata.—El incidente de Venezuela.—La biblioteca de don Genaro García.—Campaña contra el analfabetismo	19
---	----

CAPÍTULO IV

Protesta de Vasconcelos como Secretario de Educación.—Desayunos escolares.—Inauguración del edificio de la Secretaría.—Maestro de la Juventud.—A la postre rechazó este título.—Desconocidas arengas a los estudiantes.—Los bustos de la Secretaría y su opinión sobre don Justo.—Contra los médicos.—Muralismo.—Divergencias con Diego Rivera.—Vasconcelos con orejas de burro.—	
---	--

Retratos de facinerosos.—Felicitación a Stalin.—El Dr. Atl, delicioso charlatán.—Los efebos.—Filibusteros.—Nuevos amores.—Salomón de la Selva y la V de la Victoria.—Su accidentada amistad con el Maestro Antonio Caso.—Encuentro con el padre Escobedo, pasado por alto.—Su plática con Herrero, el de Tlaxcalantongo.—Los Tratados de Bucareli y su renuncia

37

CAPÍTULO V

La polémica entre Vasconcelos y José Santos Chocano.—Intervención de Gabriela Mistral de la que Vasconcelos se había alejado.—Torres Bodet vapuleado.—Su lealtad a Vasconcelos.—Múltiples provocaciones durante su peregrinaje y sus reacciones violentas.—Salvador Novo, Federico García Lorca y don Querido Moheno, malparados.—Vasconcelos y Pellicer confundidos en el Cairo con braceros

61

CAPÍTULO VI

Orígenes de la candidatura presidencial de Vasconcelos.—Los antirreeleccionistas prefieren a Arnulfo Gómez.—Comenta Vasconcelos el asesinato de Obregón.—“Un General y dos sargentos”.—Su entrada por Nogales.—Repudio de la cuartelada escobarista.—Lo proclama su candidato la Convención antirreeleccionista.—La entrevista con Morrow.—Waldo Frank.—Los Gidistas.—Germán de Campo.—Pacto con “El Universal”.—“Mi reino no es de este mundo”, dice al estallar su neura en Irapuato, Gto.—El Plan de Guaymas.—Fusilamiento del general Carlos Bouquet

71

CAPÍTULO VII

Daniel Flores.—Topilejo.—“La Antorcha”.—Discurso casi desconocido frente a la casa que habitó Bolívar en París.—La muerte de Morrow.—Su epitafio.—Contra los antirreeleccionistas.—Su expulsión del partido.—“La Verdad”.—Carta a la Generación del 15.—En Argentina.—“Es un criollazo sin grupo”.—Ventajosa oferta salvadoreña rechazada y olvidada por Vasconcelos.—En los Estados Unidos.—Lo rodean los católicos.—“Prefiero no actuar a ser bandera de reaccionarios”.—Contra don Antonio López de Santa Anna.—La mejor manera de regresar.—Se interponen los pochos.—Frustrado entendimiento con Cárdenas.—Acercamiento con Calles

91

CAPÍTULO VIII

Reacción de Vasconcelos al decirle que los filósofos estaban perdiendo su tiempo.—El padre Federico Escobedo sostuvo que Vasconcelos no era filósofo.—Un escritor católico le dio la razón y expuso que era buen escritor pero incorrecto.—Que en cada uno de nosotros había un Goyo Cárdenas.—Vasconcelos partidario de la pena de muerte.—Dijo la causa de que no se leyeran en México su Estética.—La castidad y las ciencias abstractas.—Que él era casto.—Que Unamuno no era filósofo.—El literato superior al filósofo cuando éste era mediocre.—Altamirano y don Ignacio Ramírez.—Santayana y Vasconcelos.—Cómo se clasifica Vasconcelos en su Historia del Pensamiento Filosófico.—Opina don Francisco Larroyo.—Zum Felde observaba que el Conde de Keyserling llamaba a Vasconcelos representativo, sin saber si de lo bueno o de lo malo, y casi no leyó a Vasconcelos.—Zum Felde vapulea a Vasconcelos 117

CAPÍTULO IX

Niegan permiso a Vasconcelos para continuar residiendo en los Estados Unidos.—La Ley Mann.—Encuesta sobre si debía venir a México.—Se le recibe en silencio en Hermosillo.—Con la espada desenvainada.—Bronca en el Anfiteatro de la Preparatoria.—Amenaza con proceso a los difundidores de lo de la Ley Mann.—Rector de la Universidad de los novillos en Sonora.—Piden su expulsión de Sonora.—Vasconcelos llega a la metrópoli más vasconcelista que nunca.—Acres censuras por su inclinación al ávilacamachismo.—Se defiende brillantemente.—Negó que hubiera sido aliado de Almazán.—Forma parte del Partido de los Muertos.—Decidido a hacer dinero.—Lo ovacionaron más tarde en el Casino de Saltillo los carrancistas.—La revista "Timón".—Reverdecimiento del Latinoamericanismo.—Grandioso plan sugerido por un salvadoreño para utilizar a Franco y a Mussolini.—Doy los primeros pasos pero él me pide que no lo mencionemos.—El representante de Franco en México estaba de acuerdo.—Se decepciona el salvadoreño.—Los frentazos de Vasconcelos con los regímenes que sucedieron a Ávila Camacho.—Amigo de Amaro y de Gonzalo N. Santos.—"¡Se va a enojar el Trompudo!".—Al servicio de una Cadena.—"Soy un esclavo, no un escritor".—Su conmovedora humildad.—La primera llamada.—Su último amor 121

ÍNDICE DE LÁMINAS

- Elena Arizmendi ("Adriana"), de la que da pormenores en este libro María Luisa Ocampo ... entre págs. 16 y 17
- El Presidente Obregón no acepta la renuncia de Vasconcelos entre págs. 56 y 57
- Designado candidato a la Presidencia de la República, da lectura a su programa de gobierno ... entre págs. 84 y 85
- En París, Francia, al colocarse una placa en la casa que habitó Bolívar. "Iturbide, a quien tú condenaste —exclamó— ha ido cambiando de nombre: Santa Anna, Obregón, pero no de sistema" entre págs. 92 y 93
- Despedido por la sociedad de Gijón, España, donde don Vito Alessio Robles, basado en informes que dijo le proporcionó Juan Bustillo Oro, aseguró que Vasconcelos andaba descalzo y grefido entre págs. 102 y 103
- El licenciado José Vasconcelos radicado en Texas, en plan de conspirador contra el gobierno del General Cárdenas entre págs. 110 y 111
- Vasconcelos, al lado del padre del autor, llamando a éste el mejor de sus amigos, a pesar de que lo habían distanciado unos cretinos. Su discurso fue en Comalcalco, Tabasco, invitado por el gobernador Noé de la Flor Casanova entre págs. 112 y 113
- En la inauguración de la Sala de "Novedades", Vasconcelos preguntó al autor si no tomaba, y Salvador Novo aclaró: "Toma apuntes", aludiendo a los que tomé en nuestro viaje a Nueva York, y que fueron aprovechados para provocar una tormenta entre págs. 132 y 133
- El pintor Roberto Montenegro, ya muerto Vasconcelos, le hizo este cuadro que obsequió al Presidente López Mateos, y quiso nos retratáramos junto a su obra entre págs. 146 y 147

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EL DÍA 22 DE NOVIEMBRE DE 1982, EN LOS TALLERES DE

UNIÓN GRÁFICA, S. A.
Av. Año de Juárez, 177, Granjas San Antonio
México 13, D. F.

LA EDICIÓN CONSTA DE 5,000 EJEMPLARES
MÁS SOBRANTES PARA REPOSICIÓN.

COLECCIÓN "SEPAN CUANTOS..." *

128.	ALARCÓN, Pedro A. de: <i>El Escándalo</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. Rústica	\$ 60.00
134.	ALARCÓN, Pedro A. de: <i>El niño de la bola. El sombrero de tres picos. El capitán veneno</i> . Notas preliminares de Juana de Ontañón. Rústica	60.00
225.	ALAS "Clarín" Leopoldo: <i>La Regenta</i> . Introducción de Jorge Ibargüengoitia. Rústica	130.00
126.	ALCOTT, Louisa M.: <i>Mujercitas. Más cosas de Mujercitas</i> . Rústica	60.00
273.	ALCOTT, Louisa M.: <i>Hombrecitos</i> . Rústica	50.00
182.	ALEMAN, Mateo: <i>Guzmán de Alfarache</i> . Introducción de Amancio Bolaño e Isla.	75.00
229.	ALFONSO EL SABIO: <i>Cantigas de Santa María. Cantigas profanas. Primera crónica general. General e grand estoria. Espéculo. Las siete partidas. El setenario. Los libros de astronomía. El lapidario. Libros de ajedrez, dados y tablas. Una carta y dos testamentos. Antología</i> . Con un estudio preliminar de Margarita Peña y un vocabulario. Rústica	60.00
15.	ALIGHIERI, Dante: <i>La Divina Comedia. La vida nueva</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. Rústica	65.00
61.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>El Zarco, La Navidad en las Montañas</i> . Introducción de María del Carmen Millán. Rústica	50.00
61.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>Clemencia. Cuentos de Invierno</i> . Rústica	60.00
275.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>Paisajes y Leyendas. Tradiciones y costumbres de México</i> . Introducción de Jacqueline Covo. Rústica	70.00
43.	ALVAR, Manuel: <i>Poesía tradicional de los judíos españoles</i> . Rústica	75.00
122.	ALVAR, Manuel: <i>Cantares de Gesta medievales. Cantar de Roncesvalles. Cantar de los Siets Infantes de Lara. Cantar del Cerco de Zamora. Cantar de Rodrigo y el rey Fernando. Cantar de la Campana de Huesca</i> . Rústica	75.00
151.	ALVAR, Manuel: <i>Antigua poesía española lírica y narrativa. Jarchas. Libro de Infancia y muerte de Jesús. Vida de Santa María Egipcíaca. Disputa del alma y el cuerpo. Razón de amor con los denuetos del agua y el vino. Elena y María (disputa del clérigo y el caballero). El planto ¡ay Jerusalén! Historia troyana en prosa y verso</i> . Rústica	75.00
174.	ALVAR, Manuel: <i>El romancero viejo y tradicional</i> . Rústica	80.00
244.	ALVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín: <i>Malvaloca. Amores y Amoríos. Puebla de las mujeres. Doña Clarines. El genio alegre</i> . Prólogo de Ofelia Garza de Del Castillo. Rústica	60.00
131.	AMADIS DE GAULA: Introducción de Arturo Souto. Rústica	60.00
157.	AMICIS, Edmundo: <i>Corazón</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica	60.00
83.	ANDERSEN, Hans Christian: <i>Cuentos</i> . Prólogo de María Edmée Alvarez. Rústica	60.00
301.	AQUINO, Tomás de: <i>Tratado de la Ley. Tratado de la Justicia. Opúsculo sobre el gobierno de los Príncipes</i> . Traducción y estudio introductivo por Carlos Ignacio González, S. J. Rústica	150.00
317.	AQUINO, Tomás de: <i>Suma Contra los Gentiles</i> . Traducción y estudio introductivo por Carlos Ignacio González, S. J. Rústica	280.00
76.	ARCIPRESTE DE HITA: <i>Libro del Buen Amor</i> . Versión antigua, con prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. Rústica	70.00
67.	ARISTÓFANES: <i>Las once comedias</i> . Versión directa del griego con introducción de Ángel María Garibay K. Rústica	90.00
70.	ARISTÓTELES: <i>Ética Nicomaquea. Política</i> . Versión española e introducción de Antonio Gómez Robledo. Rústica	75.00

* Los números que aparecen a la izquierda corresponden a la numeración de la Colección.

120.	ARISTÓTELES: <i>Metafísica</i> . Estudio introductivo, análisis de los libros y revisión del texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	\$ 70.00
124.	ARISTÓTELES: <i>Tratado de Lógica (El Organón)</i> . Estudio introductivo, preámbulos a los tratados y notas al texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	120.00
32.	ARRANGOIZ, Francisco de Paula de: <i>México desde 1808 hasta 1867</i> . Prólogo de Martín Quirarte. <i>Rústica</i>	300.00
195.	ARROYO, Anita: <i>Razón y pasión de Sor Juana</i> . <i>Rústica</i>	80.00
327.	AUTOS SACRAMENTALES. (El auto sacramental antes de Calderón.) LOAS: Dice al Sacramento. A un pueblo. Los del Auto de acusación contra el género humano. LOPEZ DE YANGUAS: Farsa sacramental. ANONIMOS: Farsa sacramental de 1521. Los amores del alma con el Príncipe de la luz. Farsa sacramental de la residencia del Hombre. Auto de los Hierros de Adán. Farsa del entendimiento niño. SANCHEZ DE BADAJOZ: Farsa de la iglesia. TIMONEDA: Auto de la oveja perdida. Auto de la fuente de los siete sacramentos. Farsa del sacramento llamada premática del Pan. Auto de la Fe. LOPE DE VEGA: la adultera perdonada. La siega. El pastor lobo y cabana celestial. VALDIVIELSO: El hospital de los locos. La amistad en el peligro. El peregrino. La Serrana de Plasencia. TIRSO DE MOLINA: El colmenero divino. Los hermanos parecidos. MIRA DE AMESCUA: Pedro Telonario.—Selección, introducción y notas de Ricardo Arias. <i>Rústica</i>	120.00
293.	BACON, Francisco: <i>Instauratio Magna. Novum Organum. Nueva Atlántida</i> . Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	75.00
200.	BALBUENA, Bernardo de: <i>La grandeza mexicana y Compendio apologético en alabanza de la poesía</i> . Prólogo de Luis Adolfo Domínguez. <i>Rústica</i>	50.00
53.	BALMES, Jaime L.: <i>El Criterio</i> . Estudio preliminar de Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	60.00
241.	BALMES, Jaime: <i>Filosofía Elemental</i> . Estudio preliminar por Raúl Cardiel. <i>Rústica</i>	70.00
112.	BALZAC, Honorato de: <i>Eugenia Grandet. La Piel de Zapa</i> . Prólogo de Carmen Galindo. <i>Rústica</i>	60.00
314.	BALZAC, Honorato de: <i>Papá Goriot</i> . Prólogo de Rafael Solana. Versión y notas de F. Benach. <i>Rústica</i>	60.00
335.	BARREDA, Gabino: <i>La Educación Positivista</i> . Selección, estudio introductivo y preámbulos por Edmundo Escobar	75.00
334.	<i>Batallas de la Revolución y sus Corridos</i> . Prólogo y preparación de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	70.00
17.	BECQUER, Gustavo Adolfo: <i>Rimas, leyendas y narraciones</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	60.00
35.	BERCEO, Gonzalo de: <i>Milagros de Nuestra Señora. Vida de Santo Domingo de Silos. Vida de San Millán de la Cogolla. Vida de Santa Oria. Martirio de San Lorenzo</i> . Versión antigua y moderna. Prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. <i>Rústica</i>	100.00
	BESTEIRO, Julián. (Véase HESSEN, Juan.)	
278.	BOTURINI BENADUCI, Lorenzo: <i>Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional</i> . Estudio preliminar por Miguel León-Portilla. <i>Rúbrica</i>	200.00
119.	BRONTE, Emily: <i>Cumbres Borrascosas</i> . Prólogo de Sergio Pitol. <i>Rústica</i>	60.00
104.	CABALERO, Fernán: <i>La Gaviota. La familia de Alvaeda</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares. <i>Rústica</i>	65.00
41.	CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: <i>La Vida es sueño. El alcalde de Zalamea</i> . Prólogo de Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	60.00
331.	CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: <i>Autos Sacramentales: La cena del Rey Baltasar. El gran Teatro del Mundo. La hidalga del valle. Lo que va del hombre a Dios. Los encantos de la culpa. El divino Orfeo. Sueños hay que verdad son. La vida es sueño. El día mayor de los días</i> . Selección, introducción y notas de Ricardo Arias. <i>Rústica</i>	120.00
222.	CALDERÓN, Fernando: <i>A ninguna de las tres. El torneo. Ana Bolena. Herman o la vuelta del cruzado</i> . Prólogo de María Edmée Alvarez. <i>Rústica</i>	60.00
74.	CALDERÓN DE LA BARCA, Madame: <i>La vida en México</i> . Traducción y prólogo de Felipe Teixidor. <i>Rústica</i>	110.00
252.	CAMOENS, Luis de: <i>Los Lusíadas</i> . Traducción, prólogo y notas de Ildelfonso-Manuel Gil. <i>Rústica</i>	75.00
329.	CAMPOAMOR, Ramón de: <i>Doloras. Poemas</i> . Introducción de Vicente Gaos. <i>Rústica</i>	85.00
279.	CANTAR DE ROLDAN, EL: Versión de Felipe Teixidor. <i>Rústica</i>	60.00

285.	CANTAR DE LOS NIBELUNGOS, EL: Traducción al español e introducción de Marianne Oeste de Bopp. <i>Rústica</i>	\$ 90.00
307.	CARLYLE, Tomás: <i>Los Héroes. El culto a los héroes y Lo heroico de la historia.</i> Estudio preliminar de Raúl Cardiel Reyes. <i>Rústica</i>	55.00
215.	CARROLL, Lewis: <i>Alicia en el país de las maravillas. Al otro lado del espejo.</i> Ilustrado con grabados de John Tenniel. Prólogo de Sergio Pitó. <i>Rústica</i>	55.00
57.	CASAS, Fr. Bartolomé de las: <i>Los Indios de México y Nueva España.</i> Antología. Edición, prólogo, apéndices y notas de Edmundo O'Gorman; con la colaboración de Jorge Alberto Manrique. <i>Rústica</i>	100.00
318.	<i>Casidas de amor profano y místico.</i> Ibn Zaydun. Ibn Arabi. Estudio y traducción de Vicente Cantarino. <i>Rústica</i>	75.00
223.	CASONA, Alejandro: <i>Flor de leyendas. La Sirena varada. La dama del alba. La barca sin pescador.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	65.00
249.	CASONA, Alejandro: <i>Otra vez el diablo. Nuestra Natacha. Prohibido suicidarse en primavera. Los árboles mueren de pie.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	60.00
305.	CASTERA, Emilio: <i>Discursos. Recuerdos de Italia.</i> Ensayo. Selección e introducción de Arturo Souto A. <i>Rústica</i>	65.00
268.	CASTRO, Guillén de: <i>Las mocedades del Cid.</i> Prólogo de María Edméa Alvarez. <i>Rústica</i>	55.00
25.	CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: <i>México en 1554 y Túngulo Imperial.</i> Edición, prólogo y notas de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	70.00
6.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.</i> Prólogo y esquema biográfico por Américo Castro. <i>Rústica</i>	100.00
9.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Novelas ejemplares.</i> Comentario de Sergio Fernández. <i>Rústica</i>	55.00
98.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Entremeses.</i> Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i>	65.00
20.	CÉSAR, Cayo Julio: <i>Comentarios de la guerra de las Galias. Guerra civil.</i> Prólogo de Xavier Tavera	60.00
320.	CETINA, Gutierre de: <i>Obras.</i> Introducción de Dr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa. Presentación de Margarita Peña. <i>Rústica</i>	150.00
230.	CICERÓN: <i>Los oficios o los deberes. De la vejez. De la amistad.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	65.00
234.	CICERÓN: <i>Tratado de la República. Tratado de las leyes. Catilinaria.</i> <i>Rústica</i> ..	60.00
	CID: Véase <i>Poema de Mío Cid.</i>	
137.	CIEÑ MEJORES POESÍAS LÍRICAS DE LA LENGUA CASTELLANA (LAS) Selección y Advertencia Preliminar de Marcelino Menéndez y Pelayo. <i>Rústica</i>	60.00
29.	CLAVIJERO, Francisco Javier: <i>Historia antigua de México.</i> Edición y prólogo de Mariano Cuevas. <i>Rústica</i>	150.00
143.	CLAVIJERO, Francisco Javier: <i>Historia de la Antigua o Baja California. PALOU.</i> Fr. Francisco: <i>Vida de Fr. Junípero Serra y Misiones de la California Septentrional.</i> Estudios preliminares por Miguel León-Portilla. <i>Rústica</i>	150.00
60.	COLOMA, P. Luis: <i>Boy.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	50.00
91.	COLOMA, P. Luis: <i>Pequeñeces. Jeromín.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	70.00
167.	COMENIO, Juan Amós: <i>Didáctica Magna.</i> Prólogo de Gabriel de la Mora. <i>Rústica</i>	80.00
340.	COMTE, Augusto: <i>La filosofía positiva.</i> Proemio, estudio introductivo, selección y análisis de los textos por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	85.00
341.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes.</i> Un crimen extraño. El intérprete griego. Triunfos de Sherlock Holmes. Los tres estudiantes. El mendigo de la cicatriz. K.K.K. La muerte del coronel. Un protector original. El novio de Miss Sutherland. Las aventuras de una ciclista. El misterio de Boscombe. Policía fina. El casado sin mujer. La diadema de Berilos. El carbunclo azul. "Silver Blaze". Un empleo extraño. El ritual de los musgrave. El Gloria Scott. El documento robado. Prólogo de María Elvira Bermúdez	75.00
343.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes:</i> El perro de Barskerville La marca de los cuatro. El pulgar del ingeniero. La banda moteada. Nuevos triunfos de Sherlock Holmes. El enemigo de Napoleón. El campeón de Foot-Ball. El cordón de la campanilla. Los Cunningham's. Las dos manchas de Sangre	75.00
345.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes:</i> La resurrección de Sherlock Holmes. Nuevas y últimas aventuras de Sherlock Holmes. La caja de laca. El embudo de cuero, etc.	75.00

7.	CORTÉS, Hernán: <i>Cartas de relación</i> . Nota preliminar de Manuel Alcalá. Ilustraciones. Un mapa plegado. <i>Rústica</i>	\$ 60.00
313.	CORTINA, Martín: <i>Un Rosillo Inmortal</i> . (Leyenda de los llanos.) <i>Un tlacuache Vagabundo</i> . <i>Maravillas de Altepépan</i> . (Leyendas Mexicanas.) Introducción de Andrés Henestrosa. <i>Rústica</i>	35.00
181.	COULANGES, Fustel de: <i>La ciudad antigua</i> . (Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma.) Estudio preliminar de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	75.00
342.	CUENTOS RUSOS: Gógol - Turguénev - Tolstoi - Garín - Chéjov - Gorki - Andréiev - Kuprin - Artsibachev - Dimov - Tasin - Surguchov - Korolenko - Goncharov - Sholojov. Introducción de Rosa María Phillips	70.00
100.	CRUZ, Sor Juana Inés de la: <i>Obras completas</i> . Prólogo de Francisco Monterde. <i>Rústica</i>	300.00
256.	CUYAS ARMENGOL, Arturo: <i>Hace falta un muchacho</i> . Libro de orientación en la vida, para los adolescentes. Ilustrada por Juez. <i>Rústica</i>	60.00
148.	CHAVEZ, Ezequiel A.: <i>Sor Juana Inés de la Cruz</i> . Ensayo de Psicología y de estimación del sentido de su vida para la historia de la cultura y de la formación de México. <i>Rústica</i>	100.00
42.	DARIO, Rubén: <i>Arul...</i> <i>El Salmo de la pluma</i> . <i>Cuentos de vida y esperanza</i> . <i>Otros poemas</i> . Edición de Antonio Oliver. <i>Rústica</i>	50.00
140.	DEFOE, Daniel: <i>Aventuras de Robinson Crusoe</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares. <i>Rústica</i>	60.00
154.	DELGADO, Rafael: <i>La Calendria</i> . Prólogo de Salvador Cruz. <i>Rústica</i>	65.00
280.	DEMÓSTENES: <i>Discursos</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	70.00
177.	DESCARTES: <i>Discurso del método</i> . <i>Meditaciones metafísicas</i> . <i>Reglas para la dirección del espíritu</i> . <i>Principios de la filosofía</i> . Estudio introductivo, análisis de las obras y notas al texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	55.00
5.	DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: <i>Historia verdadera de la conquista de la Nueva España</i> . Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Con un mapa. <i>Rústica</i>	120.00
127.	DICKENS, Carlos: <i>David Copperfield</i> . Introducción de Sergio Pitó. <i>Rústica</i>	80.00
310.	DICKENS, Carlos: <i>Canción de Navidad</i> . <i>El grillo del hogar</i> . <i>Historia de dos Ciudades</i> . Estudio preliminar de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	60.00
28.	DON JUAN MANUEL: <i>El conde Lucanor</i> . Versión antigua y moderna e introducción de Amancio Bolaño e Isla. <i>Rústica</i>	55.00
84.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>El príncipe idiota</i> . <i>El sepulcro de los vivos</i> . Notas preliminares de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	90.00
106.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Los hermanos Karamazov</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	100.00
108.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Crimen y Castigo</i> . Introducción de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	75.00
259.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Las noches blancas</i> . <i>El jugador</i> . <i>Un ladrón honrado</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	60.00
73.	DUMAS, Alejandro: <i>Los tres Mosqueteros</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares. <i>Rústica</i>	75.00
75.	DUMAS, Alejandro: <i>Veinte años después</i> . <i>Rústica</i>	70.00
346.	DUMAS, Alejandro: <i>El Conde de Monte-Cristo</i> . Prólogo de Mauricio González de la Garza	180.00
349.	DUMAS, Alejandro (hijo): <i>La Dama de las Camelias</i> . Introducción de Arturo Souto A.	55.00
309.	ECA DE QUEIROZ: <i>El misterio de la carretera de Cintra</i> . <i>La ilustre Casa de Ramires</i> . Prólogo de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	65.00
283.	EPICTETO: <i>Manual y Máxima</i> . MARCO AURELIO: <i>Soliloquios</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00
99.	ERCILLA, Alonso de: <i>La Araucana</i> . Prólogo de Ofelia Garza de Del Castillo. <i>Rústica</i>	80.00
233.	ESPINEL, Vicente: <i>Vida de Marcos Obregón</i> . Prólogo de Juan Pérez de Guzmán. <i>Rústica</i>	70.00
202.	ESPRONCEDA, José de: <i>Obras poéticas</i> . <i>El Pelayo</i> . <i>Poesías líricas</i> . <i>El estudiante de Salamanca</i> . <i>El diablo mundo</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	60.00

11.	ESQUILO: <i>Las siete tragedias</i> . Versión directa del griego, con una introducción de Ángel María Garibay K. <i>Rústica</i>	\$ 60.00
24.	EURIPIDES: <i>Las diecinueve tragedias</i> . Versión directa del griego, con una introducción de Ángel María Garibay K. <i>Rústica</i>	90.00
16.	FABULAS: (<i>Pensador Mexicano</i> . Rosas Moreno. <i>La Fontaine</i> . Samaniego. Iriarte. <i>Esopo</i> . Fedro, etc.). Selección y notas de María de Pina. <i>Rústica</i>	55.00
1.	FERNANDEZ DE LIZARDI, José Joaquín: <i>El Periquillo Sarniento</i> . Prólogo de J. Rea Spell. <i>Rústica</i>	80.00
71.	FERNANDEZ DE LIZARDI, José Joaquín: <i>La Quijotita y su prima</i> . Introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda. <i>Rústica</i>	70.00
173.	FERNANDEZ DE MORATIN, Leandro: <i>El sí de las niñas</i> . <i>La comedia nueva o el café</i> . <i>La derrota de los pedantes</i> . <i>Lección poética</i> . Prólogo de Manuel de Ezcurdia. <i>Rústica</i>	60.00
211.	FERRO GAY, Federico: <i>Breve historia de la literatura italiana</i> . <i>Rústica</i>	125.00
352.	FLAUBERT, Gustavo: <i>Madame Bovary</i> . <i>Costumbres de provincia</i> . Prólogo de José Arenas. <i>Rústica</i>	70.00
92.	FRIAS, Heriberto: <i>Tomochic</i> . Prólogo y notas de James W. Brown. <i>Rústica</i> ...	55.00
354.	GABRIEL Y GALÁN, José María: <i>Obras completas</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce	120.00
311.	GALVÁN, Manuel de J.: <i>Enriquillo</i> . Leyenda histórica dominicana (1503-1533). Con un estudio de Concha Meléndez. <i>Rústica</i>	70.00
305.	GALEGOS, Rómulo: <i>Doña Bárbara</i> . Prólogo de Ignacio Díaz Ruiz. <i>Rústica</i> ...	65.00
251.	GARCÍA LORCA, Federico: <i>Libro de Poemas</i> . <i>Poema del Cante Jondo</i> . <i>Romancero Gitano</i> . <i>Poeta en Nueva York</i> . <i>Odas</i> . <i>Llanto por Sánchez Mejía</i> . <i>Bodas de Sangre</i> . <i>Yerma</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	60.00
255.	GARCÍA LORCA, Federico: <i>Mariana Pineda</i> . <i>La zapatera prodigiosa</i> . <i>Así que pasen cinco años</i> . <i>Doña Rosita la soltera</i> . <i>La casa de Bernarda Alba</i> . <i>Primeras canciones</i> . <i>Canciones</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	60.00
164.	GARCÍA MORENTE, Manuel: <i>Lecciones Preliminares de Filosofía</i> . <i>Rústica</i> ...	60.00
22.	GARIBAY K., Ángel María: <i>Panorama literario de los pueblos nahwas</i> . <i>Rústica</i> ...	60.00
31.	GARIBAY K., Ángel María: <i>Mitología Griega</i> . <i>Dioses y héroes</i> . <i>Rústica</i>	75.00
21.	GOETHE, J. W.: <i>Fausto</i> . <i>Werther</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00
132.	GOGOL, Nikolai V.: <i>Las almas muertas</i> . <i>La tercera orden de San Vladimiro</i> . (<i>Fragmentos de comedia inconclusa</i>). Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i> ...	65.00
262.	GÓNGORA: <i>Poesías</i> . <i>Romances</i> . <i>Letrillas</i> . <i>Redondillas</i> . <i>Décimas</i> . <i>Sonetos</i> . <i>Sonetos atribuidos</i> . <i>Soledades</i> . <i>Polifemo y Galatea</i> . <i>Panegérico</i> . <i>Poesías sueltas</i> . Prólogo de Anita Arroyo. <i>Rústica</i>	85.00
44.	GONZÁLEZ PENA, Carlos: <i>Historia de la literatura mexicana</i> . (<i>Desde los orígenes hasta nuestros días</i>). <i>Rústica</i>	70.00
254.	GORKI, Máximo: <i>La madre</i> . <i>Mis confesiones</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	70.00
118.	GOYTORTOA SANTOS, Jesús: <i>Pensativa</i> . Premio "Lanz Duret" 1944. <i>Rústica</i> ..	60.00
315.	GRACIAN, Baltazar: <i>El Discreto - El Crítico - El Héroe</i> . Introducción de Isabel C. Terán. <i>Rústica</i>	85.00
121.	GRIMM, CUENTOS DE: Prólogo y selección de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i> ..	55.00
169.	GUINALDES, Ricardo: <i>Don Segundo Sombra</i> . Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	50.00
19.	GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel: <i>Cuentos y Cuaremas del Duque Job</i> . <i>Cuentos frágiles</i> . <i>Cuentos de color de humo</i> . <i>Primeros cuentos</i> . <i>Últimos cuentos</i> . Prólogo y Capítulos de novelas. Edición e introducción de Francisco Monterde. <i>Rústica</i> ...	65.00
187.	HEGEL: <i>Enciclopedia de las ciencias filosóficas</i> . Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	90.00
271.	HEREDIA, José María: <i>Poesías completas</i> . Estudio preliminar de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	60.00
216.	HERNÁNDEZ, José: <i>Martín Fierro</i> . Ensayo preliminar por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	55.00
176.	HERODOTO: <i>Los nueve libros de la historia</i> . Introducción de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	100.00
323.	HERRERA Y REISSIG, Julio: <i>Poesías</i> . Introducción de Ana Victoria Mondada. <i>Rústica</i>	60.00

206.	HESÍODO: <i>Teogonía. Los trabajos y los días. El escudo de Heracles. Idilios de Bión. Idilios de Mosco. Himnos órficos.</i> Prólogo de José Manuel Villalaz. <i>Rústica</i>	\$ 60.00
351.	HESSEN, Juan: <i>Teoría del Conocimiento.</i> MESSER, Augusto: <i>Realismo crítico.</i> BESTEIRO, Julián: <i>Los juicios sintéticos "a priori".</i> Preliminar y estudio introductivo por Francisco Larroyo	50.00
156.	HOFFMAN, E. T. G.: <i>Cuentos.</i> Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	65.00
2.	HOMERO: <i>La Ilíada.</i> Traducción de Luis Segalá y Estalella. Prólogo de Alfonso Reyes. <i>Rústica</i>	55.00
4.	HOMERO: <i>La Odisea.</i> Traducción de Luis Segalá y Estalella. Prólogo de Alfonso Reyes. <i>Rústica</i>	55.00
240	HORACIO: <i>Odas y Epodos. Sátiras. Epístolas. Arte Poética.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	70.00
77.	HUGO, Víctor: <i>Los miserables.</i> Nota preliminar de Javier Peñalosa. <i>Rústica</i>	200.00
294.	HUGO, Víctor: <i>Nuestra Señora de París.</i> Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i>	70.00
274.	HUGÓN, Eduardo: <i>Las veinticuatro tesis tomistas.</i> Incluye, además: <i>Enciclica Aeterni Patris</i> , de León XIII. <i>Motu Proprio Doctoris Angelici</i> , de Pío X. <i>Motu Proprio non multa post</i> , de Benedicto XV. <i>Enciclica Studiorum Ducem</i> , de Pío XI. Análisis de la obra precedida de un estudio sobre los orígenes y desenvolvimiento de la Neoscolástica, por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	80.00
39.	HUMBOLDT, Alejandro de: <i>Ensayo político sobre el reino de la Nueva España.</i> Estudio preliminar, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina. <i>Rústica</i>	300.00
326.	HUME, David: <i>Tratado de la Naturaleza Humana.</i> Ensayo para introducir el método del razonamiento humano en los asuntos morales. Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	150.00
78.	IBARGUENGOITIA, Antonio: <i>Filosofía Mexicana. En sus hombres y en sus textos.</i> <i>Rústica</i>	44.00
348.	IBARGUENGOITIA CHICO, Antonio: <i>Suma Filosófica Mexicana.</i> (Resumen de historia de la filosofía en México)	80.00
303.	IBSEN, Enrique: <i>Peer Gynt. Casa de Muñecas. Espectros. Un enemigo del pueblo. El pato silvestre. Juan Gabriel Borkman.</i> Versión y prólogo de Ana Victoria Mondada. <i>Rústica</i>	70.00
47.	IGLESIAS, José María: <i>Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México.</i> Introducción e Índice de Materias de Martín Quirarte. <i>Rústica</i>	300.00
63.	INCLÁN, Luis G.: <i>Astucia. El jefe de los Hermanos de la Hoja o Los Charros Contrabandistas de la rama.</i> Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	125.00
207.	INDIA LITERARIA (LA): <i>Mahabharata - Bagavad Gita - Los Vedas - Leyes de Manú - Poesía - Teatro - Cuentos - Apólogos y leyendas.</i> Antología prólogo, introducciones históricas, notas y un vocabulario de hinduismo por Teresa E. Rhode. <i>Rústica</i>	50.00
270.	INGENIEROS, José: <i>El hombre mediocre.</i> Introducción de Raúl Carrancá y Rivas. <i>Rústica</i>	50.00
79.	IRVING, Washington: <i>Cuentos de la Alhambra.</i> Introducción de Ofelia Garza de Del Castillo. <i>Rústica</i>	60.00
46.	ISAAC, Jorge: <i>María.</i> Introducción de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	
245.	JENOFONTE: <i>La expedición de los diez mil. Recuerdos de Sócrates. El Banquete. Apología de Sócrates.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00
66.	JIMÉNEZ, Juan Ramón: <i>Platero y Yo. Trescientos Poemas (1903-1953).</i> <i>Rústica</i>	60.00
23.	JOYAS DE LA AMISTAD ENGARZADAS EN UNA ANTOLOGÍA. Selección y nota preliminar de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	75.00
203.	KANT, Manuel: <i>Crítica de la razón pura.</i> Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	80.00
212.	KANT, Manuel: <i>Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Crítica de la razón práctica. La paz perpetua.</i> Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	65.00
246.	KANT, Manuel: <i>Prolegómenos a toda Metafísica del Porvenir. Observaciones sobre el Sentimiento de lo Bello y lo Sublime. Crítica del Juicio.</i> Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	80.00
30.	KEMPIS, Tomás de: <i>Imitación de Cristo.</i> Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00
204.	KIPLING, Rudyard: <i>El libro de las tierras vírgenes.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	55.00

155.	LAGERLOFF, Selma: <i>El maravilloso viaje de Nils Holgersson</i> . Introducción de Palma Guillén de Nicolau. <i>Rústica</i>	\$ 65.00
272.	LAMARTINE, Alfonso de: <i>Graziella. Rafael</i> . Estudio preliminar de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	65.00
93.	LARRA, Mariano José de, "Figaro": <i>Artículos</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	80.00
333.	LARROYO, Francisco: <i>La Filosofía Iberoamericana</i> . Historia, Formas, Temas, Polémica. Realizaciones	85.00
34.	LAZARILLO DE TORMES (EL) (Autor desconocido). <i>Vida del Buscón Don Pablos</i> , de Francisco de Quevedo. Estudio preliminar de ambas obras por Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	55.00
38.	LAZO, Raimundo: <i>Historia de la literatura hispanoamericana. El periodo colonial (1492-1780)</i> . <i>Rústica</i>	75.00
65.	LAZO, Raimundo: <i>Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XIX (1780-1914)</i> . <i>Rústica</i>	75.00
179.	LAZO, Raimundo: <i>La Novela Andina. (Pasado y futuro. Alcides Arguedas, César Vallejo, Ciro Alegria, Jorge Icaza, José María Arguedas. Previsible misión de Vargas Llosa y los futuros narradores.)</i> <i>Rústica</i>	60.00
184.	LAZO, Raimundo: <i>El romanticismo. (Lo romántico en la lírica hispanoamericana, del siglo XVI a 1970.)</i> <i>Rústica</i>	75.00
226.	LAZO, Raimundo: <i>Bertrudis Gómez de Avellaneda. La mujer y la poetisa lírica</i> . <i>Rústica</i>	60.00
103.	LECTURA EN VOZ ALTA. La eligió Juan José Arreola. <i>Rústica</i>	50.00
321.	LEIBNIZ, Godofredo G.: <i>Discurso de Metafísica. Sistema de la Naturaleza. Nuevo Tratado sobre el Entendimiento Humano. Monadología. Principios sobre la naturaleza y la gracia</i> . Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	150.00
145.	LEÓN, Fray Luis de: <i>La Perfecta Casada. Cantar de los Cantares. Poemas originales</i> . Introducción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	60.00
247.	LE SAGE: <i>Gil Blas de Santillana</i> . Traducción y prólogo de Francisco José de Isla. Y un estudio de Saint-Beuve. <i>Rústica</i>	85.00
48.	LIBRO DE LOS SALMOS. Versión directa del hebreo y comentarios de José González Brown. <i>Rústica</i>	70.00
304.	LIVIO, Tito: <i>Historia Romana. Primera Década</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	100.00
276.	LONDON, Jack: <i>El lobo de mar. El Mexicano</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarse. <i>Rústica</i>	55.00
277.	LONDON, Jack: <i>El llamado de la selva. Colmillo blanco</i> . <i>Rústica</i>	60.00
284.	LONGO: <i>Dafnis y Cloe</i> . APULEYO: <i>El Amo de Oro</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	90.00
12.	LOPE DE VEGA Y CARPIO, Félix: <i>Fuenteovejuna. Peribáñez y el Comendador de Ocaña. El mejor alcalde, el Rey. El Caballero de Olmedo</i> . Biografía y presentación de las obras por J. M. Lope Blanch. <i>Rústica</i>	70.00
218.	LÓPEZ Y FUENTES, Gregorio: <i>El indio</i> . Novela mexicana. Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	60.00
298.	LÓPEZ-PORTELLO Y ROJAS, José: <i>Fuertes y Débiles</i> . Prólogo de Ramiro Villaseñor y Villaseñor. <i>Rústica</i>	60.00
297.	LOTI, Pierre: <i>Las Desencantadas</i> . Introducción de Rafael Solana. <i>Rústica</i>	50.00
353.	LUMMIS, Carlos F.: <i>Los Exploradores Españoles del Siglo XVI</i> . Prólogo de Rafael Altamira. <i>Rústica</i>	60.00
324.	MAETERLINCK, Maurice: <i>El Pájaro Azul</i> . Introducción de Teresa del Conde. <i>Rústica</i>	40.00
178.	MANZONI, Alejandro: <i>Los novios (Historia milanese del siglo XVII)</i> . Con un estudio de Federico Baráibar. <i>Rústica</i>	60.00
152.	MAQUIAVELO, Nicolás: <i>El príncipe</i> . Precedido de <i>Nicolás Maquiavelo en su quinto centenario</i> por Antonio Gómez Robledo. <i>Rústica</i>	45.00
192.	MARMOL, José: <i>Amalia</i> . Prólogo de Juan Carlos Ghiano. <i>Rústica</i>	80.00
141.	MARTÍ, José: <i>Hombre apostólico y escritor. Sus Mejores Páginas</i> . Estudio, notas y selección de textos por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	65.00
236.	MARTÍ, José: <i>Ismaélillo. La edad de oro. Versos sencillos</i> . Prólogo de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	60.00

338.	MARTINEZ DE TOLEDO, Alfonso: <i>Arcipreste de Talavera o Corbacho</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. Con un estudio del vocabulario del Corbacho y colección de refranes y alocuciones contenidos en el mismo por A. Steiger	\$ 80.00
214.	MARTINEZ SIERRA, Gregorio: <i>Tú eres la paz. Canción de cuna</i> . Prólogo de María Edmée Alvarez. <i>Rústica</i>	50.00
193.	MATEOS, Juan A.: <i>El Cerro de las campanas. (Memorias de un guerrillero.)</i> Prólogo de Clementina Díaz y de Ovando. <i>Rústica</i>	60.00
197.	MATEOS, Juan A.: <i>El sol de mayo. (Memorias de la Intervención.)</i> Notas preliminar de Clementina Díaz y de Ovando. <i>Rústica</i>	60.00
344.	MATOS MOCTEZUMA, Eduardo: <i>El negrito poeta mexicano y el dominicano. ¿Realidad o fantasía?</i> Exordio de Antonio Pompa y Pompa	60.00
336.	MENÉNDEZ, Miguel Angel: <i>Nayar</i> (Novela). Ilustró Cadena M.	51.00
	MESSER, Augusto (véase HESSEN, Juan).	
18.	MIL Y UN SONETOS MEXICANOS. Selección y nota preliminar de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	60.00
136.	MIL Y UNA NOCHES LAS: Prólogo de Teresa E. Rodhe. <i>Rústica</i>	75.00
194.	MILTON, John: <i>El paraíso perdido</i> . Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	60.00
109.	MIRÓ, Gabriel: <i>Figuras de la Pasión del Señor. Nuestro Padre San Daniel</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	70.00
68.	MISTRAL, Gabriela: <i>Lecturas para Mujeres</i> . Gabriela Mistral (1922-1924) por Palma Guillén de Nicolau. <i>Rústica</i>	70.00
250.	MISTRAL, Gabriela: <i>Desolación. Ternura. Tala. Lagar</i> . Introducción de Palma Guillén de Nicolau. <i>Rústica</i>	70.00
144.	MOLIÈRE: <i>Comedias. (Tratado. El burgués gentilhomme. El misántropo. El enfermo imaginario.)</i> Prólogo de Rafael Solana. <i>Rústica</i>	60.00
149.	MOLIÈRE: <i>Comedias. (El avaro. Las preciosas ridículas. El médico a la fuerza. La escuela de las mujeres. Las mujeres sabias.)</i> Prólogo de Rafael Solana. <i>Rústica</i>	60.00
32.	MOLINA, Tirso de: <i>El vergonzoso en palacio. El condenado por desconfiado. El burlador de Sevilla. La prudencia en la mujer</i> . Edición de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	65.00
208.	MONTALVO, Juan: <i>Capítulos que se le olvidaron a Cervantes</i> . Estudio introductivo de Gonzalo Zaldumbide. <i>Rústica</i>	70.00
191.	MONTESQUIEU: <i>Del espíritu de las leyes</i> . Estudio preliminar de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	90.00
282.	MORO, Tomás: <i>Utopía</i> . Prólogo de Manuel Alcalá. <i>Rústica</i>	60.00
129.	MOTOLINIA, Fray Toribio: <i>Historia de los Indios de la Nueva España</i> . Estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	120.00
286.	NATORP, Pablo: <i>Propedéutica Filosófica. Kant y la Escuela de Marburgo. Curso de Pedagogía Social</i> . Presentación introductiva (el autor y su obra) y preámbulos a los capítulos por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	90.00
171.	NERVO, Amado: <i>Plenitud. Perlas Negros. Místicas. Los Jardines Interiores. El Estanque de los Lotos</i> . Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. <i>Rústica</i>	65.00
175.	NERVO, Amado: <i>La amada inmóvil. Serenidad. Elevación. La última luna</i> . Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. <i>Rústica</i>	75.00
8.	OCHO SIGLOS DE POESÍA EN LENGUA ESPAÑOLA. Introducción y compilación de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	150.00
45.	O'GORMAN, Edmundo: <i>Historia de las Divisiones Territoriales de México</i> . <i>Rústica</i>	100.00
316.	OVIDIO: <i>Las Metamorfosis</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00
213.	PALACIO VALDÉS, Armando: <i>La Hermana San Sulpicio</i> . Introducción de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	60.00
125.	PALMA, Ricardo: <i>Tradiciones peruanas</i> . Estudio y selección por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	70.00
	PALOU, Fr. Francisco: <i>Véase Clavijero, Francisco Xavier</i> .	
266.	PARDO BAZÁN, Emilia: <i>Los pazos de Ulloa</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	60.00
3.	PAYNO, Manuel: <i>Los Bandidos de Río Frío</i> . Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. <i>Rústica</i>	160.00
80.	PAYNO, Manuel: <i>El pistolero del Diablo. Novela de costumbres mexicanas</i> . Texto establecido y Estudio preliminar de Antonio Castro Leal. <i>Rústica</i>	180.00

64.	PEREDA, José María de: <i>Peñas Arriba. Sotileza. Introducción de Soledad Anaya Solórzano. Rústica</i>	\$ 65.00
165.	PEREYRA, Carlos: <i>Hernán Cortés. Prólogo de Martín Quirarte. Rústica</i>	50.00
188.	PÉREZ ESCRICH, Enrique: <i>El Mártir del Gólgota. Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. Rústica</i>	60.00
69.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Miau. Marinela. Prólogo de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	70.00
107.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Doña Perfecta. Misericordia. Nota preliminar de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	65.00
117.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios Nacionales: Trafalgar. La corte de Carlos IV. Prólogo de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	65.00
130.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios Nacionales: 19 de Marzo y el 2 de Mayo. Bailén. Nota preliminar de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	65.00
158.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios Nacionales: Napoleón en Chamartín. Zaragoza. Prólogo de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	65.00
166.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios Nacionales: Gerona. Cádiz. Nota preliminar de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	65.00
185.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Fortunata y Jacinta. (De historias de casadas.) Introducción de Agustín Yáñez</i>	120.00
289.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios Nacionales: Juan Martín el Empecinado. La Batalla de los Arapiles. Rústica</i>	65.00
231.	PÉREZ LUGÍN, Alejandro: <i>La Casa de la Troya. Estudiantina. Rústica</i>	60.00
235.	PÉREZ LUGÍN, Alejandro: <i>Currito de la Cruz. Rústica</i>	60.00
263.	PERRAULT, Cuentos de: <i>Griselda. Piel de asno. Los deseos ridículos. La bella durmiente del bosque. Caperucita roja. Barba Azul. El gato con botas. Las hadas. Cenicienta. Riquete el del copete. Pulgarcito. Prólogo de Ma. Edmée Álvarez. Rústica</i>	55.00
308.	PESTALOZZI, Juan Enrique: <i>Cómo Gertrudis enseña a sus hijos. Cartas sobre la educación de los niños. Libros de educación elemental. Prólogos. Estudio introductivo y preámbulos de las obras por Edmundo Escobar. Rústica</i>	60.00
221.	PEZA, Juan de Dios: <i>Hogar y Patria. El Arpa del Amor. Noticia preliminar de Porfirio Martínez Peñalosa. Rústica</i>	60.00
224.	PEZA, Juan de Dios: <i>Recuerdos y esperanzas. Flores del alma y versos festivos. Rústica</i>	60.00
248.	PINDARO: <i>Olimpicas. Píticas. Nemeas. Istmicas y fragmentos de otras obras de Píndaro. Otros líricos griegos. Arquíloco. Tirteo. Alceo. Safo. Simónides de Ceos. Anacreonte. Baquilides. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica</i> ..	60.00
13.	PLATÓN: <i>Diálogos. Estudio preliminar de Francisco Larroyo. Edición corregida y aumentada. Rústica</i>	125.00
139.	PLATÓN: <i>Las Leyes. Epinomis. El Político. Estudio introductivo y preámbulos a los diálogos por Francisco Larroyo. Rústica</i>	80.00
258.	PLAUTO: <i>Comedias: Los mellizos. El militar fanfarrón. La olla. El gorgojo. Anfitrión. Los cautivos. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica</i> ...	75.00
26.	PLUTARCO: <i>Vidas paralelas. Introducción de Francisco Montes de Oca. Rústica</i> ..	70.00
210.	POE, Edgar Allan: <i>Narraciones extraordinarias. Aventuras de Arturo Gordon Pym. El cuervo. Prólogo de Elvira Bermúdez. Rústica</i>	75.00
85.	POEMA DE MIO CID: <i>Versión antigua, con Prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. Seguido del Romancero del Cid. Rústica</i>	50.00
102.	POESÍA MEXICANA. Selección de Francisco Montes de Oca. Rústica	120.00
36.	POPOL VUH: <i>Antiguas historias de los indios quichés de Guatemala. Ilustradas con dibujos de los códices mayas. Advertencia, versión y vocabulario de Albertina Saravia E. Rústica</i>	60.00
150.	PRESCOTT, William H.: <i>Historia de la Conquista de México. Anotada por don Lucas Alamán. Con notas, críticas y esclarecimientos de don José Fernando Ramírez. Prólogo y apéndices por Juana A. Ortega y Medina. Rústica</i>	300.00
198.	PRIETO, Guillermo: <i>Musa callejera. Prólogo de Francisco Monterde. Rústica</i> ...	70.00
54.	PROVERBIOS DE SALOMÓN Y SABIDURIA DE JESÚS BEN SIRAK: <i>Versiones directas de los originales por Angel María Caribay K. Rústica</i>	65.00
	QUEVEDO, Francisco de: Véase <i>Lazarillo de Tormes</i> .	
332.	QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de: <i>Sueños. El sueño de las calaveras. El alguacil alguacilado. Las zahúrdas de Plutón. Visita de los chistes. El mundo por dentro. La hora de todos y la Fortuna con seso. Poesías. Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	75.00

97.	QUIROGA, Horacio: <i>Cuentos. Selección, estudio preliminar y notas críticas e informativas por Raimundo Lazo. Rústica</i>	\$ 50.00
347.	QUIROGA, Horacio: <i>Más cuentos. Introducción de Arturo Souto Alabarce</i>	50.00
219.	RABINAL ACHI: <i>El varón de Rabinal. Ballet-drama de los indios quichés de Guatemala. Traducción y prólogo de Luis Cardoza y Aragón. Rústica</i>	50.00
101.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Cuentos del General. Prólogo de Clementina Díaz y de Ovando. Rústica</i>	50.00
162.	RIVAS, Duque de: <i>Don Alvaro a la Fuerza del Sino. Romances históricos. Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. Rústica</i>	50.00
172.	RIVERA, José Eustasio: <i>La Vorágine. Prólogo de Cristina Barros Stivalet. Rústica</i>	50.00
87.	RODÓ, José Enrique: <i>Ariel. Liberalismo y Jacobinismo. Ensayos: Rubén Darío, Bolívar, Montalvo. Estudio preliminar, índice biográfico-cronológico y resumen bibliográfico por Raimundo Lazo. Rústica</i>	50.00
115.	RODÓ, José Enrique: <i>Motivos de Proteo y Nuevos motivos de Proteo. Prólogo de Raimundo Lazo. Rústica</i>	60.00
88.	ROJAS, Fernando de: <i>La Celestina. Prólogo de Manuel de Ezcurdia. Con una cronología y glosario. Rústica</i>	50.00
328.	ROSTAND, Edmundo: <i>Cyrano de Bergerac. Prólogo, estudio y notas de Angeles Mendieta Alatorre. Rústica</i>	60.00
113.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>El Contrato Social o Principios de Derecho Político. Discurso sobre las Ciencias y las Artes. Discurso sobre el Origen de la Desigualdad. Estudio preliminar de Daniel Moreno. Rústica</i>	60.00
159.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>Emilio o de la Educación. Estudio Preliminar de Daniel Moreno. Rústica</i>	65.00
265.	RUEDA, Lope de: <i>Teatro completo. Eufemia. Armelina. De los engañados. Medora. Coloquio de Camila. Coloquio de Tymbria. Didlogo sobre la invención de las Calças. El deleitoso. Registro de representantes. Coloquio llamado prendas de amor. Coloquio en verso. Comedia llamada discordia y cuestión de amor. Auto de Naval y Abigail. Auto de los desposorios de Moisés. Farsa del sordo. Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	65.00
10.	RUIZ DE ALARCÓN, Juan: <i>Cuatro comedias: Las paredes oyen. Los pechos privilegiados. La verdad sospechosa. Ganar amigos. Estudio, texto y comentarios de Antonio Castro Leal. Rústica</i>	60.00
51.	SABIDURIA DE ISRAEL: <i>Tres obras de la cultura judía. Traducciones directas de Ángel María Garibay K. Rústica</i>	60.00
300.	SAHAGÚN, Fr. Bernardino de: <i>Historia General de las cosas de Nueva España. La dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices, Ángel Ma. Garibay K. Rústica</i>	300.00
299.	SAINT-EXUPERY, Antoine de: <i>El principito. Nota preliminar y traducción de María de los Angeles Porrúa. Rústica</i>	55.00
322.	SAINT-PIERRE, Bernardino de: <i>Pablo y Virginia. Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	60.00
220.	SALGARI, Emilio: <i>Sandokan. La mujer del pirata. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	50.00
239.	SALGARI, Emilio: <i>Los piratas de la Malasia. Los estranguladores. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	50.00
242.	SALGARI, Emilio: <i>Los dos rivales. Los tigres de la malasia. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	50.00
257.	SALGARI, Emilio: <i>El rey del mar. La reconquista de Mompracem. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	50.00
264.	SALGARI, Emilio: <i>El falso Braemán. La caída de un imperio. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	50.00
267.	SALGARI, Emilio: <i>En los junglares de la India. El desquite de Yáñez. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	50.00
292.	SALGARI, Emilio: <i>El capitán Tormenta. El León de Damasco. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	50.00
296.	SALGARI, Emilio: <i>El hijo del León de Damasco. La Galera del Bajá. Rústica</i>	50.00
302.	SALGARI, Emilio: <i>El Corsario Negro. La Venganza. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	60.00
306.	SALGARI, Emilio: <i>La reina de los caribes. Honorata de Wan Guld. Rústica</i> ...	50.00
312.	SALGARI, Emilio: <i>Yolanda. Morgan. Rústica</i>	50.00
288.	SALUSTIO: <i>La Conjunción de Catilina. La Guerra de Jugurta. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	60.00

39.	SAN AGUSTIN: <i>La Ciudad de Dios</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	\$ 150.00
142.	SAN AGUSTIN: <i>Confesiones</i> . Versión, introducción y notas de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	80.00
40.	SAN FRANCISCO DE ASIS: <i>Floreçillas</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	55.00
228.	SAN JUAN DE LA CRUZ: <i>Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Poesías</i> . Prólogo de Gabriel de la Mora. <i>Rústica</i>	90.00
199.	SAN PEDRO, Diego de: <i>Cárcel de amor. Arnalte e Lucenda. Sermón. Poesías. Desprecio de la fortuna</i> . Seguidas de <i>Questión de amor</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	55.00
50.	SANTA TERESA DE JESUS: <i>Las moradas; Libro de su Vida</i> . Biografía de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	60.00
49.	SARMIENTO, Domingo F.: <i>Facundo; Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga</i> . Ensayo preliminar e índice cronológico por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	65.00
138.	SCOTT, Walter: <i>Ivanhoe o El Cruzado</i> . Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i> ..	60.00
281.	SENECA: <i>Tratados Filosóficos. Cartas</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	65.00
86.	SHAKESPEARE: <i>Hamlet. Penas por amor perdidas. Los dos hidalgos de Verona. Sueño de una noche de verano. Romeo y Julieta</i> . Con notas preliminares y dos cronologías. <i>Rústica</i>	55.00
94.	SHAKESPEARE: <i>Otelo. La fierecilla domada. A vuestro gusto. El rey Lear</i> . Con notas preliminares y dos cronologías. <i>Rústica</i>	55.00
96.	SHAKESPEARE: <i>Macbeth. El mercader de Venecia. Las alegres comadres de Windsor. Julio César. La tempestad</i> . Con notas preliminares y dos cronologías. <i>Rústica</i>	55.00
160.	SIENKIEWICZ, Enrique: <i>Quo Vadis?</i> Prólogo de José Manuel Villalaz. <i>Rústica</i> ..	70.00
146.	SIERRA, Justo: <i>Judrez: su obra y su tiempo</i> . Introducción de Agustín Yáñez. <i>Rústica</i>	75.00
81.	SITIO DE QUERÉTARO: <i>Según protagonistas y testigos</i> . Selección y notas introductorias de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	80.00
14.	SÓFOCLES: <i>Las siete tragedias</i> . Versión directa del griego con una introducción de Angel María Garibay G. <i>Rústica</i>	60.00
89.	SOLÍS Y RIVADENEIRA, Antonio de: <i>Historia de la Conquista de México</i> . Prólogo y Apéndices de Edmundo O'Gorman. Notas de José Valero. <i>Rústica</i>	130.00
	SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ: Véase Cruz, Sor Juana Inés de la.	
319.	SPINOZA: <i>Ética. Tratado teológico-político</i> . Estudio introductivo, análisis de las obras y revisión del texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	130.00
105.	STENDHAL: <i>La Cartuja de Parma</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00
110.	STEVENSON, R. L.: <i>La isla del Tesoro. Cuentos de los Mares del Sur</i> . Prólogo de Sergio Pitol. <i>Rústica</i>	65.00
72.	STOWE, Harriet Beecher: <i>La cabaña del tío Tom</i> . Introducción de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	75.00
335.	SUETONIO: <i>Los doce Césares</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca	115.00
196.	SWIFT, Jonathan: <i>Viajes de Gulliver</i> . Traducción, prólogo y notas de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	60.00
291.	TACITO, Cornelio: <i>Anales</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00
33.	TAGORE, Rabindranath: <i>La luna nueva. El jardinero. El cartero del Rey. Las piedras hambrientas y otros cuentos</i> . Estudio de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	60.00
232.	TARACENA, Alfonso: <i>Francisco I. Madero</i> . <i>Rústica</i>	44.00
325.	TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO: BENAVENTE: <i>Los intereses creados. La Malquerida</i> . MARQUINA: <i>En Flandes se ha puesto el Sol</i> . Hermanos ALVAREZ QUINTERO: <i>Malvaloca</i> . VALLE INCLAN: <i>El Embrujo</i> . UNAMUNO: <i>Sombras de Sueño</i> . GARCÍA LORCA: <i>Bodas de Sangre</i> . Introducciones y anotaciones por Joseph W. Zdenek y Guillermo I. Castillo-Feliú. <i>Rústica</i>	90.00
330.	TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO: LÓPEZ RUBIO: <i>Celos del aire</i> . MIHURA: <i>Tres sombreros de copa</i> . LUCA DE TENA: <i>Don José, pepe y pepito</i> . SASTRE: <i>La mordaza</i> . CALVO SOTELLO: <i>La muralla</i> . PEMÁN: <i>Los tres etcéteras de Don Simón</i> . NEVILLE: <i>Alta fidelidad</i> . PASO: <i>Cosas de papá y mamá</i> .	

	OLMO: <i>La camisa</i> . RUIZ IRIARTE: <i>Historia de un adulterio</i> . Introducción y anotaciones por Joseph W. Zdenek y Guillermo I. Castillo-Feliú. <i>Rústica</i>	\$ 116.00
37.	TEOGONIA E HISTORIA DE LOS MEXICANOS. Tres opúsculos del siglo xvi. Edición de Angel María Garibay K. <i>Rústica</i>	65.00
253.	TERENCIO: <i>Comedias: La andriana. El eunuco. El atormentador de sí mismo. Los hermanos. La suegra. Formión</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00
201.	TOLSTOI, León: <i>La Guerra y la Paz</i> . De "La Guerra y la Paz" por Alexandra Uchmany. <i>Rústica</i>	180.00
205.	TOLSTOI, León: <i>Ana Karenina</i> . Prólogo de Fedro Guillén. <i>Rústica</i>	100.00
295.	TOLSTOI, León: <i>Cuentos Escogidos</i> . Prólogo de Fedro Guillén. <i>Rústica</i>	60.00
290.	TUCÍDIDES: <i>Historia de la Guerra del Peloponeso</i> . Introducción de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	150.00
209.	TWAIN, Mark: <i>Las aventuras de Tom Sawyer</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	50.00
337.	TWAIN, Mark: <i>El príncipe y el mendigo</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. Versión de F. Benach	50.00
237.	USIGLI, Rodolfo: <i>Corona de Sombra. Corona de Fuego. Corona de Luz</i> . <i>Rústica</i>	100.00
52.	VALDÉS, Juan de: <i>Diálogo de la Lengua</i> . Prólogo de Juan M. Lope Blanch. <i>Rústica</i>	50.00
56.	VALERA, Juan: <i>Pepita Jiménez y Juanita la Larga</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	60.00
190.	VALMIKI: <i>El Ramayana</i> . Prólogo de Teresa E. Rhode. <i>Rústica</i>	50.00
135.	VALLE-INCLAN, Ramón del: <i>Sonata de primavera. Sonata de estío. Sonata de otoño. Sonata de invierno. (Memorias del marqués de Bradomín)</i> . Estudio preliminar de Allen W. Phillips. <i>Rústica</i>	70.00
287.	VALLE-INCLAN, Ramón del: <i>Tirano Banderas</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	60.00
55.	VARGAS MARTÍNEZ, Ubaldo: <i>Morelos. Siervo de la Nación</i> . <i>Rústica</i>	55.00
95.	VARONA, Enrique José: <i>Textos escogidos</i> . Ensayo de interpretación, acotaciones y selección de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	60.00
217.	VELA, Arqueles: <i>El Modernismo</i> . Su filosofía. Su estética. Su técnica. <i>Rústica</i> ...	65.00
243.	VELA, Arqueles: <i>Análisis de la expresión literaria</i> . <i>Rústica</i>	75.00
339.	VELEZ DE GUEVARA, Luis: <i>El diablo cojuelo. Reinar después de morir</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce	50.00
111.	VERNE, Julio: <i>De la Tierra a la Luna. Alrededor de la Luna</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	60.00
114.	VERNE, Julio: <i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	55.00
116.	VERNE, Julio: <i>Viaje al centro de la Tierra. El doctor Ox Maese Zacarías. Un drama en los aires</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	55.00
123.	VERNE, Julio: <i>La isla misteriosa</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	60.00
168.	VERNE, Julio: <i>La vuelta al mundo en 80 días. Las tribulaciones de un chino en China</i> . <i>Rústica</i>	65.00
180.	VERNE, Julio: <i>Miguel Strogoff</i> . Con una biografía de Julio Verne por María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	55.00
183.	VERNE, Julio: <i>Cinco semanas en globo</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	55.00
186.	VERNE, Julio: <i>Un capitán de quince años</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	65.00
189.	VERNE, Julio: <i>Dos años de vacaciones</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	55.00
260.	VERNE, Julio: <i>Los hijos del capitán Grant</i> . Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	55.00
163.	VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZÁLEZ. Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	60.00
227.	VILLAVEVERDE, Cirilo: <i>Cecilia Valdez</i> . Estudio crítico de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	75.00
147.	VIRGILIO: <i>Eneida. Geórgicas. Bucólicas</i> . Edición revisada por Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	60.00

261.	VITORIA, Francisco de: <i>Relecciones. Del estado, De los indios, y Del derecho de la guerra.</i> Con una introducción de Antonio Gómez Robledo. Del Colegio Nacional. <i>Rústica</i>	\$ 80.00
27.	VOCES DE ORIENTE: <i>Antología de textos literarios del cercano Oriente.</i> Traducciones, introducciones, compilación y notas de Angel María Garibay K. <i>Rústica</i> ...	60.00
170.	WALLACE, Lewis: <i>Ben-Hur.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i> ...	60.00
133.	WILDE, Oscar: <i>El retrato de Dorian Gray. El príncipe feliz. El ruiseñor y la rosa. El crimen de Lord Arthur Saville. El fantasma de Canterville.</i> Traducción, prólogo y notas de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	60.00
238.	WILDE, Oscar: <i>La importancia de llamarse Ernesto. El abanico de Lady Windermere. Una mujer sin importancia. Un marido ideal. Salomé.</i> Traducción y prólogo de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	75.00
161.	WISEMAN, Cardenal: <i>Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas.</i> Introducción de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	60.00
90.	ZARCO, Francisco: <i>Escritos literarios.</i> Selección, prólogo y notas de René Avilés. <i>Rústica</i>	75.00
269.	ZEA, Leopoldo: <i>Conciencia y posibilidad del mexicano. El occidente y la conciencia de México.</i> Dos ensayos sobre México y lo mexicano. <i>Rústica</i>	60.00
58.	ZORRILLA, José: <i>Don Juan Tenorio. El Puñal del Godo.</i> Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	50.00
153.	ZORRILLA DE SAN MARTIN, Juan: <i>Tabaré.</i> Estudio crítico por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	60.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACIÓN SIN PREVIO AVISO

EDITORIAL PORRUA, S. A.



LIBRERÍA PORRÚA
1900-1982

JUSTO SIERRA Y ARGENTINA
CIUDAD DE MÉXICO